



CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES

El perfil sociodemográfico de los hogares de la Ciudad de La Habana y su relación con la presencia de migrantes

Tesis presentada por

María del Carmen Franco Suárez

Para optar por el grado de

DOCTORA EN ESTUDIOS DE POBLACIÓN

Directora de tesis

Dra. Ivonne Rosa Szasz Pianta



CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES

Constancia de aprobación

Directora de Tesis: Dra. Ivonne Rosa Szasz Pianta

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. Dra. Brígida García Guzmán

2. Mtro. Virgilio Partida Bush

3. Dr. Alejandro Isidoro Canales Cerón

4. Dra. Silvia Elena Giorguli Saucedo (suplente)

**A mis padres, por su ejemplo
A mi familia, por su amor
A mis hijos, por su estímulo, tierno y único**

Agradecimientos

La culminación de esta investigación no hubiera sido posible sin el apoyo intelectual de la Dra Ivonne Rosa Szasz Pianta, mi Directora de Tesis. Su experiencia profesional, su poder de análisis, su capacidad para la comunicación, y -por demás- para el aliento, están presentes en todas y cada una de estas páginas.

La Dra. Brígida García pautó el camino a seguir cuando el Proyecto estaba apenas en ideas. Sus oportunos comentarios y recomendaciones despejaron dudas y abrieron senderos por los que la investigación pudo andar con mucho menos tropiezo.

El Dr. Virgilio Partida fue un certero crítico en las primeras versiones, sus recomendaciones -sin dudas- enriquecieron el análisis.

El apoyo institucional y económico del prestigioso Colegio de México y de su Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales fue decisivo, así como la labor académica de los profesores que desarrollaron el Programa de Doctorado.

El Dr. Roy Campos, Director de la Empresa Consulta-Mitofky colaboró de manera inapreciable. Muchas versiones del documento, pruebas estadísticas, así como un importante entrenamiento en la metodología cualitativa de investigación se realizaron con el apoyo material y técnico de esta Compañía.

Mi institución en Cuba, el Centro de Estudios de Población y Desarrollo, con toda la paciencia del mundo, y confiado en que llegaría a la meta, esperó por cinco años mi regreso. Igualmente mi familia prescindió de mí durante todos esos años, sin dejar de ofrecerme el más cálido e importante apoyo.

El amor y generosidad de mis queridas amistades mexicanas hicieron agradables y bellos cada día de mi larga estancia en ésta, su querida tierra.

A todos, sin excepción

Muchas gracias

Índice general

ÍNDICE GENERAL.....	1
PRESENTACIÓN.....	3
CAPITULO I.....	6
LA DISCUSIÓN SOBRE FAMILIA Y MIGRACIÓN EN	6
AMÉRICA LATINA	6
1. El estudio de la familia en la sociodemografía latinoamericana.....	6
2. La interrelación entre familia y migración en América Latina	13
CAPÍTULO II.....	23
FORMULACIÓN METODOLÓGICA Y TÉCNICA DE LA INVESTIGACIÓN.....	23
1. Fundamentación y formulación de la investigación.....	23
2. Objetivos e hipótesis.....	24
3. Formulación metodológica y técnica: universo, temporalidad, unidades de análisis, fuentes de información y estrategia global de investigación.	26
CAPITULO III.....	29
PATRONES HISTÓRICOS DE LA DINÁMICA POBLACIONAL EN LA CIUDAD DE LA HABANA.....	29
1. La economía cubana	29
2. La dinámica poblacional de Cuba.....	31
3. La dinámica poblacional de Ciudad de La Habana.....	32
4. Antecedentes sobre el perfil sociodemográfico de la familia cubana	37
CAPÍTULO IV	40
PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LOS HOGARES DE CIUDAD DE LA HABANA A MITAD DE LOS 90'S	40
1. Los hogares. Su composición de parentesco, tamaño, y complejidad.....	41
2. Rasgos sociodemográficos de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana	47
3. Los individuos y la posición que ocupan en la estructura de parentesco	61
Consideraciones finales	64
CAPÍTULO V	66

VINCULACIÓN DE LA PRESENCIA DE MIGRANTES CON LA ESTRUCTURA Y COMPOSICIÓN DE LOS HOGARES EN CIUDAD DE LA HABANA	66
1. Los hogares de Ciudad de La Habana según su condición migratoria (sin migrantes, con sólo migrantes, y mixtos)	68
2. Organización para la residencia de la población migrante y no migrante de Ciudad de La Habana.....	69
3. Posición de migrantes y no migrantes en la estructura de parentesco de sus hogares de residencia.....	74
Consideraciones finales	91
CAPITULO VI	94
LA MIGRACIÓN Y LA FAMILIA DESDE LA EXPERIENCIA DE ALGUNOS MIGRANTES EN CIUDAD DE LA HABANA.....	94
1. Procedimiento de investigación.....	95
2. Resultados.....	96
Consideraciones finales	107
CONCLUSIONES	110
ANEXO 1. Procedimientos analíticos	117
ANEXO 2. Características del cuestionario de la Encuesta Nacional de Migraciones Internas.....	118
ANEXO 3. Guía para las entrevistas en profundidad	119
ANEXO 4. Procedimiento de estandarización por edad de la tasa de jefatura de migrantes y nativos.....	121
ANEXO 5. Estandarización por edad de la residencia en hogares no nucleares de los migrantes.....	122
ANEXO 6. Análisis de las tasas específicas de jefatura de la población adulta de Ciudad de La Habana por sexo, edad y situación conyugal	123
ANEXO 7. Características sociodemográficas de los informantes de las entrevistas en profundidad.....	125
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	126
Índice de Cuadros.....	134
Índice de Gráficos.....	134

Presentación

Si consideramos el efecto creciente que los movimientos migratorios están teniendo como elemento explicativo de los cambios demográficos en diversas partes del mundo, resulta importante abordar el estudio de los mismos desde diferentes puntos de vista, midiendo y previendo su impacto en las zonas de origen y destino.

Esta investigación tiene como temática fundamental el estudio de las migraciones internas en una zona de destino y su relación con la organización residencial de los migrantes. En particular se refiere al impacto de volúmenes relativamente altos de inmigrantes en la estructura y composición de los hogares de una zona de destino, y al efecto de estos movimientos en las condiciones residenciales de los propios migrantes, en sus proyectos de vida, y en las relaciones afectivas que sostienen con sus familias de origen y destino.

La Ciudad de La Habana, es la capital de la República de Cuba. Su selección como área para realizar la investigación respondió, en primer lugar, al interés de actualizar el conocimiento acerca de la estructura y composición de los hogares de esta ciudad, objetivo permitido por la realización, en 1995, de una encuesta migratoria con representatividad nacional, cuyo contenido proporcionaba información no captada en el país desde el censo de 1981¹.

Ciudad de La Habana constituye, además, un área receptora de migrantes, con saldos positivos entre los más significativos en la migración interprovincial del país. A estos saldos - aunque poco voluminosos en comparación con otras capitales latinoamericanas-, se les atribuye una importante incidencia socioeconómica, y con frecuencia se señala que han dejado de corresponder con las posibilidades y capacidad de esta ciudad de asimilarlos, y que inciden en la situación del empleo, los servicios, en la problemática situación de la vivienda, y en la extensión de las familias (Franco y Franco, 1995). Sin embargo, no había existido hasta ese año 1995 un respaldo empírico, o un análisis sistemático, que permitiera sustentar o refutar estas afirmaciones.

Los registros estadísticos que existen sobre migración interna hacia Ciudad de La Habana, proporcionan una visión coherente sobre aspectos relevantes de este fenómeno, como son el volumen, la estructura y dinámica de los flujos migratorios, las principales zonas de origen y destino y la composición sociodemográfica de los migrantes. Este estudio es más abarcativo, porque analiza la forma como se organizan los migrantes en el destino para residir en familia, y la posición que ocupan en las relaciones de parentesco de sus hogares de residencia habitual. Además, para un pequeño grupo de migrantes se exploran las motivaciones para migrar, el significado de los movimientos en el orden personal y familiar, las redes de ayuda que los alentaron, y las relaciones afectivas que han sostenido estos migrantes con las familias de origen y destino después de la migración.

Durante la década del 80 se realizaron en Cuba encuestas de migración que abordaron algunos de estos tópicos, pero éstas no tuvieron como interés temático el estudio del entorno familiar del migrante. Estos estudios, por otra parte, se plantearon un alcance territorial limitado, puesto que se apoyaron en tamaños de muestra relativamente pequeños, teniendo en cuenta la dimensión de las propias áreas de estudio, y se refirieron, en particular a barrios, ciudades más pequeñas, y a zonas montañosas específicas (CEDEM, 1997).

La Encuesta Nacional de Migraciones Internas realizada en 1995 (ENMI'95), evidenció que el 7 por ciento de todos los hogares de Ciudad de La Habana estaba constituido únicamente por

¹ En el momento en que se culminaba esta investigación se realizaba en el país un nuevo Censo de Población y Viviendas.

migrantes, y que en el 55 por ciento de los mismos vivía al menos un migrante con edades entre 15 y 64 años. Esta encuesta evidenció, además, que los motivos o determinantes familiares constituyen las razones más frecuentes que mencionan los migrantes al referirse a los móviles de su migración.

Todos estos argumentos confieren una importancia singular a la necesidad de conocer cómo se organizan los migrantes para residir en familia, cómo se insertan en la estructura residencial de la ciudad, y de ilustrar elementos relacionados con el significado de sus movimientos en el orden personal y familiar.

En particular la investigación busca responder a la siguiente pregunta: ¿cuál era la relación entre el perfil sociodemográfico de los hogares y la presencia o no de miembros migrantes, en Ciudad de La Habana en 1995?. Para ello buscará determinar el perfil sociodemográfico que tenían los hogares de la ciudad, para posteriormente examinar la inserción de inmigrantes y no migrantes en dicho perfil, y definir si migrantes y no migrantes aportan por igual a este patrón o tienen formas de organización familiares diferentes.

Asimismo, se busca ilustrar aspectos del significado de la migración para algunos migrantes, el papel de las familias y las redes de parentesco en los movimientos migratorios, y las características que asumen las relaciones afectivas de los migrantes con las familias de origen y destino, con la finalidad de plantear hipótesis e interrogantes para relacionar las migraciones internas con la dinámica familiar en investigaciones futuras.

La investigación está diseñada en seis capítulos, conclusiones y anexos. El primer capítulo contiene una revisión bibliográfica de algunos aspectos relevantes de las relaciones entre la familia y la migración que han sido tratados en la literatura latinoamericana, y que constituyen los antecedentes teóricos de los ejes de análisis de la investigación. Un segundo capítulo explica cómo se desprende de esta revisión bibliográfica la relevancia de la investigación que se propone en la capital cubana, y detalla los objetivos específicos de la investigación, las principales interrogantes, y la estrategia metodológica a seguir.

En el capítulo tercero se examinan los aspectos demográficos y del contexto socioeconómico de Cuba, y de su ciudad capital, que interactúan con el objeto de estudio y pueden estar pautando las relaciones que se observan entre las unidades de análisis. Nos referiremos, en particular, a la dinámica poblacional, al perfil sociodemográfico de los hogares, y a las migraciones internas, vinculándolos con etapas del desarrollo social y económico del país.

Una caracterización exhaustiva del perfil sociodemográfico de los hogares habaneros en marzo de 1995 -momento en que se realizó la Encuesta Nacional de Migraciones Internas (ENMI'95)-, se expone en el capítulo cuarto. Este constituye uno de los capítulos centrales de la tesis, y explora la composición y estructura de los hogares, los rasgos socioeconómicos y demográficos de los jefes y las relaciones de parentesco.

Un análisis similar, pero desde una perspectiva comparativa de migrantes y no migrantes, se realiza en el quinto capítulo, en este caso, con la intención de verificar cómo se integran ambos subgrupos en el perfil sociodemográfico de los hogares habaneros encontrado en el capítulo anterior. Esta comparación tiene por finalidad analizar los vínculos entre la presencia de inmigrantes en los hogares y la estructura y composición de estas unidades domésticas.

Por último, en el capítulo sexto se analiza la información obtenida en entrevistas de profundidad realizadas a un pequeño grupo de migrantes en Ciudad de La Habana. El objetivo es utilizar la narración de los migrantes sobre su experiencia, para sugerir elementos analíticos para investigaciones futuras, de acuerdo al caso cubano, en torno a tópicos que en su conjunto, pueden contribuir a explicar las decisiones que asumen los migrantes respecto a su organización

para la residencia: el significado y motivaciones de la migración, el papel de las redes sociales y familiares, y las relaciones afectivas con las familias en el destino y el origen.

Los resultados de la investigación confieren, además, gran relevancia al estudio de la interrelación entre la familia habanera y los procesos de migración interna, por ser ésta una zona de destino con fuerte atracción migratoria, e inmersa en un contexto social y político particular. Algunas peculiaridades de este contexto, como por ejemplo la alta institucionalización del curso de vida, hacen que muchas decisiones asociadas a la familia, tales como la educación de los hijos, la atención médica sistemática, la alimentación y subsistencia de las familias, sean proporcionadas por el Estado a través de la planeación y la distribución social equitativa de estos servicios. Otras peculiaridades de la ciudad, se refieren a la insuficiente dotación de viviendas, que no ha permitido absorber adecuadamente su constante crecimiento poblacional. Estas particularidades seguramente imprimen rasgos distintivos a las decisiones demográficas de su población residente, que precisan ser abordadas desde el prisma de la investigación científica.

Los aportes de esta investigación están dados, por una parte, en el orden del conocimiento científico, porque aborda dimensiones no estudiadas anteriormente acerca de la composición familiar y su interrelación con la presencia de migrantes desde una perspectiva cuantitativa y cualitativa y en la localidad urbana de mayor tamaño del país. Asimismo, aporta al conocimiento teórico metodológico, porque incluye dos cuestiones pocas veces abordadas en los estudios de la migración interna y la familia en América Latina: por un lado, estudiar la interrelación de la migración interna y la familia en un lugar de destino: por otro, presentar comportamientos que permiten sugerir el estudio de la migración hacia zonas urbanas como una estrategia no exclusivamente económica y de sobrevivencia de las familias, en un contexto sociohistórico particular, como es el caso de la capital cubana.

CAPITULO I

LA DISCUSIÓN SOBRE FAMILIA Y MIGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA

En este capítulo se hace una revisión de algunos antecedentes teórico metodológicos de las investigaciones sobre familia y sobre migración que aparecen en la literatura sociodemográfica -fundamentalmente de Latinoamérica y de El Caribe-, con especial énfasis en las investigaciones que profundizan en el perfil sociodemográfico de los hogares, y en aquellas que vinculan la migración interna de la población con este perfil, con las redes de parentesco, con las estrategias de migración, y con las relaciones familiares, aspectos que constituyen las principales dimensiones analíticas de este estudio.

La revisión de los estudios que tratan el perfil sociodemográfico de los hogares se realiza en el primer apartado, considerando esencialmente las propuestas que abordan la estructura y composición de los hogares, las relaciones de parentesco y la jefatura de los hogares.

El apartado dos se dedica al análisis de las investigaciones que interrelacionan familia y migración en América Latina, en particular: las propuestas en torno al impacto de la migración en la estructura, composición y tipo de jefatura de los hogares; la vinculación de la familia con el significado y las motivaciones para migrar; el papel de las redes sociales y familiares; y las relaciones familiares después de la migración.

La discusión teórica que se presenta aportará los elementos de análisis para comprender cómo se comportan estas dimensiones de la interrelación migración familia en un contexto sociohistórico específico -la sociedad cubana a fines del Siglo XX- y su expresión en una zona de destino migratorio por excelencia -el contexto habanero-, inquietud que dio origen a esta investigación.

1. El estudio de la familia en la sociodemografía latinoamericana

Incorporación de la familia en los estudios sociodemográficos. Su conceptualización y rol social

A lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX, en América Latina fue creciendo la necesidad de incorporar la familia como institución mediadora en los análisis y explicación de los procesos sociales, económicos, políticos y demográficos de la región. Esta visión de la familia como la instancia mediadora o conectiva entre la sociedad y el individuo fue una forma de reducir las limitaciones de las propuestas macroestructurales que se basaban en el análisis global de la sociedad, así como de los enfoques microeconómicos y de equilibrio, que se centraban en la racionalidad económica de los individuos.

En particular, se hizo necesario entender cómo se generaban en el contexto familiar los procesos de toma de decisiones, y cómo se articulaban las mismas con las necesidades de producción, consumo y reproducción de las unidades domésticas. Interesaba tanto la reproducción de las nuevas generaciones, como la reproducción de la capacidad de trabajo.

En el contexto sociodemográfico familiar, también comenzaron a generalizarse fenómenos que requerían comprensión: el aumento de hogares monoparentales, la importancia de la jefatura femenina, el aumento de las rupturas matrimoniales por divorcio, el incremento de la población de ancianos, muchos de ellos viviendo solos o en hogares trigeracionales con sus

hijos y nietos; el crecimiento del parentesco no nuclear; la salida de la mujer a la esfera laboral, y las condiciones que esto imponía en los patrones de autoridad doméstica, entre otros. Estas tendencias implicaban una gran diversidad de situaciones familiares dentro de la realidad urbana de la región, que era necesario dimensionar dentro del contexto familiar en que tenían lugar (Jelin, 1993).

El desarrollo de estos estudios sobre familia en América Latina partió de la diferenciación de los conceptos de familia y unidad doméstica, puesto que estos definen las relaciones entre los individuos que son objeto de estudio. Así, la familia se considera el ámbito de reproducción biológica y socialización primaria de los individuos. Es una institución -o grupo social- constituida a partir de relaciones normadas por pautas y prácticas sociales, que incluye el parentesco hasta un grado determinado de sangre, adopción o matrimonio (Torrado, 1983). Rebase la unidad residencial, pero generalmente implica también coresidencia.

Por su parte, el hogar o unidad doméstica se refiere a una organización estructurada a partir de redes de relaciones establecidas entre individuos, unidos o no por lazos de parentesco, que comparten una residencia y espacios temporales y organizan en común la reproducción cotidiana (Oliveira, Pepin y Salles, 1989). Esta es la definición básica, pero en el aspecto de las relaciones, los especialistas recomiendan considerarlas, además, unidades donde los individuos desarrollan relaciones sociales de carácter asimétrico, cargadas de autoridad y poder, y donde se manifiestan elementos de cohesión -relaciones afectivas estables, solidaridad, reciprocidad-; así como elementos de coerción -conflictos, liderazgo, imposición, violencia-, esto último debido a que la articulación de intereses individuales y grupales en el hogar resulta en un proceso complejo ante la necesidad de garantizar la reproducción cotidiana del grupo (García y Oliveira, 1991).

En general, estas unidades constituyen un amplio marco de interacción de elementos ideológicos y subjetivos, dentro del cual, cada aspecto que se analiza está ampliamente influido por, y a la vez influye sobre, todos los ámbitos -económico, cultural, poblacional, ambiental, etc.- de la sociedad.

Respecto a su configuración y organización las unidades domésticas van cambiando y modificándose a través del tiempo. Dado este carácter cambiante y evolutivo y su característica de estar en constante interacción con el medio circundante, dentro de un mismo sistema social las particularidades de las unidades domésticas varían de una etapa histórica a otra.

En todo caso, estas unidades actúan como una instancia intermedia y mediadora que reelabora y amortigua el impacto de los procesos estructurales sobre la acción individual (García, Muñoz y Oliveira, 1989). De ahí que, según González de La Rocha, entre sus características se entrelaza el carácter colectivo de la sobrevivencia, y la manipulación y reacomodo de los recursos materiales y humanos, es decir, una organización de hogar para enfrentar los cambios socio-económicos y políticos (González de La Rocha, 1986).

Esto quiere decir que en el interior de estas unidades se toman decisiones tanto respecto al tamaño, composición y movilidad de los miembros -lo cual va a incidir sobre las necesidades del grupo-, así como respecto al consumo y la participación económica. Estas decisiones que se toman actúan como estrategias del grupo y le permiten enfrentarse, adaptarse y proteger a sus miembros de contingencias externas, aunque, como se ha dicho, es posible que generen tanto armonía como conflicto, puesto que, en dichas decisiones no necesariamente participan -o las mismas no necesariamente son aceptadas por-, todos los miembros por igual.

Perfil sociodemográfico de los hogares: Estructura, composición y jefatura femenina

Como un resultado de las decisiones que se toman, los hogares o unidades domésticas pueden ser más, o menos, grandes, de acuerdo a la cantidad de miembros que los componen; y pueden tener diferente estructura según el sexo de los mismos, y/o diferente composición de acuerdo a las relaciones de parentesco de éstos con el jefe. Estos aspectos son indicadores de la estructura y composición de estas unidades.

Múltiples factores sociodemográficos, económicos, culturales y estructurales influyen, como hemos dicho, en las decisiones que toma el grupo doméstico y contribuyen, entre otras, a aumentar o reducir la probabilidad de coresidencia, estableciendo con esto pautas de organización sobre el tipo de hogar, es decir determinando si las unidades serán nucleares, o no nucleares, si serán monoparentales, o con jefatura femenina, entre otras.

Entre los factores que inciden en la coresidencia, es decir que los hogares sean de mayor o de menor tamaño, en su composición nuclear o no nuclear, y en las características de la jefatura, están: los cambios en los patrones de fecundidad y nupcialidad -de uniones consensuales y de formación y rupturas familiares-, las condiciones económicas y del mercado de trabajo, la industrialización, la urbanización acelerada, la migración interna, el estatus de la mujer, los valores culturales, y los cambios en el ciclo de vida familiar como la muerte de padres y el casamiento de hijos. Entre los condicionantes socioeconómicos pueden citarse la disponibilidad y costo de la vivienda en relación con el ingreso o bienes, y el papel económico del hogar como unidad de consumo y, eventualmente, de producción.

Así, por ejemplo, la disminución del tamaño de los hogares se produce con la modernización cultural, los cambios hacia patrones de baja fecundidad, las carencias materiales en los hogares -lo que implica no aceptar nuevos miembros-, intensos procesos emigratorios, algunos sistemas de pensiones y seguridad social, entre otros (Dumon, 1989).

Por el contrario, según este mismo autor, los hogares son de mayor tamaño -y de carácter no nuclear-, cuando hay patrones culturales que estipulan reglas de residencia y herencia -por ejemplo, que las esposas van a vivir a casa de los suegros, que los hijos mayores se quedan en el hogar materno, etc.-; ante el deseo de familias grandes para asegurar los requerimientos de mano de obra del grupo doméstico; por la necesidad de completar los ingresos necesarios para la reproducción cotidiana con nuevos miembros que se incorporen al mercado de trabajo, o ante la necesidad de ayuda en el ámbito doméstico, lo que implica la aceptación de nuevos miembros. Asimismo, por aspectos de tradición ética como la manutención y cuidado de los ancianos; y por dificultades económicas, por ejemplo en el acceso a la tierra, o la imposibilidad material de establecer hogares independientes -escasez de vivienda, dificultades económicas personales- (Dumon, 1989); y también por la recepción de flujos abundantes de población migrante en áreas de destino.

Estructura y composición de los hogares en América Latina

Varios autores han estudiado la evolución de las familias que ha tenido lugar en América Latina, y han concluido que las transformaciones demográficas, sociales y económicas que han ocurrido en la región - en forma relativamente acelerada en las últimas décadas- han impactado a la familia modificando su estructura, funciones y prácticas cotidianas. (Ariza y Oliveira, 1997; Arriagada, 1997; Jelin, 1993; Tuirán, 1993; Rossetti, 1991; Buvinic, 1991; Oliveira, Pepin y Salles, 1989; entre otros).

Respecto a la estructura y composición, se ha observado que el modelo predominante en las áreas urbanas de la región es el hogar nuclear, aunque este predominio está lejos de

representar al total de los hogares. Según estadísticas de la CEPAL para América Latina y El Caribe, en 1994 esta proporción oscilaba entre 55 por ciento en Paraguay y 71 por ciento en Bolivia, Brasil y México (Arriagada, 1997). Sin embargo, se destaca que se han observado proporciones relativamente importantes y a veces crecientes de hogares de tipo extenso, con un mínimo de 13 por ciento en Argentina y un máximo de 31 % en Venezuela en 1994.

Los mismos autores se refieren a otras particularidades de la estructura y composición de las familias en la región, como son la creciente monoparentalidad y jefatura femenina, la reducción del tamaño medio de los hogares, el aumento de hogares trigeracionales y unipersonales, entre otras. Dichos autores aseguran que estas características en América Latina son resultado del descenso de la fecundidad y la mortalidad, el descenso y retraso de la nupcialidad, el aumento de la maternidad precoz y en soltería, la disminución de los matrimonios legales a favor de las uniones consensuales, las rupturas conyugales, la búsqueda de relaciones de poder más igualitarias dentro del hogar por la mayor autonomía de las mujeres; así como de las tendencias económicas de los países que han obligado a las familias a migrar, y a las mujeres a buscar ingresos propios.

Así, apuntan por ejemplo, que el descenso de la fecundidad ha conllevado la reducción del promedio de miembros de los hogares; en tanto, el aumento en el promedio de años de vida de los individuos por el descenso de la mortalidad ha contribuido, por una parte, a los arreglos familiares de tipo extensos y trigeracionales, a la presencia de ancianos en los hogares y a la reducción en la proporción de hogares con ciclo joven; y por otra a los arreglos monoparentales y al aumento de la jefatura femenina, pues al significar un aumento en la duración potencial de los matrimonios, incrementa la posibilidad de que los mismos terminen en separación o divorcio (Jelin, 1993).

Respecto a la migración, se dice que ésta tiene efectos contrastantes sobre la estructura y composición de los hogares en las zonas de origen y destino, en la primera reduciendo el tamaño medio y el patrón extenso y aumentando la probabilidad de jefatura femenina -puesto que las mujeres asumen el rol de los hombres que han migrado-, y en el destino contribuyendo en ocasiones a la formación de hogares extensos, y a la jefatura femenina por el desbalance en el índice de masculinidad de la población (Charbit, 1984).

Con relación a los hogares unipersonales, los datos mencionados de CEPAL reflejan que la proporción de éstos en América Latina en 1994 oscilaba entre 3 y 15 por ciento, siendo los países en etapas más avanzadas de la transición demográfica como Argentina y Uruguay los que presentan mayor cantidad de personas residiendo solas.

Arriagada asocia esta proporción de hogares unipersonales en América Latina al aumento de la esperanza de vida de la población que conlleva la sobrevivencia femenina; y al retraso que está ocurriendo en la primera unión que conlleva una prevalencia de la soltería en algunas edades (Arriagada, 1997). Esta autora también coincide con Jelin, quien aludía al incremento de la capacidad de independencia de los jóvenes, como consecuencia de los cambios en patrones culturales que han aumentado su autonomía, y los han llevado a buscar la residencia unipersonal o nuclear, independientemente del proceso de formación de pareja o como etapa de convivencia prematrimonial (Jelin, 1993).

Las familias monoparentales, Arriagada las sitúa en proporciones que oscilan desde 17% en Bolivia y México, hasta 26% en Uruguay (Arriagada, 1997 p.14). Conjuntamente con el efecto de la mortalidad en las pautas de nupcialidad, estas proporciones reflejan cambios culturales hacia patrones de mayor equidad y autonomía personal y económica, fundamentalmente de las mujeres de la región.

Se ha observado que en América Latina la familia extensa en unidades monoparentales encabezadas por mujeres es más común que en las monoparentales encabezadas por hombre. Se dice que esto sucede porque cuando los hijos son pequeños, la madre, al quedar sola después de un divorcio o separación, tiende a buscar a algún pariente que la ayude en sus obligaciones, en los quehaceres y el cuidado de los hijos, o aportando económicamente al hogar (Blumberg, 1978; Chant, 1988); y también porque, según refiere Chant, cuando los hijos adultos se casan, las mujeres jefes, sobre todo si son viudas, por no perder el apoyo económico de sus hijos invitan a sus parientes políticos (yernos y nueras) a vivir con ellas (Chant, 1988).

Las proporciones de hogares extensos y compuestos en América Latina también se han asociado a las crisis económicas, que significan la reducción de niveles salariales, altos niveles de inflación, y el deterioro de la calidad de vida, lo que impide a los más jóvenes crear sus propios hogares, y ha situado a las familias latinoamericanas con escasos recursos ante la necesidad de unirse bajo un mismo techo para ahorrar en la infraestructura habitacional; o de apoyarse con parientes que aporten económicamente por su incorporación al mercado de trabajo.

Jefatura femenina en América Latina

La bibliografía revisada expresa que una variable muy importante del perfil sociodemográfico de los hogares es el de la jefatura; en particular la jefatura femenina, misma que aparece muy conectada a los estudios de género. Según De Barbieri, “los sistemas de género son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatomofisiológica y que dan sentido, en general, a las relaciones entre personas sexuadas” (De Barbieri, 1992).

El desarrollo y utilización del concepto de género adquiere relevancia desde la década de los 80's y busca dimensionar “las relaciones entre hombres y mujeres como producto de una construcción sociocultural e histórica que transforma las diferencias sexuales en diferencias jerárquicas”, donde “lo femenino se subvaloriza frente a lo masculino, y las mujeres, por su propia naturaleza, son sujetas a una subordinación, segregación y discriminación social” (Oliveira, Eternod y López, 1995).

Bajo esta perspectiva, el rol de género se considera un “conjunto de normas y prescripciones que dicta la sociedad y la cultura sobre el comportamiento femenino y masculino”, en tanto las relaciones intrafamiliares de género son consideradas “relaciones de poder asimétricas en las cuáles las mujeres son más propensas que los hombres a ocupar una posición de subordinación frente a sus cónyuges y padres” (Oliveira, 1995).

En medio de este contexto, la jefatura del hogar adquiere un sentido de singular importancia, y está entre los tópicos más abordados y polémicos en los estudios de familia y género en América Latina y El Caribe. Según estimaciones de CEPAL en 1994, en las zonas urbanas de 12 países de Latinoamérica la jefatura femenina alcanzaba un promedio del 20 por ciento, con un mínimo de 17 por ciento en Bolivia y México, y un máximo de 26 por ciento en Uruguay (Arriagada, 1997).

Es importante señalar, sin embargo, que las evidencias respecto a la jefatura femenina en América Latina hacen suponer que cuando la mujer está unida, el hombre es considerado el jefe del hogar. Por ejemplo, en países como México se ha encontrado que la jefatura femenina se concentra en mujeres ex unidas (Echarri, 1995; INEGI, 1999) y Arriagada sostiene que entre las jefas de la región también existe una proporción importante de mujeres solteras, por lo general jóvenes (Arriagada, 1997).

Los aportes de los estudios sobre jefatura femenina para la sociología latinoamericana han devenido de autores como Massiah, 1983; De Vos, 1987; Chant, 1988; Rosenhouse, 1989; Buvinic, 1991; Folbre, 1991; Rossetti, 1991; Acosta Díaz, 1992; Louat, Grosh y Van der Gaag, 1993; González de la Rocha, 1993 y 1997; García y Oliveira, 1994; Szasz 1995 y 1994; Echarri, 1995; Ariza y Oliveira, 1997; Arriagada, 1997; y Pedroso, 1999, entre otros.

Estos autores consideran el aumento de la jefatura femenina como un fenómeno multicausal, que incluye razones económicas, sociodemográficas y culturales, que han expuesto a la mujer a pasar un número importante de años sin cónyuge, en ocasiones como jefe de hogar. En particular, Jelin señala que en las últimas dos décadas el lugar de la mujer en la sociedad urbana ha pasado de un modelo tradicional de madre / ama de casa / esposa y dependiente de los hombres, a otra situación en la que ‘por elección u omisión’, las mujeres crecientemente ejercen su autonomía económica y doméstica (Jelin, 1993).

Ariza y Oliveira, 1997; Buvinic, 1991, Chant 1988 y García y Oliveira, 1994 se refieren a condicionantes sociodemográficos, como los cambios recientes en las pautas de nupcialidad, entre ellos el aumento de las uniones consensuales y de visita, el aumento de las rupturas matrimoniales voluntarias (por divorcios y separaciones) e involuntarias (viudez); la mayor tendencia de las mujeres a pasar más tiempo como divorciadas o separadas, en tanto los hombres contraen segundas nupcias; al aumento de la fecundidad adolescente y de la maternidad en soltería, y a otros aspectos de la dinámica demográfica como las migraciones, que provocan un desbalance entre los sexos en las zonas de origen y destino, provocando en las primeras que la mujer asuma la jefatura en ausencia del cónyuge, y en el destino -si son zonas urbanas- una mayor presencia de mujeres residiendo solas.

Otros autores han enfatizado que la jefatura femenina puede ser también una decisión individual “positiva y deliberada de la mujer misma” que puede estar reflejando una mayor auto dependencia y libertad asociada a una mayor escolaridad y mejores condiciones económicas de las mujeres (Chant, 1988; Rossetti, 1991; Jelin, 1993).

La jefatura femenina también se ha asociado a las crisis económicas. Al respecto Arriagada argumenta que las tendencias económicas imperantes y el aumento de la pobreza obligan a las mujeres a buscar ingresos propios, lo cual le genera mayor autonomía (Arriagada, 1997). De la misma forma, se ha observado en las clases populares de América Latina, que se trata de situaciones en que los esposos abandonan a sus familias al no poder cumplir su rol de género de proveedores económicos de los hogares, debido a los bajos salarios, el desempleo y el alcoholismo (Chant, 1988; Buvinic, 1991, entre otros).

Paralelamente a la comprensión de las condicionantes de la jefatura femenina, los especialistas discuten sobre la vulnerabilidad o no de estos hogares, surgiendo así el concepto de feminización de la pobreza. Al respecto se debate si en los países subdesarrollados de América Latina y El Caribe, el concepto de jefatura femenina -en ausencia de hombres- puede ser utilizado como una aproximación para identificar los hogares más pobres y desaventajados, o si, por el contrario, estos hogares gozan de relativo bienestar.

Los autores que consideran a los hogares con jefas más vulnerables, explican que las jefas están más expuestas que los jefes al desempleo, a trabajos menos calificados y mal remunerados; tienen un menor nivel de educación, por su restringido aporte en horas de trabajo en el mercado, al tener que compartir su tiempo en actividades fuera del mercado que son sin embargo importantes e imprescindibles para el bienestar de sus hijos; por tener la responsabilidad completa del hogar y problemas serios con la subsistencia y las obligaciones respecto a los hijos; e incluso por ser ellas propietarias de una cantidad considerablemente menor de bienes y contar

con un capital físico y financiero mucho más reducido. De esta forma, la mujer es considerada más pobre socialmente y más vulnerable económicamente que el hombre y se piensa que le imprime esta misma vulnerabilidad al hogar que dirige (Massiah, 1983; García Muñoz y Oliveira, 1983; García y Oliveira, 1994).

Los que defienden la posición contraria, es decir, quienes afirman que la jefatura femenina no es, necesariamente, sinónimo de vulnerabilidad, explican que estos hogares muchas veces no son mantenidos total o principalmente por el jefe, sino que muchos cuentan con alguna fuente de ingreso suplementaria o alternativa, proveniente o de un compañero conyugal –o ex conyugal- no residente en el hogar, por la ayuda de otros familiares; o por sistemas de bienestar social fundamentalmente cuando existen hijos². La jefatura femenina en presencia de cónyuge, característica si bien poco común en América Latina, no así en El Caribe como se verá más adelante, es un elemento que también podría atenuar la vulnerabilidad, en los casos en que la participación económica de los cónyuges sea efectiva.

Un último aspecto de carácter metodológico resulta también polémico en los estudios de jefatura femenina, y es el cuestionamiento que hacen algunos autores acerca del concepto de jefatura con que se ha trabajado en los censos y encuestas (Massiah, 1983; Ponce y Marfil, 1985; De Vos, 1987; Rosenhouse, 1989; Buvinic, 1991; Folbre, 1991; y Ariza y Oliveira, 1997). Estos autores plantean que este concepto, por ambivalente y en ocasiones arbitrario, puede llevar ciertos sesgos genéricos de los entrevistados, debido a las pautas culturales que reconocen a los varones el papel de proveedores económicos y autoridad moral en el hogar, a la vez que puede hacer imposible la comparación internacional por la diversidad de conceptos de jefatura femenina que se manejan; y llegar a limitar su utilidad como indicador para el diseño e implantación de políticas sociales que conciernen a los grupos familiares.

Jefatura femenina en El Caribe

Las evidencias sobre lo acontecido en diversos contextos han llevado a los especialistas a concluir que el reconocimiento de la jefatura femenina también refleja la diversidad de legados históricos y culturales, asociados a los procesos de colonización en las diferentes regiones del mundo (Folbre, 1991).

Sobre este particular se han realizado importantes aportes en El Caribe, donde se ha comprobado que la región no sólo presenta patrones de jefatura femenina mucho más altos que los que caracterizan a otras partes de Latinoamérica³, sino que además esta característica constituye un rasgo histórico y cultural muy importante de la región. (Massiah, 1983; De Vos, 1987; Louat, Grosh y Van der Gaag, 1993; Ariza y Oliveira, 1997).

Para los especialistas, este patrón de alta jefatura femenina en El Caribe se justifica por la elevada proporción de población de origen afro caribeño; la importancia de las uniones de visita (ausencia de una pareja de coresidencia), en contraste con otras realidades latinoamericanas

² Varios estudios han comprobado que los hogares no son necesariamente mantenidos por el trabajo del jefe del hogar, por ejemplo, Rosenhouse, 1989 encontró que en Perú, el 32 por ciento de los hogares no era mantenido por el jefe, siendo la cifra en el caso de los jefes mujeres de 44 por ciento.

³ Según Massiah, en El Caribe cerca del 32 por ciento de los jefes de hogar en 1970 eran mujeres (Massiah, 1983, p 18) con la más alta proporción en ST. Kitt (46.6 %) y la más baja para Guyana (22.4 %). De 14 territorios, en 8 esta autora observó proporciones de jefes mujeres superiores al 40 por ciento. Por su parte, Louat, Grosh y Van der Gaad encontraron que en Kingston, Jamaica, en 1989, existía un 46 por ciento de hogares con jefatura femenina reconocida. (Louat, Grosh y Van der Gaad, 1993)

donde predominan las uniones legalizadas o no, pero con carácter de coresidencia; la mayor flexibilidad de los modelos familiares, pudiéndose encontrar perfiles variados del modelo básico de autoridad familiar-; la centralidad del sistema matrifocal; y una mayor valoración del papel de la mujer como sostén de familia, y su reconocimiento como jefe aún en presencia del cónyuge.

Otras particularidades de la región, de carácter sociodemográfico, que pueden estar condicionando el elevado patrón de jefatura femenina son los altos niveles de embarazo entre mujeres jóvenes solteras, la escasez relativa de hombres debido al desbalance provocado en los índices de masculinidad por los procesos masivos de migración internacional, y las altas tasas de divorcio y disolución de uniones de la región (Massiah 1983; Buvinic 1990; Ariza y Oliveira, 1997; y Arriagada, 1997).

2. La interrelación entre familia y migración en América Latina

En el campo de la sociología en América Latina se han desarrollado diversas corrientes teóricas para interpretar el fenómeno de la migración interna. Desde 1960, dos enfoques se irían utilizando predominantemente (Franco Parellada, 1992). Uno que deviene de la sociología norteamericana, especialmente del estructural -funcionalismo y que introduce el sociólogo argentino Gino Germani, bajo la denominación de Teoría de la Modernización. Dicha teoría constituye un esquema conceptual que ordena los principales aspectos para el estudio de cómo y por qué se trasladan los migrantes, y cómo se adaptan. Su propuesta la orienta a través de tres niveles de análisis, uno en el que deben tomarse en cuenta las condiciones objetivas o factores de atracción y expulsión que propician los movimientos; otro normativo en el que se deben considerar las pautas normativas que en el entorno del migrante regulan la migración; y por último, el nivel psico-social que orienta tomar en consideración las actitudes y expectativas de los individuos concretos.

La otra visión es de inspiración marxista, y hace uso del concepto de dependencia para enfatizar las características históricas y estructurales que afectan al proceso de urbanización y a la migración en América Latina. Se denominó enfoque histórico-estructural y se basa en la interpretación de los fenómenos sociales a partir de la evolución de la estructura económica y social, y adaptándose a cada contexto particular, con el objetivo, no de explicar la migración, sino más bien de interpretar los problemas económicos latinoamericanos que explican la movilidad de la población. Bajo la perspectiva de análisis de este enfoque, cuyos trabajos iniciales fueron desarrollados por Fernando Cardoso, Enzo Falleto y Anibal Quijano, la estructura social y económica de la sociedad condiciona y explica los fenómenos sociales, por lo que la migración interna en los países latinoamericanos se dice que resulta como una consecuencia del propio proceso de desarrollo capitalista de la sociedad (Franco Parellada, 1992).

Aunque a ambos enfoques le fueron criticadas algunas limitaciones teóricas de sus postulados, los mismos constituyeron las corrientes sociológicas de mayor influencia en el estudio de la migración, y se convirtieron en los basamentos teóricos esenciales para la mayoría de las investigaciones sobre migración en Latinoamérica hasta la década de los 80s.

Con el proceso de desarrollo de la sociedad y del pensamiento sociológico durante -y posterior a- la década de los 80's, se produjeron otras ampliaciones y matices en la concepción teórica del fenómeno migratorio latinoamericano y en sus propuestas explicativas y tipológicas, en algunos casos con un mayor énfasis en las estructuras, y en otros en la acción social y en los actores sociales. En particular, se introdujeron modelos que incorporaron el papel mediador de la

familia, la presencia de conflictos en las relaciones familiares y sociales después de la migración, tales como las relaciones de género, y las motivaciones personales en la toma de decisiones.

En correspondencia, los procesos migratorios comenzaron a interpretarse cada vez más como fenómenos poblacionales estrechamente vinculados con las transformaciones socioeconómicas, culturales y demográficas que ocurren en el ámbito regional, local y familiar (Oliveira, 1984); que, aunque reflejan un proceso de desarrollo desigual entre regiones, sectores y grupos sociales, deben ser analizados no sólo a la luz de estas causas estructurales o contextuales, sino además tomando en cuenta la dinámica familiar, el contexto local, las relaciones de poder a nivel micro, y las circunstancias individuales (psicológicas y socioculturales) que los favorecen.

Esta vinculación de la familia con la decisión de migrar se ha estudiado frecuentemente con relación a los móviles de los movimientos, habiéndose desarrollado preferentemente dos perspectivas: la económica y la perspectiva del curso de vida.

El enfoque económico reconoce que el vínculo está dado, en lo esencial, por ser la migración una estrategia económica familiar, estimulada por los cambios macroeconómicos: la industrialización, la modernización, y la urbanización. El mismo plantea que la migración de uno o más miembros de la familia persigue el fin de asegurar los recursos materiales y humanos necesarios para la reproducción cotidiana, mismo que se alcanza mediante el envío de remesas, la incorporación de nuevos miembros, la salida de otros, o por mecanismos de intercambio de mano de obra entre grupos residentes.

Por su parte, la perspectiva del curso de vida ve la migración como un proceso sociodemográfico y su postulado básico es que la entrada de un individuo a una nueva etapa de su ciclo de vida puede modificar su movilidad espacial. En otras palabras, este enfoque plantea que la interrelación entre familia y migración responde a los cambios en las etapas del ciclo de vida individual y familiar, como por ejemplo, el matrimonio o formación familiar, la expansión de la familia, la adultez de los hijos, la salida de estos del hogar materno, y la reunificación de padres ancianos con sus hijos adultos; y puede también ser una respuesta familiar a los requerimientos de la carrera ocupacional y profesional de los miembros -a veces del jefe de familia, hijos, etc.- (Horna, 1973).

Independientemente del enfoque que han adoptado para explicar la migración, algunos especialistas también han destacado el impacto de la migración en el perfil sociodemográfico de las unidades domésticas de origen y en menor medida en las unidades de destino. En tanto otros se han referido al papel de la familia como mediadora en la toma de decisiones, o han reflexionado acerca de los sistemas de parentesco, de las relaciones de poder, y de la dinámica cotidiana en el interior de las familias; a veces desde una visión cuantitativa y otras enfocando los sentidos, significados, representaciones, normas y prácticas de los actores (Massey, 1996; Szasz, 1993; Tuirán, 1992; Torrealba Orellana, 1989; Sanderfur, 1985, entre otros).

En esta investigación se retoman estos antecedentes. La misma, como se expresó anteriormente, además de estudiar el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana, tiene entre sus objetivos centrarse en el contexto familiar del migrante para profundizar en cuatro ejes o dimensiones de análisis: la organización para la residencia de los inmigrantes en el destino; la vinculación de la familia con la motivación para migrar; las redes de relaciones familiares y sociales; y la evolución de las relaciones familiares con el origen y en el destino después del movimiento. A continuación se exponen los antecedentes teóricos que vinculan la familia y la migración, desde estas dimensiones de análisis.

La migración y el perfil sociodemográfico de los hogares: estructura, composición y jefatura de los hogares

Estructura y composición

Es ampliamente aceptado entre los especialistas, que la dinámica demográfica, a la vez que forma parte del proceso de reproducción social, influye sobre la estructura interna de los grupos domésticos en un contexto particular (Oliveira, Pepin y Salles, 1989).

En el caso de la migración -que es un componente de esa dinámica demográfica-, se afirma que la misma modifica la estructura, composición y organización de los hogares de origen y destino. Los cambios en la estructura estarían dados por el efecto sobre el tamaño del hogar, y sobre la estructura por sexo y edad de sus integrantes y de los jefes de hogares. Los cambios en la composición tendrían lugar como resultado de las transformaciones en la composición de parentesco de los miembros con el jefe, es decir variaciones en el tipo de hogar. Mientras que las modificaciones en la organización se expresarían en el efecto sobre el patrón de actividades, asignación de tareas y responsabilidades, distribución del tiempo, autoridad, relaciones de poder, entre otros.

En otras palabras, la migración ejerce una profunda influencia en las características sociodemográficas y socioeconómicas de los hogares de las zonas de origen y de destino; así como crea nuevas posibilidades para su reproducción social -entendida esta última como el proceso de estructuración de la familia y de utilización de su fuerza de trabajo. Es decir, por una parte actúa como un condicionante demográfico, y por otra como condicionante económico y social.

Por citar un ejemplo, respecto a la estructura, la migración podría implicar un efecto de menor coresidencia en los hogares de origen y un efecto de mayor coresidencia en los hogares de destino. En el destino muchas veces este efecto está mediado, como hemos señalado, por factores socioeconómicos como la insuficiente disponibilidad de viviendas, y con ello la imposibilidad de conformar nuevos núcleos familiares, sobre todo en zonas urbanas, por lo que hay cónyuges que viven separados cada uno en la casa de sus padres respectivos, o que viven en casa de uno u otro suegro; así como por factores socioculturales, por ejemplo los patrones de formación familiar.

Unido a lo anterior existen diversas opiniones respecto al efecto de la migración en la composición de las unidades familiares. Por una parte durante muchos años se tuvo la idea de la existencia de una relación inversa entre los procesos de industrialización y de urbanización, y la formación de familias no nucleares, respecto a lo cual se afirmaba que en la medida en que se produjera el desarrollo de una sociedad las familias extensas tenderían a remplazarse por nucleares independientes (Lira, 1975). Sin embargo, entre los hallazgos de otros autores como García, Muñoz y Oliveira se sostiene lo contrario, al afirmarse que, entre otros factores, un intenso proceso migratorio es condicionante de la formación de familias no nucleares en los lugares de destino (García, Muñoz y Oliveira, 1989).

Acerca del impacto de la migración sobre la organización del hogar, Szasz concluyó que ésta modifica la distribución de las responsabilidades, la capacidad de trabajo, los recursos monetarios disponibles, e incluso las percepciones de las condiciones de vida y los intereses de grupo (Szasz, 1989). Otro autor, Torrealba Orellana asegura que al reducirse el tamaño del hogar de origen se hace imprescindible la redistribución de las tareas cotidianas, cambian las relaciones de género y los patrones de autoridad de las madres frente a los hijos, en tanto en el

destino se modifica sensiblemente el modo de vida por las imposiciones de las nuevas actividades productivas, el reducido espacio habitacional y los diferentes patrones culturales (Torrealba Orellana, 1989).

Es importante señalar, no obstante, que estas transformaciones que propicia la migración en los hogares de origen y destino dependerán mucho de las características del migrante -tales como sexo, edad, relación de parentesco con el jefe del hogar, etc.-, del tiempo de la residencia en el destino, y fundamentalmente de su rol en la composición familiar de origen y destino, del tipo de actividad económica que realizan las unidades domésticas, y las opciones y oportunidades experimentadas (Torrealba Orellana, 1989).

Como se ha expresado anteriormente, en la literatura sociodemográfica en América Latina abundan los estudios que abordan la interrelación migración y familia enmarcados en las zonas de origen, lo cual ha permitido enriquecer los estudios sociológicos de migración con las particularidades de las salidas, a veces masivas, desde las zonas de origen, y sus consecuencias tanto a nivel macro estructural, como en el ámbito de la familia (estructura, composición, organización y relaciones familiares).

Sin embargo, la visión de la interrelación migración - familia en las zonas de destino ha sido abordada con menor frecuencia en la investigación sociodemográfica, y no abundan los estudios de corte comparativo que permitan diferenciar el perfil sociodemográfico de los hogares de migrantes y de nativos. Los trabajos encontrados (Corona, 1996, Glick y otros, 1996; Wolpin, 1994; Dumon, 1989; Torrealba Orellana, 1989; Massey, 1986; y Gurak, 1983), hacen referencia, por lo general, a migrantes internacionales, por ejemplo, mexicanos, dominicanos y puertorriqueños en Estados Unidos, entre otros, y no siempre a lo que sucede con los movimientos migratorios que tienen lugar en el interior de una región o país.

Esta investigación resulta novedosa en el sentido que se ha propuesto estudiar y comprender cómo se produce la organización para la residencia de los inmigrantes internos en una zona de destino, y desde una perspectiva comparativa respecto a la población nativa.

Jefatura de los hogares y migración

En la revisión bibliográfica realizada se encontraron varios estudios que se orientan, en particular, a la jefatura femenina entre migrantes, algunos de los cuales presentan la migración como un elemento explicativo del aumento de la jefatura femenina en las zonas de origen y destino, en tanto otros cuestionan esta hipótesis.

Oliveira plantea que la migración abre nuevos espacios de participación para las mujeres, lo que redefine sus relaciones con ella y con los demás. Para esta autora, en los lugares de origen, ante la ausencia de los cónyuges, las mujeres asumen en lo cotidiano la manutención, el cuidado y socialización de los hijos y la jefatura del hogar, lo que da lugar a cambios en las relaciones de género, en la convivencia familiar, y en su patrón de autoridad frente a los hijos (Oliveira, 1995).

Respecto a los lugares de destino, tradicionalmente se ha observado una alta inmigración de mujeres solas a las grandes ciudades, lo que para algunos es condición para el aumento de la jefatura femenina, puesto que estas mujeres, además de estar ejerciendo nuevas oportunidades de empleo, estarían obligadas a procurarse de un hogar donde vivir (García, Muñoz y Oliveira, 1982). Por ejemplo, Charbit encontró una correlación positiva entre un menor índice de masculinidad y una mayor importancia relativa de las familias encabezadas por mujeres (Charbit, 1984), aunque esta autora concluye ofreciéndole mayor peso al tipo de unión marital.

En contraste, algunos estudios cuestionan la apreciación anterior al encontrar que la alta inmigración de mujeres a las ciudades tiene un origen rural, y muchas de las mismas llegan como trabajadoras domésticas, pasando a residir con las familias de sus patrones como “parientes no nucleares” de los jefes, y en otros casos al llegar a la ciudad contraen matrimonio, por lo que pasan a residir como “cónyuges”, no así como jefes.

Vinculación de la familia con la motivación para migrar

Como se expresó anteriormente, en la bibliografía sociológica sobre migración y familia se pueden distinguir dos explicaciones o enfoques teóricos distintos para comprender la vinculación de la familia con la motivación para migrar: uno que define la migración como una estrategia económica familiar o individual para asegurar la supervivencia del grupo y la reproducción cotidiana de la unidad doméstica, y otra que ve la migración en el contexto familiar como una estrategia o proceso sociodemográfico, asociado al curso de vida de los individuos y de las familias.

La corriente que ve la migración como estrategia económica ha sido tratada con mucha frecuencia en los estudios de migración y familia, referida sobre todo a los lugares de origen y ha desarrollado importantes contribuciones. Este enfoque privilegia las necesidades de recursos de las unidades domésticas como el motor impulsor de la toma de decisiones. En general estos estudios han concluido que las probabilidades que tiene una familia o alguno de sus miembros de migrar están muy relacionadas con su estructura de necesidades y recursos en el lugar de origen, conjuntamente con las limitaciones en los mercados de trabajo locales, con lo cual los hogares de origen hacen de la migración una de sus estrategias de vida⁴, y estimulan a algunos miembros a migrar como una forma de aliviar la situación existente en el origen, ya que se reduce la cantidad de miembros que consumen, y/o se incrementa el aporte de los que producen al compartir las ganancias de la migración (Massey, 1986).

En el marco de esta corriente, se ha dado una amplia difusión a las investigaciones cuyo objeto de estudio ha sido la migración laboral (Szasz, 1993; Torrealba Orellana, 1989; Dandler y Medeiros, 1988; Massey, 1986), considerando entre los móviles de los movimientos la búsqueda de empleo y de recursos financieros para la manutención de las familias de origen, la falta de oportunidad de quedarse ante las crisis económicas familiares, las limitaciones en los mercados de trabajo en los lugares de origen, etc., y en algunos casos como una alternativa ante la falta de efectividad de otras estrategias económicas del hogar.

Una evidencia concreta respecto a esto último la ofrece Szasz en una investigación sobre migración temporal y reproducción campesina, al concluir que en los hogares se desarrollan múltiples estrategias económicas alternativas, dentro de la cual la migración es una más, utilizada en unos casos y en otros no (Szasz, 1993).

Torrealba Orellana al estudiar el efecto de la migración en las familias latinoamericanas concluye que en esta región la decisión y el acto de migrar constituyen una respuesta selectiva que ocurre dentro de la familia, y que adopta características de estrategia de supervivencia. El propósito de esa estrategia, refiere, es garantizar la conservación y reproducción del grupo

⁴ Las estrategias de vida familiares se refieren a la forma en que las personas se organizan -y responden, dentro de un rango determinado de opciones-, para satisfacer y asegurar la reproducción material y biológica (Torrado, 1983). Incluyen las estrategias para la generación y aumento de eficacia de los recursos (Tuirán, 1993), y estrategias en el campo demográfico, como la modificación en los patrones de reproducción y de formación de uniones de los miembros, las migraciones, por ejemplo, la retención de hijos en el origen, o el envío de hijos a la migración temporal (Szasz, 1989), entre otras

familiar, lo cual sólo se alcanza cuando se dispone de los recursos esenciales mínimos para satisfacer las necesidades básicas de cada miembro del núcleo familiar (Torrealba Orellana, 1989).

Por su parte, estudiando la importancia de la migración temporal internacional de bolivianos de Cochabamba a Buenos Aires y a otras ciudades de Argentina, Dandler y Medeiros concluyen que este movimiento es una alternativa elegida por hogares rurales y urbanos con el objetivo de diversificar y consolidar la economía doméstica (Dandler y Medeiros, 1988). Para estos autores la migración provee capital que ayuda a los hogares y les permite desarrollar ciertas actividades productivas que no dependen necesariamente de estrategias para ganar ingresos, sino más bien de la diversificación económica y del autoempleo. Para los migrantes rurales, llegar a Argentina les provee recursos y cierta experiencia para la adaptación a los patrones de empleo urbanos y les permite desarrollar diversos recursos y negocios. Estos migrantes no abandonan el campo, sino mantienen una doble residencia, con lo cual preservan los lazos familiares, el acceso a la tierra, la producción y muchos contactos que son cruciales para sus empresas comerciales (Dandler y Medeiros, 1988).

Los estudios que se refieren a las familias de destino desde esta perspectiva evalúan el aporte económico de la incorporación de nuevos miembros a la fuerza de trabajo del hogar de destino, o en el caso de las mujeres, a facilitar con su trabajo doméstico la participación económica de otros corresidentes.

Por su parte, la perspectiva del curso de vida explica la migración como un resultado de los procesos sociodemográficos relacionándola con eventos biográficos importantes o transiciones del curso de vida individual, y con las etapas del ciclo de vida –tradicional- de las familias, es decir, con las etapas de formación, expansión, fisión y reemplazo (United Nations, 1993).

Entre los principales eventos del curso de vida individual que se han encontrado interrelacionadas con la migración están: eventos en la esfera de la educación, la ocupación -búsqueda, pérdida, cambio y/o retiro del empleo-, la familia y las carreras del hogar como el matrimonio y su disolución, la maternidad, la salida de los hijos del hogar; las experiencias migratorias pasadas, y la interpretación que los sujetos hacen de las diferencias territoriales en las condiciones de vida y la estructura regional de oportunidades.

Los estudios que relacionan la migración con el ciclo de vida familiar afirman que existe una estrecha vinculación entre la etapa del ciclo vital de los hogares de origen y la probabilidad de que estos tengan o no miembros migrantes. Por ejemplo, se explica que en una unidad doméstica nuclear y de ciclo joven el jefe, por lo general el hombre, tiene mayores probabilidades de movilizarse, mientras que las madres es más posible que migren en etapas más avanzadas del ciclo vital familiar -cuando ya no hay hijos pequeños que atender- (Arizpe, 1980). Asimismo los hogares tienen más miembros migrantes en su etapa de fisión, cuando los hijos ya mayores comienzan a salir del hogar paterno.

Al respecto, un ejemplo ofrece Tuirán, (1992) cuando concluye que “la mayor parte de los migrantes (mexicanos a Estados Unidos) pertenecen a unidades domésticas en etapa de fisión” -es decir hogares con al menos un hijo casado o uno en edad de contraer matrimonio y que empiezan a salir del hogar-, y a unidades en etapas de reemplazo -cuando todos los hijos están casados o en edad de casarse-. En este orden de pensamiento, las unidades con ciclo joven quizás tendrían mayor capacidad para recibir migrantes y las que atraviesan por la etapa de fisión mayor capacidad para cederlos.

Por su parte, Miller encontró que la probabilidad de migrar -de al menos una parte de los miembros- fue mayor en familias en un estado avanzado del ciclo de vida; que habían experimentado una movilidad anterior y habían recibido remesas, comparadas con familias nucleares jóvenes sin esos atributos (Miller, 1976). Aisladamente, otros estudios se refieren a condicionantes como el matrimonio y divorcio; el desarrollo sociocultural; el desarrollo profesional de hijos y parientes; y la asistencia a centros de salud.

Sandenfur examina la migración en tres etapas del ciclo de vida: soltería, matrimonio sin hijos en el hogar, y matrimonio con al menos un hijo. Este autor afirma que las tasas de movilidad declinan cuando los individuos se casan y tienen hijos, al encontrar que hombres solteros, y casados sin hijos, tenían las más altas tasas de migración; y los que tienen hijos las menores (Sandenfur, 1985).

Respecto a la vinculación entre la migración y el ciclo vital de los hogares en el destino, parece existir mucho menos evidencia teórica, metodológica y empírica. En sentido general, se espera que el tipo de hogar al que pertenecen los migrantes en el lugar de destino también tenga cierta relación con la etapa del ciclo de vida del individuo, y de la familia que lo recibe. Por ejemplo, los migrantes pudieran incorporarse a unidades de parientes jefes muy adultos, en ciclo familiar tardío, cuando ya se ha producido la salida de los hijos del hogar y/o la muerte de un cónyuge, o por el contrario a unidades con ciclo joven -etapa de nacimiento de hijos- donde podría ser necesaria la ayuda de algún “otro” familiar residente.

En este estudio se ofrecen elementos que evidencian que la perspectiva del curso de vida es también parte de la explicación de la experiencia migratoria en el entorno habanero.

Redes familiares y sociales y migración

Una dimensión de los estudios de familia y migración que también será abordada en esta investigación es la de las redes de relaciones familiares y sociales. En el contexto familiar, Oliveira, Pepin y Salles definen a las redes familiares y sociales como relaciones que articulan a las unidades domésticas con grupos, individuos y contextos exteriores a ellas. Según refieren estos autores, se trata de grupos de interacción, entendidos como una extensión del espacio familiar que, en determinadas circunstancias, desborda el espacio residencial, y que desempeñan un papel importante en la reproducción de estos grupos, ampliando su información y conocimiento de aquellos aspectos que rebasan el marco del hogar e incluso de la localidad (Oliveira, Pepin y Salles, 1989). Estas redes, no obstante, varían en tiempo y espacio, y en condiciones específicas pueden ser más importantes y en otras menos relevantes (Roberts, 1973, citado por Oliveira, Pepin y Salles, 1989).

Varios autores se han referido al papel de estas redes en los movimientos migratorios, coincidiendo en que las mismas juegan un rol determinante tanto en que se produzca o no el movimiento, como en que éste sea un fracaso o un éxito.

Jelin afirma que las redes familiares son las que dan el contexto humano y de relaciones a la experiencia migratoria, y encontró que en ocasiones las mismas son más confiables que los mecanismos formales. Según esta autora, estas redes funcionan como recursos para la solución de los problemas cotidianos cuando no se tiene acceso a vías alternativas, o cuando estas fallan o fracasan” (Jelin, 1993).

En cuanto a su efecto en las corrientes migratorias, se ha comprobado que las probabilidades de migración, y el rendimiento de las mismas, van a ser afectadas substancialmente por el entorno familiar del migrante y por la existencia de redes sociales y

familiares en el destino. En particular, la propuesta de Massey refiere que a mayor acceso de los migrantes a las redes sociales, mayor será su probabilidad de migración (Massey, 1990)

Refiriéndose a la migración internacional, Lindquist concluyó que si bien los desbalances estructurales proveen las condiciones para los movimientos potenciales, estos movimientos potenciales se traducen en flujos migratorios sólo cuando los lazos entre varios individuos, lugares y estructuras son realmente activados mediante redes sociales. Una vez que esas redes se activan, surge un sistema migratorio en forma de cascada, que tiene lugar conjuntamente con una serie de relaciones interpersonales” (Lindquist, 1993).

Dumon también coincide con estos autores al referir que las redes se establecen como resultado de migraciones sucesivas, y que tienen un carácter multiplicador. Así, considera que la migración de más miembros es estimulada y facilitada por la existencia de aquellos que ya están en el destino. Sin embargo, este autor también coincide con Jelin en que estas redes actúan al ser activadas por los migrantes, aunque no como el primero, sino como el último de los recursos, es decir, en caso de que otras posibilidades no hayan funcionado, no estén disponibles o sean muy costosas (Dumon, 1989).

Al establecer un modelo para estimar la migración interna e internacional desde áreas rurales mexicanas, García Espana concluye que las redes de conexión son el determinante más importante de la migración a cualquier lugar, y en la medida en que estas son más sólidas confieren cierta institucionalización al proceso y disminuyen la importancia de otros factores. Solo a niveles bajos de migración este autor encontró que los factores del hogar son más importantes que las redes (García Espana, 1992).

Jelin delimita el funcionamiento de las redes según las clases sociales. Al respecto, plantea que en las clases más bajas la red funciona en el momento de la llegada, proveyendo a los migrantes un lugar donde pernoctar en los primeros días, así como contactos que le permitan una inserción relativamente fluida en el mercado de trabajo. En tanto en clases medias y altas, se acostumbra a mandar a los hijos a las escuelas, descansando en redes de parentesco que aporten un lugar de residencia y la manutención cotidiana de los jóvenes (Jelin, 1993).

Además del papel de las redes en el desencadenamiento de los movimientos migratorios, se ha estudiado su importante rol en la adaptación de los migrantes a las sociedades de destino. Algunos autores refieren que en el destino estas redes favorecen el establecimiento de nuevas estrategias de sobrevivencia que incluyen la asistencia familiar, financiera y social entre las familias migrantes y los individuos de la misma nacionalidad (Torrealba Orellana, 1989), así como confieren el soporte emocional –compañía, identificación, pertenencia y satisfacción de necesidades de amor y afecto (Massey, 1986).

Este mismo autor alega que además estas redes reducen los costos de la migración, al proporcionar información, contactos y en ocasiones albergue, servicios y dinero; y por consiguiente aumentan los beneficios netos de la misma, permitiendo a los nuevos migrantes un trabajo seguro, canales de información y comunicación, así como preservar los rasgos culturales más distintivos (Massey, 1986).

Brambila, en su estudio sobre México, detectó la existencia de una alta coresidencia de familias migrantes bajo una misma unidad doméstica, indicando que los núcleos migrantes se insertan en los hogares de otros migrantes, preferentemente del mismo lugar de origen, y forman redes urbanas que representan la fuente más importante de recursos en tiempo de necesidad, enfermedad o emergencia (Brambila, 1985).

Para Walker y Hannan, sólo los primeros migrantes se localizan en los lugares donde hay disponibilidad de empleo y los ingresos son mayores, y esta situación cambia una vez que se ha

establecido en ese destino una comunidad étnica, ocurriendo que los nuevos arribantes se establecen en el enclave étnico una vez que llegan, en lugar de buscar un asentamiento o localidad económicamente mejor (Walker y Hannan, 1989, p174). En específico, estos autores han planteado: “consideraciones no monetarias hacen al desempleo en un enclave étnico más soportable y satisfactorio que el pleno empleo en un medio ambiente menos familiar” (Walker y Hannan, 1989, p174).

Sobre este particular, Massey refiere que cuando las redes sociales están bien desarrolladas y hay garantía de empleo en el destino, el riesgo de volver a migrar se reduce considerablemente. Una vez que la migración en masa se ha desarrollado, dice, ésta continúa perpetuamente y se hace inmune a los cambios en las tasas de salario, empleo o políticas gubernamentales de inmigración” (Massey, 1990).

Sin embargo, algunos investigadores aseguran que la naturaleza y el grado de influencia de las redes familiares en la migración individual no son homogéneos para todos los miembros de la familia por igual. Así, refieren que dicho efecto varía para los diferentes miembros en dependencia de su sexo, rol y posición dentro del hogar, digamos si son hijos adultos, o jefes de familia, o mujeres, así como en dependencia de definiciones culturales acerca del comportamiento apropiado.

Por ejemplo, Riley y Gardner encontraron que a edades jóvenes las familias tratan de asegurar la residencia de mujeres en el destino, en el hogar de familiares o amigos (Riley y Gardner, 1993). Por su parte, Lindstrom demostró que la importancia de las redes familiares en la migración de mexicanos a Estados Unidos tenía un carácter no homogéneo, al tratarse de hijos varones, jefes de familia, hombres o mujeres (Lindstrom, 1991).

Finalmente, es necesario señalar que a pesar de la importancia social de las redes de relaciones, estas cumplen una función limitada y temporal. Respecto a este particular, Jelin señala: “las redes de ayuda mutua no pueden remplazar la ausencia o crisis de los servicios de bienestar del estado; estas redes pueden llegar a fortalecerse en estas situaciones, pero también a destruirse cuando la carga de demandas es excesiva para los recursos y las personas que deben satisfacerlas (Jelin, 1993).

Relaciones familiares y migración

Muy cercano a los argumentos de las redes de parentesco, algunos estudios se han referido a las relaciones familiares que se establecen entre los migrantes y los familiares y amigos, tanto del lugar de destino como del de origen, después de la migración. Al respecto los especialistas se cuestionan si en el contexto familiar ésta implica una ruptura, o un fortalecimiento de las relaciones entre los miembros.

Los que sostienen la hipótesis de ruptura alegan que la llegada de un migrante es un elemento de conflicto en la unidad de destino, que puede intensificarse en la medida en que la unidad se hace más extensa o que los vínculos familiares son más “lejanos”; puesto que involucran relaciones entre un mayor número de miembros, lo mismo parientes que no parientes, que puede hacer más complejo el proceso de comunicación, de cooperación y de definición de objetivos comunes de todos los miembros del hogar. Dicha situación pudiera tener su expresión también en lo que Ares definió como familias poco cooperativas, o familias con un patrón más cercano a la “coexistencia pacífica”, es decir, donde no hay ni conflicto ni cooperación, sino que cada cual hace lo que le parece (Ares, 1990).

Desde esta misma perspectiva, refiriéndose a las familias campesinas de origen, Pepin y Rendón encontraron que la migración promueve mecanismos que limitan y dificultan la

producción campesina al retirar de forma permanente o temporal la fuerza de trabajo requerida en el predio (Pepin y Rendón, 1989); lo cual impactará las relaciones entre los miembros que se quedan. La adaptación a nuevos roles para suplir las actividades del migrante probablemente conllevará tensiones y conflictos dentro de la unidad familiar en el origen, modificando las relaciones y el impacto social de los movimientos.

Sin embargo, otras investigaciones de migración y familia en América Latina han reconocido que aún cuando el proceso envuelve tensión y estrés, las familias sí pueden llegar a adaptarse a los nuevos lugares, y la crisis que causa la migración, aunque puede causar debilitamiento y erosión en los lazos familiares, también puede llevar a relaciones familiares y parentales más sólidas, pues como Dumon plantea, "los familiares en el destino ayudan a los nuevos migrantes a adaptarse a las nuevas condiciones, tanto emocional como materialmente, con lo cual los lazos de parentesco tienden a consolidarse" (Dumon, 1989).

La vinculación con la familia de origen se produce con migraciones de ida y vuelta, pero muchas veces estas visitas comienzan a hacerse muy esporádicas y pasan a ser sustituidas por correo, teléfono y remesa de dinero y productos desde el destino; en tanto las situaciones de la vida cotidiana obligan a buscar apoyo, compañía comprensión y solidaridad, en primera instancia, en aquellas personas que se tienen cerca y con quienes se convive, más que en las familias lejanas, lo cual también contribuirá a que se fortalezcan las relaciones entre migrantes y familiares o amigos en el destino.

Lo mismo podría ocurrir en los lugares de destino. En todo caso, las relaciones van a depender de qué tan involucrados -e interesados- estén los miembros, tanto migrantes como no migrantes, en relaciones de apoyo, servicios y ayuda mutuos. De cualquier forma, podría esperarse que este sistema de relaciones que se desarrolle después de la migración incida en la adaptación de los migrantes. En otras palabras, que el grado y rapidez de la adaptación van a depender no solamente de las características demográficas y socioeconómicas de los migrantes, sino además de cuan inmersos estén los mismos, y de qué tanto puedan contar con relaciones de solidaridad en su lugar de destino. La posición del migrante en el sistema de autoridad y poder va a depender de su aporte económico, de su apoyo en tareas domésticas, de la edad y el sexo, así como del vínculo de parentesco que lo una con el jefe del hogar.

La revisión de toda esta problemática teórica y metodológica relacionada con la familia y la migración ha proporcionado elementos de análisis que parecen muy convenientes e interesantes de investigar en el contexto histórico cubano. En virtud de los mismos se inicia esta investigación, que permitirá conocer la estructura y composición de los hogares de la Ciudad de La Habana, profundizar en la organización para la residencia de migrantes y no migrantes; y ejemplificar desde la experiencia de algunos migrantes, ciertos escenarios de la vinculación de la migración con las redes de parentesco y con las relaciones familiares, que son parte de la experiencia migratoria de esta ciudad capital.

Los antecedentes del contexto socioeconómico y demográfico que orientan y justifican esta investigación en la capital cubana, así como la propuesta metodológica para el estudio, se refieren en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO II

FORMULACIÓN METODOLÓGICA Y TÉCNICA DE LA INVESTIGACIÓN

1. Fundamentación y formulación de la investigación

Al presentar este estudio se expuso que esta investigación parte del interés de actualizar el conocimiento acerca del perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana, información que no había sido captada en el país desde 1981, por lo que la investigación, en este sentido, será un aporte importante a los estudios de población en Cuba.

Asimismo, se puso de manifiesto que el hecho de ser Ciudad de La Habana un área receptora de migrantes con saldos positivos entre los más significativos del país, confieren una importancia singular a la necesidad de conocer cómo se organizan los migrantes para residir en familia, y en general como se insertan migrantes y no migrantes en la estructura residencial de la ciudad, así como ilustrar elementos relacionados con el significado de sus movimientos en el orden personal y familiar.

Por último, se expresó que el hecho de que en Cuba no existan antecedentes de estudios que vinculen la estructura de las unidades domésticas de su ciudad capital con la migración interna, justifica por demás la necesidad e importancia de esta investigación.

Como también se señaló en esa fundamentación, las primeras tabulaciones de la Encuesta Nacional de Migraciones Internas -que constituirá la principal fuente de información de esta investigación-, indicaron que en Ciudad de La Habana el número de hogares con la totalidad de sus miembros migrantes representaba un 7 por ciento del total de la ciudad, y que en el 55 por ciento de los hogares vivía al menos un migrante que tenía entre 15 y 64 años. Asimismo indicaron que los motivos y/o determinantes familiares –‘matrimonio-divorcio’, ‘presencia de familiares y amigos en el destino’, ‘aquí nació, vive mi familia’, ‘acompañando a familiares’.- estaban entre los argumentos más frecuentes al hacer referencia a los móviles de la migración.

Sin desconocer el trasfondo socioeconómico de la mayoría de los movimientos poblacionales, y el hecho de que los mismos son resultado de una interacción de variables estructurales, familiares e individuales, los elementos expuestos anteriormente, parecen estar proporcionando fundamentos idóneos para identificar un tipo de migración hacia la capital cubana con implicaciones muy vinculadas a la familia.

Cualesquiera que hayan sido los determinantes de esta inmigración, vale la pena preguntarnos cómo se organizan estas personas para residir en el destino, y qué impacto tienen esos flujos migratorios sobre el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana. Esta es la razón de ser de esta investigación, que se ha propuesto responder a la siguiente interrogante: ¿cuál era la relación entre el perfil sociodemográfico de los hogares y la presencia o no de miembros migrantes en Ciudad de La Habana en 1995?. Para ello, es necesario responder a dos cuestionamientos medulares. En primer lugar, ¿cuál era el perfil sociodemográfico que tenían los hogares de Ciudad de La Habana?, en segundo lugar responderemos ¿cómo se insertan los migrantes y no migrantes en la estructura residencial encontrada?; ¿si ambos grupos aportan por igual a este patrón o tienen formas de organización diferentes?.

Como un tercer eje de análisis, las evidencias de la ENMI'95 despertaron también la inquietud de explorar las redes y relaciones familiares de los migrantes con sus hogares de origen y de residencia actual, lo que dio lugar a nuevas interrogantes acerca del significado de la migración, el papel de las redes de parentesco en los movimientos migratorios, y qué características asumen las relaciones afectivas del migrante con sus familias de origen y destino.

Se intentará explorar estos aspectos en algunas entrevistas a profundidad, con el propósito de comprender algo del sentido de la migración, de los arreglos familiares y de la toma de decisiones para la residencia de los migrantes de Ciudad de La Habana. La finalidad del análisis de estas entrevistas- y en general de esta última parte de la investigación- no será construir o delimitar patrones de comportamiento poblacional como en el caso de los dos capítulos anteriores de corte cuantitativo y probabilístico, sino sólo ilustrar posibles significados de los comportamientos migratorios y su relación con la familia. Los factores que se encuentren podrán ser aprovechados como hipótesis causales de la organización para la residencia de los migrantes en Ciudad de La Habana en investigaciones futuras que aborden específicamente este tema de la toma de decisiones.

2. Objetivos e hipótesis

Para dar respuesta a las preguntas de investigación, el objetivo central de esta tesis será determinar las relaciones entre el perfil sociodemográfico de los hogares y la presencia de migrantes en ellos, para lo cual nos planteamos tres objetivos específicos:

1. Construir el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana en 1995.
2. Determinar como estaban organizados los migrantes y no migrantes respecto a la residencia, en particular en qué tipo de hogares vivían predominantemente y cuál era su posición en la estructura de parentesco.
3. Presentar algunos elementos relativos al significado de la migración, al papel de las redes de parentesco, y sobre las relaciones familiares de los migrantes con las familias de origen y destino, que forman parte de la experiencia migratoria de Ciudad de La Habana, y que permitan ofrecer elementos analíticos o nuevas ideas para investigaciones futuras.

El eje central de análisis sugiere que Ciudad de La Habana puede presentar características distintivas en el perfil sociodemográfico de sus hogares, y en particular una alta proporción de estructura no nuclear, dadas por el contexto social y económico particular de Cuba, así como porque los volúmenes de migración neta son tan altos que podrían estar incidiendo en este perfil, es decir, se piensa que la elevada presencia de migrantes en los hogares de la ciudad, puede estarse comportando como uno de los determinantes del patrón de hogares no nucleares que se espera encontrar.

Una primera hipótesis que surge de este eje central, plantea que en Ciudad de La Habana es posible encontrar una importante presencia de hogares no nucleares y de monoparentalidad femenina, debido al déficit de vivienda existente, a los patrones relativamente altos de nupcialidad y divorcialidad, a los antecedentes culturales caribeños, y a la posición relativamente favorable que ha alcanzado la mujer en la sociedad cubana.

Una segunda hipótesis sugiere que, en este contexto, la condición migratoria de los individuos –el hecho de ser migrante en Ciudad de La Habana- ésta asociada, de manera más intensa respecto a los no migrantes- al tipo de residencia no nuclear, y a una posición de menor jerarquía en la estructura de parentesco dentro del hogar de destino -fundamentalmente cuando son migrantes recientes-, debido a que, por el déficit habitacional de la ciudad, a los migrantes se les dificulta más que a los nativos la formación de hogares independientes, por lo que los mismos al llegar se incorporan a unidades ya formadas y tienen que permanecer residiendo en

ellas por un largo período de tiempo; y cuando logran formar sus hogares independientes, después de varios años, posiblemente ayudan a la migración de otros parientes y no parientes.

Finalmente, y con relación al tercer eje de análisis, se piensa que estas migraciones, independientemente de los móviles que las generan, están insertas en redes de apoyo familiar que las alientan y sostienen. Las familias de destino se preparan para recibir y dar cobijo a los migrantes el tiempo que sea necesario. Una larga estadía con familiares en el destino pone de manifiesto relaciones de poder y dependencia que pueden lo mismo, contribuir a fortalecer las relaciones de los migrantes con los familiares y amigos con los cuáles residen en el destino, como ir en detrimento de estas relaciones y de las motivaciones comunes, tema que, ya se ha dicho, se abordará aplicando técnicas de análisis cualitativo.

Para abordar estos objetivos e hipótesis de investigación, se trabajará con base en las siguientes **preguntas específicas**:

Objetivo 1. Construir el perfil sociodemográfico que tenían los hogares de Ciudad de La Habana en 1995: su tamaño, estructura, composición, ciclo vital, rasgos predominantes en la jefatura, y la ubicación de la población en la estructura de parentesco.

Las preguntas que orientarán el estudio de este objetivo serán:

- 1) ¿Cuáles son las características sociodemográficas de las unidades familiares de Ciudad de La Habana: la distribución de los diferentes tipos de hogares por relación de parentesco con el jefe (unipersonales, nucleares, extensos y compuestos); su tamaño, complejidad y ciclo vital familiar?.
- 2) ¿Cuáles son las características predominantes en la jefatura: las características de los jefes por sexo, edad, tasas de jefatura específica por edad y sexo, situación conyugal, educación y empleo?
- 3) ¿Cuáles son las características sociodemográficas y la ubicación en la estructura de parentesco de la población residente en los diferentes tipos de hogar?.

Objetivo 2. Determinar cómo estaban organizados los migrantes y no migrantes respecto a la residencia, en particular, en qué tipo de hogares predominantemente vivían, y cuál era su posición en la estructura de parentesco dentro de los hogares de residencia habitual.

Las preguntas que orientarán el estudio de este objetivo serán:

- 1) ¿Qué proporción de los hogares de Ciudad de La Habana está involucrada en el fenómeno migratorio?; ¿cuál es la distribución de los diferentes tipos de hogares según condición migratoria de sus miembros (sin migrantes, sólo migrantes, y mixto) y cuáles son los rasgos sociodemográficos característicos de estos tipos de hogar?.
- 2) ¿Cómo están organizados los migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana respecto a la residencia; en qué tipo de hogar viven, y cuáles son las características de estos hogares; tipo, tamaño, tipo de jefatura, etc.?; ¿la condición de ser migrante guarda alguna relación con las probabilidades de residencia no nuclear?
- 3) ¿Es diferente la ubicación en la estructura de parentesco de migrantes y no migrantes?, ¿ocupan los migrantes posiciones de menor jerarquía?; ¿qué tan importante es el tiempo de la residencia de los migrantes en la Ciudad para definir sus arreglos para la residencia y su posición en el hogar?
- 4) ¿Cuál es la participación de migrantes y no migrantes entre los jefes de hogar de Ciudad de La Habana?, ¿cuáles son las probabilidades de jefatura de migrantes y no migrantes, las características sociodemográficas de estos jefes, así como el tipo de hogar que con mayor frecuencia forman unos y otros?.

Objetivo 3. Presentar comportamientos relativos al significado de la migración, sobre el papel de las redes de parentesco, y sobre las relaciones familiares de los migrantes con las familias de origen y en el destino, que forman parte de la experiencia migratoria de Ciudad de La Habana, y que permitan aportar elementos analíticos o nuevas ideas para investigaciones futuras

Las preguntas que orientarán la búsqueda de este objetivo serán:

1) ¿Cómo perciben los migrantes entrevistados sus razones y motivaciones para migrar?; ¿cuáles procesos de la vida cotidiana pautaron su toma de decisiones y qué ha significado la misma en el orden personal?.

2) ¿Cómo perciben los migrantes entrevistados la influencia de la presencia de amigos y familiares en el lugar de destino -por ejemplo, la posibilidad de llegar a hogares de parientes o amigos- en sus motivos y decisión de migrar y en su inserción en el lugar de destino?. Específicamente, ¿cómo perciben el papel de las redes sociales y familiares en el lugar de destino en cuanto al apoyo recibido?.

3) ¿Cómo perciben la influencia de su migración en sus relaciones con la familia de destino y con la de origen, es decir, cómo perciben que la migración ha impactado su propia inserción, relaciones y calidad de vida familiar?.

3. Formulación metodológica y técnica: universo, temporalidad, unidades de análisis, fuentes de información y estrategia global de investigación.

Universo, temporalidad y unidades de análisis

El universo de estudio de esta investigación será la población de 15 a 64 años, migrante y no migrante, de Ciudad de La Habana, en el marco de sus hogares de residencia.

Se utilizarán dos unidades de análisis: los individuos -migrantes y nativos-; y los hogares, definidos éstos con base en dos tipologías, una por relación de parentesco donde se identificarán los hogares unipersonales, nucleares, extensos, y compuestos; y otra según la condición migratoria de sus miembros: los que tengan todos sus miembros migrantes; todos no migrantes; o donde existan migrantes y no migrantes.

Se establecerá un análisis comparativo por características migratorias de las unidades de análisis, es decir, de acuerdo a que los individuos y hogares sean migrantes o no migrantes-; y, dentro del grupo de migrantes, se compararán según el tiempo de la residencia en la ciudad -migrantes antiguos y migrantes recientes-. Las variables a comparar serán la estructura y composición de los hogares.

Características de las fuentes de información

Encuesta Nacional de Migraciones Internas'95

La Encuesta Nacional de Migraciones Internas (ENMI'95), constituye una de las fuentes de información de esta investigación. La misma fue diseñada y aplicada en Cuba en 1995. Para la investigación se utilizará la base de datos conformada para la Ciudad de La Habana, cuya muestra, seleccionada de forma multietápica y proporcional al tamaño de los asentamientos⁵, asegura la representatividad proporcional de la provincia en su totalidad -y de los inmigrantes que en ella residen. En los capítulos IV y V se utilizará esta base de datos.

⁵ SAP: Sistema de asentamientos poblacionales. La ENMI se diseñó para que fuera representativa de 5 niveles del SAP: Nivel 1: Ciudad de La Habana; Nivel 2: Cabeceras provinciales; Nivel 3: Otros asentamientos urbanos; Nivel 4: Asentamientos rurales mayores de 200 habitantes y Nivel 5: Asentamientos rurales menores de 200 habitantes y población dispersa.

El instrumento utilizado para la captación de la información en la ENMI'95 fue un cuestionario que contenía 5 secciones, cada una de ellas con objetivos específicos, y dirigidas a personas específicas (Anexo II). Las secciones I y II correspondieron a un "Cuestionario de la vivienda" y un "Cuestionario del núcleo" respectivamente. La Sección III correspondía a un "Cuestionario individual para todas las personas entre 15 y 64 años"; en tanto la Sección IV era un "Cuestionario individual para los inmigrantes entre 15 y 64 años" . Esto último se refiere al momento de la encuesta.

La muestra de la ENMI para Ciudad de La Habana incluyó aproximadamente 4360 hogares, en los cuales residían alrededor de 15 176 personas en el momento de la encuesta. De ellas 10347 -68.2% del total- fueron seleccionados para responder el cuestionario individual por tener edades entre 15 y 64 años. Una caída de muestra de 9,6 por ciento resultó en que la entrevista individual se aplicó a 9,982 personas entre 15 y 64 años, de las cuales resultó que el 42.6 por ciento eran nativos de Ciudad de La Habana (4,251), y el 57.4 por ciento habían nacido en otros lugares del país (5,731). De este grupo de inmigrantes, 63 de cada cien (36 % del total de entrevistados) habían llegado a la Ciudad con menos de 15 años de edad, mientras que el 37 por ciento (21.3% de los 9,982 entrevistados) habían inmigrado a la Ciudad cuando tenían 15 o más años edad.

Para el análisis de la base de datos se ha utilizado el Sistema SPSS para Windows. Todas las tablas y gráficos que presentaremos han sido producidos con la utilización de los programas estadísticos contenidos en dicho sistema computacional.

Entrevistas a profundidad

Además de la información de la ENMI'95, se analizará información cualitativa obtenida de entrevistas en profundidad realizadas a algunos migrantes en Ciudad de La Habana. Este análisis permitirá relacionar la experiencia individual de estos informantes, con el contexto socio-cultural cubano, con la estructura de opciones y oportunidades, y con la manera en que estos migrantes reproducen en sus acciones la percepción o significado que le atribuyen a su decisión de trasladarse a Ciudad de La Habana, a la presencia de familiares en el lugar de destino, y a sus relaciones familiares después de la migración, lo que permitirá plantear nuevas interrogantes o hipótesis para los estudios de migración interna y familia.

La selección de personas para las entrevistas en profundidad se realizó tomando como criterio que fueran inmigrantes residentes en Ciudad de La Habana, de ambos sexos, y que hubieran realizado el movimiento después de los 15 años de edad. Además, se tomaron en cuenta para la selección otros criterios, como por ejemplo, incluir migrantes con diferentes edades al migrar, y con procedencia desde diferentes niveles del Sistema de Asentamientos Poblacionales (SAP). Lograron efectuarse 11 entrevistas en profundidad, cuatro a hombres y siete a mujeres, que habían inmigrado a la ciudad entre uno y 20 años antes, en su mayoría profesionistas, y provenientes de la región central y oriental. De ellos, la mayoría habían hecho los estudios universitarios en su lugar de origen. Excepto en uno de los casos que migró con más edad, el resto de estas personas experimentaron la migración entre los 16 y los 25 años, es decir edades en que están en plena consolidación del desarrollo personal y familiar.

Para la realización de las entrevistas se empleó como herramienta de investigación una guía semiestructurada, que estimulaba en un inicio al recuento de la historia de vida y del significado de la migración. Posteriormente, la misma comprendía preguntas específicas acerca de la experiencia migratoria, que se centraban en los principales ejes de análisis que se habían

predeterminado: el significado de la migración, el papel de las redes sociales y familiares y las relaciones familiares después de la migración.

Se buscó que las preguntas invitaran a la reflexión, y a la historia y se formularon lo suficientemente amplias como para permitir a los individuos marcar sus temas, construir sus discursos y ofrecer el contexto, sus connotaciones simbólicas y sus asociaciones, de modo que al analizarlas permitieran entender cómo se construyeron los significados de la migración para estos individuos. La guía utilizada para las entrevistas aparece en el Anexo 3.

Estrategia global de investigación

En la investigación se describen y se proponen explicaciones sobre situaciones relativas al perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana y su relación con la presencia de inmigrantes internos en los hogares de este lugar de destino. A la vez se explora en la experiencia de las relaciones familiares de algunos migrantes para plantear interrogantes o hipótesis para investigaciones futuras.

Primeramente se presentarán datos secundarios y materiales históricos sobre el proceso de desarrollo socioeconómico de Cuba y su vinculación con la evolución sociodemográfica de Ciudad de La Habana. La finalidad es aportar elementos del contexto histórico y espacio temporal, que permitan interpretar los principales resultados de la investigación. Posteriormente se llevará a cabo el análisis de la ENMI'95, apoyándonos para ello en las técnicas de análisis sociodemográfico de las familias, y en la utilización de indicadores que permitan construir el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana, para posteriormente determinar cómo estaban organizados los migrantes y no migrantes respecto a este patrón, si aportaban por igual al mismo o tienen formas de organización diferentes⁶.

Para finalizar, con la información de las entrevistas en profundidad se describen tipos de relaciones a partir de las percepciones sobre vivencias y significados que narran los migrantes, y se generan ideas y nuevas hipótesis. La reducida muestra de informantes y el carácter no probabilístico y poco sistemático de su selección acota el alcance de las afirmaciones.⁷ De ahí que los resultados de este análisis cualitativo no pretenden hacer generalizaciones, sino más bien mostrar, desde la experiencia de estos sujetos, algunos escenarios, situaciones y percepciones que forman parte de la experiencia migratoria de la capital cubana y que pueden aportar elementos que orienten la producción futura de conocimiento acerca de aspectos relevantes de la interrelación entre la familia y la migración interna en Cuba.

⁶ Las características y objetivos de la ENMI resultó en una fuente de información que permite el análisis básicamente sincrónico de los migrantes y sus características. De ahí que no se realicen análisis longitudinales para conocer las condiciones de residencia de las cohortes de migrantes en diferentes períodos a través del tiempo. Sólo en determinado momento se realizarán análisis por tiempo de residencia y edad al migrar que de algún modo contribuyen a reflejar cierto cambio a través del tiempo.

⁷ Los informantes se seleccionaron mediante la técnica de bola de nieve, buscando que hubiera hombres y mujeres que tuvieran al menos 20 años al migrar y diversidades en el lugar de procedencia, el tiempo de llegada, la edad al migrar, el estado conyugal y la experiencia laboral previa. Sin embargo, la mayor parte se concentra en niveles de educación superior.

CAPITULO III

PATRONES HISTÓRICOS DE LA DINÁMICA POBLACIONAL EN LA CIUDAD DE LA HABANA

Los eventos sociodemográficos de cualquier población están estrechamente interrelacionados con el funcionamiento de las sociedades en cada momento histórico. El objetivo de este capítulo es exponer los patrones históricos de la dinámica poblacional, el perfil sociodemográfico de los hogares y los procesos migratorios en la Ciudad de La Habana, en las cuatro últimas décadas, y reflexionar acerca del contexto socioeconómico e institucional en que estos patrones tuvieron lugar.

De manera general, es importante señalar que desde los primeros años de la década del 60 Cuba experimentó importantes transformaciones en su sistema económico y social, que han repercutido notoriamente en las decisiones demográficas de sus pobladores. El establecimiento del modo de producción socialista significó un cambio radical en el modelo socioeconómico que había prevalecido hasta entonces en el país, y la cobertura nacional de numerosos programas de desarrollo económico y social que se desarrollaron a lo largo de estos años redujeron las desigualdades y mejoraron sensiblemente la calidad de vida de una parte importante de la población. A continuación se brinda un mayor detalle de estos procesos.

1. La economía cubana

A fines de los años 50, Cuba presentaba una estructura económica con marcado rezago tecnológico, insuficiente desarrollo industrial y escasa utilización de los recursos naturales. El dinamismo de la producción y las inversiones era bajo, la economía era básicamente agraria, monoprodutora, monoexportadora y latifundista. Abundaba el desempleo y el subempleo, a la vez que la distribución del ingreso presentaba marcados sesgos concentradores. El país presentaba una situación de crisis interna, tanto en el nivel económico como político (Rodríguez, 1982; Rodríguez, 1990; CEPAL, 1997).

En 1959 se instauró en Cuba un nuevo poder político y se inició un proceso de reestructuración total de la sociedad y de su modo de producción. Se implementó un conjunto de políticas que transformaron y diversificaron la economía del país, y significaron el paso de esa estructura económica a una economía con predominio de la actividad estatal y centralmente planificada, en la cual se priorizaría alcanzar elevados ritmos de industrialización, y el desarrollo agropecuario.

Paralelamente se inició una estrategia de desarrollo de tipo social que se encaminó de forma acelerada y continua, y cuyo fin fue elevar el nivel educativo y sanitario de toda la población del país, y desarrollar al máximo los recursos laborales. Durante todos los años subsiguientes hasta 1989, la política económica tuvo períodos de alza y de baja, períodos de significativos logros del modelo, y otros de evidentes signos de ineficiencia productiva, y de importantes conflictos en el ámbito económico interno y en las relaciones comerciales, los cuáles

resultaron en eventuales procesos de rectificación de errores en los mecanismos de dirección y organización de la economía⁸.

A pesar de estos conflictos, entre 1959 y 1989 la economía cubana creció a un ritmo promedio anual cercano a 6%. En esta etapa se institucionalizó y fortaleció el aparato estatal, el cuál, de acuerdo a la política económica, desempeñaba un papel relevante en la producción de bienes y servicios. La economía experimentó trascendentes modificaciones de sus bases productivas, creció la capacidad inversionista del estado y se desarrollaron con mayor equidad y proporcionalidad los diferentes sectores de la economía, así como incontables obras sociales, a la vez que crecieron y se consolidaron los sistemas de educación, salud y cultural.

La infraestructura económica se desarrolló notoriamente, creció el acervo de bienes capitales y se expandió la infraestructura física, se amplió la capacidad de embalse de agua, se modernizó y amplió la red ferroviaria y toda la red de comunicaciones y transporte aéreo y marítimo, y se construyeron autopistas, carreteras y caminos rurales. Se avanzó en la electrificación del país, y en la provisión de agua potable a los lugares más distantes. En las zonas rurales se construyeron comunidades que contaban con muchos servicios urbanos. Hacia la década del 80, a escala social resultaba perceptible el ascenso en el nivel de vida de la población, y muchos indicadores económicos reportaron incrementos.

El elevado contenido social de la política económica propició avances substanciales en los servicios básicos a la población, y la realización de importantes inversiones en el desarrollo de recursos humanos, particularmente en los sectores de salud, educación, cultura y deportes, y la formación de recursos laborales con calificaciones crecientes (Máatar, 1998).

La infraestructura social cuenta actualmente con numerosos hospitales, centros educacionales, institutos de investigación médica y biotecnológica, círculos infantiles, y una estructura nacional del “médico de la familia”, que en 1995 atendía al 96 por ciento de toda la población. Todo lo anterior, sin duda constituyó un desempeño excepcional, tanto dentro del contexto de la región latinoamericana, como dentro del entonces campo socialista.

Hacia finales de 1989 se transformó radicalmente la situación económica del país. La desaparición del campo socialista en Europa del Este, y el recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos contra Cuba, unido a las imperfecciones internas de la dirección de la economía nacional, colocaron la economía cubana ante la más severa crisis del proceso revolucionario. Se redujo severamente la capacidad productiva del país, y desapareció el 85 por ciento de su comercio exterior, que se mantenía con los países socialistas. Si bien existían fábricas, equipos, determinados activos y un importante capital humano, que son parte substancial para un proceso productivo, faltaba todo tipo de materias primas para la producción, financiamiento, mercado y determinada adecuación de la tecnología para acceder a ese mercado. Como resultado, de 1989 a 1993 el producto interno bruto (PIB) cayó en 35% (Lage, 1995). La crisis significó la reducción de los niveles salariales reales, la inflación, afectó la calidad de vida de las familias, y modificó el curso de vida cotidiana.

El estado cubano enfrentó la urgencia de implantar medidas que permitieran “administrar de forma racional la crisis, reducir y distribuir los costos sociales, adecuar la economía interna a las nuevas realidades y establecer las bases para un desarrollo futuro” (Piñeiro, 1999). Esta etapa

⁸ Para mayor comprensión sobre las etapas del modelo económico cubano véase: Piñeiro, 1999; Mataar, 1998; López Segrera 1995; Rodríguez J.L, 1990, 1992 y 1995; y Castro Ruz, 1985 y 1992)

se denominó “período especial en tiempo de paz” y su finalidad fue “preservar la supervivencia del socialismo y sus conquistas sociales”⁹.

Como resultado de las medidas de reajuste económico que se tomaron, hacia el año 1995 se comienza a observar una evidente recuperación económica que, sin embargo, dado los niveles a los que cayó la economía, resultaban insuficientes para cubrir todas las necesidades sociales, pero significaban la detención del decrecimiento registrado en los años precedentes (Lage, 1995). Al finalizar 1995, los elementos positivos alcanzados en el desenvolvimiento de la economía fueron: el crecimiento de importantes renglones de la economía, el crecimiento de la inversión extranjera, y la tendencia al saneamiento de las finanzas internas.

Sin embargo, persistían numerosas dificultades en el desenvolvimiento económico nacional, por lo que el crecimiento económico de 1995 no se reflejó en el consumo de la población. Persistía la insuficiencia de alimentos, de servicios, de transporte, de generación de energía eléctrica y de combustible doméstico. Se mantenían los salarios deprimidos; altos precios en el mercado agropecuario y muy baja participación estatal en el mismo, entre otras dificultades. Comenzaron a aparecer diferencias importantes en los niveles de ingreso y de consumo de diversos segmentos de la población, revelando cierta desigualdad en la distribución del ingreso y en el poder adquisitivo de las familias, que durante muchos años no había tenido lugar de forma tan marcada. La política social fue -y continúa siendo- la de subsidiar a aquellos que no podían tener una fuente de ingreso adicional, o no podían trabajar donde el país lo ofrecía, pero se mantenían familias con un ingreso bajo y que no estaban dentro de esquemas de estimulación, ni recibían remesas del extranjero (Lage, 1995).

En otras palabras, la crisis resultó en una mayor concentración del dinero y menor equidad social, aspectos que no se han logrado eludir hasta la actualidad. Vale señalar, no obstante, que ésta ha sido una concentración del ingreso relativa, puesto que nunca afectó los servicios básicos. El acceso a los servicios de salud y educación se mantuvo independiente de ese proceso de concentración. Asimismo, servicios públicos importantes como el agua, la electricidad, la distribución normada de alimentos a la población, aunque en cantidades insuficientes y con una distribución irregular, continuaron siendo servicios que se brindaban a precios muy bajos, al alcance del ingreso de cualquier núcleo familiar del país.

En medio de este contexto socioeconómico, en 1995 se llevó a cabo la Encuesta Nacional de Migraciones Internas, que constituye la principal fuente informativa de esta investigación. La economía cubana hasta la actualidad ha mantenido una tendencia ascendente, aunque se mantienen varios de los problemas económicos y sociales generados en los últimos años.

2. La dinámica poblacional de Cuba

Al finalizar el año 1995 se calculaba que la población cubana residente era de 10, 998, 532 habitantes. La densidad poblacional era de 99.2 habitantes por kilómetro cuadrado, con una variación provincial desde 32 hab./km² en la Isla de La Juventud, hasta 2,991 hab./km² en la Ciudad de La Habana. La tasa media anual de crecimiento de la población en el país, registrada en niveles muy bajos durante más de 20 años (alrededor de 9 por mil habitantes), alcanzó apenas 3.5 por mil al cierre de 1995 (CUBA-ONE, 1996).

Este lento crecimiento de la población en Cuba ha sido resultado de la acción de tres factores demográficos: el descenso de los niveles de fecundidad, un nivel de mortalidad que ya

⁹ Se denominó Período Especial a la fase de emergencia económica subsecuente a la ruptura de los vínculos con el Consejo de Ayuda Mutua Económica (Piñeiro, 1999)

se mantiene muy bajo desde hace varios años, y un saldo negativo durante más de cuatro décadas en la migración internacional.

El bajo nivel de fecundidad implica que la población no alcanza su propio reemplazo (nacimiento de al menos una hija por mujer), al tener una tasa bruta de reproducción inferior a 1 (0.7 hijas por mujer en 1994). Por su parte, las condiciones de salud son comparables con la de países industrializados, la mortalidad de niños por causas exógenas ha desaparecido prácticamente, y las muertes de menores de un año han descendido significativamente, lo que ha situado la esperanza de vida al nacimiento en 75 años, provocando ya un aumento en los niveles de mortalidad general, como resultado del envejecimiento poblacional.

El descenso de la mortalidad ha contribuido también a cambios significativos en la estructura familiar, con una mayor presencia de ancianos en los hogares, y un porcentaje creciente de hogares monoparentales, -aunque la acción de la baja fecundidad mantiene relativamente bajo el promedio de personas por hogar. También ha influido, en menor medida, en otras estructuras demográficas como son las pautas de nupcialidad que se han tornado más complejas con un aumento de los divorcios, separaciones y segundas nupcias.

El efecto de la migración externa, aunque también ha influido a favor de la pérdida poblacional por su saldo negativo, ha sido sin embargo de menor significación, excepto en dos momentos importantes: entre 1960 y 1963, cuando salieron familias enteras inconformes con el nuevo poder político; y en 1980 cuando salieron del país alrededor de 140 mil personas, también por inconformidad con las medidas del régimen socialista de Cuba (Ramos, 1990).

El aborto es legal y el conocimiento y utilización de métodos de planificación familiar muy altos. El nivel de escolaridad también es elevado, así como la participación de la mujer en la vida social. En 1998, un millón de mujeres se mantenía empleada en el sector estatal civil, constituyendo el 43% de la fuerza laboral activa en Cuba. Estas trabajadoras se concentraban principalmente en las áreas técnica y profesional donde alcanzaban el 65.5% de los puestos de trabajo ocupados (Cuba, 1998). Asimismo, las mujeres representan el 61 por ciento de los graduados de la educación media superior, y el 55 por ciento de los graduados de educación superior (Rodríguez, 1995).

Estos factores sociodemográficos, entre otros, también han tenido un impacto directo en la estructura etárea de la población cubana. En 1995, el 25 por ciento de la población era menor de 15 años, y el 15 por ciento mayor de 65 años, lo que muestra un inminente envejecimiento poblacional, según los patrones de Naciones Unidas¹⁰, y resulta en una alta tasa de dependencia. La relación de personas fuera de edad laboral por cada una en edad laboral era de 0.65 en 1995.

La urbanización ha alcanzado niveles muy altos -74.5 por ciento al finalizar 1995. Sin embargo, este proceso no ocurrió a expensas del crecimiento capitalino, sino de una eficiente descentralización en el sistema de asentamientos poblacionales (SAP), y en los programas sociales que permitieron homogeneizar la mortalidad y fecundidad entre provincias en niveles muy bajos, así como acercar los niveles de ingreso y de escolaridad, y mejorar sensiblemente las condiciones de vida y de trabajo en el interior del país, lo que conllevó la descentralización de gran parte de la migración que se dirigía a la capital.

3. La dinámica poblacional de Ciudad de La Habana

En las mediciones de población de finales de 1995, Ciudad de La Habana presentaba una población de 2, 184, 990 habitantes, aproximadamente el 20 por ciento de la población cubana.

¹⁰ Según el criterio de envejecimiento poblacional de Naciones Unidas, una población es demográficamente vieja cuando tiene más de un 7% de la misma mayor de 65 años.

Esta ciudad ocupa el área más pequeña del territorio nacional –apenas 0.7 por ciento- y es una de las pocas totalmente urbanas, con una extensión de 727.4 kilómetros cuadrados, siendo en 1995 su densidad poblacional cercana a 2,991 habitantes por kilómetro cuadrado –la más alta del país.

La tasa anual de crecimiento de Ciudad de La Habana hasta 1959 era de más de 30 por mil habitantes; entre 1960 y 1970 de 20 por mil, entre 1970 y 1981 de 7 por mil, y desde 1981 hasta 1995 se ha mantenido en alrededor de 8.5 por mil (cálculos a partir de: Cuba JUCEPLAN, 1974; Cuba CEE 1979; Cuba-CEE, 1982 y Cuba-ONE, 1996). Este descenso en el nivel de crecimiento de Ciudad de La Habana de las últimas 4 décadas se explica mayormente por un crecimiento natural muy bajo, por el descenso de la migración interna a la capital –comparado con los niveles anteriores al 59-, y porque la emigración internacional procede, casi en dos terceras partes, de los residentes de la capital (Ramos, 1990).

No obstante estas cifras, Ciudad de La Habana se ha mantenido durante varios años con un nivel de crecimiento total superior al promedio nacional. Destaca que esta situación tuvo lugar aún durante más de una década en que Ciudad de La Habana conservó la tasa de crecimiento natural más baja entre todas las provincias del país, y como se ha expresado, una participación importante en la emigración internacional, lo que remite a la importancia del componente migratorio interno.

En un estudio sobre este tópico, Morejón afirma que la reducción del crecimiento natural de Ciudad de La Habana sólo logró compensarse con la migración interna, que determinó un crecimiento neto positivo (Morejón, 1984). Así concluye que la tasa de crecimiento de Ciudad de La Habana y su tamaño y composición poblacional dependió cada vez más de las tendencias del saldo migratorio interno e internacional.

Para ilustrar el contexto en el que se produjeron los cambios en la dinámica de las migraciones internas hacia Ciudad de La Habana es importante apuntar que entre 1960 y 1965 el saldo migratorio interno de Ciudad de La Habana promedió 24 mil personas. Sin embargo, sin que nunca hubiera existido una política explícita de distribución espacial de la población y migraciones internas, la estrategia de desarrollo económico y social aplicada con énfasis en disminuir las diferencias campo-ciudad, y las medidas para la distribución de las inversiones económicas y sociales que conllevaba contribuyeron en gran medida a aminorar la concentración de la población en un polo específico¹¹, creándose y fortaleciéndose otros asentamientos poblacionales que compartieron con Ciudad de La Habana su carácter de centro receptor de la población migrante del país. Esto resultó ampliamente favorable en el orden del desarrollo socioeconómico del país.

Así, desde 1965, cambia algo la dirección de las corrientes migratorias. Los migrantes internos del país comenzaron a dirigirse básicamente hacia las ciudades intermedias localizadas en las diferentes provincias, y aunque en la migración clasificada como interprovincial, Ciudad de La Habana continuó siendo la preferida, alcanzó un saldo absoluto estable que se mantuvo en el orden de las 11 mil personas promedio anual hasta 1990.

Este saldo migratorio que cada año recibía Ciudad de La Habana se consideraba demográficamente muy aceptable, porque contribuía a su rejuvenecimiento demográfico, y además aminoraba el efecto del desbalance en las edades laborales producto del descenso de la fecundidad y la emigración internacional (Ramos, 1990). Sin embargo, desde mediados de la década de los 80's comenzó a provocar ciertos desórdenes en el orden socioeconómico, y a mostrar cierta incidencia en el agravamiento de las condiciones de vida de la ciudad. Este efecto

¹¹ Es importante señalar en este punto que en 1959 Ciudad de La Habana recibía al 60% del total de la población migrante del país; en 1995 recibía apenas al 20 por ciento

negativo estuvo mediado porque las condiciones infraestructurales de la ciudad comenzaron a hacerse insuficientes, así como escasa la disponibilidad de viviendas con que la misma contaba para aceptar a una población más allá de su crecimiento natural.

Por demás, entre los años 1990 y 1995, como resultado de la crisis económica que atravesó el país, esta tendencia estable se alteró sensiblemente llegando en algunos años a duplicarse el saldo promedio anual de inmigrantes de los años anteriores. El impacto del incremento poblacional por concepto de migración del período 1990-95, coincidió con ese momento de paro casi total en el proceso inversionista de la ciudad, lo que agudizó esta influencia negativa. Frente al desbalance surgió la propuesta del gobierno de la ciudad de una Regulación Migratoria, que tendiese a organizar y aminorar la entrada de población a la misma. El conocimiento previo de la inminente aprobación de esta regulación también contribuyó a la “estampida” de población hacia la capital que se observó entre 1993 y 1995.

Numerosos son los factores que pueden explicar estas variaciones en el proceso migratorio hacia Ciudad de La Habana en las últimas cuatro décadas. Desde el inicio del nuevo poder político en enero de 1959, el impulso al desarrollo industrial que se pretendía llevar a cabo demandaba mano de obra calificada y un cambio radical en la distribución espacial de la población. Era necesario, por una parte, desconcentrar las principales industrias que se encontraban principalmente en la capital del país, y por otra urgía capacitar aceleradamente a la población y lograr su desarrollo profesional para enfrentar el desarrollo socioeconómico que se pretendía llevar a cabo en el interior del país (Morejón, 1984).

Desde mediados de la década de los 70s, la estructura industrial del país se consolidó, hubo un aumento creciente de inversiones productivas y no productivas en el interior, la situación en el campo mejoró considerablemente, y la migración hacia la capital comenzó a perder efectivos, reduciéndose las tasas de migración y lográndose una estabilización que duró varios años. Las inversiones en la capital también disminuyeron y en el presupuesto estatal se priorizó el desarrollo integral del resto del país, incluyendo las áreas más apartadas y la población dispersa.

La urbanización creció en el nivel nacional, no por el flujo de población hacia la capital y otras ciudades importantes, sino esencialmente por el desarrollo infraestructural de zonas otrora rurales, que les concedía, al menos infraestructuralmente, características urbanas, de fuerte atracción poblacional.

En poco tiempo se logró la alfabetización de la totalidad de la población nacional, y los programas educacionales contribuyeron a que crecieran anualmente los porcentajes de habitantes del interior del país con nivel educacional medio y alto, que conformaban la mano de obra calificada que trabajaría en el sector agroindustrial que se estaba desarrollando y que exigía una fuerza laboral calificada.

El desarrollo estructural y los sistemas de abastecimiento al interior del país garantizaban un estándar de vida personal y familiar con cierta similitud al que podría aspirarse en la capital del país, aún cuando todavía no existiera en el nivel comunitario la suntuosidad material de la gran ciudad.

Sin embargo, la generalización de la enseñanza había estimulado durante varios años la inmigración a la capital. En un inicio concentró numerosos becarios en Ciudad de La Habana, puesto que los centros de formación de profesionales, técnicos, obreros calificados y los de superación de jóvenes y adultos se encontraban mayoritariamente en la capital del país. Con ello no sólo se desarrollaba un sentido urbano de la convivencia en esa población rural, sino además se creaban y fortalecían redes de relaciones de los habitantes del interior del país con los de la

capital. Posteriormente, los programas de educación masiva para niños, adolescentes y jóvenes urbanos y rurales fueron apareciendo escalonadamente en el país, pero durante años se desarrollaron también en las ciudades del interior.

Asimismo, se extendió la preparación profesional de jóvenes de todo el país en ciudades de los entonces países socialistas desarrollados, con un abastecimiento material holgado y gratuito. Muchos de los migrantes que actualmente viven en Ciudad de La Habana desarrollaron su identidad en contextos completamente urbanos, en la mayoría de los casos en franco contraste con la insuficiencia material y el estilo de vida de sus lugares de origen.

Todo esto impactó positivamente la movilidad ocupacional, a la vez que significó un cambio de valores y aspiraciones de la población hacia patrones más urbanos. Sin embargo, en la medida en que crecía la proporción de población educada y las aspiraciones individuales de la población, disminuían los puestos de trabajo más calificados a los que aspiraba la población educada. Cada vez abundaba más el trabajo relacionado con la “tierra”, a veces incluso hasta bien remunerado, pero para el que *“no se había estudiado”*.

La migración hacia Ciudad de La Habana, aún bajo estas condiciones, se mantuvo, como se ha expresado, a niveles bastante bajos con respecto a lo que ocurría en muchas otras capitales latinoamericanas, lo cual fue posible en la medida en que se consolidaba este modelo de desarrollo socioeconómico con énfasis en disminuir las diferencias territoriales.

No era necesario migrar para garantizar la sobrevivencia de la familia de origen. La misma, en cualquier lugar del país que se encontrara, tenía la oportunidad de participar en la producción, sin distinción étnica, de edad o de sexo, y era su principal consumidora, y además contaba con una canasta básica accesible, y con más de los servicios básicos indispensables. El Estado, además del empleo, proporcionaba a precios de subsidio y en algunos casos en forma gratuita, la vivienda, el agua potable, la electricidad, la alimentación, la salud, la educación, la atención de la niñez, de la vejez y de los incapacitados, y ampliaba las oportunidades para el desarrollo físico y cultural de los individuos y sus familias.

La migración hacia Ciudad de La Habana desde la década de los 60's refleja el efecto conjunto de todos estos factores. Es decir, los volúmenes de migración que se han suscitado, y en general el ritmo y dirección de los movimientos migratorios del país, y los factores y motivos que los engendraron han estado condicionados por la descentralización del dinamismo económico y social, así como vinculados a algunas características del sistema de la educación superior, como son cierta concentración de las instalaciones en la capital y otras ciudades, que persistió durante algún tiempo; la accesibilidad de la educación superior para los habitantes del interior; las redes de personas –actualmente con educación superior- que realizaron sus estudios en la capital y en el exterior del país; y los puestos de trabajo especializado que requieren de graduados de ese nivel.

Durante este tiempo, las capitales provinciales y las ciudades de menor tamaño recibieron intensos flujos migratorios urbanos y rurales. La inmigración a la capital dejó de asociarse principalmente a motivaciones laborales, o a explícitas estrategias familiares de sobrevivencia, para convertirse en una opción en la que predominan otras implicaciones familiares como el matrimonio –también asociado a la tendencia hacia la homogeneización del nivel educacional en el país-, la reunificación familiar y/o a aspiraciones de una mayor satisfacción personal. Esta idea de la satisfacción personal abarcaba desde la superación profesional, y el acceso a empleos altamente calificados, que existían sobre todo en la capital, hasta la expectativa, en los primeros años más factible, de poder adquirir una vivienda propia en la capital.

Un período de cambio: 1990-94

Como se mencionó anteriormente, en 1990 se desató en el país una crisis económica que dificultó gran parte de las funciones que, aunque tradicionalmente correspondían al grupo familiar, desde los años 60 subsidiaba, y/o asumía el Estado. Las familias capitalinas y no capitalinas se enfrentaron, por primera vez en varios años, a garantizar, sin apoyo estatal, la sobrevivencia de sus miembros, esta vez en condiciones de carencia extrema de todo tipo de recursos.

El proceso de inversiones estatales en las zonas menos desarrolladas del país se debilitó, disminuyendo considerablemente las inversiones en la esfera económico - productiva y en obras sociales. Las oportunidades de empleo descendieron frente al lento crecimiento económico. La opción de trabajar en la agricultura, única fuente de empleo en crecimiento en esos años, no fue la preferida, ni la elegida por la mayoría, y aparentemente, comenzó a hacerse necesarias para las familias, estrategias con mayor impacto económico, que no se lograrían en el lugar de origen. Todo ello provocó que en las zonas de origen el potencial de la migración continuara en aumento, en tanto las condiciones que ofrecían las capitales provinciales, y otras ciudades importantes del interior del país, tampoco cubrían ya las expectativas de vida.

El incremento de la migración a Ciudad de La Habana fue una de las consecuencias inmediatas de la crisis económica iniciada en 1990, puesto que la capital, también con severas carencias económicas, ofrecía sin embargo una mayor expectativa económica, dado que empezaba a recibir capital foráneo, lo cual posibilitaba un acceso más rápido al dólar, una moneda mucho más fuerte que la nacional que para entonces había reducido severamente su poder adquisitivo. Los sistemas de distribución de alimentos y otros productos comerciales eran aquí más eficaces, la economía informal más prolífera, y sobre todo estaba latente la posibilidad de activar redes familiares que existían con la capital y que serían determinantes en la inserción de los que migraran.

Sin embargo, en el orden social este incremento implicaba un aumento en las necesidades de empleo, vivienda y servicios sociales que la ciudad estaba muy lejos de poder satisfacer, puesto que por la carencia de recursos la misma había quedado prácticamente incapacitada para resolver sus problemas más viejos y acuciantes –condiciones infraestructurales insuficientes y escasa disponibilidad de vivienda- y la presión sobre éstos que traía consigo el flujo migratorio irregular que comenzó a desatarse.

En 1997 fue aprobado por el Consejo de Ministros un Decreto Migratorio que regula administrativamente la entrada a la capital de las personas del interior del país. No se trata de una ley prohibitiva, sino de regulaciones administrativas -con cierto costo en tiempo y economía para las familias- que buscan desestimular o desacelerar la inmigración a la Ciudad (Cuba, 1997). Las expectativas de la población en el momento previo a la aprobación del Decreto, desencadenaron corrientes migratorias que en otra situación hubieran ocurrido de forma más espaciada. Este parece haber sido un elemento detonador del elevado saldo migratorio que se observó en 1995.

De esa fecha y hasta la actualidad –año 2003- ha descendido la ganancia neta de población migrante de Ciudad de La Habana -en comparación con 1995-. El efecto del Decreto es evidente, así como también el impacto de los cambios experimentados en el modelo económico cubano desde mediados de la década del 90, que detuvieron el decrecimiento económico observado en el quinquenio 1990-95 y propiciaron un resurgimiento de tendencias positivas -aún modestas- en el crecimiento económico.

Situación de la vivienda en la capital

Entre las prioridades de los planes de desarrollo económico y social de la capital ha estado la construcción de viviendas para la población y la creación de nuevos barrios y repartos, sin embargo, el déficit habitacional se ha mantenido y ha sido reconocido por el gobierno como uno de sus principales problemas.

En 1995 existían en Ciudad de La Habana 554 659 viviendas para una población de 2, 184, 990 habitantes. De estas viviendas, el 49 por ciento estaban en regular o mal estado. Algo más del 7 por ciento de la población de la ciudad residía en albergues, tenía necesidad de éste por el mal estado de sus viviendas, o residía en barrios marginales y focos insalubres, cifras que representan sólo la parte más crítica de las necesidades de vivienda (Cuba, 1995).

Este déficit habitacional se agudizó entre 1990 y 1995, a raíz de la crisis económica, por la incapacidad material del Estado de continuar invirtiendo en la construcción de viviendas, u otorgando materiales a la población para la construcción por esfuerzo propio. Los derrumbes en las zonas más viejas de la ciudad, que son por demás las más pobladas, agudizaron también esta problemática. En 1995 ocurrían como promedio 2.8 derrumbes diarios en el municipio Centro Habana, el cual además de ser uno de los más viejos infraestructuralmente, es de los más densamente poblados, con algo más de 48 mil habitantes por kilómetro cuadrado (Cuba, 1995).

Entre 1959 y 1995 la ciudad cumplió un amplio plan de inversiones en diferentes esferas, incluidas obras industriales, económicas y sociales. Entre estas últimas vale mencionar la construcción de unas 307 mil viviendas (Cuba-INV, 1998) -habiéndose ocurrido un incremento poblacional absoluto de aproximadamente 754 mil habitantes. Sin embargo, este esfuerzo en el desarrollo constructivo no fue proporcional al crecimiento de las demandas y necesidades de la población en este rubro, muchas de ellas acumuladas desde antes de 1959 y otras que se fueron incrementando por el deterioro de la infraestructura existente. Así, durante todo este tiempo se agudizó la demanda insatisfecha de vivienda, transporte; alcantarillado, y agua potable, entre otros diversos problemas de la ciudad.

El importante peso de la migración interna hacia Ciudad de La Habana, y su posible efecto en diferentes aspectos de la vida de los pobladores de la ciudad, dadas estas características particulares que la misma tiene, explican que la vinculación entre la condición migratoria y la organización residencial se encuentre entre los objetivos principales de esta investigación.

4. Antecedentes sobre el perfil sociodemográfico de la familia cubana

Para finalizar este capítulo en el que han quedado enunciados los patrones históricos de la evolución poblacional de Cuba y su ciudad capital, es importante referir algunos atributos que definen el perfil sociodemográfico de sus hogares.

Primeramente es importante señalar que las investigaciones sobre este tópico en Cuba son escasas. Aunque existen muchas investigaciones que de alguna manera tocan el contexto familiar, la mayoría han estado más centradas en el comportamiento individual -por ejemplo, la fecundidad de la mujer- que en el de los grupos de residencia. Asimismo, por lo general se han realizado con muestras muy pequeñas, de cobertura parcial por ser datos adquiridos en centros de salud, educacionales u otro tipo de registro administrativo.

Las investigaciones que más han servido para caracterizar el perfil sociodemográfico de los hogares cubanos con una representatividad nacional son las que resultaron del análisis de la información de los Censos de Población de los años 1953, 1970 y 1981, y de la Encuesta Demográfica Nacional del año 1979. La Encuesta Nacional de Fecundidad del año 1987 también

captó información sobre los núcleos familiares, aunque no fue totalmente explotada. Finalmente, la Encuesta Nacional de Migraciones Internas se realizó en el año 1995 con el interés de recuperar y actualizar la información sobre la población y los hogares con cobertura nacional.

Gracias a estas fuentes y al aporte analítico de investigadores como Pérez Rojas 1979 (2), Benítez, 1990, 1993, y 2001, Álvarez, 1996, Pedroso, 1999, entre otros, se ha podido conocer la tendencia nacional y los cambios ocurridos en algunos aspectos de la organización familiar como son el tamaño, estructura y composición de los hogares, y la jefatura femenina en diferentes períodos.

Tamaño medio y estructura y composición de los hogares

Según las investigaciones realizadas a partir de las fuentes de información señaladas, en el nivel nacional, de 1953 a 1988 se apreció un descenso importante -de 4.8 a 3.8- en el tamaño medio de los núcleos familiares. Este descenso ocurrió paulatinamente en el tiempo. Así, Pérez Rojas confirmó una escasa modificación en el tamaño medio de los hogares en los primeros años, que sólo se redujo de 4.8 a 4.5 desde 1953 a 1970. Según las cifras censales, de 1970 a 1981 la reducción fue de 4.5 a 4.1 (Cuba-CEE 1984), y ya para 1988 Benítez encontró que este descenso se reflejaba en un tamaño promedio de hogar de 3.8 (Benítez, 1990). Los resultados de la ENMI confirmaron que la tendencia al descenso continúa al encontrarse en 1995 una cifra de sólo 3.4 personas por hogar como promedio (CEDEM, IPF, ONE y FNUAP, 1996).

En todos los períodos la tendencia al descenso ha sido más marcada en áreas rurales, y se atribuyó básicamente a la formación de nuevos hogares y al descenso de la fecundidad en estas zonas, mediado por el aumento en la superación cultural y técnica de la familia rural, la mejora de sus condiciones económicas, la mayor disponibilidad de viviendas por la creación de nuevas comunidades, y el aporte económico de los miembros del hogar, en particular las mujeres.

Sobre la composición de los hogares, las investigaciones revisadas destacan un predominio en todos los períodos de los hogares de tipo nuclear, aunque aseguran que entre 1970 y 1981 esta tendencia al predominio de hogares nucleares aparece menos marcada al comenzar a observarse una presencia relativamente alta de familias incompletas –familias donde habita sólo uno de los padres-, así como un incremento en la proporción de nietos que viven con el jefe de núcleo (extensos trigeneracionales).

Según las explicaciones que ofrecen estas investigaciones, la formación de nuevos hogares en Cuba hasta 1970 responde al incremento de las tasas de nupcialidad –que se duplicaron del período 1955-59 al 1960-70, a la mayor disponibilidad de viviendas en zonas rurales por la creación de nuevas comunidades, y a la independencia económica adquirida por la población -fundamentalmente joven-, debido al aumento de las oportunidades de empleo, y la participación en los servicios básicos como salud y educación.

La tendencia más reciente a la estructura extensa también se atribuye a las pautas de matrimonio y divorcio, en particular al retraso en la formación de uniones, aumento de la ruptura de uniones y cierta tendencia a uniones libres de carácter temprano e inestable. En la medida en que aumentaban las tasas de divorcio y la incorporación de la mujer al trabajo, aumentaba la monoparentalidad, y los hogares trigeneracionales. Así como, también se señala el descenso de la fecundidad, que provoca que muchos hijos únicos al casarse continúen residiendo en el hogar materno¹² (Benítez, 1990).

¹² Esta investigación se propone verificar si la migración a la capital tiene también alguna incidencia en la formación de hogares extensos en esta zona del país

Algunas investigaciones han concluido además que este patrón extenso se explica cuando las características demográficas de los integrantes de las familias limitan las posibilidades de independencia habitacional del núcleo familiar (padres viejos o solos; hijas que son madres solteras, etc.), o cuando la situación socioeconómica no permite la obtención de una vivienda independiente a la joven pareja. Ambas condicionantes pueden estar influyendo también en el caso cubano – aunque en Ciudad de La Habana la escasez de vivienda puede ser más importante que los ingresos insuficientes-, y en particular en la situación de la capital, donde este patrón extenso, así como el de la alta jefatura femenina, se hacen más notables.

Jefatura femenina

El reconocimiento de la mujer como jefa de hogar en Cuba ha estado en ascenso en los últimos años, y ha alcanzado niveles que la distinguen de otros contextos latinoamericanos. La tasa de jefatura femenina pasó de 9.6 % en 1953, a 13.3% en 1970, a 19,1% en 1981 (Cuba-CEE 1984), y para 1995 se situaba en 27,2% (CEDEM, IPF, ONE y FNUAP, 1996). Pérez Rojas al analizar los cambios del 53 al 70 atribuye el incremento observado al mayor número de divorcios¹³, la permanencia de la mujer en este estado conyugal por más tiempo que los hombres, quienes contraen segundas nupcias, y al aumento de la seguridad económica y social de la mujer que tuvo lugar entre esos años (Pérez Rojas, 1979).

Asimismo, esta autora destaca el patrón de jefatura femenina de Ciudad de La Habana alejado del resto de las provincias, siendo más notable la diferencia en 1970, que en 1953. En 1970 la jefatura femenina en La Habana era del 26 por ciento, casi el doble de lo encontrado en el resto de las provincias y de lo mencionado anteriormente respecto al total del país (13,3%), lo cual nuevamente atribuye a la divorcialidad, al señalar que las provincias con más baja tasa de divorcio, eran aquellas que presentaban las mayores tasas de jefatura masculina. En tanto La Habana tenía en 1970 el mayor porcentaje de mujeres divorciadas (4.3%) (Pérez Rojas, 1979).

Por esa misma razón, el aumento de la jefatura femenina ha estado muy vinculado también al incremento de la proporción de familias incompletas. Desde los años 70 la capital cubana apuntaba a ser el lugar del país con mayor tendencia a la monoparentalidad. En el análisis de la información de los censos de 1953 y de 1970 se constató que La Habana presentaba una proporción de familias completas algo inferior al promedio nacional, siendo de 67% en 1953 y de 63% en 1970 (comparado con un promedio nacional de 73% y 71% en 1953 y 1970 respectivamente). También esta proporción disminuyó sensiblemente hacia 1995 como se verá en el transcurso de esta investigación.

Hasta aquí se ha realizado una síntesis de las principales características de la dinámica poblacional, y la organización familiar en Cuba y Ciudad de La Habana, en diferentes momentos de los últimos 35 años. Los capítulos que siguen constituyen la parte sustantiva de esta investigación y buscan actualizar este conocimiento definiendo cuál era el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana en mayo de 1995, momento en que se realizó la Encuesta Nacional de Migraciones Internas (ENMI'95), e investigar si existe alguna relación entre este perfil y la presencia o no de migrantes en esos hogares.

¹³ Pedroso encontró que en Cuba hacia 1978, el 50% de la población femenina de 22 a 25 años había tenido una disolución de unión (Pedroso, 1999).

CAPÍTULO IV

PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LOS HOGARES DE CIUDAD DE LA HABANA A MITAD DE LOS 90'S

El objetivo fundamental de este capítulo es construir y analizar el perfil sociodemográfico que caracterizaba a los hogares de Ciudad de La Habana en 1995. Este análisis permitirá actualizar la información y el análisis sobre hogares en la capital cubana, pues como se ha planteado, el cuestionario de la ENMI'95, además de caracterizar los procesos de migración interna en el país, fue elaborado con el propósito de obtener información sociodemográfica sobre todos los habitantes del país, y de su hogares, información que no se captaba con representatividad nacional desde el censo de 1981¹⁴. De ahí que los resultados constituirán aportes importantes para los estudios de población en la capital cubana.

Asimismo, estos resultados constituirán la base empírica para los análisis del capítulo V, que pretende determinar, entre otros aspectos, si la presencia de inmigrantes en los hogares de Ciudad de La Habana puede ser mencionada como una de las variables que incide en el perfil sociodemográfico que caracteriza a los hogares de esta ciudad; para lo cual se tomará como punto de vista el análisis de cómo se organizan los migrantes para residir en el destino, y en general, cómo se insertan éstos y los nativos de la ciudad en el patrón residencial de la ciudad. Es decir, para cumplir este objetivo se compararán las características sociodemográficas de los hogares con y sin migrantes.

La ENMI'95 señala que en Mayo de 1995 la población de Ciudad de La Habana estaba en el orden de los 2,2 millones de habitantes, los cuales residían en alrededor de 609 mil unidades domésticas. El tamaño medio de los hogares era de 3.57 habitantes por hogar. Este bajo promedio de habitantes por hogar es más bien una tendencia del país en los últimos años, que responde básicamente al descenso de la fecundidad, y concuerda además con la tendencia internacional.

Los principales rasgos que evidencia la ENMI'95 respecto al perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana -que se expondrán con mayor detalle en el desarrollo de este capítulo-, y que distinguen a esta capital de otros contextos latinoamericanos son: una proporción muy elevada de hogares no nucleares (45%) -muy superior al resto de las capitales de América Latina-; una cifra muy alta de hogares monoparentales entre los hogares con hijos, tanto nucleares como extensos (43%), y en consecuencia, proporciones modestas de hogares donde viven ambos cónyuges con sus hijos. Asimismo, respecto a la jefatura, distingue a esta capital una presencia muy alta de mujeres en la jefatura de los hogares (51%); muy alta jefatura de mujeres que se declaran en unión conyugal (31%), y particularmente alta la proporción de aquéllas que son jefas aún cuando sus cónyuges residen en la misma vivienda -se observó una frecuencia de 0,315 cónyuges hombres por jefe mujer, y 21 por ciento de los hombres en unión declaró ser "cónyuge" del jefe.

14 En el momento en que se culminaba esta investigación se realizaba en el país un nuevo Censo de Población y Viviendas:

1. Los hogares. Su composición de parentesco, tamaño, y complejidad

1.1 Tipos de hogar según su composición de parentesco

En el cuadro que sigue se presenta la composición de los hogares de Ciudad de La Habana. Las unidades nucleares y extensas se desglosaron en subtipos que ofrecen un mayor detalle de las particularidades de los arreglos familiares predominantes en la capital cubana (Ver Anexo I). La clasificación de hogares nucleares corresponde a aquellos donde vive un jefe y su cónyuge, el jefe, su cónyuge y sus hijos, o el jefe y sus hijos (independientemente de la edad y el estado conyugal de los hijos). Hogares extensos son aquellos donde vive un jefe y otros parientes, o todas las combinaciones de hogares nucleares más otros parientes. Hogares compuestos son aquellos donde vive un jefe con otros no parientes, o todas las combinaciones de hogares nucleares más otros no parientes, o todas las combinaciones de hogares extensos más otros no parientes. En todos los tipos de hogar, los hijos del jefe se consideraron hijos independientemente de su edad o estado civil. Para mayor detalle se puede consultar el Anexo 1. Con base en los resultados contenidos en el siguiente cuadro, a continuación analizaremos cada uno de los rasgos poco comunes de los hogares de Ciudad de La Habana, así como otros que en conjunto definen el perfil sociodemográfico de los hogares de esta ciudad.

a) La elevada proporción de hogares no nucleares

Al observar el patrón compositivo de los hogares habaneros se evidencia que el **44** por ciento de los hogares en Ciudad de La Habana se caracteriza por una composición familiar de **tipo nuclear**, la cual puede estar formada por la convivencia de uno o ambos padres con sus hijos, o una pareja sin hijos, y que en cierta medida pueden caracterizar un tipo de arreglo para la residencia de menor complejidad. Los unipersonales representan el 11 por ciento, un valor relativamente alto dentro de la región latinoamericana donde se sitúa en un rango entre 3 por ciento y 15 por ciento, siendo más frecuente este patrón en los países de transición demográfica avanzada como Argentina y Uruguay (datos de CEPAL, 1994 en Arriagada, 1997).

Resulta muy notorio, sin embargo, la proporción de hogares que no responden a la estructura nuclear -es decir los **hogares extensos y compuestos**- que en conjunto suman 45 por ciento. Esta cifra resulta muy significativa si se compara con la situación que presenta la mayoría de las capitales de América Latina, en las cuáles las proporciones de hogares nucleares son mucho más altas, y en consecuencia, los no nucleares no superan el 30 por ciento. En efecto, de acuerdo con cifras de CEPAL, en 1994 el modelo predominante en las áreas urbanas de la región era la familia nuclear, que oscilaba entre 55 por ciento en Paraguay, y 71 por ciento en Bolivia, Brasil y México; en tanto, la composición no nuclear (extensa y compuesta) caracterizaba a un mínimo de 13 por ciento en Argentina y un máximo de 30 por ciento en Venezuela. La diferencia es muy grande con el caso de Ciudad de La Habana, aún cuando está ocurriendo recientemente un incremento en el peso relativo de los no nucleares en otras capitales (Arriagada, 1997).

Cuadro IV.1 Distribución de los tipos de hogar según su composición de parentesco¹⁵

Tipos de hogar por composición de parentesco	Distribución de los tipos de hogar			
	# de hogares	% del total de hogares de la ciudad	% de población residente	Tamaño medio de los hogares
Hogar unipersonal	65235	10.7	3.2	1
Hogar nuclear	268706	44.1	38.2	3.09
Nuclear estricto (pareja sin hijos)	59826	9.8	5.7	2
Nuclear conyugal (pareja e hijos)	134107	22.0	23.4	3.79
Nuclear monoparental (jefe con hijos)	74773	12.3	9.1	2.63
Hogar extenso	230267	37.8	48.9	4.63
Pareja sin hijos y otros parientes	21404	3.5	3.5	3.61
Pareja con hijos y otros parientes	79041	13.0	20.9	5.74
Jefe con hijos y otros parientes	85504	14.0	18.5	4.71
Jefe con otros parientes	44317	7.3	6.0	2.94
Hogar compuesto	44770	7.4	9.7	4.70
Total	608978	100.0	100.0	3.57

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Las cifras en negritas suman 100% por columnas, indicando la distribución de hogares unipersonales, nucleares, extensos y compuestos. Las cifras que no están en negritas también suman 100% por columnas si se les agrega el valor de los hogares unipersonales y de los compuestos, e indican una más amplia tipología de hogares.

Algunos autores explican el incremento del arreglo familiar no nuclear en los países subdesarrollados con argumentos de tipo socioeconómico. Así, refieren que el aumento de la crisis económica ha situado a las familias con escasos recursos ante la necesidad de unirse bajo un mismo techo para ahorrar en la infraestructura habitacional; y ante la necesidad de contar con más miembros que aporten económicamente con su incorporación al mercado de trabajo, o contribuyan con su ayuda a que se incorporen otros –por ejemplo la llegada de parientes a los hogares donde hay mujeres solas.

Sin embargo, como es conocido, Cuba presenta un contexto socioeconómico particular que implica que la subsistencia de las familias esté asistida y garantizada por mecanismos institucionales de gran cobertura. Esto induce a pensar que en Ciudad de La Habana deben existir otros condicionantes más allá de la carencia de recursos económicos de las unidades familiares, para la alta proporción de hogares no nucleares.

Estudios anteriores de la temática han señalado como hipótesis que el incremento de hogares no nucleares en Cuba pudiera responder al descenso de la mortalidad, que provoca la coresidencia con uno o ambos padres ancianos, y al descenso de la fecundidad que provoca que

¹⁵ Una descripción más amplia de estos tipos de hogares aparece en el Anexo I. En esta investigación, el concepto ‘**pariente del jefe**’ incluyó a los miembros del hogar que no eran sus hijos ni cónyuge, pero estaban emparentados con el jefe hasta el 4to. grado de consanguinidad (padres, abuelos, nietos, bisnietos, hermanos, tíos, sobrinos y primos) y hasta el segundo en afinidad (suegros, yernos, y nueras, hijastros, cuñados y consuegros). En el concepto ‘**no pariente del jefe**’ se incluyó a todos los miembros del hogar que no cumplían la condición anterior al ser relacionados con el jefe del mismo.

- Los ‘hijos’ del jefe se contaron como familia nuclear del jefe, si residían con éste independientemente de su edad y situación conyugal. Si la familia nuclear –cónyuge e hijos- de estos ‘hijos del jefe’ vivía también en el hogar, estas personas deberían aparecer relacionadas como ‘nietos’ y ‘nuera/yerno’, con lo cual el hogar se consideró extenso, en ausencia de algún ‘no pariente’ de dicho jefe, en cuyo caso se consideró ‘compuesto’.

los hijos únicos al casarse continúen residiendo en el hogar materno, entre otras (Benítez, 1990). Asimismo, en particular en Ciudad de La Habana podrían mencionarse otras condicionantes sociales como la presión por vivienda que conlleva que se retrase el momento de la salida de los hijos adultos del hogar de los padres, la coresidencia con la familia de procreación una vez que se está en unión, e incluso el regreso al hogar materno después de una separación o divorcio.

El análisis de la ENMI'95 aporta información que sustenta en parte las hipótesis mencionadas. Por ejemplo revela que en el 71 por ciento de los hogares extensos están presentes los hijos, lo que parece indicar que los “parientes¹⁶” no llegan al hogar cuando se van los hijos, sino que conviven con estos. Vale señalar que entre las personas que fueron clasificadas como “hijos del jefe” en todos los tipos de hogar de Ciudad de La Habana, apenas un tercio es menor de 15 años, y de los hijos mayores de esta edad, el 50 por ciento son solteros que aún residen con sus padres, 35 de cada 100 se declararon casados o unidos y el 15 por ciento ex unido.

Con relación a la coresidencia con padres ancianos, y con la familia nuclear de los hijos, la ENMI'95 señala que el 12 por ciento de los jefes de hogares extensos residen con alguno de sus padres (la edad promedio de estos padres es de 72 años); en tanto el 54 por ciento, y el 27 por ciento reside con nietos, y con nueras o yernos respectivamente. En general, en el 62 por ciento de hogares extensos de Ciudad de La Habana están presentes o bien los nietos del jefe, o el cónyuge de alguno de los hijos -o ambos-, lo cual advierte que una proporción importante de estas unidades extensas se formó con la familia nuclear de los hijos adultos. Tomando en consideración este dato, si estas familias nucleares que residen en las unidades extensas se convirtieran en familias independientes, el número de hogares nucleares de la ciudad se incrementaría en un 50%.

Por último, un 13 por ciento de los residentes en unidades extensas son “otros parientes”, lo que pudiera corresponder a una extensión lateral de los hogares al incluir tíos o hermanos, quienes tal vez ya residían en el hogar cuando este jefe formó su familia nuclear¹⁷.

Para finalizar, y hablando en término de volúmenes de población, el cuadro IV.1 también evidencia que casi el 60 por ciento de la población de Ciudad de La Habana reside en unidades no nucleares (extensas o compuestas). Es decir, si bien el tamaño promedio de las unidades no nucleares no es muy grande, estas sí retienen en conjunto a un total de población bastante mayor que las nucleares. Por el contrario, apenas una cuarta parte de los habitantes de Ciudad de La Habana reside en el modelo de familia que se supone ideal o dominante (nuclear conyugal, 23.4%). Esto ocurre en todas las etapas del ciclo vital adulto es decir, a cualquier edad hay mayor tendencia de la población a residir de forma no nuclear¹⁸.

Las implicaciones de esta tendencia es un aspecto muy importante a tener en cuenta en futuras investigaciones por lo que puede representar para las condiciones de vida de la ciudad y de sus familias. Habría que investigar si este nivel de coresidencia está facilitando la

16 Parientes del jefe: Son clasificados como “parientes” y “otros parientes” del jefe los hermanos, tíos, sobrinos, nueras, yernos, y nietos

17 Más adelante en esta investigación se profundizará en la presencia de migrantes en las diferentes estructuras o arreglos para la residencia de las familias habaneras, es decir se investigará qué proporción de hogares extensos cuenta con miembros migrantes y cuál categoría de parentesco tienen los mismos. El propósito es conocer en qué medida la inmigración a la capital puede estar contribuyendo, junto a los aspectos anteriormente señalados, a la residencia no nuclear, incentivando también la presión por vivienda

¹⁸ Solo entre los 35 y los 44 años se observa una mayor propensión (posibilidad, necesidad, conveniencia o preferencia) entre la población para residir en hogares nucleares. Este grupo de edad en hombres y mujeres coincide con la etapa de expansión familiar en el ciclo de vida de una familia, más bien el momento cuando ya han nacido todos los hijos, y estos están creciendo.

organización doméstica en estas unidades, y el fortalecimiento de lazos de cooperación, o si por el contrario está influyendo negativamente y generando falta de comunicación, rigidez en la organización doméstica, hacinamiento, presión sobre los recursos de las familias, presión sobre los servicios de vivienda y de seguridad social de la ciudad, y/o contribuyendo a relaciones de poder basadas en la titularidad de la vivienda, que conlleven relaciones familiares no cooperativas o conflictivas.

b) Alta monoparentalidad (hogares formados por jefes con hijos sin cónyuge)

Los datos del cuadro IV.1 presentado anteriormente también aportan información relevante respecto a la importancia de la **monoparentalidad** en los hogares habaneros. En efecto, en el 43 por ciento de todos los hogares donde hay hijos, está ausente uno de los padres (entre los nucleares esta cifra es del 28%, y de 37% entre los extensos), alcanzando a una cuarta parte del total de hogares de la ciudad.

Cabe aclarar que estos hogares monoparentales incluyen hijos menores y adultos. Apenas 18% de los “hijos” son menores de 14 años, 40% son solteros de 15 y más; 14% son divorciados, separados o viudos y 28% se declararon casados o unidos. El 34% de los hogares con “hijos” menores de 18 años es monoparental.

Las cifras que describen la situación en las zonas urbanas de América Latina sitúan a las familias monoparentales en proporciones que oscilan desde 17% en Bolivia y México hasta 26% en Uruguay entre los hogares con hijos (Arriagada, 1997, p.14).

El análisis de la información de la ENMI sugiere que la monoparentalidad en Ciudad de La Habana parece estar asociada de manera importante con los patrones de divorcialidad y viudez (el 45 % de los jefes de hogares monoparentales son divorciados y el 28% viudos), y además se vincula estrechamente con la jefatura femenina (el 88% de estos hogares tiene jefa). Destaca a su vez, cierta relación de la monoparentalidad con la fecundidad en soltería y con la unión sin coresidencia, dado que entre los jefes de estos hogares el 16.6% declaró estar en unión, aunque no reside con sus cónyuges, y el 10.6% son mujeres madres solteras.

Para sintetizar, es posible decir que el patrón de monoparentalidad observado en una parte importante de los hogares de Ciudad de La Habana responde en mayor medida a cambios en el significado del matrimonio y las uniones consensuales para hombres y mujeres que conllevan el aumento de la ruptura de uniones; y en alguna medida menor, pero significativa, a cierta tendencia a uniones libres de carácter inestable, en ocasiones a edades tempranas y vinculadas a la maternidad en soltería, y por último, responde también a la mortalidad, por ser muchos de estos jefes de edad avanzada cuyos cónyuges ya han fallecido;

Vale recordar en este momento que algunos especialistas han afirmado que en los hogares monoparentales la organización doméstica de las actividades de producción y consumo se dificulta, ya que la manutención y reposición cotidiana de la fuerza de trabajo, la crianza y socialización de los hijos y el cumplimiento del resto de las funciones familiares como grupo social y como institución recaen desproporcionadamente en el jefe de hogar. Aunque se piensa que en el contexto cubano la acción institucional aligera alguna de estas funciones, investigaciones futuras necesariamente deberán encaminarse a conocer en profundidad las particularidades de este patrón que presenta al menos una cuarta parte de los hogares capitalinos, con énfasis en aquellos con monoparentalidad femenina y en particular durante el período de la crisis de los 90's, cuando ese apoyo institucional se debilitó.

c) Hogares unipersonales

Respecto a los hogares **unipersonales**, se observa un 11% de unidades con esta condición, que como se expresó anteriormente, es una proporción alta que concuerda con la situación de algunos países de la región latinoamericana. Según CEPAL, en 1994 la proporción de hogares unipersonales en América Latina oscilaba entre 3 y 15 por ciento, siendo los países en etapas más avanzadas de la transición demográfica como Argentina y Uruguay los que presentaban mayor cantidad de personas residiendo solas (Arriagada, 1997).

Algunos autores consideran que esta presencia de hogares unipersonales en la región debe asociarse al aumento de la esperanza de vida de la población, que conlleva una mayor sobrevivencia femenina; al aumento de la importancia de la soltería en algunas edades al retrasarse la edad de la primera unión, y al incremento de la capacidad de independencia de los hijos. Como se verá más adelante, en Ciudad de La Habana la residencia unipersonal es más frecuente justamente en las edades más jóvenes y en las más avanzadas, lo que puede coincidir con ese conjunto de hipótesis.

d) Hogares nucleares conyugales (hogares formados por pareja con hijos)

El hogar **nuclear conyugal** -en donde reside una pareja conyugal con sus hijos- es el que se observa con mayor frecuencia en la ciudad. Sin embargo, abarca apenas a la mitad de todos los hogares nucleares, y sólo al 22 % del total de hogares de la capital. Lo anterior indica que esta forma “ideal” de convivencia no siempre es la “preferida”, “conveniente”, o “posible” para los habitantes de la Ciudad de La Habana.

e) Hogares nucleares estrictos (formados por pareja sin hijos)

El tipo **nuclear estricto**, que corresponde a aquel hogar en el cual solo está presente el jefe y su cónyuge, representa un 10 por ciento del total, -proporción similar a la de los hogares unipersonales-. Este patrón puede deberse a la estructura etárea en envejecimiento de la población de Ciudad de La Habana. La edad mediana de los jefes de los hogares nucleares estrictos, es de 56 años, ligeramente superior al promedio de edad de la jefatura en Ciudad de La Habana que es de 50 años -lo cuál se verá más adelante- indicando que son unidades con un ciclo vital viejo. En menor medida podría también ser un efecto de la baja fecundidad de la población cubana, tanto por las parejas que nunca han tenido hijos, como por aquellas que han tenido pocos, que ya han salido del hogar.

Sintetizando, al analizar la estructura de los hogares de Ciudad de La Habana las principales tendencias que aparecen reflejan que aunque los hogares son predominantemente nucleares, es muy alta la proporción de aquellos con estructura extensa y compuesta, y aquellos en los que la jefatura es monoparental.

1.2 Tamaño de los hogares de Ciudad de La Habana

Esta diversidad estructural que caracteriza a los hogares de Ciudad de La Habana, si bien de cierta complejidad, tiene lugar dentro de unidades familiares con un tamaño medio moderado.

En efecto, una característica notable de los hogares de Ciudad de La Habana es su reducido tamaño que, como se indicó anteriormente, en promedio alcanza 3.57 personas por hogar, cifra que es congruente con el descenso de la fecundidad que ha ocurrido en el país, y también con la tendencia de los últimos años en América Latina¹⁹.

¹⁹ Vale señalar en este punto, no obstante, que a pesar de este reducido tamaño medio, el número de personas por hogar oscila en un rango de 1 a 27 miembros.

En general, se evidencia cierta interrelación entre el tamaño del hogar y su composición de parentesco. El tamaño promedio de los hogares nucleares es excepcionalmente bajo (3.1), y refleja claramente el bajo nivel de la fecundidad, pues indica que, exceptuando los arreglos extensos y compuestos, el prototipo del hogar nuclear habanero es una pareja con un hijo. Por su parte, los hogares extensos y compuestos son también los hogares más grandes, aunque alcanzan un tamaño promedio algo inferior a 5 miembros, de ahí que a pesar del peso importante de estos tipos de hogares en el total, el promedio general sea bajo.

Las cifras de la ENMI respecto al tamaño de los diferentes tipos de hogar permiten concluir que, en Ciudad de La Habana, el componente no nuclear de los hogares extensos y compuestos es bajo, siendo estos hogares, en promedio, 0.5 veces mayores que los hogares nucleares. Se recuerda no obstante, que estos hogares tienen un tamaño medio de aproximadamente 5 personas, que situado dentro del contexto de diversidad de parentescos propia de los hogares no nucleares –corresidencia de nietos, nueras, yernos, tíos, hermanos, entre otros- indica que estos hogares no nucleares se caracterizan por una mayor complejidad en comparación con los nucleares. En general, el tamaño de hogar de mayor frecuencia es de 2 a 4 miembros, abarcando al 67 por ciento de todos los hogares de la ciudad; los de 5 a 6 miembros abarcan al 16 por ciento, y los de 7 y más, a cerca del 6 por ciento del total.

1.3 Complejidad de los hogares de Ciudad de La Habana

La información anterior ha permitido establecer que en los hogares habaneros hay una alta diversidad estructural, donde el patrón no nuclear tiene un peso importante, aunque dentro de un tamaño medio de personas por hogar relativamente moderado.

Existen algunos otros indicadores que aportan información acerca del grado de complejidad de estas unidades, entre ellos la presencia de adultos por hogar, la proporción de casados, y la proporción de parientes y de no parientes por hogar, que pudieran ofrecer una visión más explicativa del grado de complejidad de un hogar²⁰. En el cuadro siguiente se exponen estos indicadores para los diferentes tipos de hogar de la Ciudad de La Habana.

Cuadro IV.2 Medidas de complejidad de los hogares de Ciudad de La Habana

Tipo de hogar	Promedio de adultos por hogar	Promedio de casados y unidos por hogar	Promedio de parientes por hogar extenso y compuesto	Promedio de no pariente por hogar compuesto
Unipersonal	1	0.15	-	-
Nuclear	2.22	1.66	-	-
Extenso	3.33	1.99	1.91	-
Compuesto	3.43	2.11	1.04	1.27
Total	2.60	1.66	1.77	1.27

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Nota: Promedio de adultos por hogar: Cantidad de adultos de 20 y más entre cantidad de hogares

Promedio de casados y unidos por hogar: Cantidad de casados y unidos entre cantidad de hogares.

Promedio de parientes por hogar: Cantidad de parientes entre cantidad de hogares extensos y compuestos

Promedio de no parientes por hogar: Cantidad de no parientes entre cantidad de hogares compuestos

Si el promedio de personas por hogar es 3.57, como quedó especificado en el apartado anterior, y el de adultos es 2.6 -según el cuadro IV.2-, en promedio existe un sólo menor en

²⁰ Según la definición de Burch (1969 y 1970), la complejidad del hogar está dada por la presencia de otros adultos en el hogar que no son una unidad marital de la misma generación.

cada hogar habanero, así como en promedio un adulto soltero mayor de 20 años²¹, y esto ocurre para cada tipo de hogar.

Es obvio que, en todos los indicadores de complejidad expuestos en el cuadro, las cifras más altas se dan en las estructuras no nucleares. A juzgar por el tipo de hogar, es posible pensar que cerca de la mitad de los hogares de Ciudad de La Habana pueden corresponder a formas complejas de organización familiar (el 45% de los hogares son extensos o compuestos y en ellos hay en promedio otro adulto mayor de 20 años, además de la familia nuclear)²².

En general, se encontró que el grupo de edad más propenso a ser pariente y no pariente es el de 'menor de 15' (cerca del 40 por ciento de todos los parientes y no parientes), seguido del de '15 a 34 años' (alrededor del 36 por ciento), apenas sin diferenciación por sexo. Esto podría remitir una vez más a que una parte importante de los jefes de hogares no nucleares convive con sus nietos y con los cónyuges de sus hijos adultos.

Solo entre los parientes y no parientes mayores de 65 años, que corresponden al 10 por ciento del total de parientes y no parientes, se observó una proporción muy alta de mujeres, refiriéndose tal vez a madres que, una vez que están ancianas y se han quedado sin sus cónyuges, regresan a residir con sus hijos y/o pasan a ser dependientes de los mismos.

Una vez conocida la composición, el tamaño promedio, y el grado de complejidad de los hogares de Ciudad de La Habana, interesa enfocarnos en la caracterización de la jefatura de estos hogares y en el perfil sociodemográfico de las personas que presentan esta condición, aspectos que serán tratados en el apartado siguiente.

2. Rasgos sociodemográficos de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana

La jefatura del hogar es uno de los conceptos más importantes de la sociodemografía de la familia, si bien también de los más polémicos. No obstante la universalidad de su uso, se le atribuyen problemas de definición que limitan la comparabilidad internacional de los datos disponibles, y se le atribuyen, además, limitaciones para la predicción de las características sociodemográficas de los hogares, de su sistema de autoridad, y de sus estrategias de sobrevivencia. Asimismo, se cuestiona su utilidad como indicador para el diseño e implantación de políticas sociales que conciernen a los grupos familiares (Massiah, 1983; De Vos, 1987; Rosenhouse, 1989; Buvinic, 1991, Folbre, 1991).

En la ENMI'95, se utilizó la definición de 'jefatura reconocida'. La misma implica que el jefe del hogar es la persona reconocida como tal por el resto de los integrantes del hogar. Los resultados que se presentan corresponden a este concepto. Es decir, están basados en un criterio que considera la percepción de los miembros adultos respecto a la participación activa de estos individuos en las negociaciones internas del hogar y en la toma de decisiones, sin considerar la contribución económica efectiva, o la cantidad de horas de trabajo aportadas, ni elementos de propiedad de la vivienda o de otros bienes.

²¹ Se toma 20 años arbitrariamente, para ser coherentes con la propuesta de Burch (1970), y porque en el caso de Cuba también es una edad promedio de inicio de la adultez –se han terminado carreras técnicas, se ha pasado o se está ya en la primera unión consensual o marital, en ocasiones se tienen hijos- y se tiene ya cierta independencia social y material.

²² Por supuesto, la complejidad de un hogar no puede ser medida únicamente con indicadores demográficos, éstos simplemente señalan condiciones que podrían hacer a los mismos más propensos a una organización más difícil, o a relaciones de mayor conflicto entre los miembros; aunque, en términos prácticos no necesariamente es más complejo un hogar donde viven dos hermanos adultos (extenso), que uno donde esté una madre soltera con dos hijos adolescentes (nuclear).

Sin embargo, no se descarta que las respuestas puedan llevar implícito alguno de estos elementos, dados en algunos casos porque se presentan, y en otros, como han afirmado diversos autores, “por ciertos sesgos genéricos de los entrevistados debido a las pautas culturales que reconocen en los varones el papel de proveedores económicos y autoridad moral en el hogar” (Ariza y Oliveira, 1997)²³. En el caso de la Ciudad de La Habana, puede existir una propensión a considerar “jefe” al titular del derecho a la vivienda, independientemente de su sexo, su posición en la estructura de parentesco y su aporte económico al hogar.

Entre las variables para el estudio de la jefatura de los hogares se toman en cuenta el sexo y la edad de los jefes, ya que son características que expresan rasgos importantes de los hogares y del contexto sociocultural y económico en que los mismos se encuentran. La edad del jefe es un indicador apropiado para la aproximación al ciclo de vida familiar, es decir a las etapas de la formación familiar, de la procreación, y de la disolución o etapa tardía. Dependiendo de la etapa de este ciclo vital en que se encuentren los hogares, los mismos pueden tener fases alternativas de ser nucleares o no nucleares.

Por su parte el sexo del jefe también se asocia al tipo o estructura de los hogares de residencia. La jefatura femenina es mucho más frecuente en unidades monoparentales, porque algunas mujeres se hacen cargo de los hijos y asumen solas la responsabilidad del hogar al salir los esposos por ruptura de unión, abandono o migración; y en los hogares extensos, porque algunas mujeres buscan la ayuda de parientes -sólo que en este caso su jefatura se reconoce fundamentalmente en ausencia de algún adulto varón.

Asimismo, se ha encontrado que hay muchos menos hogares con jefes mujeres que con jefes hombres, puesto que como se mencionó, la mujer pocas veces es reconocida como tal en presencia de algún hombre en el hogar, aún cuando sobre ella recaiga el sostén económico y la educación y cuidado de los hijos.

Diversos especialistas aseguran que en los países subdesarrollados, el concepto de jefatura femenina -en ausencia de hombres- puede ser utilizado como una aproximación para identificar los hogares más pobres y desaventajados, aunque esta afirmación se ha puesto en duda últimamente (Louat, Grosh y Van der Gaag, 1993).

De cualquier modo, los hogares con jefatura femenina han aumentado significativamente en las últimas décadas en la mayoría de las regiones del mundo, y con ello ha crecido el interés investigativo hacia este concepto²⁴.

Como se mencionó al inicio de este capítulo, el alto porcentaje de jefatura femenina es uno de los rasgos distintivos del perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana con respecto al patrón promedio latinoamericano. Este y otros atributos sociodemográficos del patrón de jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana, y en particular de los jefes hombres y mujeres se analizan a continuación, iniciando con el ciclo vital en que se encontraban los hogares de esta ciudad capital en mayo de 1995. El análisis se refiere a todos los jefes de hogar de 15 años y más, en el momento de la ENMI'95.

23 Es importante señalar que en el caso de la ENMI'95, si bien a la persona inicialmente entrevistada en el hogar se le solicitaba toda la información sobre la composición de éste incluyendo la jefatura, el parentesco y otras características del resto de los miembros, esta información fue corroborada con todos los adultos de 15 a 64 años a los cuáles se les realizó la entrevista individual. Así, la jefatura obtenida se refiere a la persona que fue reconocida como tal al menos por la mayoría de los miembros adultos del hogar.

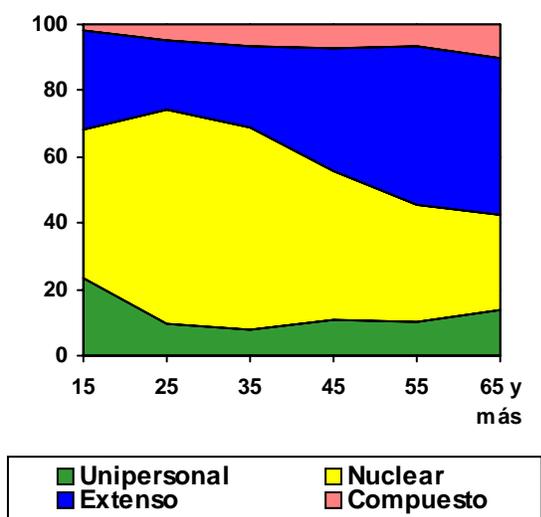
24 En América Latina el aumento en la jefatura femenina se ha atribuido a múltiples determinantes económicas, sociodemográficas y culturales. Ver Capítulo I de esta investigación.

2.1 Ciclo vital familiar²⁵

En Ciudad de La Habana se observó que el ciclo vital de los hogares, independientemente del sexo del jefe, parece corresponder, en promedio, a etapas avanzadas del ciclo tradicional, puesto que la edad media y mediana de estos hogares (medido por la edad del jefe) es de 52 años. Es decir, una edad en la que ya se han tenido los hijos, éstos han crecido y a la vez han formado sus familias.

La alta edad media de los jefes en Ciudad de La Habana puede ser resultado del proceso de envejecimiento poblacional. Sin embargo, es importante investigar si la misma también responde al déficit habitacional en la ciudad, que dificulta la creación de hogares independientes –más a edades jóvenes-, por lo que muchas veces los hijos conviven con sus padres (generalmente los titulares de la vivienda) cuando ya son adultos, y aún después de casados, o retornan a ellos después de una separación o divorcio. Aunque la ENMI'95 no contiene la información necesaria para dar una respuesta definitiva a esta interrogante, es importante recordar que, del total de “hijos del jefe”, que eran adultos de 15 o más años de edad en el momento de la encuesta, el 50% se declaró soltero, 35% en unión y 15% se declaró ex unido.

Gráfico IV.1 Tipo de hogar según la edad del jefe o ciclo vital familiar



El gráfico IV.1 refuerza este supuesto al mostrar la relación que tiene lugar en Ciudad de La Habana entre la edad de los jefes o ciclo vital familiar y la estructura de sus hogares de residencia. Se aprecia que, aunque los tipos de hogar predominantes en todos los casos son el nuclear y el extenso, la edad del jefe está asociada a la pertenencia a uno u otro tipo. En la medida en que aumenta la edad del jefe son menos los nucleares y son más los extensos, lo que también amplía las posibilidades de que corriesen más de dos generaciones en los hogares.

Los hogares nucleares alcanzan su mayor peso (más del 60 por ciento) en las unidades cuyos jefes tienen edades entre 25 y 35 años y comienzan a disminuir paulatinamente a partir de esta edad. Esto es más acentuado después de los 45 años del jefe, para ser mucho menos frecuentes en la etapa más tardía del ciclo vital.

Los hogares no nucleares, en especial el extenso, muestran un crecimiento relativo casi continuo durante las etapas sucesivas del ciclo vital, aunque su importancia como unidad preferente de residencia se verifica después de los 50 años. Las razones parecen ser algunas de las ya mencionadas: en primer lugar, la llegada del cónyuge y descendientes de los hijos, así

²⁵ El ciclo vital familiar es una definición teórica que se refiere a diferentes etapas por las cuales pasa una unidad familiar desde el momento de la unión marital hasta el momento de la salida de los hijos. En la definición tradicional se distinguen por lo general cuatro etapas principales: la formación (unión marital), expansión (nacimiento de los hijos), fisión (al menos un hijo casado o en edad de casarse, que ya comienzan a salir del hogar materno) y reemplazo (todos los hijos casados o en edad de casarse)

como también la llegada de parientes, en ocasiones del interior del país; o la permanencia de estos en el hogar, por ejemplo, la coresidencia de hermanos adultos, cuando uno de ellos ha pasado a ser el jefe del hogar, o la permanencia de hermanos/hermanas de los padres.

De esta forma, se concluye que los hogares de Ciudad de La Habana se encuentran, en promedio, en etapas tardías de su ciclo vital. Los hogares que tienen estructura no nuclear, (extensos y compuestos), presentan ciclos más viejos con una edad mediana del jefe de 57 años, frente a un ciclo menos avanzado de los nucleares, cuyos jefes tienen edad mediana de 47 años.

2.2 Tasa de jefatura de los hogares

La proporción de jefes de hogar entre la población adulta ofrece una buena aproximación de la tendencia de las personas a vivir en hogares independientes, con sus cónyuges, o, por el contrario a coresidir con otros familiares no nucleares. El indicador que brinda esta información es la comúnmente llamada “tasa de jefatura del hogar”, que en realidad refleja una proporción, ya que es el resultado de la razón por cociente entre la cantidad de jefes en la población adulta (15 y más) y el total de población adulta (15 y más), de la cual provienen estos jefes²⁶.

Teóricamente, en una población que siguiera las reglas tradicionales de formación familiar y un patrón nuclear de residencia, se esperaría una tasa de jefatura en la población adulta del 50 por ciento, considerando que la formación familiar implica la coresidencia de dos adultos, uno de los cuáles es reportado como jefe y otro no. Sin embargo, la realidad con frecuencia se aleja de ese patrón ideal, pues no necesariamente todos los adultos de una población viven en unión conyugal, debido a los patrones de nupcialidad y divorcialidad que hace que existan adultos no unidos, incluso entre los jefes de hogar, así como por las variaciones en el índice de masculinidad resultado de los patrones de mortalidad y migraciones. La tasa de jefatura también puede alejarse de ese patrón ideal porque la formación familiar no se produce de la forma tradicional, sino por uniones de visita, sin coresidencia; o por otra razón que implica la ausencia del cónyuge en el hogar, y/o la presencia de algún familiar adulto no nuclear.

En Ciudad de La Habana parece estar ocurriendo una combinación de todos estos factores, a juzgar por la tasa de jefatura de hogares. El bajo nivel de esta tasa general (36.4%) indica que un 14% de la población adulta no vivía en hogares independientes en el momento de la encuesta.

Un detalle interesante en este análisis es la semejanza que se observa en las tasas de hombres y mujeres (38% vs. 35% respectivamente). La misma evidencia la ausencia de un marcado diferencial por sexo con relación a la formación de hogares, es decir que una proporción bastante similar de mujeres que de hombres dirigen sus hogares propios cuando son adultos. Esta característica de los hogares de Ciudad de La Habana representa una particularidad dentro del contexto latinoamericano -no así dentro de El Caribeño- y será analizada en detalle seguidamente.

2.3 Jefatura femenina

En Ciudad de La Habana se verificó un índice de masculinidad en la jefatura de los hogares que favorece a las mujeres (0.945), lo cual quiere decir que en los mismos predomina la

²⁶ Tasa bruta de jefatura: Total de jefes de 15 años y más en el total y cada sexo entre total de población de 15 años y más en el total y en cada sexo. Técnicamente una tasa se refiere a la ocurrencia de determinado “evento” entre una población expuesta al riesgo de dicho evento. En este caso, al ser la jefatura una condición del individuo, no un evento, no estamos hablando estrictamente de una tasa, sino de una proporción. Es por ello que en lo adelante al mencionar la “tasa de jefatura”, en todo caso nos estaremos refiriendo a la proporción o frecuencia relativa de la jefatura en la población a que hacemos referencia.

jefatura femenina pues hay ligeramente más jefas que jefes²⁷. En términos de porcentajes, en el total de hogares de la capital cubana la jefatura femenina alcanza el 51%.

Los porcentajes de jefatura femenina también son muy altos en todos los grupos de edad. La relación de masculinidad en cada grupo confirma que, independientemente de la edad, es más frecuente encontrar jefas que jefes²⁸.

Las cifras de Ciudad de La Habana, aunque se alejan del panorama de América Latina - según estimaciones de CEPAL en 1994, en las zonas urbanas de 12 países de esta región la jefatura femenina alcanzaba un promedio del 20 por ciento, con un máximo de 26 por ciento en Uruguay (Arriagada, 1997)-; coinciden algo más con el patrón caribeño. Estudios de diversos autores han encontrado que casi toda la región de El Caribe -a la cual pertenece Cuba como la mayor de Las Antillas-, presenta patrones de jefatura femenina mucho más altos que los que caracterizan a otras partes de Latinoamérica (Massiah, 1983; de Vos, 1987; Louat, Grosh y Van der Gaag, 1993; Ariza y de Oliveira, 1997).

Cuadro IV.3 Índice de masculinidad de la jefatura por grupos de edad

Grupos de edad	Índice de masculinidad de la población	Índice de masculinidad de la jefatura
Total (*)	0.867	0.945
15-24	0.988	0.808
25-34	0.924	0.944
35-44	0.901	0.878
45-54	0.856	1.039
55-64	0.782	0.947
65 y más	0.694	0.929

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

(*) Se refiere a la población de 15 y más

Según Massiah, en El Caribe en 1970 cerca del 32 por ciento de los jefes de hogar eran mujeres (Massiah, 1983) con la más alta proporción en ST. Kitt (46.6 %) y la más baja para Guyana (22.4 %). De 14 territorios, en 8 esta autora observó proporciones de jefas superiores al 40 por ciento. Por su parte, Louat, Grosh y Van der Gaad encontraron que en Kingston, Jamaica, en 1989 existía un 46 por ciento de hogares con jefatura femenina reconocida (Louat, Grosh y Van der Gaad, 1993).

Los especialistas relacionan el paulatino aumento que ha estado ocurriendo en la jefatura femenina en los países subdesarrollados con algunos factores sociodemográficos que se encuentran en transición, como son los patrones de rupturas matrimoniales y el incremento de la maternidad en soltería, que se ha producido tanto por cierto aumento de la independencia económica de las mujeres, como por el incremento de la fecundidad adolescente, que en ocasiones conlleva la salida de las jovencitas de los hogares paternos. Asimismo, se mencionan

27 El índice de masculinidad de la población de 15 años y más en la Ciudad de La Habana también es inferior a la unidad (0.866). La posible relación entre esta característica de la población adulta de Ciudad de Habana con el nivel de jefatura femenina será tratado más adelante en este capítulo.

28 Sólo en el grupo de 45 a 54 años se da una tendencia contraria, es decir el índice de masculinidad en la jefatura sobrepasa la unidad. Es justamente este grupo uno de los que tiene mayor proporción de población femenina y por tanto se esperaría mayor prevalencia de mujeres jefas que de hombres.

entre los determinantes las rupturas involuntarias de las uniones producto del fallecimiento del cónyuge o viudez.

Actualmente, la jefatura femenina también se asocia al aumento en la participación económica de las mujeres -condicionada a veces por el aumento de la pobreza- y al abandono masculino de los hogares frente a las dificultades para cumplir con su rol de proveedores (Arriagada, 1997). Pero también hay autores que se refieren a decisiones individuales de las mujeres por el aumento en su autonomía (Rossetti, 1991; Jelin, 1993). Por último, se hace referencia a la migración, señalándose que la mujer asume la jefatura del hogar en ausencia del cónyuge en el lugar de origen, ganando espacio y autoridad; y en el destino, por el desbalance que se produce en el índice de masculinidad por la migración de mujeres a zonas urbanas (Charbit, 1984). Todos esos factores exponen a las mujeres a pasar mayor número de años sin cónyuge y en ocasiones como jefe de hogar.

En El Caribe, muchos de esos elementos forman parte de la tradición cultural de la región, de ahí que el patrón de jefatura femenina se justifica con base en argumentos de tipo histórico-culturales, y se menciona la elevada proporción de población de origen afro caribeño; la importancia del matriarcado en las nociones de familia; la importancia de las uniones de visita (ausencia de una pareja estable); las altas tasas de divorcio y disolución de uniones; y los elevados niveles de embarazo adolescente. Por último, al igual que en Latinoamérica, se hace referencia a la fuerte emigración internacional masculina y al desbalance que ello provoca en los índices de masculinidad, y en general en el 'mercado matrimonial' (Massiah 1983; Buvinic 1990; Ariza y Oliveira, 1997).

La realidad observada en Ciudad de La Habana parece responder a una mezcla de todos esos factores, de ahí que se reproduzcan patrones de jefatura similares a los de otras capitales de la región caribeña. La cercanía que se observa entre estos patrones probablemente obedece a que la mayoría de los países de El Caribe experimentaron similares procesos de desarrollo sociocultural influenciados por la colonización española, el exterminio de las culturas indígenas y la trata de esclavos, entre otros, por lo que comparten reglas y modelos -algunos de ellas también comunes con otras partes de Latinoamérica.

En efecto, Ciudad de La Habana, al igual que otras capitales caribeñas presenta una alta tendencia a uniones consensuales y de visita; ha aumentado la fecundidad fuera del matrimonio, y se presentan altas tasas de divorcialidad e inestabilidad marital. Por citar un ejemplo ya mencionado, Pedroso encontró que en Cuba hacia 1978, el 50% de la población femenina de 22 a 25 años había tenido una disolución de unión (Pedroso, 1999).

Asimismo, entre las condicionantes de la jefatura femenina comunes a Ciudad de La Habana y a la región de El Caribe, podría mencionarse también el desbalance en el índice de masculinidad -devenido de la migración. Al respecto vale mencionar que el índice de masculinidad de la población de Ciudad de La Habana durante muchos años se ha mantenido inferior a la unidad, revelando una mayor presencia de mujeres que hombres en el total poblacional. Entre 1980 y 1988 este índice alcanzó un valor promedio de 85.7 hombres por cada 100 mujeres; hacia finales de 1995, según estimaciones de los registros estadísticos del país, estaba en el orden de 90.8 hombres por cada 100 mujeres. En el cuadro IV.3 presentado anteriormente se confirmó que esta característica se presenta en todos los grupos de edad

Ante la ausencia de distorsiones en los patrones de la mortalidad y la fecundidad, es evidente que este índice de masculinidad resulta del efecto del componente migratorio. Vale mencionar que la inmigración interna a la Ciudad de La Habana durante años ha tenido una alta representatividad femenina (Franco y Franco, 1992), mientras que la emigración internacional -

fundamentalmente la de carácter ilegal-, que en dos terceras partes ha tenido como origen Ciudad de La Habana (Ramos, 1990), se ha caracterizado por una prevalencia masculina. Estos aspectos provocan desbalances importantes en la relación hombre – mujer. La alta proporción de jefas puede ser, en parte, una respuesta a estos desbalances en el índice de masculinidad y en general en la estructura del mercado matrimonial.

Por otra parte, no es menos importante citar en este momento una serie de condicionantes que emanan del contexto socioeconómico cubano, que distinguen a Cuba y a su ciudad capital del resto de la situación latinoamericana y caribeña; rasgos que no solo inciden en la importancia del patrón de jefatura femenina, sino que además matizan la interpretación de este atributo en dicho contexto social comparado con otros.

Entre estos rasgos distintivos está el alto grado de institucionalización del curso de vida de la población cubana, que implica que muchas decisiones asociadas a la vida familiar, como son la educación de los hijos, la alimentación, la atención médica sistemática, y en ocasiones el empleo, entre otras, son planeadas y proporcionadas por el Estado, cosa que no ocurre en el resto de las islas de El Caribe, y que seguramente son condicionantes de mecanismos de jefatura totalmente diferentes.

Asimismo, para las familias con bajos recursos, y en particular donde hay madres solas, se cuenta con un sistema estable de seguridad social, y de mecanismos de apoyo institucionales para enfrentar sus necesidades. Por otro lado, la mujer cubana constituye, además, un importante capital humano para la sociedad –como se señaló anteriormente, representa el 61 por ciento de los graduados de la educación media superior y el 55 por ciento de los graduados de educación superior (Rodríguez, 1995). Conjuntamente, una alta proporción de las mujeres cubanas en edad laboral (algo más del 40%) se mantienen en la actividad económica, -en 1998, 1,4 millones de mujeres se mantenían empleada en el sector estatal civil, constituyendo el 43% de la fuerza laboral activa en Cuba, y ocupando el 65% de los puestos de trabajo técnicos y profesionales (Cuba-ONE, 1999), y por tanto se encuentran en condiciones de aportar o sostener sus hogares. Finalmente, en la Ciudad de La Habana la posición legítima de una vivienda no se adquiere por compraventa en un mercado de bienes raíces, sino por el reconocimiento estatal de un derecho de titularidad al que tienen acceso las mujeres en condiciones de igualdad con los varones.

De acuerdo con estudios hechos en otros contextos, todos estos aspectos pueden implicar una mayor individuación y autonomía femenina que en el resto de América Latina, donde los porcentajes de participación femenina son algo más bajos. Es posible que en Cuba exista una más alta participación femenina en la toma de decisiones, en la organización del consumo, y en la conformación del ingreso familiar; y en general, una mayor capacidad para la manutención de sus hijos y para dirigir un hogar independiente.

Por citar un ejemplo, con la información de la ENMI se pudo verificar que en Ciudad de La Habana en todos los tipos de hogar la proporción de mujeres jefes es alta y similar a la de los hombres, verificándose la importancia de la jefatura femenina, independientemente del tipo de hogar de que se trate. El único tipo de hogar donde sí se observaron notorias diferencias fue respecto al hogar monoparental –ya sea de tipo nuclear o de tipo extenso- en los cuáles predomina la jefatura femenina. El hogar monoparental con jefe mujer es un caso que se presenta 7.5 veces más que el hogar monoparental con jefe hombre (hogares monoparentales con jefe mujer entre hogares monoparentales con jefe hombre).

Según los datos de esta encuesta, la coresidencia de mujeres jefas con sus hijos casados (y con sus nietos, nueras o yernos) es parte del patrón de jefatura femenina no nuclear, alcanzando al 54 % de los hogares extensos con jefas en el caso de la residencia con nietos; al

24 % en el caso de la residencia con nueras o yernos, y al 11% en el caso de la residencia con hijos casados. Esto parece relacionarse con la baja fecundidad, de manera que los hijos únicos se quedan en el hogar de los padres; así como también parece relacionarse con la escasez de vivienda en la ciudad, que provoca que los hijos no salen del hogar después de casados o cuando son adultos, o que regresan a éste después de una unión. Como se dijo anteriormente, de todos las personas que se declararon 'hijo del jefe' el 40% era mayor de 24 años; y entre todos los 'hijos' que tenían 15 o más años, el 35% tenía algún vínculo conyugal y el 15% eran ex unidos).

Cualquiera que sea la explicación de la alta jefatura femenina en Cuba, dadas las particularidades de su sistema de desarrollo económico y social, esta evidencia implica un reto para los programas sociales; la misma merece explicaciones sociológicas más profundas y la investigación de sus consecuencias, puesto que el alto reconocimiento de la jefatura femenina puede, en nuestro caso, hablar de una cambiante normativa social en la cual se le da y se le reconoce a la mujer un espacio en la sociedad, pero no dice nada de la mayor o menor vulnerabilidad que éstas tengan, sobre todo en períodos de crisis, como sostén económico y moral de un hogar.

En los análisis que siguen se examina de forma comparativa a los jefes y las jefas de los hogares de Ciudad de La Habana. El objetivo es conocer sus características sociodemográficas, e identificar posibles rasgos que los diferencien, para encontrar en ellos explicaciones plausibles a la alta proporción observada de hogares con jefas.

2.4 Características sociodemográficas de los jefes de hogar en Ciudad de La Habana

a) Edad (distribución de los jefes de hogar por grupos de edad y tasas específicas de jefatura por edad y sexo)

Habíamos referido anteriormente que la edad es una variable sociodemográfica muy vinculada al ciclo vital de los individuos, que delimita la mayoría de los eventos de carácter demográfico que tienen lugar en su vida: el nacimiento, la migración, la mortalidad, la fecundidad, el matrimonio, la participación laboral, la educación, y la jefatura de los hogares.

Establecer la composición por edad de los jefes ayuda a comprender algunos de los patrones de residencia que se observan. Por ejemplo, se ha visto que la probabilidad de ser jefe de hogar aumenta casi de forma lineal con la edad, aunque comienza a disminuir a edades muy avanzadas (De Vos, 1987). También, a medida que aumenta la edad es más frecuente residir en unidades de tipo extenso, mientras que en la juventud, cuando se forman los hogares, se tiende más a vivir con la pareja y con los hijos que van naciendo.

Asimismo, en la juventud más temprana hay mayor propensión a migrar, y si se migra, con frecuencia se reside en los lugares de destino en los hogares de parientes y amigos, por lo que es menos probable a esta edad que los migrantes dirijan un hogar.

Como se vió en el acápite 1.2, la composición por edad de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana muestra una estructura con tendencia al envejecimiento, al estar más concentrada en los grupos de edad mayores a 44 años. En efecto, dos de cada tres jefes de hogar tienen 45 años o más, lo que justifica la alta edad media de la jefatura observada -cercana a los 50 años en el total y en cada uno de los sexos. La distribución por edad de la jefatura para cada uno de los sexos es casi idéntica; lo cual reproduce el patrón envejecido encontrado como tendencia promedio, y también se diferencia de otros lugares del contexto urbano latinoamericano, donde se han visto importantes diferencias entre el comportamiento por edad de jefas y jefes; por ejemplo, que las jefas tienen edades más avanzadas porque la jefatura

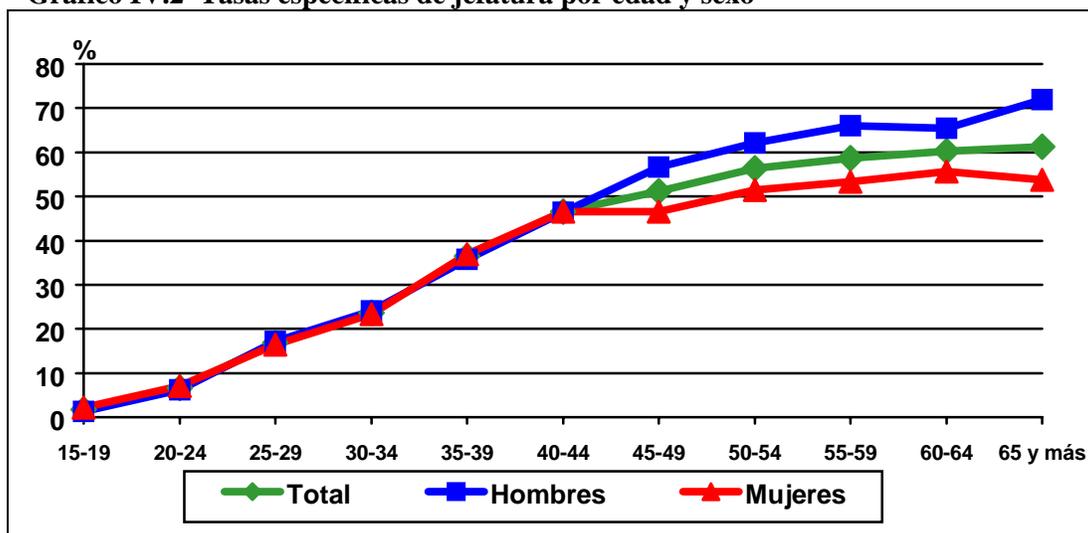
femenina ocurre con alta frecuencia en la viudez²⁹, o por el contrario, proporciones importantes de la jefatura femenina que están ocurriendo a edades muy jóvenes y en soltería (INEGI, 1999; Arriagada, 1997^a, Echarri, 1995).

. *Tasas específicas de jefatura por edad y sexo*

Las tasas específicas de jefatura por edad y sexo evidencian con mayor claridad cómo ocurre la jefatura entre la población de Ciudad de La Habana según estos atributos. Las mismas miden la incidencia de la jefatura a escala individual y expresan la proporción de la población de determinado sexo y rango específico de edad que dirige un hogar, respecto al total de la población del mismo sexo y rango de edad. Estas tasas nos permiten conocer la frecuencia de la jefatura en cada grupo de edad, así como comparar grupos o subgrupos de población, puesto que minimizan los efectos de diferentes estructuras por edad de la población.

En el gráfico IV.2 la comparación se establece entre hombres y mujeres adultos de la Ciudad de La Habana, y la misma nos dice cuán probable es para los individuos masculinos de cada grupo de edad llegar a ser jefes de hogar, en comparación con la misma probabilidad entre los femeninos.

Gráfico IV.2 Tasas específicas de jefatura por edad y sexo



Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

La expresión que comúnmente se utiliza para calcular estas tasas es:

$$j(i,j) = J(i,j) / P(i,j) * K; \text{ donde:}$$

J (i,j) = Número de jefes de hogares de sexo i y edad j (en el momento de la encuesta)

P(i,j) = Población de sexo i y edad j (en el momento de la encuesta)

K = constante (igual a 100).

Las tasas específicas de jefatura por edad no alcanzan valores más allá del 70 por ciento, reflejando que a la edad en la cual la mayor proporción de los adultos de Ciudad de La Habana son jefes de hogar, algo más del 30 por ciento de los mismos no ha llegado a formar su hogar independiente. Esta evidencia se expresa en el nivel de nuclearización relativamente bajo observado en la ciudad.

²⁹ Echarri Cánovas encontró en México hacia 1992, que el 60% de las jefas tenía más de 50 años, en contraste con solo el 30% de los jefes que superaban esa edad (Echarri, 1995). Respecto al estado civil INEGI en México estima 47.6% de viudas (INEGI,1999), lo que también es coherente con el planteamiento de Arriagada de situar a la viudez como un fuerte determinante de la jefatura femenina en las zonas urbanas de América Latina (Arriagada, 1997).

Las tasas de jefatura de hombres y mujeres muestran una tendencia ascendente en el transcurso de la vida; se mantienen en niveles casi idénticos hasta los 45 años, y difieren algo a partir de esta edad. Para ambos, a medida que se tiene más edad son mayores las probabilidades de encabezar un hogar, siendo muy bajas estas probabilidades en las edades jóvenes, e incrementándose gradualmente hasta alcanzar en las edades más adultas sus niveles máximos.

A partir de los 40 años, las tasas para el sexo femenino tienen un incremento más lento que para el masculino, y aunque continúan en ascenso se sitúan en niveles bastante más bajos, alcanzando valores cercanos al 60 por ciento, en comparación con niveles cercanos al 70 por ciento de la población masculina³⁰.

En general, el porcentaje de población adulta que dirige su hogar es de un tercio en el total y para cada sexo, y algo más de un medio en los grupos de más avanzada edad (50 años y más), independientemente del sexo.

Otra forma de comparar cómo ocurre la jefatura dentro de las poblaciones masculina y femenina es estimando la razón entre la tasa de jefatura de mujeres y la de hombres -suma de todas las tasas específicas por edad femeninas entre la suma de las masculinas- como una medida robusta de la importancia de los hogares con jefes mujeres (Burch, 1980). Este indicador, calculado para la Ciudad de La Habana es igual a 0.869, lo que sugiere que independientemente de la alta presencia de la jefatura femenina en esta ciudad, y de la similitud de las tasas específicas de cada sexo, sigue siendo más probable en la población total, que hombres, en lugar de mujeres, ocupen la jefatura de los hogares donde residen.

Sin embargo, vale mencionar que es probablemente la relación más alta que pueda encontrarse en la región. A modo de ilustración se calculó la relación entre las tasas específicas de jefatura femenina y masculina para siete países latinoamericanos con datos de mediados de los años 70 (Cuadro IV.4). Los patrones y nivel de jefatura por sexo en esos países parecen ser muy disímiles al modelo de Ciudad de La Habana a mitad de los 90s.

Las cifras de Ciudad de La Habana corresponden a un momento en el tiempo muy distante a las que se presentan de esos 7 países de América Latina, y no se contó en esta investigación con información más actualizada para realizar los cálculos correspondientes que permitan afirmar de manera conclusiva el anterior razonamiento. Sin embargo, se recuerda que según los datos de CEPAL en 1994, en las zonas urbanas de los países de América Latina, la jefatura femenina se mantenía, como promedio, en el 20% de los hogares, por lo que se piensa esos datos no han de haber variado sustancialmente.

Cuadro IV.4 Índice de tasa de jefatura femenina en algunos países de América Latina a mediados de la década del 70

Colombia	Costa Rica	República Dominicana	México	Panamá	Perú	Puerto Rico
0.248	0.242	0.332	0.200	0.300	0.200	0.239

Fuente: Cálculos a partir de información en De Vos, 1987, pags. 511 y 514

Al examinar detalladamente las tasas de jefatura de estos países a mediados de los 70's se observó que, en general, la jefatura masculina en esos países describía un patrón en crecimiento gradual con la edad con un máximo en el grupo de 45 a 54 años y un descenso posterior a los 65

30 Evidencias de estudios anteriores en América Latina encontraron un patrón de la jefatura femenina lineal -las tasas crecen con la edad- a diferencia del patrón curvilíneo de los hombres. (cita de De Vos, 1987 en pag.513)

años. El nivel de la tasa de jefatura de este grupo era en promedio de 10 por ciento en las edades más jóvenes (15 a 24), y alcanzaba un máximo superior al 90 por ciento entre 45 y 54 años.

El patrón de jefatura femenina también era ascendente con la edad, pero en niveles muy inferiores al de los hombres y alcanzaba el máximo en las edades más avanzadas, es decir después de los 65 años. La tasa mínima en las edades femeninas jóvenes no supera el 2%, llega a 20% alrededor de los 45 años, y alcanza un punto máximo promedio de 37%, algo más alta en República Dominicana con 47.3%, y más baja en Perú con 28.3%.

Es decir, en comparación con lo que ocurre en Ciudad de La Habana, en estos países hay una diferencia mucho más amplia entre las probabilidades de jefatura de hombres y mujeres, lo que quedó anteriormente confirmado en las cifras que relacionan las tasas de estos grupos.

b) Situación conyugal

La ENMI'95 clasificó la situación conyugal de la población como unido, casado, divorciado, separado, viudo y soltero³¹. Según las tabulaciones de esta encuesta, entre los jefes de hogar de Ciudad de La Habana predomina el vínculo conyugal -casado y unido- representando al 58 por ciento del total de jefes, en tanto un tercio le corresponde a la ex unión. Sin embargo son notorias las diferencias de acuerdo con el sexo de los jefes. Entre los hombres la unión conyugal es casi una condición para ser jefe (77% frente a un 41% entre mujeres). Para las mujeres la disolución de la unión por divorcio o separación, y viudez parece ser un condicionante más fuerte de la jefatura (49%).

La jefatura femenina en la viudez (20%) se explica por la sobremortalidad masculina, siendo que ya vimos que la edad promedio de los jefes es muy alta. Se mencionó anteriormente, además, que esta era una tendencia común en países de América Latina, como México y aquellos en etapas avanzadas de la transición demográfica (Arriagada, 1997). La jefatura después del divorcio o la separación (28%) tiene sentido porque la mujer muchas veces asume la responsabilidad de la crianza de los hijos, es menos propensa que los hombres a contraer segundas nupcias, y regresa con menor frecuencia al hogar de los padres.

. Jefatura femenina en unión y en presencia del cónyuge

Investigaciones precedentes en América Latina han concluido que cuando la mujer está unida, por lo general el hombre es considerado el jefe del hogar (INEGI, 1999; Arraigada, 1997; Echarri, 1995). De ahí que en Ciudad de La Habana resulta muy importante el hallazgo de un 41 por ciento del total de jefas que declaró estar en unión marital (casadas y unidas). En general, se observa una frecuencia de 0.315 cónyuges hombres por jefe mujer. Esta información refleja que en cerca de un tercio de los hogares donde hay jefas, el cónyuge está presente, es decir la jefatura fue reconocida aún en presencia del cónyuge. La cifra de mujeres con vínculo marital que son cónyuges del jefe es de 42 por ciento, en tanto 21 de cada cien hombres en unión reconoció ser la pareja del jefe³².

31 A diferencia de otras investigaciones no se diferenció el estado "unido" en "por consenso" o "de visitas", siendo este último aquel que implica no coresidencia. Es por ello que con los datos de la ENMI'95 sólo es posible conocer las personas que estaban o no estaban en unión en el momento de la encuesta, siendo esta unión legal o no legal, y no necesariamente de forma coresidencial. Así, es posible que una parte de los jefes, sobre todo entre mujeres, sostengan un tipo de unión de visita, aún cuando se hayan declarado solteros, viudos, divorciados o separados, así como algunos que se han declarado en unión tal vez no residan en la misma vivienda con su cónyuge.

32 Se recuerda que la ENMI'95 fue contestada por todos los adultos de 15 a 64 años de los hogares. Si bien a la persona inicialmente entrevistada en el hogar se le solicitaba toda la información sobre la composición de éste incluyendo la jefatura, y el parentesco y otras características del resto de los miembros, esta información fue corroborada con todos los adultos de 15 a 64 años a los cuáles se les realizó la entrevista individual. Así, la jefatura obtenida se refiere a la persona que fue reconocida como tal al menos por la mayoría de los miembros adultos del hogar.

Con la información del cuadro IV.5, es posible comparar a las jefas que están casadas o unidas con aquéllas que no lo están, y con sus cónyuges o esposos.

Los datos demuestran que en comparación con las jefas no unidas, aquéllas con vínculo marital son más jóvenes, tienen un mayor nivel educacional, en menor proporción están incorporadas a la actividad económica y tienden más a ser nativas de Ciudad de La Habana. Con respecto a sus cónyuges, las jefas son en proporción igualmente instruidas, aunque un menor porcentaje de ellas está incorporada a la actividad económica. Las que están incorporadas se concentran más en la categoría “profesional o técnico”, y particularmente les diferencia la condición migratoria: los cónyuges varones son con mayor frecuencia inmigrantes a la ciudad.

Al parecer, para ser jefa de un hogar en presencia de su cónyuge las mujeres de Ciudad de La Habana se amparan fundamentalmente en el hecho de ser nativas de la ciudad, así como en su alto nivel educacional, aún cuando no necesariamente se esté incorporada a la fuerza laboral. Sin embargo, estas no son condiciones necesarias, si se observa que el 50% de los cónyuges varones no son migrantes, y presentan un nivel de instrucción semejante al de las jefas en unión.

Este alto reconocimiento de jefatura a mujeres en presencia del cónyuge, como fue mencionado, es un rasgo muy particular en Ciudad de La Habana, que no tiene paralelo en otras capitales latinoamericanas, y que determina que la cifra sea mucho más elevada que en Latinoamérica, por lo que podría entenderse, que lo que en Ciudad de La Habana llaman jefatura, no es lo mismo que lo que se entiende como jefatura en las capitales latinoamericanas.

Cuadro IV.5 Distribución porcentual de las ‘jefas’ unidas y no unidas, y de los ‘cónyuges’ varones por características socioeconómicas

	Jefas en unión conyugal	Jefas no unidas	Cónyuges varones
Edad media	45.2	57.2	47.2
NIVEL EDUCACIONAL			
Ninguno	0.6	1.3	0.3
Primaria	23.2	26.1	17.5
Medio inferior	26.9	29.4	32.0
Medio superior	37.4	29.7	36.6
Universidad y +	11.9	13.5	13.6
Total	100.0	100.0	100.0
PARTICIPACIÓN EN LA ACTIVIDAD ECONÓMICA			
Trabaja	45.9	50.1	80.6
No trabaja	54.1	49.9	19.4
Total	100.0	100.0	100.0
CATEGORÍA OCUPACIONAL			
Profesional y técnico	32.5	32.0	15.0
Servicios	35.8	39.6	47.3
Administrativo	17.3	13.1	3.7
Otra	14.4	15.3	34.0
Total	100.0	100.0	100.0
CONDICIÓN MIGRATORIA			
Migrante	42.4	51.8	50.9
No migrante	57.6	48.2	49.1
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

* Se refiere a las personas de 15 a 64 años

Queda pendiente la interrogante de por qué los habitantes de Ciudad de La Habana denominan jefa de hogar a una mujer cuyo esposo convive en el mismo hogar y los habitantes de todas las capitales latinoamericanas reconocen como jefe al varón, aún cuando no realice aportes económicos -y a veces aún cuando no esté claramente presente. La respuesta a esta interrogante puede estar en las particularidades de la economía y la historia sociopolítica de la Cuba contemporánea, que no es compartida por ningún país latinoamericano, o en la alta participación económica femenina, o en posibles cambios hacia relaciones de género más igualitarias, desencadenadas por la elevada participación escolar y laboral de las mujeres; o en rasgos culturales propios de la pertenencia a una cultura caribeña. Cabría, además, preguntarse, si realmente existe una mayor autoridad de estas mujeres frente a sus cónyuges al enfrentar la educación de los hijos, y la gestión y administración de los bienes de consumo³³, o si se trata, de jefaturas compartidas –o no-. Es muy posible que el reconocimiento de la mujer como jefe responda a la titularidad de la vivienda y no a un mayor ejercicio de autoridad.

Cualquiera que sea la conjunción de razones que influye en esta característica tan particular de los hogares de Ciudad de La Habana, la información de la ENMI no permite conocerlas. Sin embargo, tanto la escolaridad de las mujeres, como su participación económica no son más altas que en otras capitales latinoamericanas, por lo que el argumento más característico de Ciudad de La Habana podría ser la frecuencia con que las mujeres son titulares de la vivienda.

Es decir, podemos plantear la hipótesis de que en alguna medida importante el reconocimiento de la mujer como jefe del hogar en Ciudad de La Habana, responde a la titularidad de la vivienda. En este aspecto, Ciudad de La Habana presenta una situación claramente diferente de otras capitales, que puede explicar el elevado número de jefas de hogar que viven con sus cónyuges, y además no trabajan. Respecto a esta hipótesis de la titularidad de la vivienda como elemento que define la jefatura, es importante apuntar que una de las formas de constituir hogares independientes en Cuba ha sido a través de la obtención de viviendas por los centros de trabajo, y por la participación en microbrigadas estatales, mecanismos que favorecían por igual a hombres y mujeres. La elevada proporción de jefas con cónyuge podría referirse a mujeres que, por su trabajo y participación social, fueron beneficiadas con estos mecanismos^{34, 35}. La mayor proporción de cónyuges varones que son migrantes, puede tener que ver con una mayor probabilidad de ser titulares de viviendas entre las y los nativos.

c) Nivel educacional y participación económica de los jefes de hogar

El análisis de la información de la ENMI'95 revela que la jefatura de los hogares habaneros se caracteriza por un nivel educacional alto en los jefes de ambos sexos, aunque es ligeramente superior entre los hombres. En general, 8 de cada diez jefes hombres y 7 de cada 10 jefes mujeres tienen un nivel educacional superior al primario, son idénticas las proporciones entre jefes y jefas con sólo educación secundaria (28%); y 54 de cada cien jefes hombres vs. 46 de cada cien mujeres recibieron educación post secundaria.

33 Es importante mencionar que en las condiciones socioeconómicas cubanas es igualmente importante –y difícil- el tradicional rol masculino de 'traer el suficiente ingreso a casa', que aquél de 'conseguir' y administrar los productos para el consumo, que generalmente es asumido por la mujer.

34 No se descarta que una parte de esta alta proporción podría responder a problemas de mala declaración del estado conyugal –mujeres que ya separadas continúan declarando estar unidas o casadas; así como la incidencia de uniones de visita.

35 Para mayor información acerca de la jefatura según la situación conyugal ver Anexo 6 donde se presentan las tasas específicas de jefatura de la población según la edad, el sexo y su situación conyugal.

Respecto a la participación en la actividad económica, el patrón de los jefes de hogar de la Ciudad de La Habana muestra grandes diferencias de acuerdo al sexo de los jefes. Más del 75 por ciento de los jefes varones participan en la actividad económica, en tanto solo el 48 por ciento de las jefas declararon estar incorporadas a esa actividad. Estas cifras también difieren del modelo latinoamericano, donde la mujer jefe tiende a tener tasas de participación muy similares a la de los jefes hombres (Arriagada, 1987, p21).

Teniendo en cuenta que en Ciudad de La Habana la edad media de la jefatura de hombres y mujeres es muy similar, la estructura por edad no parece ser la responsable del patrón de participación. De hecho, se comprobó que aproximadamente uno de cada siete jefes hombres (14%) y una de cada seis jefes mujeres (17%) son jubilados, pensionados o incapacitados, y se examinó el comportamiento de la participación económica de los jefes según dos grupos de edad 15-34 y 35-64, siendo que los resultados reproducen las diferencias anteriormente señaladas.

Es posible que la diferencia tenga lugar porque las mujeres habaneras, aún cuando sean jefes de hogar, se dediquen más a los quehaceres domésticos que a la actividad económica extradoméstica. Este hallazgo resulta muy interesante puesto que revela que en Ciudad de La Habana no necesariamente se reconoce para la jefatura al proveedor económico, es decir, la responsabilidad máxima dentro del hogar no está relacionada con la atención económica del mismo. Una hipótesis es que hay un peso importante en el reconocimiento a la persona que ha ganado en el espacio doméstico respeto y autoridad, y otra posibilidad es la ya señalada de titularidad de las viviendas.

Otro análisis de la participación económica de los jefes hombres y mujeres se realizó teniendo en cuenta el tipo de hogar que los mismos dirigen. Se espera que cuando la mujer dirige hogares nucleares, fundamentalmente si estos son monoparentales, su participación económica sea más frecuente que cuando son jefes de hogares extensos o compuestos, en los que pueden existir otros miembros, aparte de los hijos, que aporten económicamente.

Cuadro IV.6 Participación en la actividad económica de los jefes y las jefas según el tipo de hogar que dirigen (%)

Participación económica	JEFES HOMBRES					
	Unipersonal	Nuclear	Nuclear monoparental	Extenso	Compuesto	Todos
Trabaja	71.9	82.7	78.3	73.6	74.0	75.0
No trabaja	28.1	17.3	21.7	26.4	26.0	25.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Participación económica	JEFES MUJERES					
	Unipersonal	Nuclear	Nuclear monoparental	Extenso	Compuesto	Todos
Trabaja	42.1	53.1	59.2	42.8	43.6	48.0
No trabaja	57.9	46.9	40.8	57.2	56.4	52.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Los resultados confirman lo esperado. La participación se modifica ligeramente dependiendo del tipo de hogar que dirigen estos jefes. Esta tendencia ocurre lo mismo para hombres que para mujeres, aunque los hombres presentan mayores tasas de participación en todos los casos.

Cuando los hombres dirigen un hogar nuclear, al parecer con mayor presión asumen el sustento de su familia nuclear; ocho de cada diez jefes hombres de este tipo de hogar son parte de la fuerza de trabajo. Por su parte, en el caso de las mujeres, la participación en la actividad

económica se modifica sensiblemente cuando las mujeres tienen la responsabilidad de hogares nucleares, y fundamentalmente cuando éstos son monoparentales.³⁶

Esto último estaría indicando, o bien que las mujeres al enfrentar solas la conducción de su hogar, están más presionadas económicamente, o, visto de otra forma, que en la medida en que las mujeres tienen más poder económico, las mismas asumen la jefatura de mayor cantidad y más diversos hogares. Algo más de un tercio de todas las personas que trabajan son jefes de hogar, no existiendo diferencial por sexo.

A modo de conclusión, respecto al perfil sociodemográfico de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana es notable que uno de cada dos jefes de hogar sea una mujer. Ellas tienen una edad promedio alta y similar a la de los hombres, lo que reproduce el ciclo vital familiar envejecido que caracteriza a la ciudad. Las jefas con mayor frecuencia no tienen una pareja conyugal y viven solas con sus hijos, o con éstos y otros parientes, es decir, la monoparentalidad en Ciudad de La Habana, al igual que en muchas partes de Latinoamérica, es básicamente de jefatura femenina. Sin embargo, a diferencia de otros lugares, la condición de jefa de una mujer es ampliamente reconocida aún en presencia de otros parientes; y, notablemente, también en cerca de un tercio de hogares nucleares y extensos en los cuáles, además, existe una pareja masculina. Sus hogares son exactamente de igual tamaño promedio que los de los hombres (3.4 personas por hogar).³⁷ Tienen un nivel educacional promedio alto, pero ligeramente inferior al de los hombres, y participan mucho menos que éstos en la actividad económica.

Algunas de estas características, como el alto porcentaje de jefatura femenina, y el de jefatura femenina en presencia del cónyuge, aunque responden a un patrón caribeño, son completamente disímiles a otras capitales de América Latina, así como otros rasgos como la similitud entre la edad media de hombres y mujeres jefes, y el nivel educacional de las jefas que se alejan de ambos modelos.

Una vez definida la estructura y composición de los hogares de Ciudad de La Habana y el perfil sociodemográfico de sus jefes, otro interés del presente capítulo es tomar a toda la población capitalina como unidad de análisis para situarla dentro de este contexto residencial y verificar desde cuál posición de parentesco comparten esta organización residencial y de jefatura encontrada en Ciudad de La Habana. Este análisis se efectúa en el siguiente apartado.

3. Los individuos y la posición que ocupan en la estructura de parentesco

El cuadro IV.7 muestra algunas características sociodemográficas de la población que residía en Ciudad de La Habana en mayo de 1995, según el lugar que ocupaban en la relación de parentesco de sus hogares de residencia. Los datos reiteran la existencia de una alta proporción de familias incompletas, a saber por la baja proporción de cónyuges respecto a la de jefes, confirmando el peso de la monoparentalidad. El índice de conyugalidad igual a 0.5, refleja que cada dos jefes sólo existe un cónyuge.

Asimismo, la proporción de parientes es más alta que la de cónyuges. Vale señalar, sin embargo, que esta presencia de parientes y no parientes en los hogares de Ciudad de La Habana parece más bien “extensiva” que “intensiva”. Quiere decir que si bien abarca, como hemos visto,

³⁶ Se recuerda que la el 43% de las mujeres en edad laboral en Cuba están en la población económicamente activa. Es decir, es una proporción menor que el 48% de PEA entre las jefas, así como del 53% de las jefas de hogares nucleares y el 59% de las jefas de hogares nucleares monoparentales

³⁷ Esta similitud entre el tamaño del hogar de jefes y jefas, es otro de los rasgos observados por Massiah en El Caribe, aunque en ese caso los hogares de los hombres eran ligeramente mayores (Massiah, 1983).

a una proporción grande de hogares y de población, la magnitud de población con esta condición de parentesco no es muy alta en el total (25% incluye a nietos, nueras y yernos, madres y padres, otros parientes, y no parientes), por lo que no parece indicar la presencia de muchos parientes por cada jefe u hogar. El índice calculado al respecto (0.89) revela la existencia de menos de un pariente por jefe en el total de los hogares. Este indicador, aunque es un promedio, está en coherencia con lo que se ha visto de la composición de los hogares, y con el indicador calculado al inicio de este capítulo, donde el promedio de parientes y no parientes en los hogares extensos y compuestos era de 1.77.

La edad de 'jefes' y de 'cónyuges' es bastante más alta que el promedio de la población, y la edad promedio de los 'hijos' supera los 20 años, lo que confirma que son unidades en ciclo familiar avanzado. Los 'nietos' tienen en promedio 10 años, lo que indica una larga permanencia con los abuelos, aunque algunos pueden haber llegado a la casa de los abuelos después de una separación de sus padres. Parientes y no parientes tienen edades cercanas al promedio de la población de la ciudad, indicando que aparentemente no hay una preferencia de las familias receptoras por los individuos más jóvenes. Es interesante que hay más mujeres entre parientes y más hombres entre no parientes. Sin embargo, cuando el hogar se extiende por la presencia del cónyuge de los hijos, es más frecuente que sean yernos.

Cuadro IV.7 Características socioeconómicas de la población habanera según el lugar que ocupa en la relación de parentesco dentro del hogar (% por columna)

	Jefe	Cónyuge	Hijo	Nieto	Madre/ Padre	Nuera/ yerno	Otro pariente	No pariente	Toda la población
TODOS	29.2	14.9	30.8	10.1	1.4	3.4	7.5	2.7	100.0
EDAD Y SEXO									
Edad Media	52.3	47.3	21.5	10.4	71.9	31.5	32.0	30.8	35.3
Índice de masculinidad	0.944	0.483	1.081	1.118	0.273	1.289	0.896	1.144	0.907
ESCOLARIDAD*									
Ninguno	0.7	0.3	0.3	0.0	1.7	0.2	0.7	0.0	0.5
Primaria	20.1	21.1	7.5	8.4	43.1	5.3	13.1	13.6	14.8
Media inferior	28.9	31.6	34.2	42.1	25.5	27.1	37.7	33.3	32.1
Medio superior	34.7	34.1	44.8	42.9	20.2	47.4	39.5	39.3	38.9
Univers. y +	15.6	12.9	13.2	6.6	9.5	19.9	9.0	13.9	13.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
SITUACIÓN CONYUGAL*									
Unido/casado	58.7	100.0	34.4	26.4	15.8	98.4	30.8	51.8	57.3
Divorciado	15.4	0.0	11.7	5.3	16.6	0.8	11.9	12.9	10.4
Separado	3.3	0.0	2.5	1.6	2.8	0.2	3.5	3.9	2.4
Viudo	13.0	0.0	0.5	0.0	57.0	0.6	8.2	5.5	6.5
Soltero	9.6	0.0	50.9	66.7	7.8	0.0	45.6	25.9	23.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
PARTICIPACIÓN EN LA ACTIVIDAD ECONÓMICA*									
Trabaja	62.5	56.9	57.4	46.6	27.7	70.9	54.8	67.3	59.1
No trabaja	37.5	43.1	42.6	53.4	72.3	29.1	45.2	32.7	40.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
CONDICIÓN MIGRATORIA*									
No migrante	52.4	48.4	85.0	88.2	38.2	62.7	66.0	51.3	64.3
Migrante	47.6	51.6	15.0	11.8	61.8	37.3	34.0	48.7	35.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

El índice de masculinidad de los jefes ratifica que la jefatura femenina es dominante en el patrón de residencia de Ciudad de La Habana. Para los ‘cónyuges’ el índice de masculinidad es muy bajo, pero reafirma que, aún en unión conyugal, una proporción significativa de mujeres ocupa la jefatura de sus hogares. Ese mismo índice para el caso de los hijos dice que los hijos varones parecieran inclinarse algo más que las hijas a permanecer residiendo con sus padres, o, a regresar a ellos después de un divorcio. Asimismo, el muy bajo índice de masculinidad en la categoría madre/padre alude a la sobremortalidad masculina, al mostrar muchas más madres que padres ancianos residiendo con sus hijos jefes.

El análisis de la situación conyugal de la población de acuerdo a su posición en la estructura de parentesco revela aspectos importantes que coinciden o confirman algunos de los argumentos discutidos anteriormente y que merecen ser temas de investigaciones futuras. Resalta en particular la muy alta proporción de ‘hijos’ de los jefes –incluso de los nietos- con estado civil casado o unido, que testimonia que en algunos de los hogares de Ciudad de La Habana es posible que lleguen a residir hasta cuatro generaciones.

Por último, la condición migratoria de los individuos según su posición en la estructura de parentesco evidencia que entre todos los jefes predominan ligeramente los no migrantes, en cambio entre ‘cónyuges’ –la mayoría mujeres- hay una presencia levemente mayor de migrantes.

Respecto a la categoría ‘hijo del jefe’ es importante el hallazgo de que en su mayoría son nativos de Ciudad de La Habana, lo cual se relaciona con que la gran mayoría de los migrantes llegaron hace más de 15 años, pero también indica que la migración de familias enteras no es un rasgo de la inmigración actual a la capital cubana, sino que más bien ésta se produce a edades jóvenes, y en soltería, o para iniciar el vínculo conyugal o formación familiar. En capítulos anteriores se expresó que, de acuerdo a la información de la ENMI’95, el matrimonio es una motivación importante para la inmigración a Ciudad de La Habana. De igual forma, los ‘nietos’ adultos de los jefes de hogar en su mayoría han nacido en la capital. Sólo poco más de un tercio de los ‘otros parientes’ son migrantes. Es posible que esta categoría esté ocupada, fundamentalmente, por familiares laterales de los jefes nativos como son tíos o hermanos. Únicamente entre los padres del jefe hay una proporción claramente mayoritaria de migrantes.

A manera de resumen, es posible afirmar que existen diferencias significativas –si bien algunas esperadas- en las características sociodemográficas de la población según su categoría de parentesco. La edad y sexo de los jefes manifiesta que los hogares tienen un ciclo familiar avanzado y la jefatura femenina es alta; en tanto la edad promedio de los hijos testimonia que muchos, siendo adultos, permanecen residiendo en el hogar materno. El nivel de escolaridad, así como la participación económica, son categorías bastante homogéneas en las diferentes categorías de parentesco, y son coherentes con el ciclo de vida de estos individuos. Sin embargo, se observó una mayor participación relativa de los cónyuges –que en su mayoría son mujeres en edad laboral avanzada. Respecto a la condición migratoria, se puso de manifiesto que aparentemente no existe un patrón de inmigración de familias enteras a juzgar por la condición de nativos de la gran mayoría de los ‘hijos’ y ‘nietos’ del jefe. En general, el índice de migración disminuye de acuerdo con la siguiente secuencia de categorías de parentesco: padres/madres, no parientes; cónyuges, jefes, nueras/yernos, otros parientes, hijos y por último nietos.

Consideraciones finales

Este capítulo tuvo el propósito de estudiar la organización para la residencia de los habitantes de Ciudad de La Habana, con el fin de determinar el perfil sociodemográfico que caracterizaba a sus hogares en mayo de 1995, momento en que se realizó la Encuesta Nacional de Migraciones Internas.

Del análisis de la información de la ENMI'95 se pudo constatar que los rasgos que definen el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana y que distinguen a esta capital de otros contextos latinoamericanos son: una proporción muy elevada de hogares no nucleares (45%) -muy superior al resto de las capitales de América Latina; una cifra muy alta de hogares monoparentales entre los hogares con hijos, tanto nucleares como extensos (43%), y en consecuencia, proporciones modestas de hogares donde viven ambos cónyuges con sus hijos. La forma 'ideal' de convivencia (nuclear conyugal) es compartida por menos de una cuarta parte de la población.

Respecto a la jefatura, distingue a esta capital una presencia muy alta de mujeres -uno de cada dos jefes de hogar de la ciudad es mujer-; muy alta jefatura de mujeres que se declaran en unión conyugal (31%), y particularmente elevada la proporción de aquéllas que son jefas aún cuando sus cónyuges residen en la misma vivienda.

En general las jefas tienen una edad promedio alta y similar a la de los hombres, lo que reproduce el ciclo vital familiar envejecido que caracteriza a los hogares de la ciudad. Sus hogares son exactamente de igual tamaño promedio que los de los hombres (3.4 personas por hogar); tienen un nivel educacional promedio alto, pero ligeramente inferior al de los hombres, y participan mucho menos que éstos en la actividad económica, esto último también a diferencia de un patrón de mayor participación que tiene lugar entre las jefas de Latinoamérica.

Las jefas con mayor frecuencia no tienen una pareja conyugal y viven solas con sus hijos, o con éstos y otros parientes, es decir, la monoparentalidad en Ciudad de La Habana, al igual que en muchas partes de Latinoamérica, es básicamente de jefatura femenina (88% de los hogares monoparentales).

De la ubicación de la población habanera en la estructura de parentesco de sus hogares de residencia resalta que la proporción de 'parientes' es mayor a la de 'cónyuges', aunque no existen muchos parientes por jefe de hogar; las mujeres son más 'cónyuges' que los hombres, que tienden más a declararse como 'hijo del jefe'; y parientes y no parientes son igualmente hombres y mujeres. Los 'padres' fueron quienes con mayor frecuencia relativa declararon ser migrantes, seguidos por los no parientes y los cónyuges y jefes, en tanto los hijos y nietos son, por lo general, nativos, indicando que la formación familiar se realiza una vez que se está en el lugar de destino.

A lo largo de los análisis surgieron nuevas e importantes interrogantes que merecen ser estudiadas con mayor detalle en el futuro. Entre estas interrogantes resalta la investigación de las causas e implicaciones en el contexto social cubano del patrón de residencia encontrado. En particular sería muy importante investigar los motivos por los cuáles una proporción tan elevada de los capitalinos convive con personas que no pertenecen a su familia nuclear y las implicaciones de este patrón en término de relaciones familiares. Se recuerda que el 45% de los hogares de la ciudad son de tipo no nuclear y en ellos reside el 60% de la población capitalina.

Al investigar las causas de este patrón es importante preguntarse por qué los hijos permanecen en el hogar materno una vez que han formado su familia nuclear, o regresan a éste

después de un divorcio, es decir no forman sus hogares independientes; determinar cuál es el peso real del déficit habitacional, o si este alto nivel de coresidencia forma parte de una estrategia de las familias para maximizar sus recursos, como se ha visto en otras partes de América Latina. De acuerdo con esta investigación, si las familias nucleares que residen en estos hogares no nucleares formaran sus hogares independientes, el número de hogares nucleares de la ciudad se incrementaría en un 50%.

Asimismo, es importante profundizar en las causas e implicaciones sociales de la monoparentalidad, que resulta un modelo de familia que presenta al menos una cuarta parte de los hogares capitalinos y que es predominantemente de jefatura femenina. En particular investigar el momento del ciclo de vida de la mujer en que se inicia este tipo de hogares, si resultan de una oportunidad o decisión individual, o por el contrario de una necesidad para la cual no se tienen las condiciones necesarias.

Por último, al buscar explicaciones plausibles a la jefatura femenina, resultaría muy interesante determinar cuáles elementos de evaluación sustentan el reconocimiento de la mujer como jefa por parte de sus coresidentes, y en especial por parte de sus cónyuges. Se recuerda que quedó manifiesto en los análisis que su nivel de participación económica es muy inferior al de sus cónyuges y al resto de los jefes, y que su nivel de escolaridad es semejante. Surge la pregunta sobre cuáles otros atributos sustentan la autoridad y poder que las define como jefas. Si es su independencia socioeconómica, o es tener la difícil responsabilidad de ‘conseguir’ y administrar cotidianamente los productos para el consumo y las implicaciones de esta responsabilidad en el orden personal y de sus hogares; o si es la titularidad de la vivienda la que define el reconocimiento de muchas mujeres como jefas, o es el hecho de haber trabajado en alguna etapa de su vida lo que hace más probable que muchas mujeres sean titulares de las viviendas. Asimismo es importante abordar el tema de las jefaturas compartidas, que asociado a la titularidad de la vivienda, puede estar explicando una parte de este patrón, así como algún posible efecto del patrón cultural caribeño.

Esta investigación se planteó como objetivo central determinar posibles relaciones entre las particularidades del perfil sociodemográfico de los hogares de la capital con la presencia de inmigrantes en ellos. En el siguiente capítulo se abordará este objetivo. Para ello, se tomará como procedimiento el análisis comparativo de cómo estaban organizados en hogares los migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana en mayo de 1995; y en general, cómo se insertan los migrantes en el patrón residencial encontrado en la ciudad.

CAPÍTULO V

VINCULACIÓN DE LA PRESENCIA DE MIGRANTES CON LA ESTRUCTURA Y COMPOSICIÓN DE LOS HOGARES EN CIUDAD DE LA HABANA

Si consideramos los problemas de infraestructura habitacional que presenta Ciudad de La Habana, y el aumento de las migraciones que se presentó en el primer lustro de los noventa, resulta interesante preguntarnos cómo vincular la alta presencia de inmigrantes en esta ciudad y la forma en que los mismos están organizados para residir en familia, con el perfil sociodemográfico que presentan los hogares de esta zona de destino.

Como quedó establecido en el capítulo anterior, en Ciudad de La Habana se observan características particulares en el perfil sociodemográfico de los hogares que los distinguen de otras partes de Latinoamérica. En particular, presenta proporciones importantes de la estructura no nuclear, de monoparentalidad y de jefatura femenina, incluso en presencia de cónyuges varones. Surge la pregunta sobre cuál es la influencia de la condición migratoria de sus integrantes en estas características de los hogares, cómo se insertan migrantes y no migrantes en este perfil, si aportan por igual al mismo, o si tienen formas de organización diferentes.

Para buscar una respuesta a esta interrogante, nos planteamos como objetivo determinar cómo estaban organizados los migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana respecto a la residencia, y cuáles eran las características de estos hogares, poniendo énfasis sobre el tipo de hogar donde predominantemente vivían, y cuál era la posición en la relación de parentesco que con mayor frecuencia ocupaban estos grupos dentro de sus hogares de residencia habitual.

Se trabaja con la hipótesis de que la condición migratoria de los individuos –el hecho de ser migrante en Ciudad de La Habana- esta asociada, de manera más intensa respecto a los no migrantes, al tipo de residencia no nuclear, y a una posición de menor jerarquía en la estructura de parentesco del hogar de destino -esto último fundamentalmente cuando son migrantes recientes-. Esta hipótesis responde al supuesto de que el déficit habitacional de la ciudad dificulta a los migrantes -más que a los nativos- la formación de hogares independientes, por lo que los mismos al llegar se incorporan a unidades ya formadas -imprimiéndoles ellos el carácter no nuclear-, y tienen que permanecer residiendo en ellas por un largo período de tiempo. En menor medida, responde al supuesto de que después de varios años logran formar sus hogares independientes, momento en el cual ayudan a la migración de otros parientes y no parientes.

El capítulo comienza identificando la distribución de los hogares de acuerdo con una tipología por condición migratoria de sus integrantes, clasificándolos en hogares donde residen “solo migrantes”; “solo nativos”; o donde hay coresidencia de “migrantes y nativos” (hogar mixto). Esta clasificación permitirá determinar qué proporción de hogares de la Ciudad de La Habana está involucrada en el fenómeno migratorio (hogares con migrantes entre total de hogares) y qué tanto conviven migrantes y no migrantes.

Con posterioridad a este análisis nos enfocamos en ubicar a toda la población de Ciudad de La Habana dentro de su ámbito residencial tomando en consideración su condición migratoria. Es decir, determinar cómo están organizados los migrantes y no migrantes adultos de Ciudad de La Habana respecto al tipo de hogar en que viven, y cuáles son las características de

estos hogares -tipo, tamaño- para determinar si se observa alguna diferencia por la presencia de migrantes en los hogares, o si migrantes y no migrantes residen en hogares con el mismo perfil sociodemográfico.

Esta parte del análisis tendrá un carácter comparativo y específicamente buscará los diferenciales en los arreglos para la residencia y en la posición dentro del hogar de migrantes y no migrantes. Los análisis se referirán a la población adulta de 15 a 64 años de Ciudad de La Habana, distinguiendo a migrantes y no migrantes. Así, siempre que hablemos de migrantes nos estaremos refiriendo a toda la población de 15 a 64 años que residía en la capital en mayo de 1995, pero que había nacido en cualquier otro lugar del país, independientemente de la fecha y la edad a la cual arribaron a la ciudad³⁸.

Uno de los grandes inconvenientes al estudiar la relación entre la estructura de los hogares y la presencia de migrantes en la zona de destino empleando una encuesta de corte transversal, está dado por el hecho de que no se puede contar con la información de los hogares donde por primera vez llegaron los migrantes, sino que está disponible la información sobre el hogar donde residen los migrantes en el momento de la encuesta.

Una forma de reducir el efecto de este sesgo sería haciendo referencia en los análisis solo a aquellos migrantes más recientes, digamos, los que llegaron en los dos quinquenios previos a la encuesta, y establecer la comparación dentro de ese marco temporal. Si bien esta estrategia analítica nos acercaría algo más al primer hogar donde residieron los migrantes al llegar, el problema sería que no necesariamente este hogar conserva la composición y estructura que tenía en el momento cuando se incorporó el migrante, puesto que 10 años es un período de tiempo suficientemente largo para cambios sociodemográficos importantes en la unidad doméstica resultados de la nupcialidad, la fecundidad, la mortalidad, el ciclo de vida familiar y también la migración. Por otra parte, reduciríamos la base de datos a tal punto que trabajaríamos con una muestra no representativa de los hogares actuales de la ciudad.

Ante estas limitaciones, la estrategia analítica que nos planteamos es analizar las características de los hogares de residencia de los migrantes en el momento de la encuesta, y observar cuánto se relaciona la presencia de migrantes con la existencia actual de hogares no nucleares en Ciudad de La Habana, y con la posición que ocupan los migrantes en los mismos.

Es decir, independientemente del tipo de hogar que forman al llegar, en nuestro análisis veremos si en el momento de la encuesta la condición migratoria de los individuos presentaba alguna relación estadística significativa con la residencia en unidades no nucleares en la Ciudad de La Habana, y con posiciones de menor jerarquía en la estructura de parentesco. El tiempo de la residencia de los migrantes en la ciudad entrará en la mayoría de los análisis como una variable de control, y se establecerán comparaciones entre migrantes antiguos - más de 10 años de residencia- y migrantes recientes, -10 años y menos.

En un segundo momento, también utilizando como unidad de análisis a todas las personas entre 15 y 64 años de Ciudad de La Habana, se analizará comparativamente la ubicación de migrantes y no migrantes dentro de la estructura de parentesco de sus hogares, distinguiendo también de acuerdo al tiempo de residencia de los migrantes, para detectar si estos ocupan o no posiciones de menor jerarquía.

Tomando en consideración las particularidades del perfil de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana emanadas del capítulo anterior, donde se verificó un importante peso de la

³⁸ En algunos análisis en los que se especifique, del total de migrantes se distinguirán aquéllos que llegaron a Ciudad de La Habana siendo niños, es decir con menos de 15 años de edad. Se excluyeron de todos los análisis a los migrantes de retorno.

condición migratoria de los jefes, a saber por la alta proporción de jefes migrantes (45% del total de jefes), el último apartado se dedica a analizar comparativamente las probabilidades de jefatura de la población migrante y no migrante, sus características sociodemográficas, así como el tipo de hogar que con mayor frecuencia forman unos y otros.

1. Los hogares de Ciudad de La Habana según su condición migratoria (sin migrantes, con sólo migrantes, y mixtos)

Se encontró en Ciudad de La Habana un 64 por ciento de nativos, entre la población de 15 a 64 años, frente a un 36 por ciento de migrantes. Estas cifras reproducen una razón o índice de migración de 0.56 (porcentaje de migrantes entre porcentaje de no migrantes), indicando que en esta ciudad serán encontrados dos nativos adultos de 15 a 64 años, por cada migrante. En otras palabras la incidencia relativa de la migración en Ciudad de La Habana implica que por cada dos habaneros adultos, hay un tercero que es migrante.

El 46% de los hogares de Ciudad de La Habana es mixto, es decir, en ellos residen migrantes y no migrantes, mientras en el 7% viven sólo migrantes. Es decir, en el 53% de todos los hogares de Ciudad de Habana reside al menos un migrante de 15 a 64 años, y en el 47% restante viven sólo nativos. Lo anterior reproduce un 'índice de presencia de migrantes en los hogares'³⁹ de 1.13, que quiere decir que por cada 100 hogares de la ciudad donde no hay migrantes, hay 113 donde sí los hay. Visto desde otro indicador, la 'tasa de presencia de migrantes en los hogares'⁴⁰ -cantidad de hogares con migrantes entre cantidad total de hogares- es de 0.54, y muestra la proporción de hogares que están involucrados en el fenómeno migratorio (Corona, 1996). La cifra obtenida expresa que en uno de cada dos hogares de la ciudad vive al menos un migrante⁴¹.

Como resultado de esta distribución, el 54% de la población adulta de Ciudad de La Habana reside en hogares donde viven migrantes y no migrantes (hogares mixtos) y el 4% en hogares donde todos son migrantes, para un total de 58% de la población que reside en hogares donde vive al menos un adulto de 15 a 64 años que es migrante. El 42% restante vive en hogares donde no hay migrantes.

Esta alta proporción (53%) de hogares en Ciudad de La Habana involucrados en el fenómeno migratorio, es indicativa del importante peso de la migración interna en la dinámica poblacional y en la conformación de los hogares de la ciudad. Por demás confirma la necesidad del estudio de la organización residencial que asumen los migrantes en esta zona de destino.

Respecto al tamaño del hogar, en el capítulo anterior se había visto que una de los rasgos que distinguen el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana, es que tienen un tamaño medio relativamente bajo. Esta característica se mantiene, casi independientemente de la condición migratoria de los hogares, es decir, en todos los casos es bajo el número medio de personas por hogar, aunque son los hogares mixtos los que tienden ligeramente a un valor mayor, ya que también tienden más a la no nuclearización (Ver cuadro V.1 del apartado siguiente).

La condición migratoria de los residentes en los distintos tipos de hogar de Ciudad de La Habana indica que en los hogares con estructura nuclear, por lo general, residen o sólo nativos o sólo migrantes, mientras que son los hogares con estructura no nuclear los que tienden más a la coresidencia de migrantes y no migrantes.

39 A los fines de esta investigación, el indicador 'índice de migración de hogares' se ha llamado 'índice de presencia de migrantes en los hogares' respectivamente.

40 A los fines de esta investigación, el indicador 'tasa de migración de hogares' se ha llamado 'tasa de presencia de migrantes en los hogares'.

41 Se recuerda que las cifras involucran sólo a personas adultas, es decir, se refieren a los hogares donde hay migrantes y no migrantes adultos; las cifras de hogares involucrados en el fenómeno migratorio pueden cambiar –hacerse más elevadas- si se considerara a los menores de 15 años y a los mayores de 64 no entrevistados en la ENMI'95.

Por último, sólo el 57% de la población no migrante de Ciudad de La Habana reside en hogares donde no hay migrantes, mientras que el 43% restante reside en hogares mixtos. Estas proporciones son muy diferentes entre la población migrante. El 83% de ella reside en hogares mixtos, para menos de un 20% que reside donde sólo viven migrantes. La coresidencia de migrantes con sus hijos nativos responde mucho por este patrón.

Los aspectos analizados hasta el momento confirman que los hogares de Ciudad de La Habana están altamente involucrados en el fenómeno migratorio, a juzgar por la alta proporción de aquellos donde reside al menos un migrante adulto, verificándose una notable coresidencia de migrantes y no migrantes dentro de las mismas unidades familiares y una baja proporción de hogares nucleares, principalmente en estas unidades mixtas.

2. Organización para la residencia de la población migrante y no migrante de Ciudad de La Habana

Este apartado toma como unidad de análisis a la población de Ciudad de La Habana que en mayo de 1995 tenía entre 15 y 64 años, y se busca conocer las particularidades de su organización para la residencia desde una perspectiva comparativa de migrantes y no migrantes.

Cuadro V.1 Distribución de la población migrante y no migrante de 15 a 64 años según el tipo de hogar de residencia actual en Ciudad de La Habana.

Tipo de hogar	% del total de la población	Migrantes (1)		No migrantes		Tamaño del hogar		Índice de migración por tipo de hogar (2)
		Total	% del total	Total	% del total	Migrantes	No migrantes	
Hogar unipersonal	3.2	20 383	4.0	25307	2.8	1.0	1.0	0.80
Hogar nuclear	38.2	207480	41.0	365507	40.1	3.17	3.29	0.57
Nuclear estricto (pareja sin hijos)	5.7	39195	7.7	45031	4.9	-	-	0.87
Nuclear conyugal (pareja con hijos)	23.4	129777	25.6	220999	24.3	-	-	0.59
Nuclear monoparental (jefe con hijos)	9.1	38508	7.7	99477	10.9	-	-	0.39
Hogar extenso	48.9	225130	44.4	443388	48.6	5.06	5.41	0.51
Pareja sin hijos y otros parientes	3.5	19765	3.9	25338	2.8	-	-	0.78
Pareja con hijos y otros parientes	20.9	108532	21.4	186292	20.4	-	-	0.58
Jefe con hijos y otros parientes (monoparental)	18.5	70698	14.0	183676	20.1	-	-	0.38
Jefe con otros parientes	6.0	26135	5.1	48082	5.3	-	-	0.54
Hogar compuesto	9.7	53541	10.6	77390	8.5	5.01	5.52	0.69
Total	100.0	506534	100.0	911592	100.0	4.12	4.45	0.56

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Las cifras en negritas –en las columnas de %– suman 100% por columnas, indicando la distribución de hogares unipersonales, nucleares, extensos y compuestos. Las cifras que no están en negritas también suman 100% por columnas si se les agrega el valor de los hogares unipersonales y de los compuestos, e indican una más amplia tipología de hogares.

(1) Incluye a los que llegaron con menos de 15 años y excluye a los migrantes de retorno

Nota: Los porcentajes para los migrantes que llegaron con 15 o más años son: Unipersonal (4.3); Nuclear (41.0); Extenso (42.5); Compuesto (12.2)

(2) El índice de migración por tipo de hogar se calcula como la relación entre el porcentaje de migrantes y el porcentaje de no migrantes en cada tipo de hogar y dice cuantos migrantes residen en cada tipo de hogar por cada no migrante residente.

Las principales tendencias encontradas respecto al tipo de hogar de residencia sugieren que migrantes y no migrantes comparten un patrón similar (Cuadro V.1), que en consecuencia reproduce la importancia de los hogares no nucleares encontrada en el nivel general.

Esto quiere decir que ninguno de los dos grupos parece tener un peso predominante en la proporción de población que reside en este tipo de hogares, observándose sólo una pequeña diferencia favorable a los nativos -el índice de residencia no nuclear es de 1.33 entre no migrantes vs. 1.22 entre migrantes⁴²). Dentro de la estructura no nuclear, predomina la extensa para ambos grupos, aunque los migrantes tienen mayor propensión al tipo de hogar compuesto.

Es decir, en mayo de 1995, momento en que se realizó la ENMI'95, la distribución residencial de los migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana, no indica que la población migrante tuviera una mayor propensión que los nativos a residir de forma no nuclear, sino que ambos grupos comparten casi por igual este patrón de organización para la residencia, incluso con un ligero predominio en el caso de los nativos.

En un primer acercamiento explicativo de este comportamiento se encontró que el mismo parece responder al hecho de que al trabajar con una encuesta transversal, la población objeto de estudio se refiere a migrantes de toda la vida, con la característica además de ser un grupo poblacional de edad relativamente avanzada -la edad mediana de la población de 15 a 64 años migrante y no migrante de Ciudad de La Habana es de 45 y 31 años respectivamente- y con un tiempo relativamente largo de residencia en la ciudad como se verá más adelante. Esto explica que una proporción importante de la población adulta migrante y no migrante convive en el mismo hogar.

Como se estableció al inicio de este capítulo, el 54% de la población adulta de Ciudad de La Habana vive en hogares mixtos. Se comprobó -como se detallará posteriormente- que estos hogares están compuestos, fundamentalmente, por padres migrantes con hijos nativos, y también por proporciones significativas de nietos nativos, así como nueras/yernos migrantes y en menor medida parientes migrantes.

Analizando más detalladamente el tipo de hogar, se observa que tanto dentro de la estructura nuclear como de la extensa, los hogares con hijos son donde más concentración existe tanto de migrantes como de no migrantes.

La principal diferencia entre el tipo de residencia de migrantes y no migrantes está dada en el hogar extenso monoparental que muestra para los migrantes una proporción de 14%, en contraste con un 20% para el caso de los nativos. El índice de migración -de presencia de migrantes en el hogar- es para este tipo de hogar de 0.38, indicando a los nativos con mayor ventaja en este sentido.

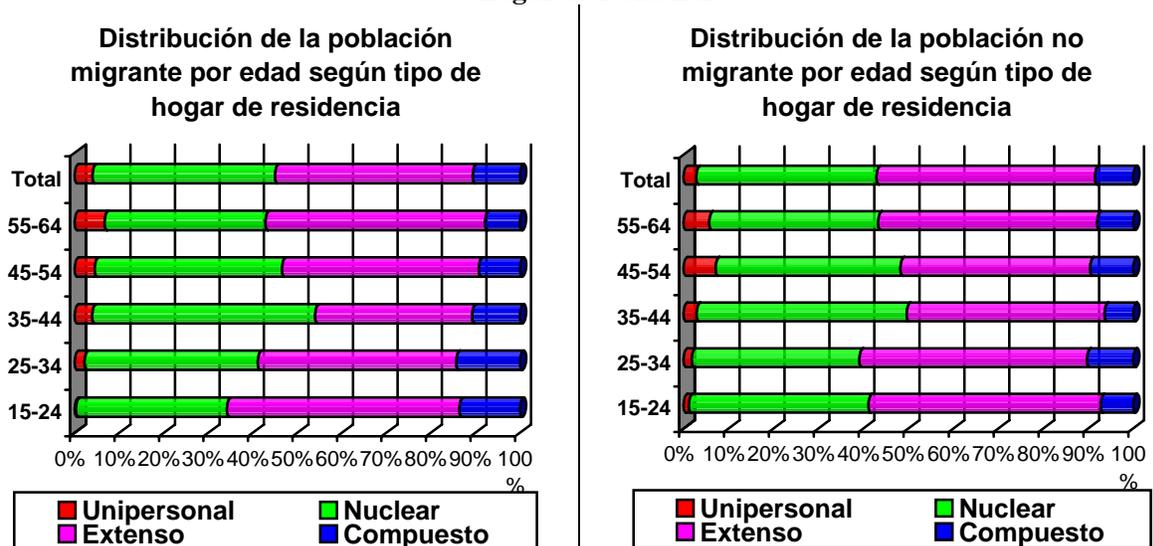
Otras diferencias, en el tipo de residencia de migrantes y no migrantes no parecen muy importantes, dado los bajos porcentajes que se observan en la distribución, pero se puede señalar que en los hogares donde no hay hijos del jefe -unipersonal, nuclear estricto, pareja sin hijos y otros parientes-, el índice de migración advierte que la residencia de migrantes es más alta que en el promedio. En contraste, los nativos viven más en hogares monoparentales (nucleares y extensos) que los migrantes (31% vs. 22%). Es decir, por la misma estructura etárea más envejecida de los migrantes, una proporción mayor de ellos, que de no migrantes, reside en hogares con ciclo vital avanzado, en tanto estos últimos viven más en hogares donde hay hijos, ocupando preferentemente esta categoría de 'hijo del jefe'.

Para ampliar este análisis comparativo del tipo de residencia de migrantes y no migrantes, en el gráfico V.1 se analiza la edad. El mismo ilustra cómo se encuentran distribuidos migrantes

42 Índice de residencia no nuclear = (Población residente en hogares extensos y compuestos / Población residente en hogares unipersonales y nucleares)

y no migrantes entre 15 y 64 años de Ciudad de La Habana en los diferentes tipos de hogar de acuerdo a la edad. Los resultados ratifican que existen pocas diferencias en el tipo de residencia de migrantes y no migrantes. En efecto, en todos los grupos de edad de ambas poblaciones se ratifica la tendencia a la no nuclearización, es decir mayor cantidad de personas residiendo de forma no nuclear que de forma nuclear.

Gráfico V.1 Distribución de la población migrante y no migrante por edad según tipo de hogar de residencia



	15-24	25-34	35-44	45-54	55-64		15-24	25-34	35-44	45-54	55-64
Unipers.	0.2	2.4	3.8	4.5	6.7	Unipers.	1.2	1.8	2.9	7.1	5.7
Nuclear	34.9	38.5	50.6	42.3	36.4	Nuclear	39.9	37.3	46.7	41.1	37.6
Extenso	51.4	44.8	35.0	43.9	49.1	Extenso	51.7	50.7	44.0	42.2	48.8
Comp.	13.4	14.3	10.6	9.3	7.8	Comp.	7.2	10.3	6.4	9.6	8.0
I.R.N..N.	1.84	1.45	0.84	1.13	1.32	I. R. N. N.	1.43	1.56	1.02	1.08	1.30

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

IRNN: Índice de residencia no nuclear. Se calcula como la relación entre el porcentaje de residentes en hogares no nucleares (sumando extensos y compuestos) y porcentaje de residentes en hogares nucleares (sumando nucleares y unipersonales), y dice, en promedio cuantas personas residen en hogares no nucleares por personas que residen en hogares nucleares, en este caso se refiere a la población migrante y no migrante de 15 a 64 años de Ciudad de La Habana

Respecto a la intensidad de esta tendencia no nuclear se pudo comprobar que los migrantes jóvenes de 15 a 24 años tienen un índice de residencia no nuclear mayor que los nativos de la misma edad (1.84 vs. 1.43), es decir viven más que éstos en unidades extensas y compuestas, y menos en nucleares. Esta información confirma la importancia del tiempo de residencia en la organización para la residencia. Estos jóvenes seguramente tienen muy poco tiempo de residencia en la ciudad y, como se verá en el siguiente apartado, en los primeros años generalmente residen en casa de familiares o amigos, siendo el migrante quien muchas veces le confiere el carácter no nuclear al hogar.

Otra diferencia importante tiene lugar en el grupo de 35 a 44 años. A juzgar por el índice de residencia no nuclear, los migrantes de esta edad definitivamente viven algo más en hogares de tipo nuclear que los nativos de la misma edad.

Este dato resulta interesante porque se corresponde con una edad del ciclo vital individual en la que se ha formado una familia, se han tenido los hijos y tal vez se ha experimentado una disolución de la unión conyugal. Este dato sugiere que la diferencia etárea de migrantes y nativos

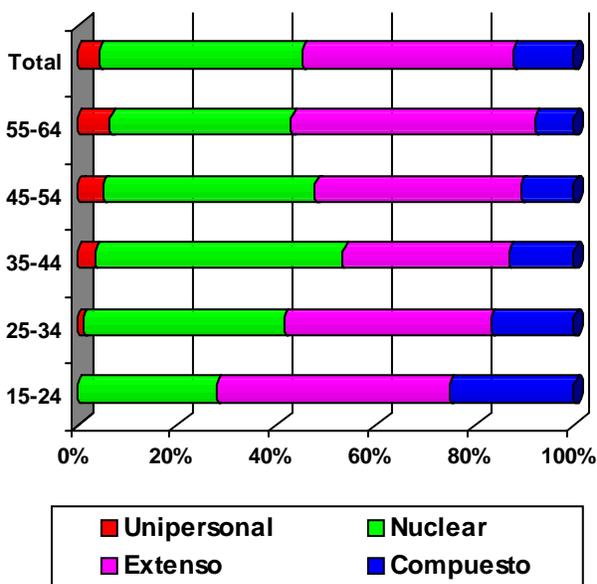
no explica por sí sola el hecho de que migrantes y no migrantes compartan similar patrón de residencia -con ligera ventaja de los no migrantes para la residencia no nuclear-, sino que en Ciudad de La Habana los nativos -que pueden o no ser hijos de migrantes- parecen tener una tendencia ligeramente mayor a residir en el hogar paterno una vez casados -o regresar a éste cuando se divorcian -en el caso de las mujeres con sus hijos-, confiriéndole un carácter no nuclear a su hogar.

En cambio, una mayor proporción de migrantes de esas edades viven en hogares nucleares, lo que quiere decir que al no tener el hogar paterno en Ciudad de La Habana, tener menos redes parentales y llevar varios años de residencia, tal vez aumenta su necesidad de crear un hogar independiente. Se comprobó que, de los migrantes de este grupo de edad que residen de forma nuclear, el 83% son casados o unidos y un 13% divorciado o separado, frente a 78% y 16% respectivamente entre los nativos.

Esta observación, a su vez, provoca diversas interrogantes, pues acude entonces el interés por conocer cuáles son las posibilidades reales que tienen los migrantes frente a los nativos de Ciudad de La Habana para crear sus hogares independientes en esta etapa todavía joven del ciclo de vida, cuáles factores o mecanismos lo posibilitan, si enfrentar esta necesidad-conocido el déficit habitacional de la ciudad- implica o no formar hogares en espacios y con recursos poco apropiados para ello. Investigaciones futuras tendrán que abordar estos temas.

a) *Tipo de hogar de migrantes que llegaron a la ciudad con 15 años o más*

Distribución de la población migrante con 15 y + al llegar por edad según tipo de hogar de residencia



Quando consideramos únicamente a los migrantes que llegaron a Ciudad de La Habana siendo ya adultos (15 a 64 años), la situación es la misma, sólo cambia ligeramente en lo referente a hogares compuestos. Es decir, se mantiene la importancia del tipo nuclear o extenso como la forma más común de residencia en todas las edades, también la residencia mayoritaria en unidades no nucleares, exceptuando al grupo de 35-44. Sin embargo, es mucha mayor la frecuencia de la convivencia en hogares compuestos en todas las edades cuando se ha llegado adulto a la ciudad. Se confirman entonces hipótesis de estudios anteriores que plantean que la llegada al destino se produce, en principio, a unidades ya formadas. Lo que permite la llegada son las redes sociales y familiares; y el migrante tal vez le confiere el carácter no nuclear al

hogar, al agregarse a esas unidades ya formadas. Lo anterior permite pensar que el 11 por ciento de migrantes que anteriormente vimos que vive en hogares compuestos debe estar mayormente constituido por migrantes que llegaron con 15 o más años, puesto que cuando se llega adulto a la ciudad hay una mayor probabilidad de llegar a casa de amigos -no parientes- que cuando se ha llegado siendo niño. Se pudo comprobar que de todos los migrantes que vivían en 1995 en

hogares compuestos de Ciudad de La Habana, el 65% había llegado a la ciudad con 15 años o más.

b) Tipo de hogar según el tiempo de residencia de los migrantes en Ciudad de La Habana

Cuando se analiza el tipo de hogar donde viven los migrantes de acuerdo al número de años que llevan residiendo en Ciudad de La Habana –cuadro V.2- se confirma que inmediatamente después de la llegada y durante los 5 primeros años de residencia, una proporción muy alta de migrantes (mayor al 65 %) convive en unidades no nucleares⁴³.

En particular es alta, durante los primeros cinco años de residencia, la proporción de los que viven en unidades compuestas. La residencia en este tipo de hogar puede estar dada porque estos migrantes llegan al hogar de amigos, o familiares de parientes -y pasan a ser no parientes del jefe en el destino-; pero también porque al hogar de parientes donde han llegado se incorporan sus familias nucleares –cónyuges e hijos-, siendo éstos los no parientes del jefe.

Con el aumento del tiempo de residencia, cambia ligeramente la panorámica, y aumentan las proporciones de migrantes que logran residir de forma independiente, aumentando las proporciones de hogares no nucleares entre ellos. Se observa que en el caso de los migrantes de Ciudad de La Habana, este aumento es notable cuando se pasa del grupo de 1 a 5 años de residencia, al de 6 a 10 años de residencia; y posteriormente se producen variaciones más tenues. Sin embargo, en todos los momentos, e independientemente de que hayan llegado siendo niños o adultos, más de la mitad de los inmigrantes continúan residiendo en hogares donde conviven otras personas además de una familia nuclear.

Cuando se llevan más de 15 años en la Ciudad disminuyen los porcentajes de migrantes que residen en unidades compuestas, pero aumentan significativamente los porcentajes de los que residen en hogares extensos. En el siguiente apartado se comprobará que una parte importante de los migrantes sí llega a formar sus hogares independientes, por lo que es posible que este patrón también responda a que una vez que ya tienen un hogar, muchos ayudan a otros migrantes a llegar a la ciudad, brindándoles un hogar donde residir, o residen con la familia nuclear de los hijos casados o separados. Como se verá, el 44% de los jefes migrantes dirigen hogares no nucleares, en comparación con el 37% de los jefes no migrantes; y los migrantes recientes tienden a residir en hogares mixtos con jefes migrantes.

Cuadro V.2 Distribución de la población migrante en cada tipo de hogar según el tiempo de residencia en el destino

Tipo de hogar	Tiempo de residencia de los migrantes									
	-1 año		1 a 5		6 a 10		11-15		16 y más	
	Todos	> 14	Todos	>14	Todos	>14	Todos	>14	Todos	>14
Unipersonal	-	0.0	.7	0.7	2.6	3.2	4.2	5.1	4.6	5.3
Nuclear	29.7	29.7	32.0	32.0	42.6	43.7	44.2	45.4	41.5	41.8
Extenso	53.0	53.0	46.6	45.4	41.9	38.9	38.6	34.8	45.2	43.7
Compuesto	17.3	17.3	20.7	21.9	12.9	14.2	13.0	14.7	8.7	9.2
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Nota: > de 14: Se refiere a los migrantes de 15 a 64 años que llegaron a Ciudad de La Habana con 15 o más años de edad

⁴³ Este planteamiento sigue un razonamiento de cambio en el tiempo, a partir de la información transversal que ofrece la ENMI. En este momento se asume que los patrones de arreglos para la residencia que conforman los migrantes al llegar a Ciudad de La Habana no se han modificado sensiblemente en las últimas décadas.

En resumen, se puede decir que en los primeros 5 años de residencia en Ciudad de La Habana, los migrantes tienden a vivir en unidades no nucleares, con frecuencia de tipo compuesto. Pasados estos 5 años en la ciudad, comienzan a incrementarse las proporciones de los que viven en unidades nucleares, aunque se mantienen proporciones muy altas (mayores al 50 por ciento) de los que residen en hogares extensos y compuestos, independientemente de los años que llevan residiendo en la capital.

Estos resultados muestran que el tiempo de residencia es una variable que provoca variaciones en el tipo de hogar que los migrantes asumen en Ciudad de La Habana. Sin embargo no necesariamente implica que a mayor tiempo de residencia hay mayor tendencia a la residencia nuclear, puesto que otros factores al parecer influyen en que esta organización se mantenga siendo mayoritariamente no nuclear a través de los años.

A modo de conclusión, la información analizada sugiere que migrantes y no migrantes comparten el mismo patrón de organización para la residencia, que reproduce la tendencia al predominio de hogares no nucleares encontrada en el patrón de la ciudad. Los resultados sugieren que la condición de ser migrante sí está asociada a la residencia no nuclear, pero en igual medida en que lo está el hecho de no ser migrante, es decir, la condición migratoria no es un requisito que aumenta, por sí sola, la probabilidad de residencia no nuclear –como se esperaba encontrar, sino parecen ser otros factores propios de la ciudad –como el déficit habitacional, y sus limitaciones infraestructurales- los responsables de este patrón.

La estructura etárea más envejecida de los migrantes, y el elevado tiempo de residencia en Ciudad de La Habana de la mayoría de ellos, son dos variables que en todo momento matizan y explican los principales comportamientos. Al controlar estas variables, los resultados se acercaron algo más a lo esperado, verificándose entre los migrantes más jóvenes -15 a 24 años-, y entre los más recientes -10 años o menos de residencia- una probabilidad de residencia no nuclear algo superior a la de los nativos.

Sin embargo, sí se observó que el grupo de edad 35 a 44 de migrantes se aleja del patrón de no nuclearización, mostrando no sólo una mayor proporción que los nativos con residencia de tipo no nuclear, sino además tal vez sea el único grupo entre nativos y migrantes que muestra más población con residencia nuclear que no nuclear (54%). Este hallazgo sugiere la necesidad de investigar que mecanismos facilitan este comportamiento, cuáles son las posibilidades reales que tienen los migrantes frente a los nativos de Ciudad de La Habana para crear sus hogares independientes en esta etapa todavía joven del ciclo de vida y cuáles factores o mecanismos lo posibilitan. Cabe preguntarse si enfrentar esta necesidad–conocido el déficit habitacional de la ciudad- implica, o no, formar hogares en espacios y con recursos poco apropiados para ello, cuales son las características y condiciones de estos hogares, y cuales son las implicaciones positivas o negativas en el orden familiar.

3. Posición de migrantes y no migrantes en la estructura de parentesco de sus hogares de residencia

En este apartado se compara la posición que ocupan migrantes y no migrantes en la estructura de parentesco de sus hogares de residencia. Esto permitirá verificar si existe alguna asociación entre la condición migratoria y la relación de parentesco con el jefe de hogar. En particular, permitirá detectar si los migrantes tienden o no a ocupar las posiciones de menor

jerarquía, es decir, si tienden menos a ser jefes, cónyuges e hijos, y por el contrario tienden más a ser parientes no nucleares y no parientes⁴⁴.

En el capítulo anterior al analizar las características sociodemográficas de la población de Ciudad de La Habana según la posición que ocupan en la estructura de parentesco se determinó que entre todos los jefes de hogar predominan ligeramente los no migrantes (52.4%), en cambio entre sus cónyuges –la mayoría mujeres- hay una presencia un poco más elevada de migrantes (51.6%). Respecto a las categorías ‘hijo del jefe’ y ‘nietos del jefe’ se observó que en su gran mayoría (más del 85%) son nativos de Ciudad de La Habana, mientras que los ‘otros parientes’ y ‘no parientes’ también tienden a ser nativos (sólo poco más de un tercio son migrantes) por lo que se piensa que esta categoría es ocupada fundamentalmente por familiares laterales de los jefes nativos como son tíos o hermanos.

La información del cuadro V.3 muestra como están distribuidos los migrantes y no migrantes de 15 a 64 años de Ciudad de La Habana de acuerdo a esa tipología de parentesco. En ambos grupos un amplio porcentaje (más del 80%) ocupan posiciones de alta jerarquía, es decir son jefes, cónyuges o hijos.

Se observan, sin embargo grandes diferencias de acuerdo a la condición migratoria. Los migrantes son con más frecuencia jefes y con menos frecuencia hijos, y presentan mayor proporción de cónyuges –características que seguramente se asocia a la estructura más envejecida de los migrantes y no necesariamente a la condición migratoria. La alta proporción de hijos entre no migrantes puede explicarse primeramente por ser una población más joven, y en segundo término alude a que muchos son hijos nativos de los jefes migrantes.

Cuadro V.3 Posición de migrantes y no migrantes de 15 a 64 años en la estructura de parentesco de los hogares

Relación de parentesco con el jefe	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	Migrantes	No migrantes	Migrantes	No migrantes	Migrantes	No Migrantes
Jefe	43.3	26.5	47.3	26.3	40.0	26.6
Cónyuge	27.0	14.1	19.1	9.8	33.7	18.1
Hijos	12.9	40.2	14.9	42.4	11.1	38.3
Otro pariente	13.4	17.1	14.7	18.9	12.3	15.5
No pariente	3.4	2.1	4.0	2.6	2.9	1.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Respecto a la condición de “parientes” y “no parientes”, contrario a lo esperado, los porcentajes son muy similares, e incluso ligeramente superiores entre los no migrantes que entre los migrantes (19% vs. 17%). Este resultado remite a una residencia extensa entre los mismos, tanto por la extensión lateral de los hogares fundamentalmente entre nativos, como a la admisión de otros migrantes o de la familia nuclear de los hijos en el caso de los migrantes. En ambos casos, la coresidencia podría ser por necesidad, más que por deseo o conveniencia, y tal vez está expresando la problemática de vivienda en la ciudad, que al parecer afecta por igual a ambos grupos poblacionales, aunque este detalle no es posible verificarlo con la información disponible.

Respecto al sexo, el cuadro muestra pocas diferencias en la posición que ocupan migrantes y no migrantes hombres y mujeres dentro de su hogar. En todos los casos, más del 80

44 Jáuregui plantea que los familiares de primera línea de consanguinidad con el jefe (cónyuges, hijos, madre/padre), están en una posición más privilegiada dentro del hogar con mayores posibilidades que otros miembros para realizar actividades a favor de su desarrollo personal como es la educación y la participación económica, mientras que los familiares de segunda línea o políticos cuentan con menos apoyo para realizar las mismas actividades (Jáuregui, 1982)

por ciento ocupan posiciones jerárquicamente altas dentro del hogar y más bien existe una ligera ventaja de los migrantes sobre los no migrantes -y curiosamente de mujeres sobre hombres-. Las personas residentes de los hogares que no son parte de la familia nuclear del jefe (parientes y no parientes) son igualmente migrantes que no migrantes, en este caso con ventaja masculina; y persiste un predominio de no migrantes con esta condición, sin mayor diferenciación por sexo (18.7% de migrantes vs. 21.5% de no migrantes en el caso de los hombres; y 15.2% de migrantes vs. 17% de no migrantes en el caso de las mujeres).

Así, las diferencias están dadas más bien dentro del grupo de jefes, hijos y cónyuges, donde una vez más los migrantes, hombres y mujeres, son en una proporción mucho más alta jefes de hogar, en tanto los no migrantes por lo general son hijos de los jefes, todo lo cual puede explicarse por la diferente estructura por edad.

Cuadro V.4 Migrantes y no migrantes según edad, sexo y relación de parentesco

	Edad actual					
	Total		Hombres		Mujeres	
	15-34	35-64	15-34	35-64	15-34	35-64
Migrantes						
Jefe	16.7	54.0	19.6	59.0	14.7	50.1
Espos(a)	19.6	30.1	12.2	21.9	26.0	36.7
Hijo(a)	28.5	6.8	32.2	7.8	25.5	5.3
Otro pariente	28.3	7.1	28.7	8.7	27.5	6.2
No pariente	6.9	2.0	7.3	2.6	6.3	1.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
No migrantes						
Jefe	13.2	48.7	12.3	50.8	14.0	47.0
Espos(a)	8.6	23.5	5.8	16.9	11.2	29.2
Hijo(a)	53.9	17.5	55.4	19.7	52.4	15.6
Otro pariente	22.0	8.9	23.3	11.2	20.8	7.0
No pariente	2.3	1.4	3.2	1.4	1.6	1.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Efectivamente, al introducir al análisis la edad como variable de control –cuadro V.4- el patrón observado cambia algo. Las diferencias entre migrantes y no migrantes se atenúan algo, a pesar de haberse elegido solo dos grandes grupos de edad.

Entre los más jóvenes (15 a 34 años)- los migrantes tienen una proporción ligeramente mayor de jefes que los no migrantes. Las diferencias en las proporciones de hijos son marcadas -mucho más entre no migrantes-. Asimismo, son importantes las diferencias en las proporciones de cónyuges y de parientes/no parientes -en este caso mayores para los migrantes. Por sexo se obtiene el mismo patrón, aunque las diferencias anotadas se observan algo más acentuadas.

En general, hasta los 35 años, una proporción muy baja de la población lo mismo migrante que no migrante de cualquier sexo dirige un hogar. Dos de cada diez migrantes son cónyuges del jefe, mucho más marcado entre mujeres, en tanto los no migrantes casi no ocupan esta posición dentro de su hogar de residencia, puesto que generalmente (más de la mitad) son hijos del jefe. Los que viven en casa de algún familiar no nuclear, o un amigo, representan entre los migrantes jóvenes algo más de un tercio, mientras que entre los no migrantes es apenas una cuarta parte.

El patrón cambia radicalmente cuando los individuos tienen edades entre 35 y 64 años. En este grupo, cerca de uno de cada dos migrantes y no migrantes de cualquiera de los sexos es

jefe de un hogar, más aún entre los migrantes. Las proporciones de cónyuges aumentan en los dos grupos aunque son más importantes cuando los individuos no son nativos de la ciudad. Disminuye sensiblemente la proporción de hijos del jefe, lo que indica que pocos son aquellos que continúan dependiendo económicamente de sus padres, aún cuando una parte podría permanecer corresidiendo con los mismos, especialmente en el caso de los no migrantes. Desde los 35 años también disminuyen notablemente las proporciones de personas identificadas como parientes y no parientes de los jefes, tanto para los migrantes como para no migrantes de cualquiera de los sexos.

En síntesis, estos resultados refieren que migrantes y no migrantes de cualquier edad y sexo de Ciudad de La Habana ocupan por igual posiciones de mayor y menor jerarquía en la relación de parentesco de su hogar de residencia. Es decir, la gran mayoría de ellos residen en hogares en los cuáles ellos son jefes o parte de la familia nuclear del jefe, salvo ligeras diferencias sobre todo en las edades más jóvenes. De ahí es posible concluir que la condición migratoria de los individuos de Ciudad de la Habana no se presentaba en el momento de la encuesta como un determinante para ocupar posiciones de menor jerarquía en sus hogares de residencia, lo cual está muy asociado a su estructura étnica y al tiempo relativamente largo de residencia en la ciudad de los mismos –más del 70% de los mismos llevan más de 16 años de residencia en Ciudad de La Habana⁴⁵. Sin embargo, la proporción de migrantes con posiciones de menor jerarquía en los hogares es mayor en las edades jóvenes (15 a 34 años), que son las edades en que se concentran los movimientos migratorios.

Los migrantes menores de 35 años de ambos sexos son más jefes, cónyuges y residentes no nucleares, que los nativos jóvenes, quiénes, al parecer, residen más en hogares donde uno de sus progenitores es el jefe. Pasados los 35 años y hasta los 64 años la proporción de jefes entre migrantes supera en cerca de 7 puntos porcentuales la de no migrantes, que sin embargo, mantienen más su condición de hijos, y pasan a ser semejantes los porcentajes de residentes no nucleares de los jefes en ambos grupos.

Sin embargo, como se verá en el siguiente acápite, los beneficios de la migración en el orden de la jerarquía dentro del hogar, parecen tener lugar pasados al menos 10 años de residencia en la ciudad.

a) Posición de los migrantes en la estructura de parentesco según el tiempo de residencia en Ciudad de La Habana

Como se expresó anteriormente el tiempo de residencia de los migrantes es una variable que en todo momento matiza los resultados que se han observado. Con relación a la posición en la estructura de parentesco de los hogares se esperaría que al llegar, y durante algún tiempo después de la llegada, sea más alta la probabilidad de que los migrantes sean parientes no nucleares o no parientes del jefe del hogar donde llegan. El cuadro V.5 confirma lo esperado respecto a los migrantes de Ciudad de La Habana.

En efecto, al aumentar el tiempo de la residencia, aumenta de forma muy importante la probabilidad de ser jefe de hogar, se mantiene estable la de ser cónyuge y disminuye de forma importante la probabilidad de ser un pariente no nuclear o un no pariente del jefe.

45 Como se ha estado comentando a lo largo de esta investigación, la EMNI'95 identificó la migración de toda la vida, es decir, aquellos personas que alguna vez inmigraron a Ciudad de La Habana, habiendo nacido en otro lugar del país y se encontraban residiendo en esta ciudad en mayo de 1995

Cuadro V.5 Migrantes por relación de parentesco con el jefe, según tiempo de residencia en Ciudad de La Habana

Relación de Parentesco	Tiempo de residencia de los migrantes				
	-1 año	1 a 5	6 a 10	11-15	16 y más
Jefe	12.6	14.4	26.3	32.0	50.5
Cónyuge	30.7	25.4	27.0	26.7	27.3
Hijos	8.3	10.7	12.8	19.7	12.2
Otro pariente	38.6	39.0	27.7	16.4	8.0
No pariente	9.8	10.5	6.2	5.2	2.0
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Esto permite inferir que en Ciudad de La Habana, los beneficios de la migración en el aspecto de la residencia comienzan a tener lugar pasados cinco años de estancia en la ciudad, y más efectivamente después de 10 años de permanencia. Supuestamente, pasado este tiempo, muchos de los que han llegado a casa de parientes y amigos logran establecer su hogar propio. Sin embargo, en los primeros años posteriores a la migración, ceca de la mitad de los migrantes ocupan posiciones de menor jerarquía en los hogares donde residen.

El hecho de que la gran mayoría de los migrantes lleven más de 16 años en la Ciudad de La Habana (72%) hace que la estructura observada en este grupo reproduzca casi totalmente el patrón de parentesco del total de migrantes analizado en párrafos anteriores.

3.1 Perfil sociodemográfico de la jefatura de migrantes y la jefatura de no migrantes

A lo largo de este análisis se han ofrecido evidencias acerca de que una parte importante de los migrantes que residían en Ciudad de La Habana en mayo de 1995, ya sea por su edad, o por su tiempo de residencia en la ciudad o ambas, habían logrado formar sus hogares independientes. Asimismo se determinó que la condición migratoria es una variable de peso en el perfil sociodemográfico de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana a juzgar por la alta proporción de jefes que son migrantes (52% de jefes no migrantes vs. 48% de jefes migrantes).

Este apartado busca conocer comparativamente las probabilidades de jefatura de migrantes y no migrantes en Ciudad de La Habana, y las características sociodemográficas de estos jefes y de sus hogares. Asimismo se buscarán elementos para determinar cómo contribuyen ambos grupos al patrón general de jefatura en esta ciudad capital, que como vimos, se caracteriza por una edad media alta, un predominio del sexo femenino con tendencia a la monoparentalidad, aunque con una presencia importante de cónyuges en los hogares con jefas, y un nivel educacional relativamente alto de las mismas.

En un primer momento comparamos las proporciones de jefes migrantes y no migrantes en el total de jefes. Posteriormente se analizan comparativamente sus características sociodemográficas como el sexo y la edad, el estado conyugal, el nivel educacional, y la participación económica. Para completar el análisis se investiga el tipo de organización familiar que predomina entre jefes de uno y otro grupo, y la proporción de hogares nucleares, controlando, en el caso de los jefes migrantes, por el tiempo de residencia⁴⁶.

⁴⁶ Los análisis se refieren sólo a los jefes de hogar con edades entre 15 y 64 años.

a) *Probabilidades de ser jefes de hogar de la población migrante y no migrante de 15 a 64 años de Ciudad de La Habana. Tasa general de jefatura*

La frecuencia relativa de jefes en las subpoblaciones de migrantes y no migrantes, en términos de tasas brutas, presenta marcadas diferencias, que se observan en el cuadro V.6. La jefatura entre migrantes, además de mostrar un nivel alto (43%) es muy superior a la ocurrencia de este acontecimiento entre no migrantes (26.5%). La frecuencia de jefes de hogar también es mayor entre los migrantes de cada sexo. Sin embargo, esta diferencia se hace mucho más amplia para el caso de los hombres, y disminuye en el caso de las mujeres, mostrando que los hombres migrantes de 15 a 64 años tienen una mayor probabilidad de ser jefes que su contraparte femenina, en tanto no existe este diferencial hombre-mujer entre los no migrantes.

Cuadro V.6 Tasas de jefatura de migrantes y no migrantes por sexo

	Tasas de jefatura (%)		
	Total	Hombres	Mujeres
Total	31.3	32.2	30.5
No migrantes de 15 a 64 años	26.5	26.3	26.6
Todos los migrantes de 15 a 64 años	43.3	47.3	39.9
Migrantes que llegaron con + de 14	31.5	34.6	28.9

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Sólo al tomar en cuenta la edad a la cual se inmigró a la ciudad (última fila del cuadro V.6), se observa que los migrantes que han llegado siendo ya jóvenes o adultos (con más de 14 años) tienen mucha menor probabilidad de tener sus hogares independientes en comparación con lo que se observa cuando se incluyen a todos aquellos que llegaron desde pequeños. Así, cuando se ha llegado joven o adulto a la ciudad, las probabilidades de jefatura se acercan mucho más a la que muestran los no migrantes, llegando casi a igualarse para el sexo femenino.

En todos los casos, los migrantes de cualquier sexo tienen mayor probabilidad que la población nativa para la formación de hogares independientes, incluso si han llegado a la ciudad siendo personas adultas.

Estos datos reflejan la situación real de la jefatura en Ciudad de La Habana en mayo de 1995, sin embargo es importante señalar que no necesariamente expresan una tendencia, o el patrón de formación de hogares de migrantes y no migrantes, puesto que, puede estar afectado por la estructura composicional por edad de estas poblaciones, -el 70 por ciento de los no migrantes es menor de 35 años en comparación con sólo un 40 por ciento de los migrantes- puesto que las probabilidades de jefatura aumentan de forma sistemática con la edad.

Para comparar las probabilidades o tasas de jefatura de estos dos grupos de población, es necesario considerar en qué medida la diferencia de edad de los migrantes respecto a los no migrantes puede contar en los patrones observados en las tasas de jefatura y también en la estructura del hogar donde residen migrantes y nativos. La edad media de todos los migrantes adultos de 15 a 64 años es superior en 10 años a la edad media de todos los no migrantes adultos de 15 a 64 años (43 vs. 33 años), con idéntico comportamiento respecto a los sexos.

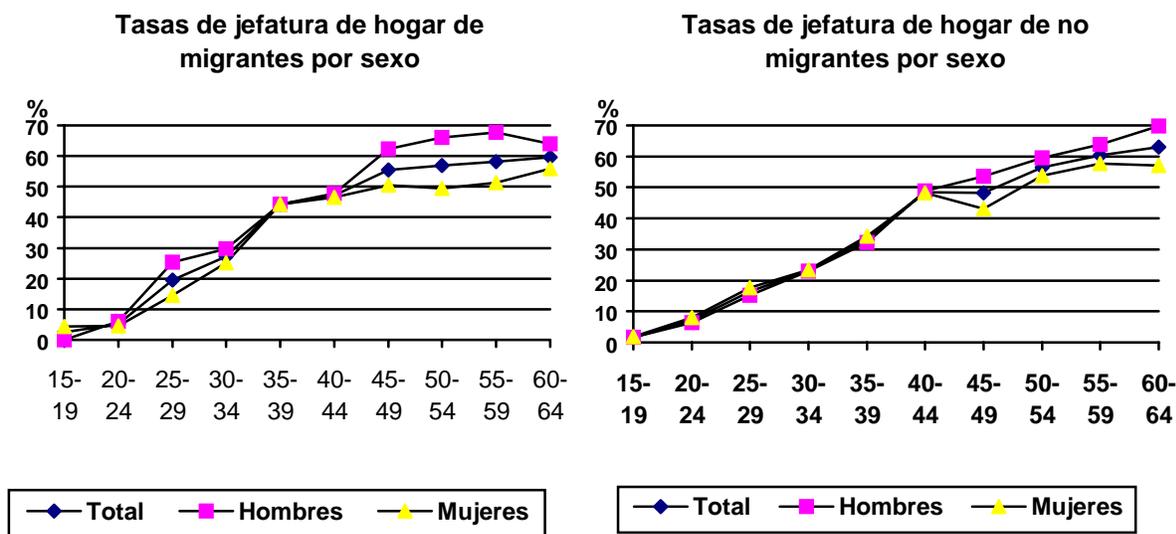
Para controlar el efecto que puede tener en la comparación de tasas de dos o más poblaciones las diferencias en la composición de estas, es recomendable utilizar tasas específicas

y cifras estandarizadas. A continuación se analizan las tasas específicas por edad de la jefatura y posteriormente se aplicará dicha técnica de ajuste o estandarización.

b) Tasas específicas de jefatura por edad y sexo de migrantes y no migrantes

Las tasas específicas por edad de la jefatura sirven más que las tasas brutas para los efectos de este análisis comparativo, puesto que en cierta manera controlan las diferencias en la estructura etárea, ofreciendo una visión más real de las diferencias o semejanzas⁴⁷. Las tasas para los migrantes y los no migrantes se han representado gráficamente⁴⁸. Las curvas describen el nivel de la jefatura en cada grupo de edad y sexo y el patrón general en cada subpoblación.

Gráfico V.2 Tasa de jefatura de hogar de migrantes y no migrantes por sexo



<i>Migrantes</i>	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	60-64
Total.	2.46	5.26	19.59	27.2	44.25	47.15	55.48	56.89	58.1	59.54
Hombres	0.0	5.97	25.37	29.68	44.25	47.84	62.25	65.95	67.74	64.03
Mujeres	4.36	4.58	14.54	25.14	44.25	46.59	50.5	49.34	51.4	55.87
<i>No migrantes</i>	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	60-64
Total.	1.67	7.18	16.42	23.23	33.34	48.54	48.16	56.45	60.43	63.04
Hombres	1.55	6.35	15.1	23.02	32.23	48.92	53.57	59.56	63.91	69.87
Mujeres	1.79	7.97	17.7	23.42	34.38	48.23	43.03	53.74	57.76	57.15

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Nota:

- La expresión utilizada para calcular la tasa de jefatura es:

$$j(i,j) = J(i,j) / P(i,j) * K; \text{ donde:}$$

J (i,j): número de jefes de núcleos de sexo i y edad j, en el momento de la ENMI'95

P (i,j): población de sexo i y edad j, en el momento de la ENMI'95

K: constante, (igual a 100)

- Los datos de migrantes se refieren al total, es decir, incluyen a los que llegaron a Ciudad de La Habana siendo niños.

47 En este análisis nos referimos a grupos de población de 15 a 64 años, clasificados por edades quinquenales y por sexo.

48 Los valores de estas tasas, en el caso de los no migrantes, reflejan la proporción de no migrantes de cada grupo de edad específico que es jefe de hogar, respecto al total de población no migrante de dicho grupo de edad. En el caso de los migrantes la relación es la misma, sólo que el numerador y denominador se refieren a individuos migrantes.

El patrón de jefatura que describen las tasas específicas por edad calculadas para migrantes y para no migrantes es muy similar, siendo en el nivel donde se presentan las principales variaciones.

Respecto al patrón, el mismo se presenta bastante semejante hasta los 45 años. A partir de esta edad se observan algunas variaciones, pero continúa en todo caso una tendencia ascendente con la edad, alcanzando un máximo cercano al 60 por ciento de jefes en las edades más avanzadas de los individuos.

Respecto al nivel, en ambas subpoblaciones, entre los 15 y los 24 años son muy bajas las probabilidades de formar hogares independientes. Sin embargo, los migrantes entre 25 y 40 años muestran mayor propensión que los no migrantes del mismo grupo de edad para la creación de sus hogares independientes.

A partir de los 45 años, el promedio total en ambas poblaciones tiene niveles similares, pero se presentan variaciones por sexo. La incidencia de la jefatura en las mujeres migrantes disminuye respecto a su contraparte no migrante. En cambio, ocurre exactamente lo contrario respecto a la incidencia de la jefatura para los hombres. En otras palabras, a partir de los 50 años, el nivel o propensión a la jefatura de las mujeres no migrantes supera al de las migrantes, en tanto el nivel en los hombres migrantes supera, a partir de esta edad, al de los no migrantes. El máximo para el caso de los hombres de ambas poblaciones se acerca a los 70 años, en tanto para las mujeres se sitúa cercana a los 55 años.

Los resultados muestran que, independientemente de la condición migratoria, más de un tercio de los migrantes y de los no migrantes, al cumplir los 64 años, no han llegado a ocupar la jefatura de su hogar, aspecto lógicamente mucho más acentuado en el sexo femenino, que por lo general se le ubica más en la posición de cónyuge del jefe.

El análisis por tasas específicas modifica lo observado en la tasa bruta de jefatura que mostraba un marcado diferencial -favorecedor a los migrantes- en la jefatura de hogares independientes. Al parecer, las diferencias en la propensión a la jefatura de migrantes y no migrantes no son tan drásticas ni constantes en cada edad y sexo, pudiendo ocurrir en algunos grupos una ventaja de los migrantes y en otros ocurrir lo contrario.

En concreto, el comportamiento de la jefatura de migrantes y no migrantes de 15 a 64 años puede ser resumido hasta el momento de la siguiente forma: una 'tendencia bruta' relativamente alta entre migrantes (43.3%) y relativamente baja entre nativos (26.5%) de encabezar hogares, que se explica en parte por la diferencia etárea. Un 'patrón de jefatura' ascendente con la edad en ambas poblaciones, independientemente del sexo. Una proporción relativamente alta (superior a un tercio) de la población, independientemente de la condición migratoria y sexo, que al llegar a los 64 años no ha encabezado sus hogares independientes.

La aplicación de la técnica de estandarización, que se realiza a continuación, refinará este análisis, pues permitirá estimar el efecto de la estructura etárea de la población sobre las diferencias en las tasas brutas de jefatura de migrantes y no migrantes.

c) Estandarización por edad de las tasas brutas de jefatura de migrantes y no migrantes

La tasa de jefatura de hogar de una población es sensible a su composición demográfica. De singular importancia es el efecto de la composición por edad, puesto que se ha verificado en numerosos estudios que la jefatura guarda cierta relación con la edad de los individuos, siendo que a mayor edad existe una mayor probabilidad de dirigir hogares propios que cuando se es más joven. Así, una tasa bruta de jefatura puede ser relativamente alta simplemente porque la población para la cual se calculó esta tasa tiene una mayor proporción de individuos en edades

adultas, en las cuáles la jefatura es mayor; y puede ser relativamente baja si la población tiene una mayor proporción de adultos jóvenes, entre los cuales la jefatura es menor.

Para estudios comparativos se recomienda el uso de la técnica de estandarización. La misma se utiliza comúnmente para hacer comparaciones de la incidencia de varios fenómenos entre poblaciones con diferencias en uno o más factores composicionales. Así, para hablar de variaciones en la jefatura entre dos o más poblaciones, es útil determinar las diferencias en las tasas como si no existiera disparidad en la composición por edad de las poblaciones. La estandarización ajusta las tasas brutas de jefatura de manera que se elimina de ellas el efecto de esta composición etárea diferencial. Una vez que se realiza la misma, la medida más importante es una razón, índice o porcentaje de diferencia entre las tasas similarmente ajustadas.

El procedimiento de estandarización aplicado a los datos de la ENMI'95 puede verse con detalle en el Anexo 4. Los resultados obtenidos permiten afirmar que si migrantes y no migrantes tuvieran idéntica composición por edad, sus tasas de jefatura guardarían mucha mayor semejanza que lo previamente observado. El resultado obtenido muestra una reducción de la importancia de la jefatura inicialmente observada entre los migrantes de 0.433 a 0.339. La tasa estandarizada de los no migrantes aumenta la incidencia de la jefatura en este grupo de 0.265 a 0.318. En otras palabras, las diferencias en la estructura por edad de migrantes y nativos llevan a observar diferencias en la jefatura mucho mayores que las que realmente pudieran existir de tener ambos grupos igual composición ($0.433 - 0.264 = 0.169$ diferencia observada vs. $0.339 - 0.318 = 0.021$ diferencia estandarizada). Así, la estandarización redujo las diferencias en más de un 87 por ciento ($(0.169 - 0.021) / 0.169 = 0.87649$).

Es decir, la estandarización advierte que las diferencias originalmente observadas en las tasas de jefatura de migrantes y no migrantes están muy conectadas a la diferente estructura etárea que presentan estas poblaciones, y sugiere como sería el patrón de jefatura en un escenario hipotético en el que ambas poblaciones tuvieran similares estructuras.

Es necesario subrayar, no obstante, que una estandarización ofrece una distribución no real, es decir implica que la diferencia inicial observada puede ser resultado de la diferencia de composición (en este caso la edad), pero no necesariamente que no existan diferencias. De ahí que, independientemente del resultado de este ejercicio estadístico, que advierte el peso de la estructura etárea, las proporciones actuales de jefes migrantes y no migrantes entre la población adulta de Ciudad de La Habana provocan importantes interrogantes acerca de la existencia real de diferencias en las tasas de formación de hogares de estos dos grupos poblacionales y sus determinantes.

Una vez más, cabría preguntarse e investigar cómo y en qué momento del ciclo vital individual se produce la formación de hogares independientes entre migrantes, si éste es un resultado de las posibilidades que ofrece la Ciudad de La Habana a los mismos, o es más bien una necesidad u obligación, puesto que llegan solos a las ciudades dejando atrás a su familia de origen, o porque al quedar solos en la ciudad después de una disolución de unión se ven obligados a establecer una residencia propia, al tener menor oportunidad que los nativos de convivir con otros familiares. Es necesario investigar en qué forma se materializa, en cuáles espacios y bajo cuáles condiciones se crean estos hogares y las implicaciones que tiene para el migrante y para la ciudad,

49 Los resultados de una estandarización van a depender de la población que se elija como estándar. En este caso se utilizó como estándar al promedio de las dos poblaciones. Si se hubiera utilizado como estándar a una de las dos poblaciones en estudio; por ejemplo, si hubiéramos decidido "rejuvener" a los migrantes para hacerlos tan jóvenes como lo eran los no migrantes en el momento de la encuesta, el análisis hubiera cambiado aún más dramáticamente. La frecuencia de jefes entre los migrantes sería entonces considerablemente menor, 14.4 por ciento en lugar del 43.3 por ciento observado en las proporciones originales. Como resultado las diferencias entre migrantes y no migrantes hubieran aumentado a 12 puntos porcentuales, pero en este caso a favor de los no migrantes.

aspectos que con la información de la ENMI'95 no es posible abordar. Asimismo, sería relevante conocer si está teniendo lugar un proceso de selectividad en la permanencia de los migrantes. Es posible que se estén quedando aquellos que logran ocupar posiciones de jerarquía dentro de los hogares de residencia. Investigaciones futuras deberán abordar estos interesantes tópicos.

3.2 Características sociodemográficas de los jefes según condición migratoria

a) Sexo y edad

Como quedó determinado en el capítulo anterior al definir el perfil sociodemográfico de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana, entre todos los jefes de hogar de 15 a 64 años de edad, aunque predominan los nativos, las proporciones de jefes migrantes y de jefes no migrantes son bastante similares (52% de todos los jefes entre estas edades son nativos de la ciudad y 48% son migrantes). Esto ocurre en el total y en cada uno de los sexos. Se comprobó además, que considerando la edad, las proporciones de jefes migrantes son considerablemente mayores después de los 45 años, es decir en las edades en que predomina la jefatura en Ciudad de La Habana como se verá más adelante. Estos elementos confirman la importancia de la condición migratoria en el patrón de jefatura de Ciudad de La Habana.

El cuadro V.7 muestra el perfil por edad y sexo de los jefes migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana. Entre los jefes migrantes de 15 a 64 años, el 50 por ciento reportó edades mayores a 50 años, comparado con sólo 37 de cada 100 jefes no migrantes. Así, los jefes migrantes son en promedio unos 6 años mayores que los jefes no migrantes; la edad media de la jefatura en uno y otro grupo es de 48 y 42 años, respectivamente, correspondiendo a hogares con un ciclo vital relativamente avanzado, es decir cuando los hijos están creciendo o próximos a salir del hogar paterno. No existe disparidad en este promedio de edad para hombres y mujeres, lo que mantiene constante la diferencia de entre 6 y 7 años de edad entre migrantes y no migrantes en cualquiera de los sexos.

Esta diferencia por edad entre jefes migrantes y no migrantes es un importante elemento de análisis, puesto que puede ser la explicación a algunas de las diferencias que se observarán en el tipo de hogar que forman unos y otros. La edad de los jefes migrantes es bastante más próxima a la edad promedio de la jefatura en Ciudad de La Habana, cercana a los 50 años. Quiere decir, que el hecho de haber muchos jefes migrantes en la ciudad y ser éstos de edad avanzada, parece tener un efecto fuerte en el patrón envejecido que se encontró en el ciclo vital de sus hogares.

Cuadro V.7 Jefes de hogar por condición migratoria, según edad y sexo

Condición migratoria del jefe	Total	Edad media de la jefatura (poblac. de 15-64 años)			Índice de masculinidad de la población	Índice de masculinidad de la jefatura
		Todos	Hombre	Mujer		
Total	100.0	45.2	45.3	45.0	0.901	0.953
Jefes migrantes	47.6	48.3	48.1	48.4	0.823	0.974
Jefes no migrantes	52.4	42.2	42.7	41.8	0.911	0.901

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Nota: Para migrantes y no migrantes la población en cuestión tiene edades de 15 a 64 años.

La diferencia de la edad media con el promedio de edad de la jefatura en Ciudad de La Habana de aproximadamente 50 años que referimos anteriormente, está dada porque en aquel momento en el promedio se incluyeron también a los jefes de hogar de 65 años y más.

Al comparar a estos jefes respecto al sexo salta a la vista el importante peso de la jefatura femenina con independencia de la condición migratoria, lo que remite a lo observado en el patrón general de la ciudad. El nivel de jefatura femenina es elevado independientemente de la

condición migratoria del jefe, pero en el caso de los migrantes, las mujeres tienen una incidencia ligeramente inferior a los hombres.

Es posible afirmar, entonces, que la alta incidencia de jefatura femenina en el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana responde por igual a lo que ocurre tanto en la estructura por sexo de la jefatura de su población migrante como en la nativa. Se comprobó además que por grupos de edad también se verifica un bajo índice de masculinidad tanto entre migrantes como entre habaneros, confirmando la importancia de la jefatura femenina independientemente de la edad y de la condición migratoria.

b) Situación conyugal, nivel educacional y participación económica

Para continuar el análisis comparativo de los rasgos sociodemográficos de los jefes migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana, el cuadro V.8 ofrece información sobre la situación conyugal, el nivel educacional y la participación económica de los mismos.

Respecto a la situación conyugal, en el total no se nota un diferencial importante en la composición de la jefatura de migrantes y no migrantes. En ambos grupos, las mujeres jefes tienen mucho más riesgo de estar sin vínculo conyugal que los hombres jefes, pero la diferencia está dada por una mayor importancia de la viudez entre los migrantes, atribuible a la estructura de edad más envejecida de los mismos.

Sin embargo, lo más significativo nuevamente resulta ser la muy alta proporción de mujeres de ambos grupos que fueron reconocidas como jefes de hogar teniendo las mismas una pareja conyugal -el 31 por ciento de todas las jefas se declararon casadas y unidas, y en efecto esa misma proporción del total de ‘cónyuges del jefe’ son hombres.

Cuadro V.8 Jefes migrantes y no migrantes por sexo, según estado conyugal, nivel educacional y participación en la actividad económica

	Jefes de hogar migrantes			Jefes de hogar no migrantes		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Situación conyugal						
Unido	13.1	14.5	12.3	13.3	13.6	12.9
Casado	48.5	65.2	32.2	52.4	65.1	41.0
Divorciado	19.0	9.4	28.1	16.6	7.4	24.8
Separado	4.0	1.1	6.6	3.4	1.3	5.2
Viudo	7.3	2.0	12.2	3.7	1.2	5.9
Soltero	8.1	7.8	8.6	10.6	11.4	10.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Nivel Educacional						
Ninguno	1.0	0.6	1.4	0.5	0.5	0.6
Primario	25.3	18.8	31.6	15.3	11.7	18.7
Medio inferior	29.2	30.1	28.2	28.8	29.4	28.2
Medio superior	29.2	32.2	26.4	39.8	39.8	39.9
Universidad y +	15.5	18.3	12.4	15.6	18.6	12.6
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Participación económica						
Trabaja	61.2	75.4	47.4	63.7	80.4	48.6
No trabaja	38.8	24.6	52.6	36.3	19.6	51.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Como quedó demostrado en el capítulo anterior, este es un rasgo distintivo del perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana, y poco común en América Latina. Las cifras del cuadro V.8 sugieren que a esta particularidad del perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana contribuyen tanto las jefas migrantes como las nativas, aunque es una característica algo más manifiesta entre estas últimas -54% de todas las jefas no migrantes están casadas o unidas frente al 45% de las migrantes, en tanto del total de jefas en unión 58% no son migrantes y 42% si lo son-. Por otro lado, al determinar la condición migratoria de los hombres que se declararon cónyuges se observó que entre los mismos el 51% son migrantes y 49% son nativos.

Estas proporciones proponen que tal vez las jefas migrantes están unidas o casadas con hombres nativos, y las jefas nativas con hombres migrantes, sin embargo, la información disponible no lo confirma. Como en el caso del patrón general, este comportamiento remite a numerosas interrogantes acerca de los elementos que sustentan el alto reconocimiento de estas mujeres por parte de sus corresidentes y fundamentalmente de sus cónyuges. Respecto a la diferencia entre migrantes y nativos, valdría la pena verificar que parte se explica por la edad más envejecida de las jefas migrantes, por lo que podría ser más común la ex unión; y qué parte se debe a la propia condición migratoria de las mismas.

Con relación al nivel educacional, el cuadro muestra que la jefatura de migrantes presenta un nivel educacional alto, aunque inferior al nivel de los jefes no migrantes. Estas diferencias pueden estar respondiendo a la estructura etárea más envejecida de los migrantes, puesto que las personas de mayor edad en Cuba tienen un nivel educacional inferior a las personas más jóvenes. Es decir, por su estructura por edad más envejecida, los migrantes no han seguido la misma trayectoria educacional que los nativos y su escolaridad es inferior.

La participación en la actividad económica de los hombres jefes es muy superior a la de las jefas en ambos grupos, y concuerda con lo observado en el patrón de la ciudad. Las mujeres jefes no migrantes, no obstante ser más educadas, participan en la actividad económica igual que las migrantes, quienes son además de mayor edad.

Estos resultados despiertan interrogantes para investigaciones futuras que aborden las consecuencias de ser jefe en Ciudad de La Habana cuando se es una mujer migrante, ¿por qué se mantienen activas aún en edades avanzadas?, ¿cuál es el costo de dirigir un hogar para una mujer cuando es migrante?, ¿los hogares con jefas migrantes presentan mayor vulnerabilidad comparados con el resto de los hogares?.

En síntesis, la participación de jefes migrantes en la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana es alta y evidencia la importancia de la condición migratoria en el patrón de jefatura de la ciudad. Asimismo las características sociodemográficas de estos jefes reproducen el perfil sociodemográfico general, aunque ponen de manifiesto que los migrantes tienen una mayor importancia relativa en el ciclo vital envejecido encontrado en los hogares; en tanto a los no migrantes los acerca más a este perfil la proporción de jefas con cónyuge, que son algo más entre las nativas, y el mayor nivel educacional de las jefas nativas frente a las migrantes.

c) Tiempo de residencia de los jefes migrantes

Una de las características más sobresalientes encontradas entre los migrantes de 15 a 64 años de Ciudad de La Habana es su elevado número de años residiendo en la capital. El 72 por ciento de todos los migrantes adultos de Ciudad de La Habana llevan 16 años o más residiendo en esta ciudad, y entre los jefes de hogar esta proporción se eleva a 84 por ciento.

Este elevado tiempo de residencia de los jefes migrantes se relaciona con algunas de las características encontradas, como la alta edad media de la jefatura, y el nivel educacional relativamente alto de los migrantes. Asimismo, los jefes migrantes de cualquier tipo de hogar tienen muchos años de residencia en la capital, aunque para formar hogares no nucleares y monoparentales esta variable tiene un peso relativo ligeramente mayor.

A continuación se realiza un análisis con mayor detalle del tipo de hogar que forman los jefes migrantes y no migrantes. Este permitirá identificar comparativamente si los mismos adoptan o no diferentes formas de organización para la residencia, y cuánto concuerdan estos arreglos con el patrón de residencia del total de hogares de Ciudad de La Habana, que se caracterizaba por una tendencia importante a la no nuclearización y una presencia alta de monoparentalidad.

3.3 Composición del hogar de los jefes migrantes y no migrantes

a) Tipo de hogar

Con relación a la proporción de hogares nucleares, el contenido del cuadro V.9 pone de manifiesto una importante diferencia. La proporción de hogares nucleares es menor cuando se trata de los jefes migrantes -56% de los jefes migrantes dirige hogares nucleares (sumando nuclear y unipersonal) frente al 64% de los no migrantes-. El índice de migración de la jefatura confirma esta relación al mostrar mayor proporción de migrantes en la jefatura en los hogares extensos y compuestos.

Cuadro V.9 Jefes migrantes y no migrantes de 15 a 64 años según tipo de hogar que dirigen

Tipo de hogar	Todos los jefes de CH (incluye a los de < 15 y de +64)	Jefes migrantes (incluye sólo jefes de 15 a 64 años)	Jefes No migrantes (incluye sólo jefes de 15 a 64 años)	Índice de migración en la jefatura (*)
Hogar unipersonal	11.0	9.3	10.5	0.88
Hogar nuclear	44.6	46.7	53.7	0.87
Nuclear estricto (pareja sin hijos)	9.8	8.0	9.8	0.82
Nuclear conyugal (pareja con hijos)	22.3	25.4	29.1	0.87
Nuclear monoparental (jefe con hijos)	12.5	13.3	14.8	0.89
Hogar extenso	37.2	36.7	30.5	1.20
Pareja sin hijos y otros parientes	3.5	3.0	2.8	1.36
Pareja con hijos y otros parientes	12.7	14.3	11.4	1.24
Jefe con hijos y otros parientes (monoparental extenso)	13.7	13.8	10.4	1.33
Jefe con otros parientes	7.3	5.6	5.9	0.95
Hogar compuesto	7.2	7.3	5.3	1.35
Total	100.0	100.0	100.0	-

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Las cifras en negritas suman 100% por columnas, indicando la distribución de hogares unipersonales, nucleares, extensos y compuestos. Las cifras que no están en negritas también suman 100% por columnas si se les agrega el valor de los hogares unipersonales y de los compuestos, e indican una más amplia tipología de hogares.

(*) El índice de migración de la jefatura se calcula como la relación entre el porcentaje de jefes migrantes y el porcentaje de jefes no migrantes en cada tipo de hogar; y dice cuantos jefes migrantes hay en cada tipo de hogar, por cada jefe no migrante

Considerando estas cifras, parece haber una mayor propensión de los migrantes a los hogares no nucleares cuando llegan a ser jefes, es decir una mayor responsabilidad en la

formación de hogares no nucleares. Sin embargo, esta característica, una vez más, parece responder a la diferencia etárea entre los dos grupos poblacionales, es decir al hecho de que los jefes migrantes son en promedio 6 años más viejos que los jefes no migrantes, que a un patrón diferencial en la formación de hogares entre ambos.

En el capítulo anterior al definir el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana se comprobó que la baja nuclearización respondía a una alta tendencia de los jefes en Ciudad de La Habana a residir con hijos adultos, y con la familia nuclear de los mismos (nietos y nueras o yernos). Asimismo, se contó entre los determinantes la residencia con padres ancianos, y en menor medida la presencia de otros parientes migrantes en el hogar. El análisis de estos argumentos según la condición migratoria del jefe demuestra que si bien los jefes migrantes contribuyen algo más que los nativos en el sentido de la coresidencia con la familia nuclear de los hijos, en ambos grupos es alta la proporción de hogares con estas características y las diferencias que se observan pueden estar dadas por la diferencia por edad.

En efecto, de los hogares no nucleares con jefes migrantes, en el 46% están presentes nietos del jefe; en el 26% hay nueras o yernos, y en el 64% residen los hijos del jefe. Esta distribución en el caso de los hogares no nucleares con jefe nativo es de 35% de hogares donde viven los nietos del jefe, 21% donde viven nueras o yernos, y 61% donde están presentes los hijos. La coresidencia con padres –que en algunos casos pudiera corresponder con una reunificación familiar-, ocurre en el caso de los hogares con jefe migrante un 13% de las veces y en el caso de los jefes nativos un 17%.

Destaca sin embargo, que los migrantes cuando son jefes, al parecer se insertan más que los nativos en redes de parentesco que permiten la migración de otros. Se observó, que el 44% de los parientes que residen en hogares con jefe migrante, son también migrantes, frente al 27% en los hogares dirigidos por un habanero.

Con relación a la monoparentalidad, el contenido del cuadro V.4 evidencia una proporción muy similar de este tipo de hogares entre los jefes migrantes y nativos (27% entre migrantes frente a 25% entre nativos) con lo cual se descarta que uno u otro tengan una mayor incidencia en el patrón general de la ciudad. Sin embargo, se observó una ligera ventaja de los jefes migrantes en la monoparentalidad extensa, pero esto también puede ser atribuible a su mayor edad, que aumenta las probabilidades de dirigir hogares no nucleares.

Dada la importancia de la jefatura femenina en la monoparentalidad, se investigó el comportamiento de jefas migrantes y no migrantes. Se constató que las mujeres migrantes dirigen hogares nucleares conyugales (pareja e hijos) con mucha menos frecuencia que las nativas, y por el contrario, con mucha mayor frecuencia dirigen hogares extensos monoparentales (jefe con hijos y otros parientes) –24% vs. 18%-. Al examinar el estado conyugal de estas jefas migrantes se pudo constatar que la disolución de uniones –por separación o divorcio-, es un factor importante de este patrón de monoparentalidad, por lo que pudiera tratarse de mujeres que se han separado de sus parejas –quizás nativas-, y en lugar de regresar al origen, han creado sus hogares independientes en Ciudad de La Habana. La baja incidencia de la migración de familias enteras a la ciudad (Cuba-CEDEM, 1996), hace dar una probabilidad muy pequeña a la posibilidad de que se trate de mujeres que inmigraron con sus hijos.

Es oportuno señalar que estos resultados no indican necesariamente que las mujeres migrantes se divorcian o separan más que las no migrantes, sino que estas últimas pueden tener más alternativas al separarse. Además de residir solas, pueden residir en la casa de los padres, o en hogares jefaturados por un pariente lateral (hermanos, tíos, primos). En cambio, es posible que las migrantes, al tener menos redes familiares en Ciudad de La Habana, propendan más a la

formación de hogares independientes y con ello a la jefatura monoparental. En ambos grupos de jefas se observó una alta proporción de las que ocupan este lugar en el hogar en presencia de su cónyuge (33% las migrantes y 39% las no migrantes), situación que se reproduce en el patrón de jefatura de la ciudad.

Es decir, cuando una mujer migrante es jefa de hogar en Ciudad de La Habana tiende más que las nativas a formar hogares extensos –aunque puede estar incidiendo su estructura etárea más envejecida-, y hogares de carácter monoparental al tener ellas más la situación conyugal de divorciadas o viudas (47%) que las nativas (37%). Con el promedio de ambos grupos se reproduce el patrón de jefatura femenina de Ciudad de La Habana y queda confirmada la importancia de la condición de ser migrante en la tendencia monoparental de la jefatura femenina de la ciudad. Por último, se observó un efecto más bajo de la condición de ser migrante para la jefatura en unión o en presencia del cónyuge, que es también un rasgo distintivo del perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana.

b) Tipo de hogar según la edad y el sexo de los jefes migrantes y no migrantes

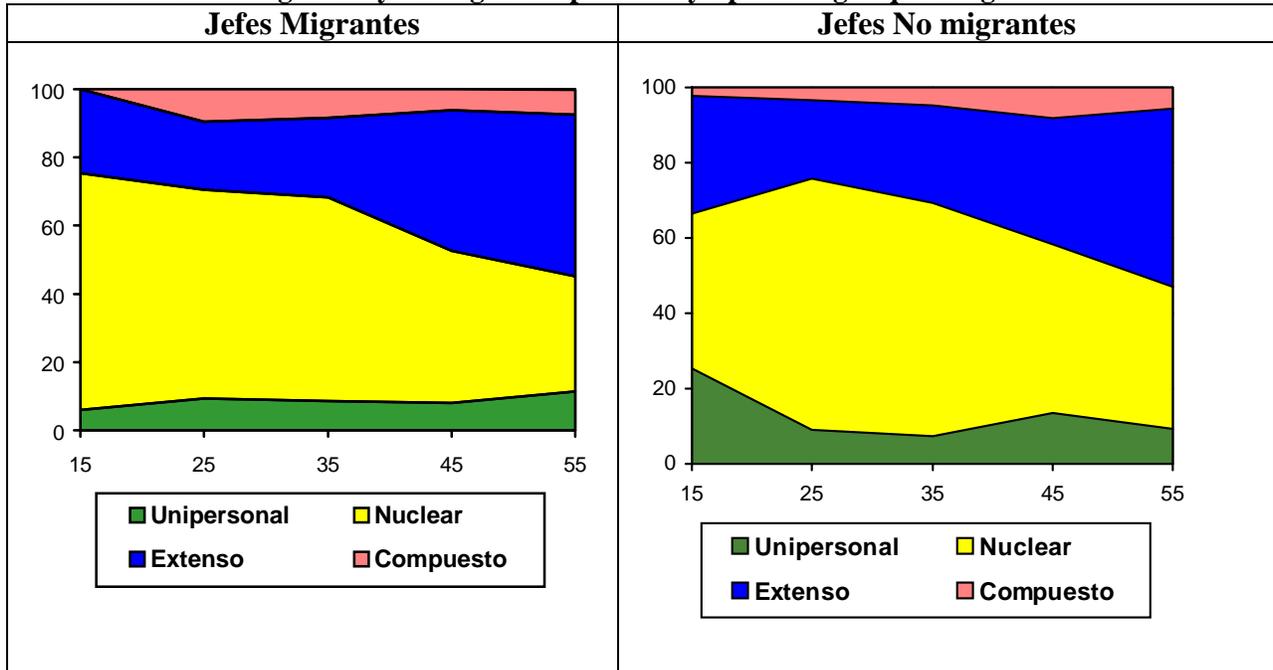
Como vimos en el apartado anterior, algunas de las diferencias en el patrón de residencia de los jefes migrantes y no migrantes pueden responder a su diferente estructura etárea, pues se ha visto en otros estudios que el tipo de hogar de residencia guarda cierta vinculación con la edad del jefe o ciclo vital familiar, y que en general los hogares extensos son más comunes a edades más avanzadas del jefe, que se corresponden con etapas más avanzadas del ciclo vital familiar.

Ciudad de La Habana se ajusta a ese modelo en el nivel general y como se observa en el gráfico V.3 esto se cumple independientemente de que los jefes sean migrantes o no, es decir, las personas de mayor edad tienden más a dirigir hogares no nucleares, a diferencia de los jefes jóvenes, quienes por lo general, encabezan unidades de tipo nuclear. De ahí que al ser los jefes migrantes un grupo poblacional de mayor edad promedio que los nativos, se justifica que entre ellos exista una menor proporción de hogares nucleares. En efecto, el gráfico demuestra que para ambos grupos, la residencia en hogares extensos aumenta después de los 35 años, y después de los 50 pasa a ser la forma principal de residencia⁵⁰.

En relación con el sexo de los jefes, el tipo de hogar que dirigen hombres y mujeres es muy similar para migrantes y no migrantes, mostrando además una alta presencia de jefas en todos los tipos de hogar, independientemente de la condición migratoria de los jefes. En ambos grupos el porcentaje de jefatura femenina fue superior al 50 por ciento cuando se trató de hogares nucleares, y todavía más acentuado en los extensos. En el tipo de hogar compuesto prevaleció la jefatura masculina pero se observó muy alta, cercana al 40 por ciento, la proporción de estos hogares que está dirigido por una mujer. Todas estas evidencias ratifican que la alta proporción de jefatura femenina en Ciudad de La Habana es un patrón que responde a un comportamiento similar en la formación de hogares de migrantes y no migrantes.

⁵⁰ Sólo en las edades jóvenes se observa una diferencia importante siendo que las unidades nucleares son un arreglo todavía más común cuando los jefes jóvenes son migrantes que cuando no lo son. Sin embargo, estos resultados deben tomarse con cautela, puesto que el tamaño de muestra de jefes jóvenes migrantes y no migrantes, no permite conclusiones más específicas.

Gráfico V.3 Jefes migrantes y no migrantes por edad y tipo de hogar que dirigen



Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Este apartado permitió conocer que la condición migratoria es una variable muy importante en el perfil de la jefatura en Ciudad de La Habana, y ha permitido determinar que aunque existen diversas diferencias en el perfil sociodemográfico de la jefatura de acuerdo a esa condición, tanto los jefes migrantes como los jefes no migrantes tienen una contribución importante en el perfil sociodemográfico de la jefatura encontrado en Ciudad de La Habana, cuyos rasgos más sobresalientes son un ciclo vital envejecido, una alta presencia de mujeres en la jefatura, y de la jefatura femenina en unión, y una tendencia importante de los jefes de conformar hogares no nucleares y monoparentales, entre otros.

c) Tipo de hogar según presencia de migrantes en ellos

Para un último análisis se retoma la clasificación de los hogares de Ciudad de La Habana tomando en cuenta la presencia o no de migrantes en ellos. En los hogares donde los jefes tienen edades entre 15 y 64 años, se observó que 48 de cada 100 tiene un jefe migrante y 52 de cada 100 tiene un jefe nativo de Ciudad de La Habana, pero al considerar solamente a los hogares mixtos, estas proporciones varían significativamente, en los mismos el 73% tiene un migrante a la cabeza y sólo el 27% tiene un jefe nativo.

Analizado de otra forma, cuando el jefe es migrante es mayor la probabilidad de encontrar un hogar mixto que cuando es nativo. Esto podría explicarse con el hecho encontrado en el capítulo anterior de que un alto porcentaje de la población adulta que se declaró 'hijo del jefe' es nativa de Ciudad de La Habana, siendo relativamente alta la proporción de jefes migrantes, lo que indica que tal vez estos jefes llevan varios años de residencia en la ciudad, y fue en el destino donde se realizó la formación familiar.

En el cuadro V.10 se observa que existen diferencias importantes en las características de los hogares mixtos en dependencia de si el jefe es migrante o no. Cuando el jefe es migrante,

los hogares mixtos tienen una proporción de hogares nucleares menor que cuando no lo es: 49% (con alta monoparentalidad), frente a 59% (en este caso más de tipo nuclear conyugal y nuclear estricto). Destaca que con el jefe migrante es más frecuente la presencia de hijos en el hogar.

Cuadro V.10 Distribución de los hogares de Ciudad de La Habana por tipo de hogar según la presencia o ausencia de migrantes en el hogar

Tipo de hogar por composición de parentesco	Total	Tipo de hogar según condición migratoria de sus miembros			De los mixtos: con jefe migrante	De los mixtos: con jefe no migrante
		Sin migrantes	Sólo migrantes	Mixtos		
Unipersonal	10.7	16.5	42.4	0.0	0.0	0.0
Nuclear	44.1	42.4	39.7	47.1	48.6	59.4
Extenso	37.8	35.7	13.6	43.2	43.3	32.2
Compuesto	7.4	5.4	4.3	9.7	8.1	8.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Tamaño del hogar	3.57	3.11	1.91	4.07	4.01	3.92

Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Lo anterior sugiere que los hogares mixtos con jefes nativos se forman con un cónyuge migrante; en cambio, en los hogares mixtos con jefes migrantes, además de los hijos – probablemente nativos- están presentes algunos otros integrantes no nucleares. Estos otros integrantes pueden corresponder a la familia nuclear de los hijos -se comprobó que la proporción de hogares mixtos con jefes migrantes donde están presentes los nietos del jefe es mucho mayor que la misma proporción entre jefes no migrantes-, o el hogar puede haberse ampliado porque este jefe ayudó a la migración de otros parientes.

Por otra parte, la jefatura femenina en los hogares mixtos dirigidos por migrantes alcanza un 53 por ciento; y la monoparentalidad el 32 por ciento. La jefatura femenina en los hogares mixtos cuando el jefe no es migrante es de 43 por ciento; en tanto la monoparentalidad es muy baja alcanzando apenas el 8 por ciento. Esta escasa monoparentalidad entre los jefes no migrantes responde a que, en este caso la monoparentalidad se concentra en las jefas no migrantes de los hogares sin migrantes que alcanza también a casi un tercio del total de los hogares sin migrantes.

Consideraciones finales

Este capítulo tuvo el objetivo de determinar cómo estaban organizados los migrantes y no migrantes de Ciudad de La Habana respecto a la residencia, en particular en que tipo de hogares vivían predominantemente y cual era su posición en la estructura de parentesco.

Primeramente, la información analizada permitió constatar una muy alta presencia de migrantes entre la población de Ciudad de La Habana, así como confirmar que los hogares de esta ciudad están altamente involucrados en el fenómeno migratorio, a juzgar por la alta proporción de aquellos donde reside al menos un migrante adulto (53%), verificándose además una notable coresidencia de migrantes y no migrantes dentro de las mismas unidades familiares (46% del total de hogares), así como una baja proporción de hogares nucleares entre estas unidades mixtas (52.9% de todos los hogares mixtos).

Asimismo, se comprobó que migrantes y no migrantes comparten similares patrones de residencia, con tendencia al predominio de hogares no nucleares, dado en parte porque residen en las mismas unidades familiares. Dicho de otra manera, los resultados sugieren que la condición de ser migrante sí está asociada a la residencia no nuclear, pero en igual medida en que lo está el hecho de no ser migrante, es decir, la condición migratoria no es un requisito que aumenta por sí sola la probabilidad de residencia no nuclear –como se esperaba encontrar, sino parecen ser otros factores propios de la ciudad y necesarios de estudiar los responsables de este patrón.

La estructura etárea más envejecida de los migrantes, y el elevado tiempo de residencia en Ciudad de La Habana de la mayoría de ellos, son dos variables que en todo momento matizan y explican los principales comportamientos. Al controlar estas variables, los resultados se acercaron algo más a lo esperado, verificándose entre los migrantes más jóvenes -15 a 24 años-, y entre los más recientes -10 años o menos de residencia- la probabilidad de residencia no nuclear algo superior a la de los nativos, aunque la residencia se mantiene siendo mayoritariamente no nuclear en todos los casos y en todos los grupos, independientemente de la condición migratoria.

Sin embargo, sí se observó que el grupo de edad 35 a 44 de migrantes se aleja del patrón de no nuclearización, mostrando no sólo una mayor proporción que los nativos con residencia de tipo nuclear, sino además es el único grupo, entre nativos y migrantes, que muestra más población con residencia nuclear que no nuclear (54%). Este hallazgo sugiere la necesidad de investigar que mecanismos facilitan este comportamiento, cuáles son las posibilidades reales que tienen los migrantes frente a los nativos de Ciudad de La Habana para crear sus hogares independientes en esta etapa todavía joven del ciclo de vida, cuáles factores o mecanismos lo posibilitan, si enfrentar esta necesidad –conocido el déficit habitacional de la ciudad- implica, o no, formar hogares en espacios y con recursos poco apropiados para ello, cuales son las características y condiciones de estos hogares, y las implicaciones positivas o negativas en el orden familiar.

Asimismo, con relación a la posición dentro del hogar, los resultados refieren que ambos grupos ocupan por igual posiciones de mayor y menor jerarquía en la relación de parentesco de su hogar de residencia, lo que indica que la condición migratoria, no necesariamente implica que se ocupen posiciones de menor jerarquía en los hogares de residencia, excepto para una parte de los migrantes jóvenes y recién llegados. Se comprobó así que estos resultados están también matizados de manera importante por el tiempo de la residencia. En efecto, pasados 10 años en la ciudad es que comienzan a verse posibilidades más claras para tener un hogar independiente y

para ocupar las posiciones de mayor jerarquía. El hecho de que una notoria proporción (72%) de todos los migrantes de Ciudad de La Habana lleven más de 16 años residiendo en la ciudad, delimita el alcance de los resultados obtenidos a un momento en el tiempo.

La condición migratoria es una variable muy importante en el perfil de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana, a juzgar por la alta participación de migrantes entre los jefes (48%), independientemente de la edad, el sexo o el tipo de hogar de que se trata. Sin embargo, al analizar las probabilidades de jefatura de migrantes y nativos, aunque se observó una tasa bruta de jefatura mucho más alta entre migrantes que entre nativos, análisis más refinados demostraron que una parte importante de esta diferencia responde fundamentalmente a la estructura etárea más envejecida de la población migrante -la tasa estandarizada redujo las diferencias en más de un 87 por ciento-, aunque se sugirieron investigaciones futuras que aislen este efecto y busquen si existen otras diferencias reales.

Las características sociodemográficas encontradas tanto entre los jefes migrantes como entre nativos reproducen los rasgos más sobresalientes del perfil de la jefatura de Ciudad de La Habana. Así, se confirmó en ambos grupos de jefes una elevada edad promedio; una importante participación de mujeres, independientemente de la edad y de la condición migratoria; y una muy significativa proporción de mujeres de ambos grupos que fueron reconocidas como jefas teniendo las mismas una pareja conyugal, confirmando que ambos grupos aportan casi por igual al patrón encontrado en la ciudad

Sin embargo, se determinó que los jefes migrantes tenían un mayor peso relativo en cuanto al ciclo familiar envejecido, en contraste con un mayor peso relativo de los nativos en lo referente a la alta proporción de jefas con cónyuge. Asimismo se encontró una mayor participación económica relativa de las jefas migrantes, aún cuando quedó establecido que las mismas tienen más edad y menor nivel educacional que las nativas, lo que despertó interrogantes en torno a una posible desventaja de éstas.

Con respecto al tipo de hogar que conforman los migrantes y los no migrantes cuando son jefes, se pudo deducir que los migrantes cuando son jefes contribuyen algo más al patrón de alta proporción de hogares no nucleares encontrado en la ciudad, pues, aunque en ambos grupos predomina el tipo de hogar nuclear, los jefes migrantes forman en proporción más hogares extensos y compuestos que los jefes nativos. Este patrón se atribuyó a su estructura más envejecida de edad, y en menor medida, a que los jefes migrantes se insertan algo más que los nativos en redes de parentesco que facilitan la migración de otros.

En cambio, con relación a la monoparentalidad, el análisis demostró que los jefes migrantes y no migrantes contribuyen por igual al patrón de alta monoparentalidad encontrado en Ciudad de La Habana. Sin embargo, quedó demostrada la relevancia de ser migrante cuando se trata de monoparentalidad con jefatura femenina.

Del análisis surgieron interrogantes para el futuro, relativas a la necesidad de estudiar como forman sus hogares los migrantes, si resulta de las posibilidades que ofrece la Ciudad de La Habana, o es más bien una obligación o necesidad, y cuáles son los mecanismos y/o las presiones que favorecen este evento cuando se es migrante. Es importante investigar en qué momento del ciclo de vida individual logran los migrantes crear su hogar; en qué forma, espacios y condiciones se materializa y las implicaciones que tiene para el migrante y para la ciudad. Asimismo, sería interesante conocer las razones de los que no llegan a formar hogares propios; si la coresidencia con la familia nuclear de los hijos es una necesidad o una elección, y qué tanto se involucran en redes de relaciones cuando son jefes en comparación con los no migrantes.

Los resultados relacionados con la mayor participación relativa de las jefas migrantes en la actividad económica conducen a cuestionarse sobre cuál es el costo y las consecuencias reales de ser jefe en Ciudad de La Habana cuando se es una mujer migrante. Hay que investigar por qué se mantienen activas aún en edades avanzadas, y en general, indagar si es posible encontrar en estos hogares con jefas migrantes mayor vulnerabilidad comparados con el resto de los hogares.

De los hallazgos obtenidos en este capítulo surge por último el interés de investigar en estudios futuros si los resultados presentados responden a una tendencia real en la organización para la residencia de migrantes y no migrantes después de muchos años de residencia, o si responden a un proceso de selectividad entre los migrantes y se estén quedando aquellos que logran establecer hogares independientes y/o los que logran ocupar posiciones de alta jerarquía dentro de sus hogares de residencia. Dicho de otro modo, si el patrón observado es producto de los beneficios y posibilidades que ofrece la ciudad y se obtienen de la migración, o si es producto de la naturaleza selectiva de los procesos de adaptación y en general de los flujos migratorios.

Relacionado con esta temática de la organización para la residencia de los migrantes que acabamos de abordar, en el siguiente capítulo se utiliza una metodología cualitativa para ilustrar, con la experiencia de algunos migrantes seleccionados, ciertas dimensiones de estos movimientos que forman parte de la experiencia migratoria de la capital cubana, y que en su conjunto de algún modo ayudan a comprender las decisiones que asumen los migrantes respecto a su organización para la residencia. Se analizaron entrevistas sobre el significado de la migración para estas personas, la importancia de tener algún familiar o amigo en la ciudad en el momento de la llegada, la organización de la vida cotidiana en el hogar donde llegan, y las relaciones afectivas que establecen los migrantes con sus familias de origen y destino después de la migración.

CAPITULO VI

LA MIGRACIÓN Y LA FAMILIA DESDE LA EXPERIENCIA DE ALGUNOS MIGRANTES EN CIUDAD DE LA HABANA

La perspectiva cualitativa de investigación, en particular la técnica de entrevistas en profundidad, es un instrumento que utilizaremos en esta parte de la investigación, para ilustrar significados que atribuyen algunos migrantes actualmente residentes en Ciudad de La Habana a su decisión de residir en esta ciudad capital y a sus lazos familiares.

Al entender la migración como un proceso en el que a los factores de atracción y expulsión se unen actores con disímiles opciones y oportunidades, el análisis de estas entrevistas permitirá acercarnos a los mecanismos que posibilitaron la decisión de migrar de estas personas, a los procesos sociales subyacentes, y al significado de esta acción social tanto en el plano personal como familiar. Al ubicar a estos migrantes en su entorno familiar, se busca además comprender que tanto contribuyeron las familias de origen y destino a sus migraciones.

De esta forma, el análisis de las entrevistas implica recuperar la visión que estas personas tienen de sí mismos como migrantes; y su reflexión acerca de los mecanismos que desataron la toma de decisiones, el papel de las redes y su propio rol en las relaciones familiares. No se intenta generalizar, -de ahí que esta parte de la investigación no está sustentada en una hipótesis, ni se utiliza una muestra probabilística-, sino encontrar los matices en los comportamientos de algunos migrantes respecto al proceso de su decisión de trasladarse a la capital.

Es oportuno señalar que los resultados de este análisis, solo pretenden ilustrar, con los relatos de estos migrantes, ciertas particularidades o situaciones de los procesos migratorios que tienen lugar en un contexto como el cubano, que puedan aportar nuevas interrogantes para investigaciones futuras.

Los ejes de análisis para las entrevistas partieron de interrogantes relativas a los móviles de la migración en el contexto cubano, al papel de las redes sociales y familiares, y a las relaciones familiares después de los movimientos. En particular, las inquietudes de investigación remitían a preguntarnos si era posible ilustrar en el caso de Ciudad de La Habana, el tipo de motivaciones que surgen en las narraciones individuales, tomando en cuenta que se trata de un contexto socioeconómico y político muy diferente al del resto de los países latinoamericanos.

Conociendo el contexto habanero, interesa ilustrar además, si la relación migración-familia se sustenta en ocasiones en la necesidad de los migrantes de formar parte de una red de relaciones de asistencia que le garanticen contar con vivienda durante un tiempo indeterminado en el destino; y de qué manera la duración de esta estancia con familiares o amigos puede incidir en la convivencia mejorando o empeorando las interacciones entre los miembros de las familias.

Estos tres ejes de análisis serán el punto de partida para comprender el sentido de la migración y de los arreglos familiares en la vida de estos actores sociales y plantear nuevas interrogantes o hipótesis sobre posibles particularidades de la organización en familias de los migrantes hacia la Ciudad de La Habana.

1. Procedimiento de investigación

1.1 Interrogantes

Las interrogantes que orientaron las entrevistas fueron las siguiente: ¿cómo perciben los migrantes entrevistados sus razones y motivaciones para migrar?, ¿cuáles procesos de la vida cotidiana pautaron su toma de decisiones y qué ha significado la misma en el orden personal?, ¿cómo interpretan la influencia de la presencia de amigos y familiares en el destino -por ejemplo, la posibilidad de llegar a hogares de parientes o amigos- en sus motivos y decisión de migrar y en su inserción en el lugar de destino?, en particular, ¿cuanto valor le atribuyen al papel de las redes sociales y familiares en el lugar de destino en cuanto al apoyo recibido?. Por último ¿cómo interpretan la trascendencia de este movimiento respecto a sus relaciones con la familia de destino y con la familia de origen, es decir, cómo perciben que la migración ha impactado su propia inserción, relaciones y calidad de vida familiar?.

Como se expresó anteriormente, estas preguntas se agrupan en torno a tres ejes de análisis, y llevaron a plantearnos intentar reconstruir los significados y sentidos que producen y manejan estos migrantes cuando relatan sus comportamientos, dificultades, interacciones, tensiones, y en general, sus vivencias respecto a:

1. Sentido y significado de la migración (motivaciones, estrategias, transformaciones experimentadas en diferentes ámbitos de la vida personal y familiar, cumplimiento de expectativas; predominio de móviles personales sobre móviles familiares en la migración).

2. La importancia de las redes de asistencia y reciprocidad entre migrantes, familiares y amigos en el proceso de toma de decisiones

3. La inserción en una nueva familia y las relaciones familiares después de la migración (cambios percibidos, percepción de conflictos, ayuda y comunicación mutua).

1.2 Muestra

Se seleccionó una pequeña muestra no probabilística, empleándose esencialmente la técnica de bola de nieve. Los resultados no pretenden ser generalizables, sino mostrar algunos escenarios, situaciones y percepciones que son parte de la experiencia del fenómeno migratorio hacia la capital cubana, y que pueden llevar a la formulación de nuevas interrogantes para estudios futuros, así como a comprender mejor parte de los hallazgos empíricos del análisis de la ENMI'95.

Se realizaron 11 entrevistas en profundidad a migrantes actualmente residentes en Ciudad de La Habana, pertenecientes a diferentes grupos de edad activa, que habían inmigrado a la ciudad entre uno y 20 años antes. Cuatro fueron de sexo masculino y siete del femenino, la mayoría provenientes de la región central y oriental del país, y en general, profesionales y técnicos, de los cuáles ocho había hecho los estudios de nivel medio o superiores en su lugar de origen, en tanto tres vinieron a realizarlos a Ciudad de La Habana. Excepto en uno de los casos, el resto de estas personas experimentaron la migración entre los 16 y los 25 años, es decir edades en que está en plena formación personal y familiar. Sólo tres de los entrevistados llegaron a Ciudad de La Habana casados o en unión consensual (Ver Anexo 7).

1.3 Guión de entrevistas

Para la realización de las entrevistas se empleó como instrumento una guía semiestructurada que estimulaba en un inicio al recuento de la historia de vida y del significado de la migración y posteriormente comprendía preguntas específicas acerca de la experiencia

migratoria que se centraban en los principales ejes de análisis que se habían predeterminado: sentido y significado de la migración, el papel de las redes sociales y familiares; y las relaciones familiares después de la migración.

Se buscó que las preguntas invitaran a la reflexión, y a la historia y se formularon lo suficientemente amplias como para permitir a los individuos marcar sus temas, construir sus discursos y ofrecer el contexto, sus connotaciones simbólicas y sus asociaciones, de modo que al analizarlas permitieran entender como se construyeron los significados de la migración y de las redes familiares para estos individuos.

1.4 Proceso analítico

El análisis de las entrevistas se llevó a cabo partiendo de la identificación de categorías o tipos de significados de la migración sobre los cuáles se harán comentarios y reflexiones acerca de como perciben y como reproducen subjetivamente estas categorías las personas entrevistadas, desde su perspectiva, e interpretándolas dentro del contexto en que cada uno las expresó.

Asimismo, se confrontará cada patrón o tipo de comportamiento tomando en cuenta las cuestiones más sobresalientes, recurrentes y significativas; pero también los matices, discontinuidades y diferenciaciones que se manifiestan respecto de cada uno de los ejes de análisis que se quieren investigar y que ofrezcan claridad sobre estas diferentes dimensiones del proceso migratorio desde la visión particular de estos informantes.

De igual forma, se expondrán las verbalizaciones que mejor expresen esas categorías, y aquéllas que pueden matizar o estar en contra de las mismas. Se intentará determinar el sentido de los discursos y aquéllas partes de los mismos que evidencien una clara cercanía de opinión entre los entrevistados y las características de quiénes comparten un discurso homogéneo y heterogéneo.

2. Resultados

2.1 Significado de la migración

Entre este grupo de migrantes de Ciudad de La Habana, la migración se presentó más como una lógica de opción personal (mejoramiento social personal y de los hijos); y menos como una lógica de estrategia de sobrevivencia grupal. Ninguno de los entrevistados asoció su decisión a aspectos manifiestamente económicos como el acceso a un trabajo remunerado, o la necesidad de ayuda a la economía familiar. Tampoco en los relatos la migración se percibe como una forma de acabar con una situación familiar insatisfactoria impuesta por las condiciones de vida, o las relaciones de poder en las familias de origen.

En general, prevalece un sentimiento de realización personal por encima de cualquier obstáculo que presente la ciudad. Las opciones son igualmente compartidas por hombres y mujeres. Para estas personas, el hecho de migrar significó la realización de proyectos personales, que si bien desde un inicio no se concibieron para ser realizados fuera del lugar de origen, el contexto socioeconómico y familiar en que se originaron propició que finalmente se llevaran a cabo en la capital del país.

La migración como vía de superación profesional

La relativa homogeneización del nivel educacional de los jóvenes del país por sexo y por regiones, unido a la mayor diversidad de la educación superior en la capital, propició la migración de algunas personas de este grupo, al crearles nuevas expectativas de superación

profesional. Varios entrevistados refirieron entre sus razones el deseo de realizar estudios universitarios, y aunque contaban con Universidades en sus provincias de origen, habían elegido carreras que existían solo en la capital, y tenían la oportunidad de llevarlas a cabo:

“elegí una carrera que en mi ciudad no se estudiaba que es la Licenciatura en Historia del Arte, porque allá en la universidad no estaba fundada la Facultad” (Odessa, 30 años, 14 años de residencia)

Vale señalar que el estado cubano, en su compromiso de garantizar igualdad de condiciones para la educación y el desarrollo integral de los individuos, así como interesado en formar de manera rápida especialistas que se necesitaban incorporar a los planes de desarrollo del campo, durante muchos años ofreció becas a los jóvenes del interior del país para que pudieran realizar sus estudios en la capital, e incluso fuera del país.

Esta oportunidad de residencia temporal de las personas del interior en la capital, al parecer ha contribuido, a la larga, a la migración definitiva, debido a que consolidó redes de relaciones, creó hábitos de conducta y consumo diferentes a los del lugar de origen, generó nuevas necesidades y expectativas, y provocó la revalorización del lugar de origen y su comparación con la capital y con las posibilidades que ésta ofrece para la realización personal.

Así, aún cuando en algunos casos la intención inicial de la migración de los entrevistados fue residir temporalmente en “becas” (residencias estudiantiles), algunos de ellos relataron cómo esto les hizo reconsiderar la duración de su estancia en Ciudad de La Habana en beneficio de lo que ya habían alcanzado:

“yo aprendí tanto en el mes y medio en que me pasé en práctica (de producción en La Habana) que entonces me empezó a preocupar aquello; por los dos primeros años (de prácticas de producción en el origen) yo sabía cómo iban a ser las cosas en Santiago de Cuba cuando yo me graduara. (...). En Santiago estaba surgiendo en ese momento, e incluso ahora después que ya han pasado como 5 años, ni remotamente es como aquí, es mucho más....los temas de trabajo que se hacen allá son vinculados a los intereses económicos de la provincia y por tanto son menos generales (...) esas líneas eran más fuertes aquí que allá (...) al ser mi carrera nacional, o sea aquí en La Habana, las oportunidades de superación eran casi nulas en Santiago de Cuba”. (Yasmilde, 24 años, 7 años de residencia).

Para otros la motivación de superación se manifestó, sin embargo, como un deseo de continuar una carrera profesional ya iniciada en el lugar de origen. En este caso el lugar de origen le propició la formación como profesional, pero a la vez le originó perspectivas de mayor desarrollo:

“mi Tesis de graduación que era de Geriátrica me ayudó a facilitarme la posibilidad de optar por la segunda especialidad en Gerontología y Geriátrica, pero, esa ya es la parte de cómo me tengo que trasladar de mi ciudad, porque bueno, una especialidad que es bastante nueva mundialmente pero específicamente en Cuba tiene pocos años de puesta en práctica ya a nivel del Sistema Nacional de Salud como un Programa Organizado, y entonces bueno nada más la podía hacer aquí en Ciudad de La Habana” (Frank, 29 años, 2 años de residencia)

En general, los relatos de los entrevistados remiten a unos intereses familiares donde la opción de superación individual es altamente valorada. En los casos en que el estudio fue la motivación principal, fueron los propios entrevistados quienes decidieron su acción, y cuán conveniente o útil esta podía ser, y esta decisión fue apoyada y en ocasiones estimulada por la familia de origen.

Así, desde la percepción de estas personas, el estudio tiene un valor dominante y se considera el único espacio propicio para el desarrollo personal y de los hijos y en el que “*mientras mayor tiempo se esté, mejor*”. Las historias permiten deducir que las familias de estas personas no tuvieron necesidad de interferir en la educación de sus hijos “como un medio para protegerse de la pobreza al poder contar con su ayuda durante más tiempo” (Selby H. 1990).

La migración como formación de nuevas familias

La formación familiar fue de las motivaciones para migrar que con mayor frecuencia aparecieron en la ENMI'95. La forma en que se produce este proceso también se asocia, entre otras cosas, al nivel relativamente alto de escolarización del país y al grado de relativa uniformidad que éste tiene entre la población joven de cualquier sexo o lugar de residencia. Esto contribuye a que personas nativas de la capital del país, con cierta frecuencia, formen sus familias con personas del interior, muchas de las cuales conocen incluso en los centros educacionales de sus propias provincias de origen. De esta forma, la migración, como en este caso, se asocia con el casamiento o el noviazgo:

“la llegada mía aquí a La Habana fue un poco casual, en mis planes nunca estuvo venir para acá ni nada, yo terminé de hacer el 12 grado en mi ciudad natal en Holguín y entonces ahí en la universidad no había Planificación que fue la carrera que yo escogí, entonces, donde se estudiaba era en Santiago de Cuba y para allá fui. En Santiago casualmente conocí a un muchacho que vivía aquí en La Habana, vive aquí en La Habana, y la carrera que él estudiaba tampoco se estudiaba aquí (en La Habana) que es Economía del Transporte, esa nada más se estudiaba en Santiago de Cuba, y casualmente nos conocimos y bueno, empezamos una relación, estuvimos dos años de novios, él terminó su carrera y entonces cuando él termina que él tiene que venir para acá para La Habana, entonces bueno, nos casamos y yo vengo para acá, ahí, bueno yo hago mi traslado y ya termino mis estudios aquí, bueno así empieza todo el proceso”, (Nury, 34 años, 10 años de residencia).

También en este testimonio se evidencia lo anterior:

“El motivo principal fue...mi relación con él, no un trabajo, no una ilusión que yo tuviera, sino que era él” (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia)

La migración necesaria para el bienestar de los hijos

La motivación familiar también se asocia con los hijos. La idea de la migración como una vía de bienestar para los hijos está latente en algunas de las entrevistas. Destaca, sin embargo, que esta percepción de bienestar tiene una connotación más social que económica. Para una entrevistada significó la solución a un problema grave de salud de su hijo menor. Otros, como Maribel, le dan un sentido de desarrollo más integral:

“yo, te voy a hablar sinceramente, yo siempre, mi esperanza fue que mi hijo se criara en un ambiente un poquito mejor del que se podía criar allá, no porque allá se fuera a criar más ni..... no sé...pero con más civilización, no sé si me hago entender, mi hijo aquí está en una escuela de deportes, tiene más roce social, ve más, yo lo llevo al museo, lo llevo al Zoológico, lo llevo a pasear, tiene más oportunidades de ver las cosas, o sea de desarrollar su cerebritito, más, de lo que lo pude haber desarrollado yo, yo quiero que el se lo desarrolle” (Maribel, 32 años, 1 año de residencia)

La migración como realización personal satisfactoria

La migración de los entrevistados que eran muy jóvenes en el momento de la migración nos presenta la característica de que las aspiraciones y expectativas de los migrantes, aún cuando son muy jóvenes, son tomadas en cuenta tanto por las familias de origen como de destino. Tal es el caso de Xiomara:

“yo tenía 18 años, ella (una tía) más bien me entusiasmó a quedarme para que la acompañara y para que pudiera estudiar, porque bueno en el año en que yo vine para acá que fue en el año 75, en Oriente era un poco más difícil, en Holguín no había Universidad cuando aquello, era más difícil el estudio. Mi interés personal siempre había sido estudiar, hacer una carrera universitaria, me gustaba La Habana, desde muy pequeña siempre me gustó La Habana....” (Xiomara, 38 años, 20 años de residencia).

Esta verbalización se vincula, no obstante, con las decisiones que adoptan las familias de origen de permitir la salida de las jóvenes cuando hay ciertas condiciones de seguridad en el destino (familiares, redes) para encaminar un proyecto de vida. Se percibe también un papel activo de la familia de destino, en el desencadenamiento de los movimientos que se manifiesta en la ayuda a otros miembros de las familias para establecerse, e incluso para tomar la decisión de migrar.

Respecto a esto último, algo similar se expone en el siguiente testimonio:

“...hace ya nueve años. Yo vivía en la casa con mi mamá, mis hermanas. Yo vine acá, yo venía de visita, de las vacaciones y eso, entonces tenía amistades acá, y me embullaron que viniera a trabajar, ya yo me había graduado de Farmacia, y entonces me resolvieron un trabajo, y una amiga me resolvió un alquiler en una casa de una tía de ella y vine para ahí. Ahí estuve viviendo un año y después conocí al padre de mi hija que me casé y me fui a vivir con él.” (Gloria, 32 años, 9 años de residencia).

En este caso la migración una vez más parece estar ligada a una satisfacción más que a una necesidad, y aparece en la vida de esta persona por medio de un conocido o amigo.

Así, en este grupo de entrevistados –que coincide con personas profesionales y técnicos de un nivel educacional medio y alto-, el interés mediato (la superación, la realización personal, el bienestar de los hijos) priva sobre el interés inmediato (la supervivencia, ayudar económicamente a las familias de origen, resolver un problema financiero). De ahí que varios de los entrevistados fueron a vivir a Ciudad de La Habana sin necesidades económicas mayores a las que ellos mismos tendrían en la capital. En la mayoría de estas entrevistas, la migración se representa como mejora personal, es decir, el significado de migración es parte de la realidad llamada mejora personal; aunque no todos se la plantearon así desde un inicio.

Esta característica de la migración hace que, en los casos entrevistados, una vez en el destino, el envío de remesas, o cualquiera otro tipo de ayuda económica, no se convierte en un compromiso, ni en algo esperado por los que se quedaron. La ayuda es mutua y se percibe como parte de las relaciones familiares, como una vía para mantener la comunicación, el afecto y la integración familiar. Resulta curioso que con frecuencia fueron las familias de origen las que tuvieron mayores posibilidades de enviar algún soporte económico, ya sea monetario o en especie a sus familiares en la capital. Estos argumentos quedan claros en las siguientes declaraciones:

“Bueno, yo en realidad no les mando ninguna ayuda, ellos siempre me han ayudado a mí más bien, siempre me han ayudado con cosas que me mandaban, que me mandan y siempre he tenido el apoyo de mi papá, por ejemplo siempre que he necesitado algo él me lo da. Apoyo financiero, moral, de todo, de todo, fundamentalmente...bueno siempre que he tenido un problema financiero él siempre me lo resuelve ¿no?, siempre he tenido ese apoyo de mi familia en general” (Nurys, 34 años, 10 años de residencia)

“Nos ayudamos mutuamente cuando yo puedo yo les mando, cuando ellos pueden me mandan, cuando yo he tenido una necesidad...No es una responsabilidad, no, nunca, nunca, yo cuando puedo hago, cuando ellos necesitan algo, porque yo llamo por teléfono, ellos tienen teléfono, todas las semanas los llamo, si necesitan algún medicamento lo resuelvo, algo que necesiten, si se lo puedo conseguir se los mando, ellos igual a mi, ellos más bien, actualmente me mandan algunas cosas de comer, viandas, por lo general alimentos, cuando ellos pueden ellos siempre me mandan, si alguien viene. Cuando he necesitado dinero también, ellos siempre...Nos hemos ayudado mutuamente, siempre nos hemos ayudado. Pero bueno, he tratado de...siempre trato de molestarlos lo menos posible” (Xiomara, 38 años, 20 años de residencia)

“bueno más bien nos ayudan ellos porque ellos están mejor que nosotros” (Gloria, 32 años, 9 años de residencia)

Algunas personas, sí mostraron preocupación por ayudar económicamente a la familia de origen, aunque se deduce por los relatos que fue la migración lo que les hizo revalorizar la importancia de este aspecto:

“trato de ir adecuando todas mis condiciones para no tener que necesitar de ellos porque bueno en este momento yo pienso que el que debe de ayudar soy yo y entonces trato de cada vez que puedo enviarles recursos, algunas cosas que hagan falta, no solo dinero, sino cosas que allá se carecen y que quizás aquí se puedan comprar con más facilidad, tanto por la vía normal como por el mercado negro” (Frank, 29 años, 2 años de residencia).

En este relato también se percibe lo anterior:

“en parte era porque venía para acá, pero no porque venía por ese motivo, ¿entiendes?, pero al verme ya de que venía para acá yo pensé, bueno, sí, voy a resolver a lo mejor un trabajo y podré ayudar, pero yo no sabía tampoco que aquí lo podía resolver, ¿entiendes?”. (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia)

Otra de las cuestiones que destaca en los relatos de los entrevistados es que varios realizaron la mayoría de sus estudios en su lugar de origen “becados”, es decir de forma internada en instituciones estudiantiles. Esta circunstancia, que como se ha dicho es una característica del sistema de educación de Cuba, evidentemente genera una formación de la personalidad más independiente, con propósitos claros y cierta aptitud al riesgo -e incluso un mayor desarraigo de la familia- y al parecer favorece la concepción de proyectos de vida donde el desarrollo de la individualidad ocupa un lugar importante. Lo anterior, unido a una conciencia familiar también a favor del desarrollo personal, pareciera coincidir con la tendencia de estos entrevistados a migrar. Sin embargo, es necesario matizar estas apreciaciones tomando en cuenta que estas opiniones y experiencias se refieren a personas que en su casi totalidad tienen estudios universitarios, en contraste con la gran mayoría de los migrantes a la Ciudad de La Habana, cuyo nivel máximo de estudios era de enseñanza media-superior o de secundaria en 1995.

2.2 El proceso de toma de decisiones y las redes sociales y familiares

Sobre este particular preguntamos a los entrevistados si existieron sujetos y grupos familiares o sociales que los ayudaron a salir de su zona de origen, con la intención de comprender la relevancia y las características de estas redes de migración a Ciudad de La Habana en el caso particular de este grupo de migrantes.

Los relatos de los entrevistados indican, en sus casos, que la presencia de las redes sociales y familiares de apoyo motivó la migración por encima de las cuestiones racionales de conveniencia, o de expectativas en la capital. En efecto, para migrar a Ciudad de La Habana no era suficiente hacerse de un poco de dinero y emprender el viaje. Aunque la decisión era una cuestión personal, consultaron en primera instancia con la familia de destino si podía proveer albergue. Debido a normas de solidaridad que rigen las relaciones familiares, estas familias facilitaron el acceso a la vivienda y desde el primer momento se prepararon para recibirles el tiempo que fuera necesario

Así, la importancia de contar con algún contacto en La Habana fue un tema recurrente entre todos los entrevistados, independientemente del sentido que tuvo la migración para cada quién. Todos reconocieron que el hecho de tener un lugar adonde llegar fue muy trascendental en la toma de decisiones. En los relatos de algunos de estos actores se percibe que el significado que

le otorgan a las redes va más allá de la solución inicial de una ubicación en la ciudad y se asocia incluso al cumplimiento de expectativas:

“tuve mucho apoyo de mis familiares aquí en La Habana porque si no hubiera sido por ellos no hubiera tenido ese impulso de lograr lo que había pensado, dependía mucho de ellos mi traslado, porque si no, no tenía donde estar”. (Frank, 29 años, 2 años de residencia)

Contar o no con un familiar en La Habana puede propiciar o frenar un proyecto de vida; al menos así también lo narra Frank al referirse a la experiencia de una amiga:

“otra compañera que viene a estudiar a La Habana que es de mi municipio y que traía esa situación, que ayer me llamó a ver si me enteraba de alguien que tuviera un cuarto que alquilara, un lugar.....porque prácticamente tiene su carrera frenada, porque también tiene que trasladarse a Ciudad de La Habana”. (Frank, 29 años, 2 años de residencia).

En las narraciones destaca también que este apoyo se reconoce fundamentalmente en lo relativo a la vivienda. En el caso de este grupo de migrantes de alta escolaridad, el funcionamiento de las redes para acceder a puestos de trabajo o a instituciones educacionales fue menos requerido que el acceso a vivienda. Varios entrevistados expresaron haberse procurado solos el acceso al estudio o al trabajo, y ninguno refirió este aspecto como un problema.

“Bueno, te voy a decir, yo llegué, yo fui para allí (casa de alquiler con amigos), y yo sola salí de allí al otro día a buscar mi trabajo, vaya, sí me dijeron tienes que ir a tal parte, pero yo fui sola, sola dije que era Técnico en Farmacia, presenté mi título y conseguí mi trabajo”. (Gloria, 32 años, 9 años de residencia).

De esta forma lo expresó Xiomara:

“Tuve también la suerte de enseguida comenzar mi vida laboral. Como era militante de la juventud cuando me presenté a hacer el traslado de la Juventud en la región Centro Habana que se llamaba cuando aquello, me dijeron que si quería me podía quedar como cuadro de la juventud trabajando con ellos, es decir, que inmediatamente me incorporé al trabajo” (Xiomara, 38 años, 20 años de residencia).

Para la mayoría de los entrevistados las redes se activaron y funcionaron inicialmente dentro del espacio familiar o parental, y básicamente para la provisión de un espacio habitacional en el destino y para facilitar en algo la llegada. Fue posteriormente a su llegada a la ciudad que los mismos entraron a espacios de interacción social más amplios, en el barrio, en los centros de trabajo, en las instituciones educacionales, en la escuela de los hijos, etc.

No obstante, se hizo evidente en las narraciones la importancia de la ayuda de migrantes que llegaron antes a la ciudad para los primeros pasos hacia la integración a ésta (vale destacar que todas las personas entrevistadas contaban con algún familiar que había migrado antes):

“M hermano llevaba un año aquí en La Habana estudiando por la misma razón una carrera que en Santiago no se estudiaba. Como él ya llevaba un año aquí en La Habana conocía más La Habana, la forma de vida de La Habana, la manera de moverse, de transportarse, fue un apoyo que yo tuve siempre...” (Odessa, 30 años, 14 años de residencia)

También para Xiomara la presencia de un pariente que había migrado antes fue trascendental:

“... sobre todo mi primo; me buscaba, me sacaba a pasear, él tenía una moto, me llevaba por La Habana. Conocí, que es una de las características que dicen que tenemos los orientales, que conocemos más La Habana que los mismos habaneros (...); él había venido desde pequeño, desde los 15 años para acá, si muchos años, desde el principio de la revolución”. (Xiomara, 38 años, 20 años de residencia).

Como se había mencionado anteriormente, otra forma de llegar a Ciudad de La Habana para estos migrantes fue contar con el auspicio de becas (que incluyen alojamiento, comida y algo de dinero) que ofrece el Gobierno a los jóvenes del interior del país para estudiar en La Habana. Sin embargo, incluso en esos casos, algunos valoraron la importancia de tener un familiar cercano en esta ciudad:

“Yo creo que sí, yo creo que fue determinante, o sea, si me hubiera encontrado, si la beca hubiera sido en Nuevitas, por ejemplo, donde yo no tengo ninguna familia, yo creo que hubiera habido oposición por parte de mi madre. Tenía yo 18 años cuando vine a estudiar a La Habana, pero al tener familia aquí, era un poco la atención, el cuidado, la preocupación de esa familia, en saber que en cualquier momento yo tenía un lugar donde llegar a resolver un determinado problema, como me sucedió realmente, porque nadie esperaba que hiciera rechazo a la beca, que yo la beca no la aceptara, y el estar ellos en Ciudad de La Habana me favoreció en todos los sentidos, si no hubieran estado ellos aquí en La Habana, yo creo que yo no hubiera podido terminar la carrera. (Odessa, 30 años, 14 años de residencia).

Por último, cuando la razón de la migración fue el matrimonio, encontramos cierto matiz en el funcionamiento de las redes, toda vez que en este caso las cónyuges, que eran mujeres que migraron por matrimonio -o para casarse-, no contaron con redes familiares propias, sino recibieron la ayuda de la familia del esposo. Esto implicó que estas mujeres entraran en un sistema asimétrico de relaciones de poder dentro del hogar de destino, con un mayor grado de subordinación. La forma en que se materializó esta ayuda dependió mucho de su “buen comportamiento”:

“pero bueno, eso siempre lo tuve en cuenta y nunca hasta ahora nunca he tenido ningún problema, porque me he adaptado a la forma de vivir de ella (de la suegra)”. (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia).

“No íbamos a tener vivienda propia, íbamos a vivir con toda su familia... la convivencia era con toda la familia, es decir que era una sola vivienda de todo el mundo, se cocinaba juntos, se comía juntos en la mesa, una convivencia con toda la familia. Estaba la mamá de mi esposo en la casa que era el tronco central dentro de la familia... Al principio me parece que me fue un poco difícil, porque bueno siempre es un cambio, son personas nuevas que te tienes que acostumbrar a todo... eran muchas personas y entonces tenía que acostumbrarme a estar con todo, a lidiar con todos, con sus problemas, unos más y otros menos... pero bueno, tenía que hacerlo” (Nurys, 34 años, 10 años de residencia).

2.3 Las relaciones con las familias de origen y destino después de la migración

En este apartado se describen las opiniones de los entrevistados sobre los cambios que percibieron en sus relaciones con la familia de origen, así como la percepción de conflictos y la presencia de ayuda y comunicación mutua después de la migración.

La constante referencia de los entrevistados a sus familias de origen refleja en ellos un proceso migratorio muy conectado a las relaciones familiares. En este sentido, entre estos migrantes y sus familiares de origen se dieron fundamentalmente dos tipos de relaciones: una en la cual la comunicación se basó en el contacto personal (visitas frecuentes), y otra en que la comunicación estuvo dada básicamente a través del correo, el teléfono o algún tipo de ayuda material no sistemática.

Según los relatos de estas personas, este último tipo de comunicación ha predominado en los últimos años debido a las dificultades económicas del país, que han hecho muy difícil la transportación para visitar a los familiares. Todos los migrantes refirieron haber disminuido mucho la frecuencia de contactos personales que tenían con sus familias de origen: “*la transportación se ha puesto muy difícil*”.

Sin embargo, existen momentos especiales, por ejemplo cuando se necesita un consejo, afecto, dinero, o ante una situación de enfermedad, en que las relaciones se hacen más concretas:

“ya te digo cuando alguien tiene una enfermedad todo el mundo sufre la enfermedad de ese, todo el mundo se desespera aunque esté en Oriente, si lo podemos traer para acá lo traemos a un hospital acá, le buscamos lo mejor que nosotros pensemos, en un médico, si esta allá y no quiere venir corremos hacia allá a verlo”. (Xiomara, 38 años, 20 años de residencia).

En sentido general, la comunicación, el afecto y el intercambio de ayuda se mantuvo a pesar de la lejanía. Al parecer las migraciones de estos entrevistados no afectaron sus relaciones familiares con el origen. Tal vez porque la migración no se generó como una estrategia económica del grupo familiar, y los migrantes no tuvieron que mantener económicamente a la familia de origen ni a la de destino, ni fueron mantenidos por la familia de origen, no se generaron conflictos por incumplimiento de compromisos económicos, es decir, las relaciones filiales se mantuvieron como relaciones sin dependencia económica. En este sentido, la migración de estos entrevistados no parece haber puesto en peligro la permanencia de sus grupos familiares de origen. Nuevamente, es necesario tomar en cuenta que se trata de un grupo de entrevistados con alto nivel de escolaridad.

Con respecto a la familia de destino, ésta desempeñó un papel relevante en la migración de estas personas hacia Ciudad de La Habana. Estas familias en el lugar de destino se rigen por normas de solidaridad, que en el ámbito social “pautan los modos adecuados en que deben interactuar individuos unidos por lazos de parentesco”; y que, se traducen en la ayuda concreta y trascendental al migrar, siendo central aquella en el aspecto de la vivienda.

Aunque la mayoría de los entrevistados se incorporó a hogares ya formados, en calidad de parientes no nucleares, con cierta posición de subordinación, los mismos no reconocieron explícitamente haber sentido que se le controlaran excesivamente los recursos, se le recargara de tareas, o se le controlara el tiempo, el espacio, o sus relaciones sociales. Aparentemente, entraron a las familias de destino con los mismos derechos y obligaciones que el resto de los miembros, donde todos cooperaban y se trabajaba en favor del grupo:

“...yo pienso que sí, que se me respetaba el derecho al igual que a otras personas; se me propiciaba sobre todo el respeto al tiempo de estudio en la universidad. Inmediatamente que yo vengo para La Habana asumo las responsabilidades como una persona más de la familia...”. (Odessa, 30 años, 14 años de residencia)

“...pero así, de tareas que me pusieran...nunca, nunca me pusieron tareas así...para hacer yo, que tuviera que hacer como una obligación, no”. (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia)

Sin embargo, se pudo percibir de los relatos que como toda vida en familia, este sentido de solidaridad y cooperación entre las familias y sus parientes, no quitó lugar a conflictos y desavenencias entre los que llegaron y quienes los recibieron. Así, en los hogares de destino, además de relaciones de cooperación e intercambio, se desarrollaron también relaciones de poder y autoridad, que implicaron para estos migrantes conflictos, tensiones, negociaciones y compromisos. En especial, los migrantes sintieron que era su obligación aportar a los demás a cambio del apoyo residencial que estaban recibiendo, y en el caso de mujeres esta obligación era servir a los demás.

En otras palabras, la recepción de estos migrantes por parte de familiares en el destino se basaba en lazos de afecto y solidaridad, pero también originó divergencias como parte de la vida diaria, de la convivencia con familiares menos cercanos, y como parte de la reproducción

cotidiana de la familia. Esto se vio agravado por su condición de migrantes, que les hacía asumir ciertos comportamientos, como acatar las decisiones y asumir responsabilidades, y no siempre exigir derechos. Específicamente, cuando eran las esposas de los hijos del jefe de hogar, se sometieron incuestionablemente a la autoridad de éste, y de los otros miembros no migrantes:

“tantas personas conviviendo juntas, tantas personas con tantos criterios diferentes, con tantas formas diferentes de pensar, de actuar, y eso cohíbe mucho a todos los que conviven ahí porque pueden dar un criterio, pero el criterio que vale es el de ella (la suegra) ¿entiendes? (...). Al final ella es la que decide, la que da la última palabra, porque en definitiva, la casa es de ella y creo que es serio, el que no tiene derecho a la casa, no tiene porqué ordenar y mandar en casa ajena y por eso...conmigo ha sido así porque yo siempre he estado de acuerdo con todo, y es que debo estar de acuerdo con todo, necesariamente tengo que adaptarme a la forma de vivir. Y yo me he adaptado, puedo vivir, pero es muy difícil”. (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia)

Estas relaciones de poder en las familias de destino significaban para estos migrantes una mayor subordinación que para otros miembros de la familia, porque la ayuda que se les estaba dando, inconscientemente, la sobrevaloraban. En algunos casos fue el propio migrante el que sobrestimó esta ayuda, y se colocó por sí mismo en un plano de aceptación y docilidad dentro de su hogar de destino. Varios de los entrevistados reconocieron que aunque nunca se le asignaron obligaciones específicas, sí se sentían presionados respecto a lo que debían hacer:

“Sí, lo veía como mi responsabilidad de que tenía que hacer eso y que me daba pena, por ejemplo con ellos (los 5 hermanos del esposo) de que no les hiciera la comida, por ejemplo, no, yo tenía que hacerles la comida, tenía que servirles la comida, porque me parecía que eso estaba dentro de mis obligaciones y que no podía dejarlos sin comer”. (Nurys, 34 años, 10 años de residencia)

Odessa refiere el mismo sentimiento de la siguiente forma:

“yo pensaba que tenía que ayudarles, en la medida en que ellos me favorecían y me propiciaban quedarme a dormir y me garantizaban un espacio para tener una camita y donde poner los libros de la Universidad, yo tenía, y asumía la obligación, de limpiar, lavar, ordenar, etc., etc., y eso era motivo de risa para mis primos que eran un poco de la edad nuestra...”. (Odessa, 30 años, 14 años de residencia)

Finalmente estos sentimientos de subordinación provocaron para estas personas el cuestionamiento de la pertenencia a estas redes. Algunas lograron desatar estrategias para establecer sus hogares independientes, aunque reconocieron que es un proceso que toma tiempo. Así, los entrevistados que llevaban más de 10 años en la ciudad contaban ya con un hogar independiente, no necesariamente una vivienda propia, pero sí una unidad doméstica en donde ocupan posiciones jerárquicamente altas.

Lograr esto ocupó más de 10 años para estas personas, y de acuerdo a sus relatos fue posible por haber participado en microbrigadas; por haber permutado su vivienda del interior para La Habana; por tener una vivienda de algún familiar en calidad de préstamo, o porque el centro de trabajo les otorgó una vivienda. En ocasiones la formación del hogar independiente no se alcanza por la adquisición de una nueva vivienda, sino por la remodelación o división interna de la vivienda existente –más común en el caso de matrimonios con nativos- con lo cual se logra un espacio, a veces estrecho, pero más privado, en donde desarrollar la vida cotidiana del núcleo familiar. Cualquiera que haya sido el mecanismo para lograr el hogar independiente, en todo caso se reconoce como “*haber logrado lo que quiere todo el mundo*”.

Sin embargo, a varios entrevistados se les ha dificultado este proceso.

“comoquiera que sea, uno no está en su propia casa, aunque estés allí, aunque te hayan apoyado mucho, aunque puedas agradecerlo todo el resto de tu vida, uno se siente como que no es lo suyo. Yo siempre me siento como que sobro, como que....que ya es hora, pero la hora no me llega porque es muy difícil, imagínate tú que por más que pienso y digo, no tengo por donde buscar, no tengo por donde sacar la cabeza...no hay ninguna forma. (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia)

Vale señalar, que de las historias se deduce que muchos de los migrantes que están actualmente en la ciudad son los que, a pesar de las dificultades, han tenido más éxito. Varios entrevistados plantearon que muchos de los que llegan a la ciudad, aunque tal vez tengan éxito en lo que es conseguir un empleo o un lugar para estudiar, no aceptan las normas y reglas de convivencia de las familias de destino y tratan de imponer sus propios hábitos de conducta. A la larga, esto desata conflictos familiares, que muchas veces se hacen insostenibles, tanto para las familias como para los propios migrantes, por lo que en ocasiones, ante la imposibilidad de cambiar de residencia dentro de la ciudad, se frena el proyecto que traían y se produce el regreso.

Varios informantes se refirieron a la experiencia de algunos conocidos:

“Sí, una muchacha que es de Holguín que la conocí aquí en La Habana, cerca de aquí de la casa. Pero tuvo que regresar por problemas en su familia, con la familia que la acogió aquí, y bueno..., tuvo que regresar. Problemas de convivencia, de formas de pensar diferentes, de trabajo en la casa como iba a ser compartido, no estuvo de acuerdo, todas esas cosas y bueno...la familia no aceptó eso, y la llamaron, y bueno, ella tuvo que irse para Holguín. Ella sí buscaba una mejoría, la familia la acogió aquí y comenzó a trabajar y entonces después vinieron los problemas... (Liezbeth, 27 años, 6 años de residencia).

“Es un primo, un sobrino de mi madre por parte de su padre, homosexual, que vino a Ciudad de La Habana, que se deslumbró con la Ciudad de La Habana y le pidió quedarse en la casa, pero no vino con el interés..., no por el hecho del homosexualismo que él profesaba..., sino que no vino con el interés de ayudar, de incorporarse al trabajo de Ciudad de La Habana, de superarse, de reanimarse culturalmente, de aportar para ayudar a su otra familia allá, sino sencillamente vivir él una vida que nosotros no aceptábamos por principios, por moral, por costumbre y realmente cuando nos dimos cuenta de que ese era su interés le planteamos que realmente no había posibilidad de que se quedara con nosotros”. (Odessa, 30 años, 14 años de residencia).

Esta evidencia induce a una importante hipótesis para investigaciones futuras, ya comentada en los capítulos anteriores, acerca de si está ocurriendo en Ciudad de La Habana un proceso interno de selectividad, siendo que los que se quedan son los que logran tener un hogar independiente; y sobre todo, los que han logrado “sobrevivir” a unas condiciones de residencia donde el migrante ocupa una posición de mayor subordinación; de ahí que aquellos que superan estas condiciones estarían en mejor posición para formar familias nucleares, o para ascender en las relaciones de poder dentro del hogar de tal forma que logren quedar colocados en las posiciones de mayor jerarquía.

Por último, resulta interesante comentar que ninguna de las personas entrevistadas percibieron rechazo en el entorno social de la ciudad, dada su condición de migrante, por el contrario sienten haber encontrado espacios de relaciones donde les trataron como igual, y donde encontraron vías para la socialización y la superación personal. Nuevamente se recuerda que este pequeño grupo de migrantes se caracteriza por su elevada escolaridad y por haber contado con vivienda de familiares, o con becas al llegar a la ciudad.

2.4 Significado de Ciudad de La Habana como zona de destino

Además del motivo principal de la migración, interesaba conocer cómo este grupo de sujetos percibía los atractivos de Ciudad de La Habana como lugar de destino. Ante esta interrogante, casi todos los entrevistados, independientemente de la razón por la que migraron, se refirieron a la existencia de “mejores opciones” en Ciudad de La Habana.

Destaca, sin embargo, que el significado que le atribuyeron a la ciudad como un lugar atractivo, en otras palabras, la realidad “mejores opciones”, para este grupo de alta escolaridad se vinculó fundamentalmente con sus posibilidades de recreación y desarrollo sociocultural. La idea de “consumo” no fue un concepto espontáneo en las entrevistas. Así, los referentes inmediatos para describir la atracción de la ciudad fueron sus museos, teatros, ballet, actividades para los niños, y algunos servicios sociales especializados, como el tratamiento de salud a niños y a ancianos, y fundamentalmente las instituciones estudiantiles –carreras profesionales y especialidades determinadas.

Solo dos entrevistados en su discurso, además de lo anterior, mencionaron que en Ciudad de La Habana los salarios son más altos y hay mejores condiciones de habitabilidad –en el sentido del confort y belleza de muchas construcciones de la ciudad. Destaca que ninguno de esos elementos fueron verbalizados como la razón fundamental en la decisión de migrar, sino más bien ante la pregunta de “¿por qué creían que migraban otros?”, por lo que se percibe que este sentimiento adquiere mayor importancia una vez que el migrante está en el destino. Resultaría interesante investigar esta percepción entre informantes de grupos socioeconómicos y de escolaridad más baja, así como entre aquellos que tomaron la decisión de migrar durante los años más críticos de los noventa.

A pesar de esos sentimientos de agrado hacia Ciudad de La Habana, entre los entrevistados fue recurrente el tema del desagrado con las condiciones actuales de la infraestructura de la ciudad, con su abandono y deterioro, y con la pobre calidad de la educación formal y de las relaciones humanas; todo lo cual lo compararon negativamente con lo que recuerdan del lugar al cuál llegaron hace algunos años, y aquel en el cual nacieron, crecieron, y donde desarrollaron su sentido de la vida y de las relaciones sociales.

2.5 Intención de regreso

Los lugares de origen se recuerdan con nostalgia, con añoranza, pero como una realidad ya pasada (la niñez, la adolescencia), no como una realidad para la vida presente o futura. La indiferencia mostrada por los entrevistados respecto a un posible regreso refleja un proceso migratorio definitivo y con consecuencias positivas en el migrante, en contraste con la idea de un lugar de origen como un espacio completamente distanciado ya de sus intereses y necesidades.

A la vida en la ciudad les atribuyeron ventajas y desventajas. Sin embargo, los aspectos que les desagradan de la ciudad no lograron estimular el regreso de este grupo de personas. Esto puede ser resultado lo mismo de un distanciamiento afectivo por el tiempo; o porque formaron sus familias en La Habana; o porque tienen intereses y necesidades que solamente pueden satisfacer en esta ciudad. La mayoría de los entrevistados declaró su deseo de no regresar al origen por sentirse “adaptados” a la vida de la ciudad, e incluso plantearon que ya no se adaptarían a la del lugar de donde salieron, sentimiento que es obviamente más contundente entre las personas que llevan más años en la ciudad. Otros sí refirieron la posibilidad de un regreso, pero sólo en un futuro lejano “cuando se sea viejo”, o ante circunstancias familiares o afectivas en que la decisión fuera para ellos imprescindible, como enfermedad o vejez de los familiares más cercanos.

Consideraciones finales

Tomando en cuenta que el fenómeno de la migración es una construcción social totalmente ligada al contexto en el que se desarrolla, este capítulo se planteó identificar, en los relatos de la experiencia de algunos migrantes seleccionados en Ciudad de La Habana, el significado de su acción y la percepción de las cuestiones contextuales que incidieron en su toma de decisiones.

El objetivo central que persiguió esta sección fue ilustrar a través de estos relatos, algunas particularidades de los procesos migratorios en el contexto socioeconómico cubano, con base en tres ejes de análisis fundamentales: las motivaciones de la migración y la toma de decisiones; el papel de la familia y las redes sociales y familiares como mediadores en los movimientos; y el significado que le otorgan los informantes a su decisión en el orden personal, y respecto a sus relaciones familiares.

Los resultados obtenidos responden al análisis de las historias narradas por once entrevistados, la mayoría de ellos profesionistas que llevan entre uno y veinte años de residencia en Ciudad de La Habana (Ver Anexo 7). No se buscaba conformar un patrón de comportamiento, sino mostrar particularidades que pertenecen a la experiencia migratoria de la ciudad, y que merecen ser abordadas con profundidad en investigaciones futuras.

Con relación al significado de la migración y a las motivaciones de la toma de decisiones, para estos informantes, la mayoría profesionales y técnicos que llegaron a la ciudad ya con un nivel de escolaridad alto o medio, la migración fue un acontecimiento que se valoró, en primera instancia, por el beneficio que aportaría en el aspecto personal. En algunos casos se trataba de motivaciones familiares como el matrimonio y reunificación con la pareja; otros buscaban superarse socioeconómica y culturalmente, realizando estudios superiores, o buscando empleos más calificados; otras motivaciones se referían al bienestar de los hijos. En ningún caso de este grupo, la decisión respondió a necesidades de supervivencia del grupo familiar en el lugar de origen.

Es decir, en términos generales para estas personas la noción de la migración no formó parte de una estrategia económica familiar explícita -asociada a la fuerza de trabajo o a la estructura de necesidades y recursos de las unidades domésticas-, sino una motivación y decisión individual que contó con la aceptación de la familia, y sobre la cual tuvo una incidencia sensible la presencia de complejas redes de asistencia y reciprocidad entre migrantes, familiares y amigos.

Desde la percepción de estas personas, la migración fue un proceso que se desencadenó por redes entre el origen y destino, mismas que jugaron un papel esencial fundamentalmente en el aspecto de la vivienda. En este sentido la posibilidad de llegar a hogares de parientes o amigos fue determinante en su decisión de migrar, y desde su percepción, contar o no con esta posibilidad puede estimular o frenar un proyecto de vida.

Los entrevistados reconocieron que la familia de destino se dispuso a recibirlos por un tiempo indefinido, aunque tuvieron que acatar reglas de convivencia en ocasiones ajenas a sus propios intereses. Así, para estas personas, esta ayuda que se recibe en el lugar de destino puede lo mismo contribuir a fortalecer las relaciones de los migrantes con los familiares y amigos con quienes conviven, como ir en detrimento de estas relaciones y de las motivaciones comunes dentro de los hogares.

Una larga estadía con los parientes y amigos hace reconsiderar la pertenencia a estas redes y se desatan estrategias para independizarse. La residencia indefinida con la familia de

destino es adoptada al fallar estas estrategias, ante la situación de escasez de viviendas de la ciudad, y puede conllevar el regreso, o bien la adaptación subordinada a una convivencia que consideran inevitable ante la gran dificultad para hacerse de una vivienda propia. Así, las redes de autoridad dentro del hogar se definen a partir de la titularidad de la vivienda.

Por último, según estas personas la migración no afectó sus relaciones familiares con la familia de origen, y aunque se mantiene la ayuda económica recíproca - fundamentalmente desde el origen hacia los migrantes-, la misma no constituye un compromiso ni la razón de ser de estas relaciones. Más bien, prevalecen otros lazos afectivos, de solidaridad y cooperación mutua. Estos lazos se expresan en intercambio de servicios, información, sugerencias, satisfacción de necesidades de amor y afecto, entre otros. Respecto a la familia de destino, a pesar de las dificultades, y de las relaciones de subordinación que varios han debido aceptar por tiempo indefinido, al no tener otra fuente de vivienda, para estos migrantes la misma ha sido el primer puntal de apoyo en los momentos difíciles.

Todos estos indicios encontrados al abordar los ejes de análisis de esta parte de la investigación, si bien en este momento representan comportamientos y percepciones particulares a un pequeño grupo de entrevistados, ameritan estudios más profundos y más extensos para conocer qué tan comunes son en la experiencia migratoria de Ciudad de La Habana. En particular, sería conveniente entrevistar a migrantes de otros niveles de escolaridad más bajos, y comparar los matices diferentes en la experiencia de hombres y mujeres, de personas de diferentes generaciones, de diversa escolaridad y según el momento histórico en el que llevaron a cabo la migración.

Esta exploración preliminar de las experiencias de un grupo pequeño de migrantes tuvo por finalidad principal plantear algunas interrogantes para investigaciones futuras. Algunas interrogantes que se desprenden de estas entrevistas son las siguientes:

- A pesar de la relativa homogeneidad de condiciones económicas de sobrevivencia que existe entre la población de distintas zonas del país, ¿existen condicionantes de necesidades materiales que desencadenan migraciones hacia Ciudad de La Habana?. En caso de existir, ¿estas aspiraciones de mejoría material corresponden al grupo familiar de origen o a motivaciones individuales de los migrantes?.
- ¿Cuál es el tipo de satisfactores materiales –económicos, de servicios, de recursos de todo tipo-, que los migrantes consideran más accesibles en Ciudad de La Habana que en el lugar de origen?.
- ¿Cuáles es el significado de la migración a Ciudad de La Habana en grupos con diferentes niveles de escolaridad, diferentes grupos de edad, diferente situación conyugal; antes y después de 1990?.
- ¿Existen personas que migran a Ciudad de La Habana sin tener contactos o redes familiares de apoyo?, ¿son diferentes esas redes para distintos tipos de migrantes, en qué circunstancias funcionan y bajo cuáles condiciones?.
- ¿Cómo resuelven los migrantes sus necesidades de vivienda?, ¿cuánto tiempo permanecen en casas de familiares o amigos?, ¿qué proporción obtiene viviendas independientes?, ¿qué lugar ocupan en la posición familiar en los lugares de destino?. En los casos en que llegan a ser jefes de familia, ¿de qué depende este reconocimiento?.

Otras interrogantes se refieren a la relevancia de la masificación del sistema educativo, y particularmente el sistema de becas de acceso universal y gratuito que incluyen la vivienda, en la estimulación de corrientes migratorias entre los jóvenes. En este sentido sería interesante

comprobar el efecto de la homogeneización de la educación y las facilidades para estudiar en cualquier lugar del país, que facilitan matrimonios de personas del interior con personas de la capital; así como el efecto de las facilidades para recibir instrucción en la capital del país o fuera de éste, en el establecimiento de redes y en la conformación de expectativas de vida disímiles a las del lugar de origen. ¿En qué sentido esas migraciones son estimuladas por los esfuerzos estatales por disminuir desigualdades?. Estas tendencias pueden incrementarse en el futuro por el acceso masivo a la educación superior que se promueve entre los jóvenes.

También se pueden plantear interrogantes sobre la connotación de las relaciones de género en la migración, en particular si el hecho de existir un escenario relativamente favorable a las mujeres en el nivel de la sociedad, estimula la migración de mujeres sin intenciones inmediatas de contraer matrimonio, sino de alcanzar cierta superación personal -y un espacio en la capital- para posteriormente formar sus familias; aspectos que a la larga pueden condicionar relaciones de género más igualitarias en los hogares de destino a promover la jefatura femenina, entre otras.

La diferente situación socioeconómica que se vive en Cuba en los últimos años puede motivar comportamientos diferentes. Nos preguntamos cuáles son las motivaciones y características de la migración en grupos de menor nivel profesional o socioeconómico, así como en los movimientos realizados en la década del 90, cuando se desató la crisis económica.

Además, nos preguntamos sobre la posibilidad de que esté ocurriendo en Ciudad de La Habana un proceso selectivo, donde se quedan quienes logran tener un hogar independiente; y sobre todo, quienes logran “sobrevivir” a unas condiciones de residencia donde el migrante presenta mayor subordinación en el ámbito familiar. Nos preguntamos si existe la posibilidad de que los que superan estas condiciones estén en mejores condiciones de formar un hogar nuclear, o busquen ascender en las relaciones de poder dentro del hogar de tal forma que logren quedar colocados en las posiciones de mayor jerarquía.

En general, las entrevistas a este pequeño grupo de migrantes permitieron comprender mejor algunos de los hallazgos obtenidos a través del análisis de la ENMI'95: la posibilidad de disponer de parientes y amigos en la Ciudad de La Habana, y en particular la necesidad de resolver el aspecto habitacional es un condicionante muy particular de las migraciones hacia la capital. Si bien es la insuficiente disponibilidad de viviendas en la capital la que parece influir en la complejidad de la organización residencial de las familias, la consolidación en el tiempo de las redes migratorias y las becas para estudiar en lugares urbanos diferentes al origen aparecen como factores que permiten la prolongación en el tiempo de los flujos migratorios hacia la Ciudad, e incluso su aumento en condiciones críticas. Finalmente, se puede pensar que los esfuerzos estatales para disminuir las desigualdades sociales entre las zonas rurales y urbanas, así como entre las ciudades pequeñas y la capital, pueden desincentivar algunos tipos de migraciones –las que tienen un trasfondo de mejoría económica de las familias de origen-, pero estimulan otras: las migraciones selectivas que buscan formas de superación educativa o empleos muy especializados que se concentran en la Ciudad de La Habana.

CONCLUSIONES

Esta investigación se propuso responder a la interrogante de cuál era la relación entre el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana en 1995, y la presencia o no de migrantes en ellos. Para ello, se planteó estudiar cuál era el perfil sociodemográfico de estos hogares y cómo se insertaban los migrantes y no migrantes de la ciudad en este patrón, si aportaban por igual al mismo o tenían formas de organización diferentes. Posteriormente, con un enfoque cualitativo, y conectado también con la temática de la organización para la residencia de los migrantes, nos propusimos ilustrar con la experiencia narrada por algunos migrantes seleccionados, cuál era el significado de la migración, el papel de las familias y de las redes de parentesco en los movimientos migratorios, y qué características asumían las relaciones afectivas de los migrantes con sus familias de origen y destino.

Comenzamos construyendo y analizando el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana a mitad de los 90's, momento en que se realizó la Encuesta Nacional de Migraciones Internas, para posteriormente determinar cómo estaban organizados los migrantes y no migrantes respecto a la residencia. En particular, en qué tipo de hogares vivían predominantemente, y cuál era su posición en la estructura de parentesco de sus hogares de residencia habitual, y comprobar si la condición migratoria de los individuos implicaba algún diferencial en los arreglos para la residencia y en la posición que ocupaban estas personas dentro de sus hogares de residencia.

Finalmente el análisis de entrevistas a un pequeño grupo de migrantes permitió presentar ciertas dimensiones que forman parte de la experiencia migratoria de la capital cubana, y que ayudan a comprender las decisiones que asumen los migrantes respecto a su organización para la residencia. Entre estas dimensiones se encuentran la importancia de tener algún familiar o amigo en la ciudad en el momento de la llegada, la organización de la vida cotidiana en el hogar donde llegan, y las relaciones afectivas que establecen los migrantes con sus familias de origen y destino después de la migración.

Entre los resultados más reveladores de la investigación están los relacionados con el perfil sociodemográfico de las unidades familiares de Ciudad de La Habana. Como se esperaba, se comprobó que Ciudad de La Habana presenta rasgos distintivos en el perfil sociodemográfico de sus hogares. Los principales hallazgos que se evidencian son una marcada tendencia a un tipo de estructuración familiar con gran peso de la familia no nuclear y de la monoparentalidad femenina. El perfil de la jefatura de estos hogares se caracteriza por una elevada edad promedio, muy alta jefatura femenina y una proporción importante de mujeres reconocidas como jefas a pesar de estar unidas, y en presencia del cónyuge.

Todos estos rasgos distinguen a Ciudad de La Habana de otros contextos latinoamericanos. Los análisis sugirieron atribuir estas características al contexto social y económico particular de Cuba, y en especial de Ciudad de La Habana, a los patrones relativamente altos de nupcialidad y divorcialidad, a los antecedentes culturales caribeños, y a la posición relativamente favorable que ha alcanzado la mujer en la sociedad cubana. El análisis también condujo a atribuir un importante papel al déficit habitacional de Ciudad de La Habana que no sólo contribuye con la coresidencia de familiares no nucleares, y de tres y hasta cuatro generaciones dentro de una misma vivienda, sino que además provoca que las redes de autoridad de los hogares se definan a partir de la titularidad de la vivienda, cuestión que pudiera estar

causando la alta jefatura femenina en presencia de cónyuge que fue observada. Este aspecto, sin embargo es necesario estudiarlo con mayor profundidad en el futuro.

Con relación al papel de la relativamente alta presencia de migrantes en Ciudad de La Habana en la conformación de su perfil sociodemográfico, en esta investigación se pudo constatar que sí existe relación entre este patrón residencial encontrado con la inmigración a la ciudad. Sin embargo, la presencia de migrantes en los hogares no determina por sí sola este patrón, sino que contribuye a éste, en la misma medida en que lo hacen los no migrantes. Es decir, el patrón residencial de los hogares de Ciudad de La Habana, no está necesariamente determinado por los altos volúmenes de migración neta de esta ciudad. La migración reciente no es la –única- responsable del carácter no nuclear de cerca de la mitad de los hogares de Ciudad de La Habana, de la alta monoparentalidad, y de la alta jefatura femenina. Con excepción de los inmigrantes jóvenes en los primeros años de residencia en la ciudad, los migrantes no imponen el perfil sociodemográfico de los hogares de La Habana, sino que lo asumen. Es la ciudad, con sus propias limitaciones infraestructurales, socioeconómicas, y esencialmente, la escasez de viviendas para las parejas más jóvenes, la que impone restricciones a sus habitantes, sean migrantes o nativos.

Como resultados más específicos, esta investigación constató una elevada presencia de migrantes entre la población de 15 a 64 de Ciudad de La Habana, y confirmó que los hogares de ésta ciudad están altamente involucrados en el fenómeno migratorio, a juzgar por la alta proporción de aquellos donde reside al menos un migrante adulto. En una gran proporción de las unidades familiares de Ciudad de La Habana conviven migrantes y no migrantes, observándose una baja proporción de hogares nucleares en esas unidades.

Sin embargo, ser migrante en Ciudad de La Habana no necesariamente implica que se adoptará con mayor frecuencia una organización no nuclear de residencia, este patrón es común a migrantes y no migrantes, es decir, existen otros factores propios de la vida en la ciudad que pueden ser responsables del mismo, como son la escasez de vivienda, y las normas familiares de ayuda y solidaridad. Estas normas confieren un papel muy importante a la familia en los períodos de necesidad, y particularmente en el momento de la migración.

Similar resultado se encontró al analizar la posición dentro de los hogares de residencia de los migrantes y los no migrantes, quedando demostrado que los migrantes de Ciudad de La Habana en 1995 no necesariamente ocupaban las posiciones de menor rango dentro de sus hogares, en comparación con los nativos, sino que ambos grupos ocupaban por igual posiciones de mayor y menor jerarquía en la relación de parentesco de su hogar de residencia. Sin embargo, sí se comprobó que para los migrantes el tiempo de residencia en Ciudad de La Habana es una variable importante en este sentido, puesto que sólo después de 10 años de residencia comienzan a crecer las posibilidades de ocupar las posiciones de mayor rango (jefe y cónyuge del jefe). Así, los resultados obtenidos están muy matizados por el hecho de que la gran mayoría de los migrantes que residían en Ciudad de La Habana a mitad de los 90's, llevaban más de 15 años residiendo en la ciudad.

La condición migratoria se manifestó como una variable muy importante en el perfil de la jefatura de los hogares de Ciudad de La Habana. Se encontró una alta participación de migrantes entre los jefes, independientemente de la edad, el sexo o el tipo de hogar de que se trate. Las características sociodemográficas, encontradas tanto entre los jefes migrantes como entre nativos, reproducen los rasgos más sobresalientes del perfil de la jefatura de Ciudad de La Habana. Se confirmó en ambos grupos de jefes una elevada edad promedio, una importante participación de mujeres, independientemente de la edad y de la condición migratoria, y una muy

significativa proporción de mujeres de ambos grupos que fueron reconocidas como jefas teniendo las mismas una pareja conyugal.

Sin embargo, los jefes migrantes, al ser un poco más viejos que los nativos, tienen un mayor peso relativo en cuanto al ciclo familiar envejecido encontrado, en contraste con un mayor peso relativo de los nativos en lo referente a la alta proporción de jefas con cónyuge.

Las jefas migrantes tienen una mayor participación relativa en la actividad económica, aún cuando tienen más edad y menor nivel educacional que las nativas. Esto despertó interrogantes en torno a una posible desventaja de ser jefe cuando se es una mujer migrante.

Los migrantes, cuando son jefes, contribuyen algo más que los nativos al patrón de hogares no nucleares, pues, aunque en ambos grupos predomina el tipo de hogar nuclear, los jefes migrantes forman un poco más de hogares extensos y compuestos que los jefes nativos. Se pudo atribuir este comportamiento a la estructura etárea más envejecida de los jefes migrantes; así como, en menor medida, a que los jefes migrantes se involucran más que los no migrantes en convivir con parientes y no parientes migrantes.

El patrón de alta monoparentalidad encontrado en la ciudad responde por igual a jefes migrantes como no migrantes. No obstante, -tal vez por la estructura por edad- quedó demostrada la relevancia de ser migrante en la tendencia monoparental de la jefatura femenina, al ser más elevada la presencia de jefas migrantes con este patrón. En contraste, las jefas nativas son más numerosas en el patrón de jefatura en unión.

El análisis de las entrevistas en profundidad permitió ilustrar algunas particularidades de los procesos migratorios, específicamente de la conexión entre migración y familia, que son parte de la experiencia migratoria de la ciudad, y del contexto social cubano. Los relatos de los entrevistados aportaron pistas para entender el significado y motivaciones de la migración; el papel de la familia y las redes sociales y familiares como mediadores en los movimientos; y el sentido que para estos migrantes tuvo este movimiento en el orden personal y respecto a sus relaciones afectivas con sus familias de origen y de destino. Los resultados que se exponen a continuación se refieren a este grupo de informantes -que en este caso se corresponde con profesionales y técnicos que en su mayoría llegaron a la ciudad con un nivel escolar medio o alto, - por lo que se impone la interrogante de cuáles alternativas tienen estos comportamientos en otros grupos de menor nivel educacional, o entre aquellos que inmigraron durante los años 90.

Con relación al significado de la migración y a las razones y motivaciones de la toma de decisiones, para nuestro grupo de informantes la migración fue un acontecimiento que se valoró, en primera instancia, por el beneficio que podía aportar en el aspecto personal. Algunos migraron para casarse, otros por traslado del cónyuge, y otros por reunificación con familiares. Otros buscaron estudios superiores, empleos más especializados, o un mayor bienestar para sus hijos. En ninguno de estos casos la migración respondió a las necesidades de supervivencia del grupo familiar de origen, aunque se mantuvieron estrechas relaciones afectivas y de ayuda mutua. Es decir, para estas personas la migración no formó parte de una estrategia económica familiar explícita -asociada a la fuerza de trabajo o a la estructura de necesidades y recursos de las unidades domésticas-, sino una motivación y decisión individual que contó con la aceptación de la familia, y sobre la cual tuvieron una incidencia sensible las complejas redes de asistencia y reciprocidad entre migrantes, familiares y amigos.

Desde la percepción de estas personas, la migración fue un proceso que se desencadenó gracias a la presencia de redes entre el origen y destino, mismas que jugaron un papel esencial para el traslado, fundamentalmente en el aspecto de la vivienda. La posibilidad de llegar a hogares de parientes o amigos fue determinante en la decisión de migrar, y desde la percepción

de estos migrantes contar o no con esta posibilidad puede estimular o frenar un proyecto de vida. El funcionamiento de las redes para estas personas fue más requerido para el acceso a vivienda y menos para el acceso a trabajo, o a educación.

Los entrevistados reconocieron que la familia de destino se dispuso a recibirlos por un tiempo indefinido, aunque tuvieron que acatar reglas de convivencia en ocasiones ajenas a sus intereses. Para algunas de estas personas, esta ayuda que recibieron en el lugar de destino pudo contribuir a fortalecer las relaciones con los familiares y amigos, con quienes residieron en el destino, mientras que para otras la coresidencia fue en detrimento de estas relaciones y de las motivaciones comunes dentro de los hogares. Una larga estadía con los parientes y amigos hace reconsiderar la pertenencia a estas redes y se desatan estrategias para independizarse. La residencia indefinida con la familia de destino es adoptada al fallar estas estrategias, ante la situación de escasez de viviendas de la ciudad, y en ocasiones puede conllevar el regreso, o bien la adaptación subordinada a una convivencia que consideran inevitable.

Por último, según estos informantes la migración no afectó sus relaciones con la familia de origen, y aunque se mantiene la ayuda económica recíproca –fundamentalmente desde el origen– la misma no constituye un compromiso ni la razón de ser de estas relaciones. Se han fortalecido otros lazos afectivos, de solidaridad y cooperación mutua. Estos lazos se expresan en intercambio de servicios, información, sugerencias, satisfacción de necesidades de amor y afecto. Con relación a la familia de destino, para estos migrantes, a pesar de las dificultades de la convivencia, ésta ha sido el primer puntal de apoyo en los momentos difíciles.

A la luz de nuestro enfoque teórico, tanto el análisis de la encuesta como los indicios que aportaron las entrevistas permitieron formular nuevas interrogantes y plantear hipótesis para investigaciones futuras. Una de esas inquietudes se refiere a la proporción tan elevada de residentes capitalinos que convive con personas que no pertenecen a su familia nuclear. Nos preguntamos las razones de esta situación, y cuál es el peso real del déficit habitacional en la estructura de los hogares. La alta edad media de la jefatura puede ser un resultado del proceso de envejecimiento de la población, pero también se puede deber a que los hijos no salen del hogar paterno, o regresan a éste después de una separación, es decir no forman sus hogares independientes. De gran interés sería conocer si este alto nivel de coresidencia está facilitando la organización doméstica en estas unidades, y el fortalecimiento de lazos de cooperación, o si por el contrario está influyendo negativamente en las relaciones familiares.

Respecto a la alta jefatura femenina, resultaría muy interesante determinar cuáles tareas realizan las mujeres jefas para ser reconocidas como tales, cuáles elementos de evaluación sustentan su reconocimiento como jefas por parte de sus coresidentes, y sobre todo de sus cónyuges. Tanto su nivel educacional como su participación económica son inferiores, o en el mejor de los casos iguales, a los de sus cónyuges y el resto de los jefes, por lo que pueden existir otros atributos que sustentan su autoridad y poder. En Ciudad de La Habana puede ser tener la responsabilidad de gestionar la alimentación diaria y cargar con la organización de la vida cotidiana. Asimismo es interesante investigar si es la titularidad de la vivienda lo que define quien es el jefe, como sugieren las entrevistas; y también abordar el tema de las jefaturas compartidas, que junto a la titularidad de la vivienda pueden constituir también explicaciones plausibles a este patrón.

La monoparentalidad es un fenómeno que merece profundización, puesto que resultó ser un modelo de familia bastante común en la ciudad. En particular, es interesante conocer en qué momento del ciclo de vida de la mujer ocurre este acontecimiento y las causas que lo

determinan. Puede resultar de una elección individual, o por el contrario de una necesidad para la cual no se tenía toda la preparación necesaria.

De la organización para la residencia de los migrantes, resalta la necesidad de conocer bajo cuáles mecanismos o presiones los migrantes forman sus hogares, y por qué residen con otras personas que no pertenecen a su núcleo familiar. Si la formación de hogares independientes para los migrantes es un resultado de las posibilidades que ofrece la Ciudad de La Habana a los mismos, o es más bien una necesidad u obligación producto de su condición; en qué momento del ciclo de vida individual logran los migrantes crear su hogar; si algunos de estos hogares surgen espontáneamente en el momento de migrar por no contar con redes familiares, en qué forma se materializan, si se realizan sin los recursos necesarios y en lugares inapropiados para ello, y el efecto que tiene la residencia en este tipo de hogares para el migrante y para la ciudad.

Asimismo, resultaría interesante conocer con mayor detalle los motivos por los cuáles, cuando son jefes, se involucran más en redes de relaciones que los jefes no migrantes. Los resultados relacionados con la alta participación de las jefas migrantes en la actividad económica conducen a cuestionarse cuál es el costo y las consecuencias reales de ser jefe en Ciudad de La Habana cuando se es una mujer migrante; por qué se mantienen activas aún en edades avanzadas; y en general, si es posible encontrar en estos hogares con jefas migrantes mayor vulnerabilidad comparados con el resto de los hogares. Aunque la diferencia por edad entre nativos y migrantes explica la mayor probabilidad de jefatura de estos últimos, surge la inquietud de si existen otras explicaciones a la alta presencia de migrantes entre los jefes de hogar.

Respecto a las razones para migrar, es posible que en el contexto social y político de Cuba, en las generaciones jóvenes y altamente escolarizadas la migración a Ciudad de La Habana no responda tanto a una estrategia para asegurar la supervivencia del grupo familiar de origen, sino a aspiraciones de superación en el orden personal, que incluyen completar estudios especializados y la formación de la propia familia. Dadas las dificultades para la distribución de alimentos desde los años noventa, en el proceso migratorio a Ciudad de La Habana puede darse que las familias de origen proporcionen ayuda económica o material a los migrantes. Las redes, así como las gratuidades de los servicios educativos, de salud y de cuidado de los niños significan una reducción de los costos de autoconservación y reproducción que facilitan la migración, mientras que el problema crítico para migrar a Ciudad de La Habana puede ser disponer de algún acceso a vivienda. Es decir, los análisis sugieren que el problema central para los migrantes es contar con acceso a vivienda, y en segundo lugar con una red familiar de apoyo.

Es importante preguntarse sobre la relevancia de la masificación del sistema educativo en la estimulación de la corriente migratoria hacia Ciudad de La Habana. Por una parte, la homogeneización de la educación facilita matrimonios de personas del interior con personas de la capital. Por otra, las facilidades de recibir instrucción en la capital, o -en ocasiones- fuera del país, a la larga promueven el establecimiento de redes y la conformación de expectativas de vida disímiles a las del lugar de origen. Además, el sistema de becas facilita el traslado a la capital cuando no se dispone de parientes o amigos que proporcionen vivienda en el lugar de destino.

Otra interrogante se refiere a si el contexto cubano, que muestra un escenario de relaciones de género relativamente positivo en el nivel de la educación y el empleo, estimula la migración de mujeres sin intenciones inmediatas de contraer matrimonio, sino de alcanzar cierta superación personal -y un espacio en la capital- para posteriormente formar sus familias en La Habana y no en el lugar de origen. Estos aspectos, a la larga, pueden condicionar relaciones de género más igualitarias en los hogares de destino.

Finalmente nos preguntamos sobre la posibilidad de que esté ocurriendo en Ciudad de La Habana un proceso selectivo, donde se quedan los migrantes que logran tener un hogar independiente; y sobre todo, quienes logran “sobrevivir” a unas condiciones de residencia donde el migrante ocupa posiciones de mayor subordinación. Es posible que quienes superan estas condiciones se encuentren en mejor situación cuando pasan los años, para formar hogares independientes, a través de la obtención de una vivienda, o busquen ascender en las relaciones de poder dentro del hogar de tal forma que logren quedar colocados en las posiciones de mayor jerarquía dentro de sus hogares. Dicho de otro modo, nos preguntamos si el patrón observado es producto de los beneficios que se obtienen de la migración, o de la naturaleza selectiva de los procesos de adaptación y en general de los flujos migratorios.

En síntesis, esta investigación ha permitido conocer el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana, y poner al descubierto aspectos poco conocidos de su organización interna y de la forma en que se insertan en ella migrantes y no migrantes. Asimismo, ha permitido ilustrar algunos aspectos de la relación migración interna y familia, y proporcionado elementos sobre la forma en que el contexto residencial condiciona la organización familiar de los migrantes en la capital.

En el aspecto teórico-metodológico, el aporte de esta investigación consistió en haber enfocado el análisis de la inserción de los migrantes en la estructura de las unidades familiares en un lugar de destino -aspecto pocas veces abordado en los estudios de migración interna en América Latina-, desde una perspectiva cuantitativa y cualitativa y en la localidad urbana de mayor tamaño del país. Asimismo la investigación ha permitido reflexionar sobre las particularidades de esta inserción en el contexto social de Cuba y de Ciudad de La Habana.

Las evidencias presentadas han dado respuesta a la pregunta de investigación que generó este estudio, acerca de cuál era la relación entre el perfil sociodemográfico de los hogares de Ciudad de La Habana y la presencia o no de miembros migrantes en ellos. El principal resultado sugiere que los rasgos distintivos del patrón residencial de los hogares de Ciudad de La Habana, y en particular la alta proporción de estructura no nuclear, no está determinado únicamente por los altos volúmenes de migración neta de esta ciudad, sino por el aporte del tipo de organización para la residencia tanto de esos migrantes, como de los no migrantes. Es decir, los migrantes de Ciudad de La Habana no imponen un patrón particular, sino que asumen aquel que la ciudad – por sus propias características socioculturales, y por sus propias limitaciones infraestructurales, y socioeconómicas, y esencialmente, la escasez de viviendas- le posibilita a la mayoría de sus habitantes, sean o no sean migrantes.

Como conclusión más general de este estudio se pueden señalar algunos elementos del contexto sociocultural y económico cubano, que parecen estar más estrechamente asociados al perfil sociodemográfico de los hogares de la capital, al comportamiento de la población respecto a la migración, y a su modo de organizarse para la residencia en esta zona de destino.

Estos son, las transformaciones económicas, sociales y culturales en la sociedad ocurridas en los últimos cuarenta años, que permearon el comportamiento de las familias y modificaron las motivaciones tradicionales de la migración. No obstante el trasfondo económico de la mayoría de los movimientos migratorios, también en la sociedad cubana, en los hogares de origen las familias tienen garantizadas las necesidades más básicas, por lo que garantizar la sobrevivencia del grupo no es un problema que necesariamente enfrentan las familias. Las carencias económicas son comunes a todo el país, así como también los beneficios de los sistemas sociales, incluso durante los años más duros de la crisis, en que el móvil económico de la migración era más evidente. Sin embargo, la capital ofrece mayor desarrollo y diversidad sociocultural, un

sistema educativo y de empleos más especializados, así como mejores ofertas para una más valiosa utilización del tiempo libre. Especialmente en los años más duros de la crisis, también era posible encontrar en la capital un sistema más eficaz de distribución de los alimentos no normados y otros productos comerciales, y tal vez una economía informal más prolífera.

Los cambios en las dimensiones socioestructurales facilitaron cambios en la dinámica de las relaciones de género en la sociedad, y en el interior de las familias. Las elevadas tasas de participación económica entre las mujeres, y sus relativamente altos niveles educacionales, se relacionan parcialmente con las tasas muy elevadas de jefatura de hogar femenina y con la monoparentalidad femenina. Sin embargo, es necesario analizar el posible papel que juega la titularidad de la vivienda en las elevadas tasas de jefatura de hogar femenina en presencia de un cónyuge. Otra dimensión que interviene es la alta institucionalización del curso de vida, que implica la intervención estatal en muchas de las funciones que en otros contextos corresponden a la familia. Esta presencia de seguridades sociales facilita la conducción femenina de los hogares aún en los grupos más vulnerables.

Las normas y reglas de solidaridad que rigen a la familia le confieren un papel determinante a las redes en los períodos de necesidad, y en particular en el momento de la migración. Las familias se comportan como grupos de apoyo que proveen la vivienda a los migrantes en la capital, y que se disponen a cumplir con este compromiso durante un tiempo indefinido. Además de las familias, juegan un importante papel las redes de amistad formadas en los lugares de estudio y trabajo.

Otro aspecto se refiere a la masificación de la educación, que propició un conocimiento previo de la ciudad, la independencia individual, y la formación de redes migratorias. Las becas educativas resolvieron temporalmente el acceso a viviendas de buena parte de los jóvenes que llegaron a Ciudad de La Habana a estudiar.

Finalmente, se destaca el déficit habitacional de Ciudad de La Habana, que dificulta la formación de hogares independientes tanto a los migrantes como a los nativos. En el caso de los migrantes, les obliga, o bien a retornar o a cambiar el destino migratorio, o a la residencia con familiares y amigos en el destino por un período relativamente largo. Durante este período, la capacidad del migrante de soportar relaciones de poder asimétricas, donde él puede o no, ser el corresidente de mayor subordinación, determina la consecución o no de su proyecto de vida. La titularidad de la vivienda representa un papel crítico en las relaciones de poder intrafamiliares. En este sentido pareciera más crítico concentrar los escasos recursos de la capital en la restauración de las viviendas existentes, y resolver otro tipo de espacios habitacionales como viviendas colectivas, que tratar de impedir los flujos migratorios, pues las condicionantes que los impulsan prevalecen y se incrementan.

ANEXO 1. Procedimientos analíticos

Construcción de categorías de hogares:

Tipos de Hogar por composición de parentesco con el Jefe del Hogar

A los fines de esta investigación, de acuerdo a su composición de parentesco con el Jefe del Hogar, los Hogares se clasificaron en Hogares Unipersonales, Nucleares, Extensos y Compuestos, con algunos subtipos dentro de esta tipología general, como se definen a continuación:

Hogar Unipersonal: Hogar integrado por una sola persona

Hogar nuclear: Se refiere a los hogares donde existe alguna -y sólo una- de las siguientes combinaciones de parentesco:

- Jefe y cónyuge sin hijos (nuclear estricto)
- Jefe, cónyuge e hijos (nuclear conyugal)
- Jefe con hijos (nuclear monoparental)

Hogar Extenso: Se refiere a los hogares en los cuáles residen *parientes no nucleares* del jefe, pudiendo estar presente además su familia nuclear. Las combinaciones que se pueden esperar son las siguientes

- Jefe, cónyuge (sin hijos) y otros parientes
- Jefe, cónyuge, hijos, y otros parientes
- Jefe, hijos y otros parientes
- Jefe y otros parientes

Hogar compuesto: Se refiere a todos los hogares en los cuáles residen *No parientes* del jefe. Las combinaciones que se pueden encontrar son las siguientes:

- Todas las combinaciones de hogares nucleares, más otras personas *No parientes*
- Todas las combinaciones de hogares extensos, más otras personas *No parientes*
- Jefe y otros *No parientes* (emparentados o no entre sí)

En esta investigación, el concepto '**pariente no nuclear del jefe**' incluyó a los miembros del hogar que no eran sus hijos ni cónyuge, pero estaban emparentados con el jefe hasta el 4to. grado de consanguinidad (padres, abuelos, nietos, bisnietos, hermanos, tíos, sobrinos y primos) y hasta el segundo en afinidad (suegros, yernos, y nueras, hijastros, cuñados y consuegros). En el concepto '**no pariente del jefe**' se incluyó a todos los miembros del hogar que no cumplían la condición anterior al ser relacionados con el jefe del mismo.

Los 'hijos' del jefe se contaron como familia nuclear del jefe, si residían con éste independientemente de su edad y situación conyugal. Si la familia nuclear -cónyuge e hijos- de estos 'hijos del jefe' vivía también en el hogar, estas personas deberían aparecer relacionadas como 'nietos' y 'nuera/yerno', con lo cual el hogar se consideró extenso, en ausencia de algún 'no pariente' de dicho jefe, en cuyo caso se consideró 'compuesto'.

Indicadores para medir la estructura y composición de los hogares:

Tamaño (# de personas por hogar), índice de masculinidad en los hogares; distribución por edad de los miembros.

Características del jefe (sexo, edad, escolaridad, situación conyugal y participación).

Relaciones de parentesco (frecuencia de hijos, cónyuges, otros parientes, otros no parientes, etc.); y otras características sociodemográficas como..

Análisis sociodemográfico

Características de los hogares. Prevalencia de cada tipo de hogar por relación de parentesco, y por condición migratoria; por ambas categorías cruzadas y por tamaño de hogar.

Comparación de hogares con migrantes, sin migrantes y mixtos. Respecto a: tamaño; tipo de hogar por relación de parentesco; características socioeconómicas de los jefes, relaciones de parentesco predominantes -por Ej.: frecuencia de "otros parientes", frecuencia de "otros no parientes", frecuencia de nueras/yernos, etc.-.

Posición de migrantes y no migrantes en la relación de parentesco. Comparación de posición de migrantes y no migrantes en la relación de parentesco. Comparación de la posición de migrantes dentro del hogar según período de llegada o tiempo de residencia

ANEXO 2. Características del cuestionario de la Encuesta Nacional de Migraciones Internas

En general el diseño del cuestionario permitió obtener datos referentes a las principales características de la vivienda y el hogar de los entrevistados en el momento de la encuesta, así como información sobre los rasgos sociodemográficos más generales -sexo, edad, estado conyugal y parentesco con el jefe- de todas las personas residentes permanentes en cada hogar entrevistado.

Se aplicó una entrevista individual a todas las personas entre 15 y 64 años, fueran o no migrantes, utilizándose para el caso de los migrantes unas preguntas adicionales referidas al último movimiento migratorio.

Es decir, el cuestionario fue elaborado con dos objetivos básicos, uno, obtener información sociodemográfica de todos los habitantes del país y de su contexto familiar, y dos, caracterizar los procesos de migración interna que tienen lugar en el mismo.

Mediante la entrevista individual se obtuvo información sobre aspectos tales como la satisfacción con el lugar actual de residencia de migrantes y no migrantes: el deseo o no de emigrar de este lugar actual (migración potencial); así como, en el caso específico de los migrantes, los motivos de la última migración, el lugar de procedencia, las características sociodemográficas antes y después de migrar, el proceso de adaptación, y el efecto del movimiento en diversos aspectos de la vida personal del migrante (laboral, familiar y social), entre otras cuestiones.

Las preguntas para definir al *migrante* fueron: lugar de nacimiento (según lugar de residencia de la madre), lugar de residencia anterior, fecha de la última migración, edad al migrar, y tiempo de residencia.

De acuerdo a ello, la ENMI-95 consideró como *población migrante* a toda la población entre 15 y 64 años residente permanente en la Ciudad de La Habana, que habiendo nacido en otro lugar del país, alguna vez inmigró a esta ciudad, de forma individual, familiar o grupal, una vez que ya tenía 15 o más años de edad.

El concepto de *hogar o unidad doméstica* que se utilizó en la encuesta se refiere a una “unidad formada por una o un grupo de personas con o sin vínculos de parentesco que tienen un presupuesto común, cocinan para el conjunto y conviven en forma habitual ocupando una vivienda o parte de ella”. A su vez se utilizó el concepto de “*jefatura reconocida*”, distinguiendo así dentro del hogar a “la persona que detenta la toma de decisiones y vela por el bienestar del grupo”. En nuestro caso se asume que dentro de una vivienda pueden coexistir más de un grupo o unidad doméstica, pudiendo ser éstas de diferente tipo -unipersonales, nucleares, extensos, y compuestos.

ANEXO 3. Guía para las entrevistas en profundidad

I. Preguntas generales

- Edad, ocupación, lugar de procedencia, estado marital, nivel educacional (antes y actual), # de migraciones, momento de la última migración (# de años en Ciudad de La Habana).
- ¿Dónde naciste?. ¿En qué otros lugares has vivido?
- ¿Cómo era la casa donde usted vivía antes de migrar?. ¿Quiénes vivían allá?. ¿Quiénes eran de su núcleo familiar?. ¿Quién era el jefe de ese núcleo?
- ¿Por qué decidió mudarse de ese lugar?. ¿Qué elementos en pro y en contra tuvo en cuenta?. ¿Por qué no migró antes?. ¿Qué problemas tuvo?
- ¿Cómo es la casa donde vivió cuando llegó?. ¿Quiénes vivían allí? ¿Quiénes eran de su núcleo?. ¿Quién era el jefe de ese núcleo?
- ¿Por qué eligió esa casa para vivir?. ¿Qué otro lugar hubiera preferido?. ¿Cómo es donde vive actualmente?
- ¿Cómo consideras que te encontrabas tú y tu familia en el aspecto económico antes de mudarte?. ¿Y en el aspecto social?
- ¿Cuán estable o inestable fue tu vida laboral antes de migrar?
- ¿Cómo fue al llegar y cómo es ahora?
- En los primeros momentos al llegar, ¿cómo recuerdas que fue tu situación económica aquí con respecto a la que tenías en el lugar de dónde venías?
- ¿Lo que hizo (trabajo, estudio, etc.) al llegar era lo que traía en perspectiva al decidir mudarse a Ciudad de La Habana?
- ¿Cómo fueron cumpliéndose y cómo fueron cambiando esas perspectivas?. ¿Cuáles son las que tiene ahora?
- En general, ¿qué perspectivas traía para su porvenir en Ciudad de La Habana?. ¿Cuáles se han cumplido y cuáles no?.

II Apoyo recibido (funcionamiento de redes, estrategia familiar de origen y destino).

- ¿Qué dijeron las personas con quienes usted vivía respecto a este cambio de residencia?. -- ¿Qué otras personas recuerda que participaron (dieron opinión) en la discusión de la posibilidad de que usted viniera a vivir a la capital?. ¿Qué dijeron esas personas?
- ¿Quiénes lo apoyaron y quiénes se opusieron en el origen y en el destino?. ¿Por qué te apoyaban?. ¿Por qué se oponían?. ¿Quién finalmente tomó la decisión?
- ¿Qué beneficios podrían esperar tus familiares (del origen y el destino) con tu estancia en Ciudad de La Habana?. ¿Eso fue parte de la discusión en aquel momento?.
- ¿Quiénes vinieron con usted?. ¿Por qué no vinieron todos?.
- ¿Quiénes le ayudaron al llegar (familiares, amigos, conocidos, vecinos, el Estado)?. ¿Qué tipo de ayuda le brindaron?.
- ¿Qué fue para ti lo más importante de esa ayuda?
- ¿Cuál crees que fue el punto más débil de esa ayuda?
- En general, ¿cómo calificarías esa ayuda?, ¿consideras que fue o no fue determinante en tu decisión de migrar y de permanecer en esta ciudad?.
- ¿Qué habría hecho si esas personas no hubieran estado?.
- Si no hubieran funcionado bien las relaciones con la familia a la cual llegaste, ¿a qué otro grupo te hubieras unido?. ¿Por qué?
- ¿Cómo recuerdas que fue tu adaptación cultural en Ciudad de La Habana?. ¿Qué sentimientos recuerdas haber tenido y cuáles haber percibido que tenían el resto de las personas hacia ti (rechazo, aceptación, indiferencia, menosprecio, curiosidad, etc.)?
- ¿Cómo piensas que eras y eres visto por tus familiares, amigos y otras personas, como “uno más” o como “un migrante”?
- ¿Qué significa ser mirado como migrante?

III. Relaciones familiares (relaciones con los familiares en el origen, y relaciones en el destino con el jefe; con los otros miembros; con otros migrantes de la familia, con los no migrantes).

- ¿Cómo cambió su vida después que migró?.
- ¿Cómo son las relaciones con la familia que dejó, con aquella adonde llegó y con la que vive actualmente?.
- ¿Cómo son esas relaciones en la actualidad?.

- ¿Envía y/o recibe alguna ayuda económica de su familia del interior?.
- ¿Qué otro tipo de ayuda recibe? (afectiva, en enfermedad, ayuda con hijos, alimentos, etc.)
- ¿Envías o recibes alguna ayuda económica o de otro tipo de tus familiares en Ciudad de La Habana?. ¿Qué tipo de ayuda?
- ¿Con qué frecuencia visitas y eres visitado por tus familiares del interior?. (Para buscar frecuencia de contactos personales entre padres e hijos adultos como medida de proximidad -relacionarlo con transporte, enfermedad, pedir un consejo, afecto, dinero, etc.(los lazos de solidaridad se mantienen y muchos servicios (por ejemplo cuidar hijos, alimentación, cuidados en enfermedad, etc.) a pesar de la separación física.
- ¿Qué otros familiares tienes en Ciudad de La Habana?. ¿Qué relaciones mantienes con ellos?
- ¿Recuerdas si alguna vez has tenido conflictos con tus familiares y amigos por las costumbres que trajiste de tu lugar de origen y por tu forma de actuar y comportarte en la vida cotidiana?. ¿Qué tipo de conflictos?. ¿Por qué crees que no ha habido conflictos?.
- ¿Cómo repercutieron esos conflictos en ti y en tu vida en Ciudad de La Habana?
- ¿Mantienes vínculos con otros migrantes de tu lugar de origen?. ¿Qué tipo de vínculos?
- ¿Conoces a gente que desea venir y no ha podido?. ¿Por qué no ha podido?
- ¿Conoces a gente que haya regresado?. ¿Por qué lo hicieron?.
- En general, ¿cómo consideras que ha sido tu vida emocional y afectiva desde que llegaste, respecto a la que tenía en el lugar de donde provienes?

IV. Valoración general (ventajas y desventajas del cambio respecto a la vida familiar)

- En general, ¿qué esperabas encontrar en tu bienestar económico, social y familiar, y qué encontraste en Ciudad de La Habana?
- ¿Cómo te ves como migrante?. ¿Qué significa el hecho de vivir en Ciudad de La Habana como lugar distinto al de donde vienes?
- ¿Qué significó la migración para ti y tu familia en términos de la vida familiar y de la convivencia (creación de una nueva familia, fortalecimiento de la familia, ruptura familiar o del matrimonio, inestabilidad familiar, pérdidas afectivas, ganancias afectivas, etc.)
- ¿Y en términos económicos (ayuda que envía, alivio en la disposición de recursos, falta de mano de obra, pérdidas o ganancias materiales)?.
- ¿Cómo te sientes viviendo lejos de tu familia?. ¿Qué ventajas y desventajas tiene?. ¿Qué beneficios y/o perjuicios?.
- ¿Cómo ves a tu familia actual?. ¿Cómo te gustaría que fuera tu familia?.
- Dime las personas con las que te gustaría vivir y el lugar.
- ¿Qué es lo que más extrañas estando lejos de tu familia? . ¿Qué sientes al pensar en el lugar y en la familia donde vivías antes (alegría, tristeza, optimismo, nostalgia, etc.?).
- ¿Qué es lo que más te gusta y lo que más te disgusta de la casa donde vives actualmente?. - ¿Qué cambios le harías?. ¿Quisieras quedarte a vivir aquí o prefieres mudarte otra vez, (hacia donde)?. ¿Por qué te quedarías/ irías?.
- ¿Cómo imaginas que habría sido tu vida durante este tiempo en tu lugar anterior?
- ¿Crees que la migración a Ciudad de La Habana es mucha o poca?
- ¿Te gustaría regresar a tu lugar de origen junto a tu familia, por qué?
- ¿Cree que la migración hacia la Ciudad de La Habana es mucha o poca?
- ¿Qué piensa sobre su incidencia en las condiciones de vida de la ciudad, en el aspecto de la vivienda, de la economía y de las relaciones familiares.
- ¿Que sabe de la nueva Ley Migratoria en Ciudad de La Habana?. ¿Que piensa al respecto?.
- ¿Qué cree usted que puede hacer el Estado respecto a los migrantes en Ciudad de La Habana?
- ¿Qué cree usted que puede hacer el Estado para controlar la migración a la Ciudad?
- ¿Te gustaría regresar?. ¿Por qué?

ANEXO 4. Procedimiento de estandarización por edad de la tasa de jefatura de migrantes y nativos

El procedimiento en su forma directa implica aplicar el patrón de tasas específicas observado a un patrón composicional correspondiente de una población seleccionada como estándar. Es decir, se derivan tasas específicas de jefatura ajustadas utilizando como ponderador la distribución por edad de la población, al multiplicar la tasa específica observada en cada grupo de edad (j_i) por la proporción de cada grupo de edad en la población (N_i/N). Por ejemplo: Tasa jefatura 15/19 * (N_{15-19}/N_{total}). La tasa bruta estandarizada por edad se obtiene sumando los resultados de todos estos cálculos. La jefatura relativa para una población dada se obtiene al dividir la tasa estandarizada por edad para esta población entre la tasa bruta de jefatura de la población. El valor numérico de una tasa de jefatura estandarizada por edad, interpretado literalmente, indica como sería la tasa bruta de jefatura si la población para la cual se calculó dicha tasa mantuviera su propio patrón de tasas específicas por edad, pero tuviera la misma composición por edad de la población. Así, al establecer comparaciones de dos o más poblaciones se asume que cada una de ellas mantienen su propio patrón de jefatura por edad, pero tienen la misma composición etárea (es decir, la estructura por edad de la población).

En el análisis que sigue pretendemos comparar las tasas de jefatura de migrantes y no migrantes eliminando las grandes diferencias en la composición por edad de la población adulta de ambos grupos. Simulando que la estructura etárea de ambos grupos sea la misma, podemos definir cual sería la frecuencia de la jefatura de hogar en la población migrante en comparación con la de la población no migrante, si ambas poblaciones tuvieran la misma estructura por edad, estableciendo las diferencias o semejanzas que aporten los resultados.

Cuando se comparan solo dos poblaciones con la técnica de estandarización se sugiere que la distribución por edad se conforme con el promedio de población por edad de ambos grupos (Shryock y Siegel, 1973. Para este análisis se conformó una población con el promedio del total de migrantes y no migrantes en cada grupo de edad -es decir, se "envejeció" a los no migrantes y se "rejuveneció" a los migrantes-; y han sido estandarizadas las tasas específicas de jefatura tanto de unos como de otros.

Grupos de edad	Población	Distribución proporcional de la población	Tasas observadas de jefatura (migrantes)	Número ajustado de jefes migrantes	Tasas observadas de jefatura (no migrantes)	Número ajustado de jefes no migrantes.
15-19	63492	0.0896	0.0246	1562	0.0167	1060
20-24	90588	0.1278	0.0526	4765	0.0718	6504
25-29	97435	0.1374	0.1959	19087	0.1642	15999
30-34	106607	0.1504	0.272	28997	0.2323	24765
35-39	64990	0.0917	0.4452	28934	0.3334	21668
40-44	66013	0.0931	0.4715	31125	0.4854	32042
45-49	62326	0.0826	0.5548	34578	0.4816	30016
50-54	62437	0.0880	0.5689	35520	0.5645	35246
55-59	52984	0.0748	0.5810	30784	0.6043	32018
60-64	41967	0.0592	0.5954	24987	0.6304	26456
Total	708837	...	0.433	240339	0.2645	225774
Tasa estandarizada: Migrantes: 0.3391 No migrantes: 0.318			Índice de estandarización: Migrantes: 1.28 No migrantes: 0.83			

Población: Promedio del total de migrantes y no migrantes por grupos de edad.

Número de Jefes Ajustados = Tasas específicas observadas en cada grupo de edad multiplicado por el total de población en cada grupo de edad (Col.1* Col.3). Dice cual sería el número de jefes en cada grupo de edad si las poblaciones tuvieran la misma estructura por edad de la población, pero conservaran su propio patrón de jefatura por edad.

Tasa estandarizada = Total de jefes ajustados / Total de población.

Índice estandarización: Tasa bruta / tasa estandarizada. Refleja la composición más envejecida de la población respecto a la que se le compara.

ANEXO 5. Estandarización por edad de la residencia en hogares no nucleares de los migrantes.

TOTAL Grupos de edad	1 Distribución proporcional de no migrantes	2 Distribución por edad de los migrantes (observada)	3 Distribución estandarizada por edad de los migrantes	4 Porcentaje observado de migrantes que residen en unidades no nucleares	5 Número estandarizado por edad de migrantes que residen en unidades no nucleares
15-24	0.2805	52574	142083	0.65850	93562
25-34	0.3463	92573	175413	0.58912	103339
35-44	0.1697	107352	85959	0.45979	39523
45-54	0.1251	135560	63367	0.53425	33854
55-64	0.0784	118475	39712	0.57170	22703
Total	...	506534	506534	0.55015	292981
HOMBRES	1	2	3	4	5
15-24	0.2902	24621	66384	0.6978	46323
25-34	0.3466	42598	79286	0.5736	45478
35-44	0.1649	51146	37722	0.4322	16303
45-54	0.1249	59622	28571	0.5127	14648
55-64	0.0734	50767	16791	0.5460	9168
Total	...	228754	228754	0.5333	131926
MUJERES	1	2	3	4	5
15-24	0.2716	27953	75447	0.6239	47071
25-34	0.3460	49975	96115	0.6024	57900
35-44	0.1742	56206	48391	0.4848	23460
45-54	0.1252	75938	34779	0.5512	19170
55-64	0.0830	67708	23056	0.5910	13626
Total	...	277788	277788	0.5640	161227

Nota: Migrantes: incluye a los que llegaron con menos de 15, solo excluye a migrantes de retorno.

Columna # 2: Total de migrantes en cada grupo de edad

Columna # 3: Total de migrantes por la proporción de no migrantes en cada grupo de edad. Dice que proporción migrantes hubiera en cada grupo de edad si estos tuvieran la misma distribución por edad de la población no migrante

Columna # 5: Dice cual sería el número total y por grupos de edad de migrantes residentes en unidades no nucleares si los migrantes tuvieran la misma estructura por edad de los no migrantes.

ANEXO 6. Análisis de las tasas específicas de jefatura de la población adulta de Ciudad de La Habana por sexo, edad y situación conyugal

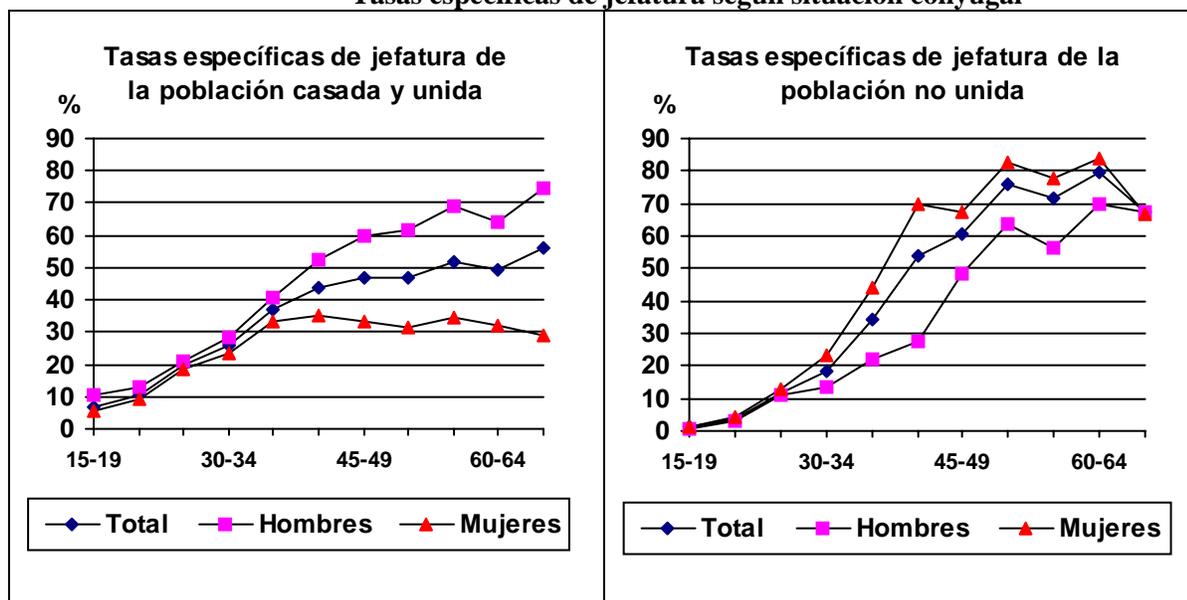
Se analizan a continuación, las tasas específicas de jefatura de hogar de la población adulta masculina y femenina, según la situación de unión o no unión que los mismos tenían al momento de ser entrevistados por la ENMI'95. Así, el gráfico describe el patrón de jefatura de la población en unión conyugal (casados y unidos), y aquel de la población no unida (divorciados, separados y viudos).

Esta técnica de análisis demográfico nos permite conocer la frecuencia relativa con la cual ocurre la jefatura entre la población adulta de cada sexo y cada rango específico de edad, en este caso controlando además la situación conyugal de la población en cuestión. Es decir, las tasas en cada grupo de edad se calculan relacionando a la población casada y unida de cada grupo de edad y sexo que es jefe de hogar, con el total de población casada y unida de cada grupo de edad y sexo. La distinción por sexo, nos permite además, establecer las diferencias en las probabilidades de jefatura en unión y sin unión en cada grupo de edad para hombres y mujeres.

La tasa bruta de jefatura en unión es de 36.9%, siendo de 48 % para los hombres y de 26% para las mujeres. Las tasas brutas de jefatura para la población no unida son 34.9% para el total, 22% para los hombres y 44% para las mujeres. Estas cifras evidencian que la mujer al salir de la unión tiende más a formar un hogar monoparental independiente, que los hombres quienes tal vez forman una nueva familia, o regresan al hogar materno o al de alguno de los hijos.

Los patrones encontrados en las tasas específicas como era de esperar, no sólo difieren entre sí, como se puede apreciar en el siguiente gráfico, sino además difieren del modelo observado para el total de jefes de Ciudad de La Habana.

Tasas específicas de jefatura según situación conyugal



Fuente: Encuesta Nacional de Migraciones Internas. 1995

Se esperaría que la jefatura de hogar entre la población con vínculo marital sea más frecuente que entre la población no unida. Esto indicaría que hombres y mujeres, una vez que entran en unión conyugal forman sus hogares independientes. Si las tasas de jefatura en unión son muy bajas indican que una proporción importante de la población, una vez que comienza su vida marital, no conforma un hogar independiente, sino que continúa dependiendo, en el ámbito residencial, de otras personas, familiares o no, que no son parte de su nueva familia nuclear.

Lo encontrado en Ciudad de La Habana, a juzgar por el patrón que describe el gráfico de tasas específicas de jefatura de la población adulta casada y unida, indica que los jóvenes, lo mismo en unión que fuera de ésta, son más propensos a la dependencia familiar, lo cual se aprecia por las tasas muy bajas de jefatura de estos adultos

jóvenes. Esta situación se mantiene, incluso cuando ya han pasado los 30 años, siendo en estas edades muy poco perceptible alguna diferenciación por sexo.

A partir de los 30 años comienzan a observarse diferencias de acuerdo al sexo, pero también de acuerdo a la situación de unión o no unión de los individuos. Si bien en ambos casos la jefatura aumenta con la edad, cuando se está en unión son los hombres los que alcanzan los niveles más elevados, aunque sin llegar a sobrepasar el 75 por ciento, valor que sólo se alcanza pasados los 65 años. Esto quiere decir que cerca de una cuarta parte de la población masculina casada, al llegar a los 65 años, no vive de forma independiente, (o si lo hace, es su cónyuge quien ostenta el reconocimiento de la mayoría de los corresidentes).

Por su parte, las mujeres casadas presentan tasas de jefatura relativamente bajas comparadas con la de los hombres, pero apreciablemente altas, si se toma en consideración la creencia de que la jefatura femenina sólo ocurre en ausencia del cónyuge. A partir de los 30 años, y hasta pasados los 65, una de cada tres mujeres en unión dirige su hogar.

Cuando no hay unión, la jefatura es igualmente más frecuente a medida que aumenta la edad. Sin embargo, son en este caso las mujeres quienes alcanzan los niveles más elevados. Hasta los 35 años pareciera que la mujer no unida es más dependiente -lo que podría explicarse por el peso porcentual de las solteras que aún están en el hogar parental-. A partir de esta edad, las ganancias son apreciables, siendo que ya a los 50 años, 8 de cada diez mujeres no unidas fueron reconocidas como responsables máximos de sus hogares de residencia. Este cambio de tendencia después de los 35 años pone de manifiesto que la mujer una vez que sale de una unión marital asume con frecuencia la jefatura de su hogar.

En cambio, estos niveles, en el caso de los hombres son mucho menos elevados, y algo más oscilatorios, confirmando que los hombres fuera de unión no tienden a residir en hogares independientes.

ANEXO 7. Características sociodemográficas de los informantes de las entrevistas en profundidad

	Sexo	Edad al migrar	Edad actual	Tiempo de residencia	Nivel educacional al llegar	Nivel educacional actual	Situación conyugal al llegar	Situación conyugal actual
1	F	31	30	1	Técnico medio	Técnico Medio	Casada	Casada
2	M	27	29	2	Universitario	Master	Soltero	Soltero
3	M	18	25	7	Preuniversit.	Universitario	Unido	Casado
4	F	21	27	6	Preunivers.	Universitario	Soltera	Divorciada
5	F	17	24	7	Preunivers.	Master	Unida	Casada
6	M	53	62	9	Técnico medio	Técnico medio	Casado	Casado
7	F	23	32	9	Técnico medio	Técnico medio	Soltero	Divorciada
8	F	24	34	10	Universitario.	Universitario	Soltera	Casada
9	F	16	30	14	Preuniversit.	Universitario	Soltero	Separada
10	M	25	43	18	Preuniversit.	Preuniversit.	Casado	Casado
11	F	18	38	20	Preuniversit.	Univ.	Soltera	casada

Bibliografía consultada

- 1) Acosta Díaz, Félix, 1992. "Hogares más pobres con jefatura femenina", en *Revista DEMOS. Carta demográfica sobre México*. No. 5, 1992.
- 2) Agüero, Mafalda; María L. Araujo; Ramón Díaz y otros, 1998. "Las mujeres hablan". *XXI International Congress of the Latin American Studies Association*. 24-26 de Septiembre de 1998. Chicago, Illinois, Estado Unidos. (Mimeo).
- 3) Álvarez Mayda y Mareleen Díaz, 1996. "La familia cubana. Situación actual y proposiciones para su fortalecimiento". *Serie de Monografías UNICEF Cuba. No. 14*, mayo de 1996.
- 4) Álvarez Mayda y otros, 1996. *La familia cubana. Cambios, actualidad y retos*. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. Ciudad de La Habana. Cuba. 1996.
- 5) Ares Patricia, 1990. *Mi familia es así*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. Cuba.
- 6) Arizpe, L., Velázquez, M, 1994. "The social dimensions of population", en: *Population and environment: rethinking the debate*, ed. por Lourdes Arizpe, M. Priscilla Stone, y David C. Major Boulder. Westview Press, 1994, pp 15-40.
- 7) Ariza, Marina, 1997. *Migración, trabajo y género: la migración femenina en República dominicana, una aproximación macro y micro social*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Centro de Estudios Sociológicos. El Colegio de México, México.
- 8) Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira, 1997. "Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y El Caribe". *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 23.1/2: 27-44, Berlín 1997.
- 9) Arriagada Irma, 1997. "Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo", en Naciones Unidas, *CEPAL, Serie políticas sociales No. 21*. Santiago de Chile. 1997.
- 10) Arriagada Irma, 1997a. "Latinoamericanas a fin de siglo: Familia y trabajo", en *Control Ciudadano*, 1997, Instituto del Tercer Mundo, Montevideo, Uruguay.
- 11) Becker G, 1985. *A treatise on the family*. Cambridge. Harvard University Press. Segunda edic. Cap. 10.
- 12) Benítez Pérez, María Elena, 1990. *El hogar y la familia cubanos: una caracterización sociodemográfica*. Universidad de La Habana. Centro de Estudios Demográficos (CEDEM). La Habana, Cuba.
- 13) Benítez Pérez, María Elena, 1993. "La familia cubana: principales rasgos sociodemográficos que han caracterizado su desarrollo y dinámica", en *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*, CEPAL, Naciones Unidas, Santiago de Chile. Julio de 1993.
- 14) Bilsborrow, R. E. 1989. "The demographics of macro-economic demographic models" en *Population Bulletin of United Nations*, 1989; 26, pp 39-40.
- 15) Bilsborrow, R. E. 1988. "Demographic functions in macroeconomic-demographic models" en *Población y Planificación Seminario sobre métodos y modelos para microcomputadores*. Comp. por Naciones Unidas. CELADE, Santiago de Chile, pp. 87-111.
- 16) Blumberg, Rae Lesser, 1978. *Stratification: Socioeconomic and Sexual Inequality*. Dubuque, IA: William C. Brown.
- 17) Brambila Paz, Carlos, 1985. *Migración y formación familiar en México*. México, El Colegio de México, 1985.
- 18) Buck, N. y Scott, J., 1993. "She's leaving home: but why?. An analysis of young people leaving the parental home", en: *Journal of Marriage and the Family*. 1993 Nov; 863-74.
- 19) Bueno, Eramis, 1994. *Población y desarrollo. Enfoques alternativos de los estudios de población*. Centro de Estudios Demográficos. Universidad de La Habana. La Habana, Cuba.
- 20) Burch, T., Lira, L. F, Valdecir F. López. 1976. *La familia como unidad de estudio demográfico*. Centro Latinoamericano de Demografía. San José. Costa Rica.
- 21) Burch, Thomas K., 1980. "The index of overall headship: simple measure of household complexity for age and sex", en *Demography*, Vol. 17, No. 1, Febrero, 1980.

- 22) Buvinic, Mayra, 1991. "The vulnerability of households headed by women: policy questions and options for Latin America and the Caribbean", en *Serie Mujer y Desarrollo. United Nations*, Abril 1991, Santiago, Chile.
- 23) Castro Ruz, F., 1995. *Entrevista con la prensa extranjera*. 9 de julio. La Habana, Cuba.
- 24) Castro Ruz, F., 1992. *Un grano de maíz. Conversación con Tomás Borge*. Editora Política. Ciudad de La Habana, 1992
- 25) Castro Ruz, F., 1985. *Entrevista al periódico Excelsior*. Ciudad de La Habana, Editora Política, 1985.
- 26) Castro Ruz, F., 1966. *Discurso aniversario del Asalto al Cuartel Moncada*. 31 de julio.
- 27) Catasús Cervera, Sonia, 1984. "Características de los núcleos familiares en dos áreas de estudio. Plaza de la Revolución y Yateras", en *Serie monográfica*, Centro de Estudios Demográficos (CEDEM), Universidad de La Habana, 1984.
- 28) CEDEM, IPF, ONE, FNUP, 1995. *Encuesta Nacional de Migraciones Internas. Manual del Entrevistador*. Universidad de La Habana. 1995.
- 29) Cuba-CEDEM-IPF-ONE-FNUAP, 1995. Encuesta Nacional de Migraciones Internas (ENMI), 1995, base de datos.
- 30) CEDEM, IPF, ONE y FNUAP, 1997. *Resultados de la Encuesta Nacional de Migraciones Internas según niveles del Sistema de Asentamientos Poblacionales: el caso de Ciudad de La Habana*. CEDEM y Grupo de trabajo nacional de la Encuesta de Migraciones Internas. Universidad de La Habana. 1996
- 31) CEDEM, IPF, ONE y FNUAP, 1996. *Las migraciones internas en Cuba, una exploración por niveles del Sistema de Asentamientos Poblacionales*. CEDEM y Grupo de Trabajo Nacional de la Encuesta de Migraciones Internas. Universidad de La Habana 1997
- 32) CEE-INSIE, 1990. *El crecimiento demográfico de la capital y su proyección hasta el año 2005. Análisis del componente migratorio. Resumen general*. Comité Estatal de Estadísticas, Ciudad de La Habana, Cuba.
- 33) CEDEM-UH, Instituto Iberoamericano de Estudios sobre Familia (IIEF), 1999. *Diversidad y complejidad familiar en Cuba*. Universidad de La Habana, marzo de 1999.
- 34) CEPAL (Comisión Económica para América Latina y El Caribe), 1993. *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*. Naciones Unidas, Santiago de Chile. Julio de 1993.
- 35) CEPAL, (Comisión Económica para América Latina y El Caribe), 1997. *La economía cubana: reformas estructurales y desempeño en los noventa*. Naciones Unidas-CEPAL-México y Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- 36) Comisión gubernamental de Apoyo a la Capital, 1994. *Análisis sobre las migraciones a la capital*. Ciudad de Habana, 1994 (inédito)
- 37) Comisión gubernamental de Apoyo a la Capital, 1994 (a). *Recomendaciones para disminuir las migraciones hacia la capital*. Ciudad de Habana, 1994 (inédito)
- 38) Corona R., Jelin E., Llovet J. J., Ramos S., De Oliveira O., García B., Torrado S., Torres M., 1986. *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*". PISPAL / El Colegio de México, 1986.
- 39) Corona Vázquez, Rodolfo, 1996. *Dimensión de la migración de guanajuatenses a Estados Unidos desde la perspectiva de los hogares*. Ponencia presentada en Coloquio Internacional sobre la migración mexicana a Estados Unidos. Centro de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Guanajuato y la Secretaría de Gobierno del Estado de Guanajuato. Guanajuato, México, Diciembre 9 a 11 de 1996.
- 40) Cortés Fernando y Rosa María Rubalcava, 1987. *Métodos estadísticos aplicados a la investigación en Ciencias Sociales. Análisis de Asociación*. Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1987.
- 41) Courgeau, D., 1984. "Relations between life-cycle and migration" en: *Population*. 1984. May-Jun; 39(3):483-513.

- 42) Courgeau, D., 1989. "Family formation and urbanization", en: *Population*. English Selection. 1989 Sep; 44(1):123-46.
- 43) Cuba, 1981. *Lineamientos Económicos y Sociales para el quinquenio 1981-85*. II Congreso del PCC. La Habana, Editora Política, 1981
- 44) Cuba, 1986. *Lineamientos Económicos y Sociales para el quinquenio 1986-90*. La Habana, Editora Política, 1986
- 45) Cuba, 1987. "Cuba. Planificación del desarrollo y política de población". Foro internacional sobre políticas de población. Ciudad de La Habana. 1987.
- 46) Cuba, 1997. "Decreto No. 217 del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros: Regulaciones internas para la Ciudad de La Habana y sus contravenciones", en *Periódico Granma*. Órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 26 de abril de 1997. Año 33. No. 84.
- 47) Cuba-CEE (Comité Estatal de Estadísticas), 1984. *Censo de población y viviendas 1981*. Comité Estatal de Estadísticas, 1984, Vol. 16, p LXXXVI.
- 48) Cuba-CEE (Comité Estatal de Estadísticas. Dirección de Demografía). 1982. *Anuario Demográfico 1982*. CEE, 1982
- 49) Cuba-CEE (Comité Estatal de Estadísticas. Dirección de Demografía). 1981. *Encuesta Demográfica Nacional 1979. Características de los núcleos y las familias*. Mayo de 1981.
- 50) Cuba-CEE (Comité Estatal de Estadísticas. Dirección de Demografía). 1979. *Estudios y datos sobre la población cubana. Publicación No. 7. Población estimada de Cuba y provincias desglosada por sexo y edad. 1950-75*. CEE, 1979
- 51) Cuba-CIPS (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas), 1990. *Análisis de las investigaciones sobre la familia cubana. 1970-1987*. Editorial Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1990.
- 52) Cuba-CIPS (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas), 1996. *Resultados de investigación del departamento de estudios sobre familia*. Ciudad de La Habana. 1996
- 53) CUBA-INV (Instituto Nacional de la vivienda), 1998. *Viviendas terminadas por provincias y períodos 1959-1997. Sector Estatal y No Estatal. Series Históricas*. Nov. 1998.
- 54) CUBA-JUCEPLAN (Departamento de Demografía), 1974. *Estimaciones sobre la población cubana. Publicación No. 2. Cálculo de los nacimientos e interpolación de la población total por provincias en el período 1953-1970*. Publicado por la Junta Central de Planificación, Octubre de 1974.
- 55) CUBA-ONE (Oficina Nacional de Estadísticas. Centro de Estudios de Población y Desarrollo), 1996. *Anuario Demográfico de Cuba, 1995*. Publicado por la Oficina Nacional de Estadísticas del Ministerio de Economía y Planificación de Cuba. La Habana, Julio de 1996.
- 56) CUBA-ONE (Oficina Nacional de Estadísticas), 1995. *Indicadores sociales y demográficos de Cuba, 1994*. Ciudad de la Habana, Junio de 1995.
- 57) Chant Sylvia, 1988. "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Gabayet, L. Patricia García, Mercedes González de La Rocha y Agustín Escobar (comps.) *Mujeres y Sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. El Colegio de Jalisco, 1988, pp. 181-203.
- 58) Charbit, Yves, 1984. "Caribbean Family Structure: Past Research and Recent Evidence from de WFS on Matrilocality" en *Scientific Reports, Number 65*. Voorburg Netherlands, International Statistical Institute.
- 59) Chevannes Barry, 1994. "Presiones y tensiones. Análisis de la situación de la familia en el Caribe", en *Familia y Futuro. Un programa regional en América Latina*. CEPAL/UNICEF. Santiago de Chile, pp 63 a 88.
- 60) Dandler, J y Medeiros, C, 1988. "Temporary migration from Cochabamba, Bolivia to Argentina: patterns and impact in sending areas" en *When borders don't divide: labor migration and refugee movements in the Americas*, editado por: Patricia R. Pessar. New York, Center for Migration Studies, 1988, pp 8-41.
- 61) De Barbieri, Teresita, 1992."Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica",

- en *Revista Interamericana de Sociología*. Año VI. Nros. 2 y 3. Segunda época. Mayo-Diciembre. 1992
- 62) DeJong G. 1994. *Choice processes in migration intentions and behavior*. University Park, Pennsylvania, Pennsylvania State University, Population Research Institute, 1994. *Working Paper 95-04*.
 - 63) DeMaris Alfred. 1995. "A Tutorial in Logistic Regression", en *Journal of Marriage and the Family* 57 (November 1995): 956-968.
 - 64) De Vos Susan, 1987. "Latin American Households in Comparative Perspective", en *Population Studies*, 41 (1987), pp. 501-517.
 - 65) Díaz Hernández R. A.; Roberto Soto Carbonell y Roberto Puig Jaime, 1995 "Estudio sobre el sistema de asentamientos poblacionales en la provincia de Pinar del Río, 1970-94". Ponencia presentada al Seminario científico sobre población, medio ambiente y desarrollo, CEDEM. LA Habana. 4 de julio de 1995.
 - 66) Dumon, W.A., 1989. "Family and Migration" en *International Migration*, 1989, Junio 27 (2) pp. 251-270.
 - 67) Echarri Cánovas, Carlos Javier, 1989. "Hogares y familias en México: una aproximación a su análisis mediante encuestas por muestreo". *Estudios Demográficos y Urbanos* (29). Vol.10. Num. 2, El Colegio de México.
 - 68) Folbre Nancy, 1991. "Women on their Own: Global Patterns of Female Headship", en *The women and International Development Annual*, Vol. 2, 1991. De. Rita S. Gallin and Anne Ferguson. Westview Press: Boulder, CO.
 - 69) Franco Parellada, Xiomara, 1992. *Los movimientos migratorios internos. Bases teórico-metodológicos para su estudio*. Instituto de Planificación Física, Cuba, 1992
 - 70) Franco Suárez, María del Carmen, 1990. "Corrientes migratorias en los municipios de Cuba. Análisis por trienios 1980-1989" (inédito). Comité Estatal de Estadísticas, La Habana, Cuba.
 - 71) Franco, María del Carmen, 1993. "Aspectos socioeconómicos de la migración interna en Ciudad de La Habana". (inédito). Comité Estatal de Estadísticas, La Habana, Cuba.
 - 72) Franco, María del Carmen, 1994. *Fecundity of Migrants and Nonmigrants Women in Cuba*. Tesis de Diplomado en Estudios de Población, Instituto de Estudios Sociales, La Haya, Holanda.
 - 73) Franco Xiomara, y María del Carmen Franco, 1994. "Características de la migración interna en Ciudad de La Habana en el período 1989-1991 y en 1992" (inédito). Comité Estatal de Estadísticas e Instituto de Planificación Física, La Habana, Cuba
 - 74) Frisbie W. Parker, Bean Frank D., Kaufman Robert y Mutchler Jan. "Nativity and household-family structure among the mexican origin population of the United States". *Texas Population Research Center Papers*. Paper No. 6.008.
 - 75) García Brígida y Orlandina de Oliveira, 1979. "Una caracterización sociodemográfica de las unidades domésticas en la Ciudad de México", en *Demografía y Economía*, XIII:1, 1979.
 - 76) García B. y Orlandina de Oliveira, 1991 "Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica de México". *Temas de Población*. 1991 Jun; 1(2):15-25
 - 77) García Brígida y Orlandina de Oliveira, 1994. *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México. El Colegio de México. 1994
 - 78) García Brígida, Orlandina de Oliveira y Humberto Muñoz, 1980. "Tres ensayos sobre migraciones internas" en *Cuadernos de Investigación Social*. No. 4. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Autónoma de México, México.
 - 79) García Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, 1982. *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*. El Colegio de México / Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1982, México.
 - 80) García Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, 1989. "Familia y trabajo en México y Brasil" en *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM-Miguel Angel Porrúa y El Colegio de México, 1989.

- 81) García Espana, J.F. *Determinants of internal and international migration from rural areas of Mexico*. Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1992. xi, 160 p. Doctoral dissertation, University of Pennsylvania, 1992.
- 82) Glick Jennifer E., Bean Frank D. y Van Hook Jennifer V. W., 1996. *Inmigration and changing patterns of extended family household structure in the United States: 1970-1990*. Texas Population Research Center Papers. 1995-1996.
- 83) González de La Rocha, Mercedes, 1986. *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. México, El Colegio de Jalisco-CIESAS and SPP, 1986.
- 84) González de La Rocha, Mercedes, 1993. "Bienestar familiar, consumo alimenticio y acceso a los servicios durante la crisis", en *Familia, salud y sociedad*. Universidad de Guadalajara, INP CIESAS, El Colegio de Sonora.
- 85) González de La Rocha, Mercedes, 1997. "Hogares y jefatura femenina en México". Ponencia presentada a IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia. Cartagena de Indias. Colombia.
- 86) Gomariz, Enrique, 1992. "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas. Periodización y perspectivas", en *Fin de Siglo. Género y cambio civilizatorio*, ISIS International. Ediciones de las mujeres No. 17, pps. 83-110.
- 87) Gurak, D.T. 1987. "Family formation and marital selectivity among colombian and Dominican inmigrants in New York City", en *International Migration Review* No. 21-2, pp 275-298.
- 88) Harbison, Sarah F., 1981. "Family structure and family strategy in migration decision making" en *Migration decision making. Multidisciplinary approaches to microlevel studies in developed and developing countries*, New York: Pergamon Press, 1981.
- 89) Hernández Castellón, Raúl, 1988. "Estudio sobre la formulación, implementación y evaluación de la política de población. El caso de Cuba", en *Serie monográfica*, Centro de Estudios Demográficos (CEDEM), Universidad de La Habana, 1988, La Habana, Cuba.
- 90) Horna, Jarmila, 1989. "Patterns of family migration between the provinces in Canadá, 1956-1974". Discussion paper. Department of Sociology. University of Alberta, Alberta, Canadá.
- 91) Ibarra David y Jorge Máttar, 1998. "La economía de Cuba", en *Revista de la CEPAL*, No. 66. Dic. 1998.
- 92) INEGI, 1999. *Los hogares con jefatura femenina*. Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática, México, 1999.
- 93) Jáuregui Jesús, 1982. "Las relaciones de parentesco", en *Nueva antropología*. Año V. No. 18. Revista de Ciencias Sociales. México
- 94) Jelin, Elizabeth, 1993. "Las relaciones intrafamiliares en América Latina". Documento preparado para la Reunión Regional Preparatoria del Año Internacional de la Familia a realizarse en Cartagena, Colombia, 10-13 de agosto de 1993. CEDES/CONICET. Buenos Aires, abril de 1993
- 95) Lage Dávila, Carlos, 1995. "Entrevista con Carlos Lage Dávila, Secretario del Comité Ejecutivo del Consejo de ministros", en *Periódico Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, 22 de diciembre de 1995
- 96) Lauby, J y Stark, O., 1987. "Individual migration as a family strategy: young women in the Philippines". Cambridge, Massachusetts, Harvard University, Migration and Development Program, *Discussion Paper No. 35*.
- 97) León Díaz, Esther Ma.; Mercedes Mena Martínez; Noyda Matos Fuentes y Alina Alfonso León, 1995. "Diseño muestral. Encuesta Nacional de Migraciones Internas". Oficina Nacional de Estadísticas. Ciudad de La Habana. 1995 (mimeo)
- 98) Lerner Susana y André Queznel, 1982. "La familia como categoría analítica en los estudios de población", *Investigación Demográfica en México*. CONACYT, México, pp 570-592.
- 99) Lindquist, B.A., 1993. "Migration networks: a case study in the Philippines". *Asian and Pacific Migration Journal*. 1993; 2(1):75-104. Princeton University Library.
- 100) Lindstrom D.P, 1991. "The differential role of family networks in individual migration decisions". Presented at the Annual Meeting of the Population Association of America, Washington, D.C., March 21-23, 1991.

- 101) Lira, Luis Felipe. 1975. "Aspectos demográficos de la familia en una provincia de Chile, según el censo de 1970". Centro Latinoamericano de Demografía. PISPAL, *Documento de Trabajo No. 12*. Santiago de Chile, Nov. de 1975.
- 102) Lira, Luis Felipe. 1975. "Introducción al estudio de la familia y los hogares en América Latina". Centro Latinoamericano de Demografía. PISPAL, *Documento de Trabajo No. 10*. Santiago de Chile. Nov. de 1975.
- 103) López Barajas, Ma. P., Izasola Conde H., 1994. *El perfil censal de los hogares y las familias en México*. Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática. México.
- 104) López Segrera, F., 1995. *La economía cubana en 1994: antecedentes, variables, alternativas y escenarios*, CEPAL, Santiago de Chile, 1995.
- 105) Louat Frederic, Grosh M. E., Gaag J. Van der. 1993. "Welfare Implications of Female Headship in Jamaican Households", en *Living's Measurement Study*. Working Paper No. 96. The World Bank, 1993.
- 106) McNamara, R. 1982. "Internal Migration Models", en Ross J.A. ed. *International Encyclopedia of Population*. Vol I. New York, Free Press, 1982, 351-3
- 107) Massey, D. S., 1986. "The settlement among Mexican migrants to the United States", en *American sociological Review* No. 51-5 pp 670-684.
- 108) Massey, D.S., 1990. "The social and economic origins of immigration", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 1990, pp 60-72.
- 109) Massiah Joycelin, 1983. *Women as heads of households in the Caribbean: family structure and feminine status*. United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO), 1983.
- 110) Maáttar Jorge, 1998 Asesor Regional de Cepal. *Revista de la CEPAL*, No.66-Dic.98.
- 111) Miller, Sheila J., 1976. Family Life Cycle, Extended Family Orientations, and Economic Aspirations as Factors in the Propensity to Migrate en: *Sociological Quarterly*; 1976, 17, 3, Sum, 323-335.
- 112) Montes Rodríguez, Norma; Sonia Montiel Rodríguez; y Francisco Trilla Cotilla, 1989. "Tendencias de la concentración y urbanización de la población rural 1970-1981", en *Cuba. Economía Planificada*. Año 4. Abril-Junio. 1989.
- 113) Morejón Seijas, Blanca, 1984. "Las migraciones en Cuba", en *CEDEM. Serie Monográfica*, No. 1. Universidad de La Habana. Junio de 1984.
- 114) Mossbrucker, H., 1991. "Peasants and migrants. On the connection between socioeconomic organization of Andean villages and migration to cities in Peru", en *Revista de Sociología*. Feb; 20(1), pp 50-63.
- 115) Mulder, Ch y Wagner, M., 1993. "Migration and marriage in the life course: a method for studying synchronized events" en: *European Journal of Population* 1993; 9(1).
- 116) Mundigo Axel I. Y Landstreet Barent, 1980. "Development and Population policy in Cuba". The Population Council. *Working Paper No. 6*. Noviembre de 1980.
- 117) Muñoz H., Oliveira de O., Singer, P., Stern, C., 1974. *Las migraciones internas en América Latina*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.
- 118) Oliveira, Orlandina de, 1984. "Migración femenina, organización familiar y mercados laborales en México". Ponencia presentada para el Seminario "Mujer y Empleo", Quito, Ecuador, 22-24 febrero de 1984.
- 119) Oliveira, Orlandina de, 1995. "Familia y relaciones de género en México". Ponencia presentada en el VIII Simposium Internacional de Humanismo: Mujer, familia y sociedad. El Colegio de México y el Instituto Nacional de Nutrición Salvador Zubitán, México D. F. 22-24 de marzo de 1995. (mimeo)
- 120) Oliveira, Orlandina de, Marcela Eternod y María de la Paz López, 1995. *Familia y género en el análisis sociodemográfico*. Sociedad Mexicana de Demografía, México.
- 121) Oliveira, Orlandina de, Marielle Pepin y Vania Salles, (comps.) 1989. *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM-Miguel Angel Porrúa y El Colegio de México, México, 1989.

- 122) Papademetriou, D. G. 1983. "Rethinking international migration: a review and critique", en *Comparative Political Studies*. 1983.
- 123) Partida Bush, Virgilio. 1994. *Migración Interna*. Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática. México.
- 124) Pedroso Zulueta, Teresa D. 1999. *La mujer en el contexto familiar cubano: trayectorias reproductivas e itinerarios laborales*. Tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios de Población. El Colegio de México, CEDDU, México, 1999.
- 125) Pepin Lehalleur, Marielle y Teresa Rendón, 1989. "Reflexiones a partir de una investigación sobre grupos domésticos campesinos y sus estrategias de reproducción" en *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM-Miguel Angel Porrúa y El Colegio de México, 1989.
- 126) Pérez Rojas, N, 1979 (1). "Estudio preliminar de los hogares encuestados en la región de Marianao", en *Serie Estudios Demográficos*. Centro de Estudios Demográficos. Universidad de La Habana. Cuba, febrero de 1979.
- 127) Pérez Rojas. N. 1979 (2). *Características sociodemográficas de la familia cubana. 1953-1970*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. Cuba.
- 128) Piñeiro S, Rubén, 1999. *El sistema monetario – financiero en el proceso de transición de una economía en vías de desarrollo. El caso cubano*. Tesis de Doctorado. Instituto Politécnico Nacional. Escuela Superior de Economía. Sección de Graduados, México, 1999.
- 129) Ponce Ana y Marfil Francke, 1985. *Hogar y familia: problemas para el estudio sociodemográfico*. Universidad Católica de Lima, Perú
- 130) Quilodrán, Julieta, 1992. "La vida conyugal en América Latina. Contrastes y semejanzas". Ponencia presentada en "El poblamiento de las Américas". Actas, Vol.3, pp 245-264. Veracruz, México.
- 131) Ramos Piñol, Oscar, 1990. *¿Demasiados Capitalinos?*. Comité Estatal de Estadísticas. Instituto de Investigaciones Estadísticas. Cuba.
- 132) Riley, N.E. y Gardner, R.W., 1993. "Migration decisions: the role of gender". En: *Internal migration of women in developing countries*. Proceedings of the United Nations Expert Meeting on the Feminization of Internal Migration, Aguascalientes, Mexico, 22-25 October 1991, compilado por United Nations. Department for Economic and Social Information and Policy Analysis. New York, New York, United Nations, 1993. :195-206.
- 133) Rodríguez, José Luis, 1992. "La economía cubana entre 1976 y 1988. Resultados y perspectivas" en *Revista Economía y Desarrollo*, no. 66. Ciudad de La Habana. Cuba.
- 134) Rodríguez, José Luis. 1990. *Estrategia del desarrollo económico de Cuba*, editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- 135) Rodríguez, José Luis. 1995. "Entrevista a José Luis Rodríguez, Ministro de Economía y Planificación de Cuba" en *Revista Opciones*, Año II, No. 2. 26 de noviembre de 1995.
- 136) Rosenhouse, Sandra, 1989. "Identifying the Poor: Is "Headship" a Useful Concept?". *Living s Measurement Study*. Working Paper No.58. The World Bank, 1993.
- 137) Rossetti, Josefina. 1991 "Hacia un perfil de la familia actual en Latinoamérica y el Caribe", en CEPAL-CELADE, 1991. Taller de trabajo "Familia, desarrollo y dinámica de población en América Latina y el Caribe". Santiago de Chile, 27-29 de noviembre de 1991.
- 138) Santi, Lawrence L., 1990. "Households Headships Among Unmarried Persons in the United States, 1970-1985", en *Demography*, Vol.27, May 1990.
- 139) Szasz Ivonne, 1989. "Migraciones y reproducción campesina: el caso del Estado de México", en UNAM y SOMEDE, *Memorias de la Tercera Reunión Nacional sobre la Investigación Demográfica en México*. Tomo I. Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F.
- 140) Szasz, Ivonne, 1993. *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia en tiempos de crisis*". México, El Colegio de México, 1993
- 141) Szasz, Ivonne, 1994. "La mujer en el trabajo y la migración. El mercado laboral femenino", en *Notas de Población*. 1994.

- 142) Szasz, Ivonne, 1995. "Mujeres y migrantes: desigualdades en el mercado de laboral de Santiago de Chile". En *Revista de la CEPAL No.56*, agosto 1995, p.179-189.
- 143) Szasz Ivonne y Susana Lerner (comp.). 1996. *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, 1996.
- 144) Tienda Martha. 1982. "Residential Distribution and Internal Migration Patterns of chicanos: a critical assessment". Center for Demography and Ecology. University of Wisconsin-Madison. CDE Working Paper 82-26.
- 145) Torrado, Susana, 1981. "Sobre los conceptos de "Estrategias familiares de vida" y "Proceso de reproducción de la fuerza de trabajo: notas teórico-metodológicas", en *Demografía y Economía*, Vol. XV, No. 2. El Colegio de México.
- 146) Torrado Susana, 1983. *La familia como unidad de análisis en censos y encuestas de hogares. Metodología actual y prospectiva en América Latina*. Ediciones CEUR. Buenos Aires, 1983.
- 147) Torrealba Orellana, R, 1988. *La familia migrante: estrategias de subsistencia en familias dominicanas en Venezuela*. Caracas. Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María.
- 148) Torrealba Orellana, R, 1989. "Migratory Movements and their Effects on Family Structure: The Latin American Case". Caracas. Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María.
- 149) Trager, L, 1984. "Family strategies and the migration of women: migrants to Dagupan City, Philippines". En *International Migration Review*. 1984 Winter; 18 (4 Special Issue):1264-77.
- 150) Tuirán Rodolfo, 1992. "Households and emigration in Northern Border", en Weeks J. R. and Robert Ham Chandi, *Demographic dynamics of the U.S. - Mexico Border*. Texas Western Press. The University of Texas. El Paso USA.
- 151) Tuirán Rodolfo, 1993. "Estrategias familiares de vida en época de crisis: El caso de México", en Naciones Unidas-CEPAL, *Cambios en el perfil de las familias: la experiencia regional*. Santiago de Chile, 1993. pp 319-354.
- 152) Tuirán Rodolfo, 1993. "Estructura familiar en México: continuidad y cambio", en *DEMOS: Carta demográfica de México*. Num. 6, México, 1993, pp 20-22.
- 153) Tuirán Rodolfo, 1993. "Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987", en *Comercio Exterior*. Vol. 43, Num. 7, México, julio de 1993, pp 662-676.
- 154) Tuirán Rodolfo, 1995. "Las trayectorias de vida familiar en México: una perspectiva histórica", en: *Hogares, familias, redes sociales y parentales en México*. SOMEDE, México, 1995, pp 7-14
- 155) United Nations, 1993. *Readings in population research methodology*. Volume 1. Basic Tools, ed. by Donald J. Bogue, Eduardo E. Arriaga, Douglas L. Anderton, George W. Rumsey. Chicago, Illinois, Social Development Center.
- 156) United Nations, 1993. *Readings in population research methodology*. Volume 4. Nuptiality, migration, household, and family research, ed. by Donald J. Bogue, Eduardo E. Arriaga, Douglas L. Anderton, George W. Rumsey. Chicago, Illinois, Social Development Center.
- 157) Walker R. and Hannan M. 1989. "Dynamic settlement processes: the case of US immigration", en *Professional Geographer*, 41(2), 1989, pp 172-183
- 158) Wolpin K., 1994. "The household structure of U.S. immigrants and natives". *Research in Population Economics*, 5: 235-50. United States, 1984.

Índice de Cuadros

Cuadro IV.1 Distribución de los tipos de hogar según su composición de parentesco.....	42
Cuadro IV.2 Medidas de complejidad de los hogares de Ciudad de La Habana.....	46
Cuadro IV.3 Índice de masculinidad de la jefatura por grupos de edad.....	51
Cuadro IV.4 Índice de tasa de jefatura femenina en algunos países de América Latina a mediados de la década del 70.....	56
Cuadro IV.5 Distribución porcentual de las ‘jefas’ unidas y no unidas, y de los ‘cónyuges’ varones por características socioeconómicas.....	58
Cuadro IV.6 Participación en la actividad económica de los jefes y las jefas según el tipo de hogar que dirigen (%)......	60
Cuadro IV.7 Características socioeconómicas de la población habanera según el lugar que ocupa en la relación de parentesco dentro del hogar (% por columna).....	62
Cuadro V.1 Distribución de la población migrante y no migrante de 15 a 64 años según el tipo de hogar de residencia actual en Ciudad de La Habana.....	69
Cuadro V.2 Distribución de la población migrante en cada tipo de hogar según el tiempo de residencia en el destino	73
Cuadro V.3 Posición de migrantes y no migrantes de 15 a 64 años en la estructura de parentesco de los hogares.....	75
Cuadro V.4 Migrantes y no migrantes según edad, sexo y relación de parentesco.....	76
Cuadro V.5 Jefes Migrantes por relación de parentesco con el jefe, según tiempo de residencia en Ciudad de La Habana.....	78
Cuadro V.6 Tasas de jefatura de migrantes y no migrantes por sexo.....	79
Cuadro V.7 Jefes de hogar por condición migratoria según sexo.....	83
Cuadro V.8 Jefes migrantes y no migrantes por sexo, según estado conyugal, nivel educacional y participación en la actividad económica.....	84
Cuadro V.9 Jefes migrantes y no migrantes de 15 a 64 años según tipo de hogar que dirigen.....	86
Cuadro V.10 Distribución de los hogares de Ciudad de La Habana por tipo de hogar según la presencia o ausencia de migrantes en el hogar.....	90

Índice de Gráficos

Gráfico IV.1 Tipo de hogar según la edad del jefe o ciclo vital familiar.....	49
Gráfico IV.2 Tasas específicas de jefatura por edad y sexo.....	55
Gráfico V.1 Jefes migrantes y no migrantes por edad y tipo de hogar que dirigen.....	71
Gráfico V.2 Tasa de jefatura de hogar de migrantes y no migrantes por sexo.....	80
Gráfico V.3 Distribución de la población migrante y no migrante por edad según tipo de hogar de residencia.....	89